ENRIQUE AMORIM

CORRAL ABIERTO

novela



EDITORIAL LOSADA S.A.

BUENOS AIRES

NOVELISTAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA

ANTONIO ARRÁIZ: EL MAR ES COMO UN POTRO (DÁMASO VELÁZQUEZ.)
ANTONIO ARRÁIZ: TODOS IBAN DESORIENTADOS.
MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS: HOMBRES DE MAÍZ.
MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS: EL SEÑOR PRESIDENTE.
MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS: VIENTO FUERTE.
MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS: EL PAPA VERDE.
LEÓNIDAS BARLETTA: HISTORIA DE PERROS.
ADOLFO BIOY CASARES: EL SUEÑO DE LOS HÉROES.
SILVERIO BOJ: ÁSPERO INTERMEDIO. *(Premio único de la selección argentina para el Concurso Latinoamericano de Nueva York,* 1942.)
JORGE LUIS BORGES: EL ALEPH.
MARTA BRUNET: HUMO HACIA EL SUR.
E. CABALLERO CALDERÓN: EL CRISTO DE ESPALDAS.
ESTELA CANTO: EL MURO DE MÁRMOL.
ESTELA CANTO: EL RETRATO Y LA IMAGEN.
ARTURO CAPDEVILA: ADVENIMIENTO.
GABRIEL CASACCIA: LA BABOSA.
ERNESTO L. CASTRO: LOS ISLEROS. *(Premio en la selección argentina del Concurso Latinoamericano de Nueva York,* 1943.)
ERNESTO L. CASTRO: DESDE EL FONDO DE LA TIERRA. *(Premio Nacional de Literatura,* 1947.)
ERNESTO L. CASTRO: CAMPO ARADO.
CELIA DE DIEGO: UN GRILLO ENTRE LOS JUNCOS.
MANUEL GÁLVEZ: LAS DOS VIDAS DEL POBRE NAPOLEÓN.
JUAN GOYANARTE: CAMPO DE HIERROS.
RICARDO GÜIRALDES: DON SEGUNDO SOMBRA.
EUGENIO JULIO IGLESIAS: EL PENÚLTIMO ESCALÓN.
JOSÉ LINS DO REGO: BANGUÉ.
ALEJANDRO MAGRASSI: LA CAÁ YARÍ.
EDUARDO MALLEA: CHAVES.
J. CARLOS ONETTI: TIERRA DE NADIE. *(Segundo premio del Concurso Ricardo Güiraldes de la Editorial Losada.)*
ANTONIA PALACIOS: ANA ISABEL, UNA NIÑA DECENTE.
ALFREDO PAREJA DÍEZ-CANSECO: HOMBRES SIN TIEMPO.
ALFREDO PAREJA DÍEZ-CANSECO: LAS TRES RATAS.
JOSÉ FELIX DE LA PUENTE: EVARISTO BUENDÍA.
JOSÉ EUSTASIO RIVERA: LA VORÁGINE.
AUGUSTO ROA BASTOS: EL TRUENO ENTRE LAS HOJAS.
ENRIQUE RODRÍGUEZ FABREGAT: EL HOMBRE QUE NO QUISO SER REY.
ÁNGEL F. ROJAS: EL ÉXODO DE YANGANA.
PABLO ROJAS PAZ: LOS COCHEROS DE SAN BLAS.
PABLO ROJAS PAZ: MÁRMOLES BAJO LA LLUVIA.
ISIDORO SAGÜÉS: BANCO INGLÉS.
ISIDORO SAGÜÉS: MAL DE CIUDAD.
ESTEBAN SALAZAR CHAPELA: PERICO EN LONDRES.
LUISA SOFOVICH: HISTORIAS DE CIERVOS.
ARTURO USLAR-PIETRI: EL CAMINO DE EL DORADO.
ARTURO USLAR-PIETRI: TREINTA HOMBRES Y SUS SOMBRAS.
BERNARDO VERBITSKY: ES DIFÍCIL EMPEZAR A VIVIR. *(Primer premio del Concurso Ricardo Güiraldes de la Editorial Losada.)*
BERNARDO VERBITSKY: UNA PEQUEÑA FAMILIA.
MARÍA DE VILLARINO: PUEBLO EN LA NIEBLA.
MARÍA DE VILLARINO: LA ROSA NO DEBE MORIR.

ENRIQUE AMORIN

CORRAL ABIERTO

EDITORIAL LOSADA, S. A.
BUENOS AIRES

Queda hecho el depósito que
previene la ley núm. 11.723

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Este libro se terminó de imprimir el día 9 de enero de 1956, en Artes Gráficas Bartolomé U. Chiesino, Ameghino 838, Avellaneda - Buenos Aires.

CORRAL ABIERTO

El sacerdote del *Dios de las cosas como son* iba quedando en condiciones desventajosas respecto al sacerdote que sirve al *Dios de las cosas tales como debieran ser.*

RUDYARD KIPLING, *El Juicio de Dungara.*

I

EL HOMBRE amaneció boca arriba con un cuchillo de empuñadura de asta clavado en el pecho. La puñalada apenas le había interesado el corazón. Un milímetro menos de filo y quizás "el caso Paco Dodera" no hubiese pasado de un mero hecho de sangre. Como el muerto tenía el arma hundida en el tórax, eran de presumir dos hipótesis: el matador se había asustado, y en ese caso se le hallaría entre los múltiples muchachos que frecuentaban al vejete; o antes y después de la puñalada, se produjo una lucha de corta duración. En ambas manos de Dodera, sobre todo en los nudillos de los dedos mayores e índices, se podían descubrir pequeños hematomas. Pero lo más curioso del caso resultaba la procedencia del arma. Se trataba de una hoja de acero alemán a la que se le habría acomodado un mango de asta de factura casera muy común en el Brasil.

Las conjeturas no eran inagotables. El móvil del robo fué descartado. Había que presumir otras razones.

No resultó nada difícil dar con el dueño del cuchillo homicida. Se trataba de un muchacho que había cumplido 17 años, alto, moreno, fuerte, considerado como un buen mozo, de cierta fama a pesar de la edad. Trabajaban en la fábrica de *Cerámicas Loyola*, de un adinerado español que no quería perder contacto con su tierra natal. El muchacho dueño del arma, se llamaba Horacio Costa, pero ya había conseguido que espontáneamente se le llamase Costita. Costita venía *de afuera*, del campo. Entró en la fábrica de cerámicas por casualidad. Mejor dicho, porque era apuesto y simpático y estaba bien dotado para el trabajo. Su físico se impuso,

A Paco Dodera, "capataz" de la fábrica en cuanto al personal, le agradaba seleccionar sus colaboradores. Su sospechosa manía no tardó en justificarse. Se trataba de un hombre de más de sesenta años, enjuto, reservado, de ojos pequeños y de penetrante mirar, que conjugaban muy bien con sus labios finos de una sensualidad perversa. Ambicionaba que la pequeña industria pasase al terreno artístico y sostenía que rodearse de gente joven y hermosa ayudaba a sus planes. Los muchachos que le secundaban no siempre entendían aquellas intenciones singulares. No vieron en la fábrica ninguna posibilidad de lograr un oficio. Algunos le desconfiaban; otros se prestaron a su juego ambiguo. Por fin, Paco Dodera apareció muerto, tendido en el patio de su casa, mirando al cielo desde un charco de sangre. Para Cipriano Hernández y Marías, el dueño de la fábrica, fué un rudo golpe. La parte industriosa se hallaba en manos del muerto. Don Cipriano se complacía en ensayar tierras, en pruebas de colores e ingredientes, a fin de lograr piezas que recordasen a las de Talavera. Don Cipriano era oriundo de dicho pueblo.

Paco Dodera oficiaba de "Capataz" por puro gusto. Bien podría darse otra asignación, otra categoría. Pero era de los que preferían la frecuentación de las cortezas populares para el desarrollo y proyección de sus vicios y el aprovechamiento de las virtudes de los otros. Su muerte no fué muy lamentada. Pero vino a perturbar la vida de Costita, que hacía justo un mes que había dejado el trabajo en las *Cerámicas Loyola*. Sin decir a nadie por qué, cobró jornales atrasados y se marchó sin dar señales de vida. Lo encontró la policía trabajando muy lejos de la fábrica en una curtiembre. Ni uno solo de los empleados de las *Cerámicas* desconoció el cuchillo de Costita. Éste solía alardear, ya con el filo, ya con la empuñadura. Lo extraño era que no se lo hubiese llevado consigo. Sobre todo al emplearse en una curtiembre.

¿Quién podía decir que no se entendía con el "Capataz"? Nadie. Hasta se notó cierto favoritismo de parte de Dodera, al punto de que Costita podía llegar con atraso y no se le observaba su desgano. Siempre hubo una excusa para él.

—¿Cómo es posible que hayas olvidado el cuchillo?

Era la pregunta insistente del juez, de los policías, de cuantos mediaron en el caso.

Costita no negó que el arma le pertenecía. Pero muy lejos estaba esa noche de la casa de Dodera. Le resultó fácil demostrarlo. A la hora en que había recibido "el Capataz" la puñalada mortal, Costita cumplía un mal reglamentado trabajo nocturno en la curtiembre. El juez quiso descartar la presunción de criminalidad que un oficial de Investigaciones, especialista en menores delincuentes, se inclinaba a señalar. A pesar de que no cabía duda de la conducta de Costita, hasta el momento de hallarle trabajando en la curtiembre, en un eventual turno de noche, el oficial cargaba sobre las típicas características del crimen. El dejar el cuchillo en el cuerpo de la víctima, por demás estúpido en un asesino, no determinaba inexperiencia. Se podía argumentar que era una coartada propia de un menor que frecuentaba a hombres como Dodera. Si coartada increíble para unos, resultaba indicio particularísimo para el oficial Rezendez, que así se llamaba el policía empecinado en tratar el caso Dodera como uno de los clásicos crímenes entre elementos ambiguos. Pero Rezendez tenía sus razones secretas de que por nada del mundo hubiese hecho partícipe al juez de menores, Dr. Esteban Chávez. De manera que los encontronazos entre las investigaciones ordenadas y la sagacidad del juez, perturbaron el proceso. El Dr. Chávez no desarrollaba ninguna malicia y, en cambio, Eleuterio Rezendez exageraba su papel, no se sabía si con ánimo de hacer méritos o porque sus propósitos se tendían en una línea recta de carácter científico. Solía darse tono citando a autores clásicos. Comenzó por no desprenderse de una frasecita que irritaba a sus compañeros: "Tipo lombrosiano", decía con petulancia. Pasó más tarde a citar a Freud. Como era eficacísimo, los libros no habían pasado inútilmente por sus manos. Fué poco a poco especializándose en delincuencia infantil o adolescentes. Y, más de una vez, se planteó la pregunta de fondo: "De dónde procede esta gente que llena la crónica policial, espeluznando, a veces, a los encargados de investigar y a la justicia criminal, ambos atados por disposiciones legales, a no dar a publicidad los delitos de menores". Más de una vez pensó si no estarían equivocados quienes guardaban tan celosamente el cumplimiento de la ley que prohibe la crónica de delitos de tal naturaleza, frente a la prodigalidad de revistas infantiles hechas por adultos que debieron estar en la cárcel. Y todavía más indignación le producía a Rezendez el abuso

cometido por los exhibidores cinematográficos que proyectaban en las funciones con films aptos para menores, colas de películas no aptas para niños. Sinopsis en las que se amontonaba como una lava hedionda, toda la perversidad o la pornografía que se merece el espectador adulto acostumbrado a "tonificarse" por los ojos .

Rezendez no sabía a ciencia cierta de dónde venía "su clientela". Y quería saberlo, porque en muchas oportunidades cumplía las investigaciones a fondo, hasta encontrar las raíces escondidas en los conventillos o los hoteluchos malolientes, cuando no en los ranchos de las barriadas, en el hacinamiento cosmopolita.

Pero en el caso del hombre muerto con el puñal de Costita apenas rozándole la pulpa cardíaca, ponía una atención muy particular. Por estas razones Dodera, Paco Dodera, "El Capataz", era un sujeto que se daba frecuentemente en las ciudades, pero que se caracterizaba por algo más que por una generosidad seductora. Un hecho del que fué protagonista debió producir una buena crónica para los diarios de la tarde, los caracterizados en el escándalo crepuscular, casi lindando con el agravante de la nocturnidad.

Dodera mantenía relaciones con una bellísima mujer italiana: y no formaban, por cierto, mala pareja. Mantuvieron una famosa "casita" por Malvín, muy cerca de las playas, donde recibían a gente de alguna categoría. La italiana era de Viterbo, cerca de Nápoles. Sus padres tenían una fábrica de cerámicas. Se habían hecho ricos fabricando un borrico cargado con cestos de legumbres que andaba muy orondo por el mundo entero. Ella fué la que le indujo a Hernández y María a montar los talleres. Dodera le podía agradecer a ella su oficio, adquirido más allá de la cuarentena. De aquella "casita" salió el negocio. Don Cipriano se suscribió con la mayor cantidad de dinero y, sobre todo, impuso el nombre de la fábrica. Celebraban una hermosa coincidencia mediterránea. Dodera también puso dinero. Nunca se supo si de "la italiana desplazada", de aquellos extranjeros que trajeron los barcos bajo uno que otro pretexto y que fueron derramados en las playas de América, confundidos los oficios, mezcladas las vocaciones; transformados, los peluqueros en labradores y los labradores en vendedores de quiniela. La amiga de Dodera, vino simplemente como judía. Se ligó a Dodera y el epílogo fué de un dramatismo atroz. Una noche, reunidos de fiesta en "la casita", a

Dodera se le ocurrió jugar con un trabuco que a muchos tontos hizo creer que había pertenecido a uno de los 33 Orientales. Era la única pieza histórica, si así se le podía llamar al arma antigua que adornaba un muro del comedor. Lo sostenía un simple clavo de gancho con la boca del trabuco orientada hacia arriba. Hacía bastante tiempo que estaba allí, y era muy probable que Dodera hubiese comprado "la casita", con aquel artilugio sin antecedentes. Una noche, Dodera quitó el grosero trabuco de la pared y, mientras su amiga discutía uno de los temas apasionantes de aquel momento, la invasión de Hitler a Polonia— se entretuvo en machacar cabezas de fósforos en el hoyo donde va el fulminante. Como la discusión se prolongó hasta más allá de la media noche, Dodera tuvo tiempo de hacer una buena carga sonrosada. Estaba seguro que el efecto del disparo iba a ser mayúsculo. Y así fué. Apuntando a su querida, a boca de jarro, dijo amenazante: "Entrégate a la Gestapo!" Y al punto de que la mujer había dejado caer la mano de la boca del caño, Dodera apretó el gatillo. Una mezcla horrible de polvo, tierra, pólvora viejísima, fragmentos de madera y alguna partícula de metal, salió por el caño incrustándose materialmente en el rostro de la italiana. Infinitos puntos de sangre brotaron súbitamente. A los pocos segundos, su rostro era una masa sanguinolenta. Dodera se precipitó sobre las manos de la mujer.

—¡No te toques, Gemma! — gritó.

La confusión fué tremenda. Rezendez vivía a pocos pasos de "la casita" que en ese momento de su vida, representaba el máximo sueño que puede ambicionar un muchacho de su edad. Acudió al lugar del disparo. Y vió salir a Dodera tambaleándose, con una mujer en brazos, decididamente a la primera farmacia o a una clínica. Sólo oyó que la mujer herida, sangrando, trataba de tranquilizarlo, repitiendo: —"¡Pero si veo, veo lo más bien!... No es grave... Veo... Veo..."

La italiana no veía, no podía ver, seguramente.

Rezendez jamás leyó una sola línea en los diarios sobre ese hecho de sangre. Todavía no había entrado a la policía. Para él, "la casita" era uno de esos lugares donde la fortuna, grande o pequeña, sirve para vivir fuera de la sociedad. Especie de oasis, donde se podía hacer de todo, sin que persona alguna lo supiese. Círcu-

lo cerrado de gente poderosa que decide la suerte de sus actos en la mayor impunidad. Después, cuando se familiarizó con el delito, supo que si alguien se dedicara a historiar la intimidad de pequeñas casas de juego, de citas, de reuniones, tendría paño para cortar.

Paco Dodera le resultaba familiar. Le llevaba tanta ventaja al juez, a todos los policías juntos, que quería tomar el asunto con suma atención. Quizás llegara a darle celebridad.

—Mi parecer es que al muchacho lo han querido comprometer —dijo el comisario García— dejándole su cuchillo al muerto... No hay vuelta de hoja. Tal vez una venganza. Y hay que buscar al asesino—. Rezendez quiso intervenir con un argumento que le salía a flor de labio, pero el comisario se impuso: —Hay que buscar al matador entre menores. Es una treta realmente de muchacho bobo o anormal. ¡No hay vuelta de hoja!

Al comisario García, tal vez Rezendez le habría dicho cuanto sabía de Paco Dodera. Pero le dió fastidio la suficiencia que mostraba en aquel caso mucho más complejo, a su modo de ver, que todos los que había tenido por delante.

Rezendez se quedó un momento pensativo, las palabras del comisario le entraban por un oído y le salían por el otro. Pensaba que habiendo sido testigo de un hecho de sangre con todas las de la ley, en la famosa "casita" de Malvin —que fuera tan espectacular para él— tal vez le indujese a seguir una pista equivocada. Prefería internarse en el recuerdo antes que oír la retahila del comisario. Hizo memoria: la italiana, Gemma, no había aparecido más por "la casita". Un año después, allí fué a vivir un matrimonio que a la sazón ocupaba la vivienda. Según se dijo, eran judíos, emparentados con Gemma y fabricantes de pequeños radiadores para la calefacción. A Dodera no se le vió después por el barrio, pero nadie ignoraba que le llamaban "El Capataz" de la fábrica de *Cerámicas Loyola,* ubicada por el Santa Lucía. Se tejió un poco de leyenda y Rezendez reflexionaba si él no había sido en parte culpable de encubrimiento, y protagonista de la leyenda. Pero cómo habían sucedido los hechos, lo supo en el Bar Hungría una semana más tarde, por boca de la muchachita criolla que servía en "la casita", a la que preparaban para alguna aventura. Era vistosa, bonita, por lo que los que allí frecuentaban se

mostraban manirrotos, dadivosos, consejeros de la adolescente. Rezendez se la había besado en una placita oscura, en una noche de lluvia, sin decir agua va... Pero nada pasó después. También ella desapareció de Malvin, no sabía si para servir a Dodera, aunque al transformarse en un "capataz", el hombre empezó una vida completamente distinta. Prefirió ser atendido por mucamos que por sirvientas. Su última aventura habría sido con la italiana.

Seguía reconstruyendo el ayer, no tan lejano, bajo el chaparrón del comisario García.

—No hay vuelta de hoja —era la frase que se le había quedado enredada en la telaraña de sus evocaciones—. ¡No hay vuelta de hoja!... Tenemos que dar con un muchacho de su edad... O menor todavía. Parece que la puñalada vino de abajo...

A Rezendez le molestaban las conclusiones técnicas. El informe pericial decía tantas cosas inútiles que no quería pensar en él. Que la puñalada fué dirigida desde abajo; que no interesó al corazón en el primer momento; que la muerte se produjo al tocar la preciosa víscera; que las manos del muerto presentaban hematomas curiosos, como si hubiese aplicado un solo puñetazo contra el muro, luego de errar el golpe; que no se veían huellas de lucha en el suelo, movimientos de pies calzados o desnudos; que la sangre habría borrado estos últimos; que las puertas estaban sin cerrojos como acostumbraba a mantenerlas la víctima; que habría tomado muchas cebaduras de mate; que puchos de otra persona había en un cenicero de su habitación. Dodera no fumaba. El cuerpo había sido descubierto por el lechero al dejar los dos litros de leche embotellada de costumbre. La muerte habríase producido al amanecer, pues la sangre aún estaba fresca. Dodera vestía pantalón de brin blanco, recién puesto, camisa de poplin, blanca, no usaba camiseta. Absolutamente vacíos los bolsillos. La fotografía de una mujer —Rezendez sabía que era la de Gemma, antes del horrible accidente— aparecía fuera del marco en que se suponía habitualmente colocada...

En la balumba del informe Rezendez se dejaba llevar por los recuerdos. Temía a las coincidencias, tan propias en las novelas, pero ajenas a la vida real. Contestó al comisario García:

—Me está convenciendo, García...

El comisario le oyó hablar y le pareció que Rezendez salía de

una pieza contigua con los pantalones caídos, mostrando los calzoncillos. Tal era el desgano con que le contestaba.

—¿No estará cansado, amigo Rezendez?... Si quiere dejar esta partida en otras manos, me avisa. Lo veo medio...

—¿Medio? — repitió Rezendez como un eco.

—Medio... ido. Cuando esté de vuelta, me avisa — replicó García molesto, repentinamente.

—Pienso en ese muchacho metido en el Albergue de Menores y...

—¿Y qué? ¿Quiere darle otro destino? — preguntó fastidiado García.

—No, no es eso... Pero no sabe cuánto daría para tenerlo suelto y seguirlo..., no perderle pisada..., ser una sombra de él... Perseguirlo.

Rezendez parecía soñar.

—¡No sea babieca, Rezendez! ¡Déjese de macanas! Buscar a algún muchacho de los que visitaban al viejo ése...

Y Rezendez hizo desfilar a cincuenta y dos muchachos. Algunos no sabían ni que existía la fábrica de *Cerámicas Loyola.*

Pero Costita tuvo un serio altercado con la gente del Albergue y de cualquier manera, de allí no lo sacaban por un año, hasta la mayoría de edad.

Las cosas sucedieron así:

Costita sintió que por las dilatadas narices se le colaba un olor desagradable. Su pituitaria no podía alardear de extraña a cuanto olor existe en la tierra, venga de la sombra podrida o de la tierra laborada. Pero aquel olor del recinto en que lo mantenían desde las tres de la tarde, era insoportable. Olía a roña, pero a una roña muerta, no la roña viva de cuanta pocilga necesitó habitar. Tampoco era el olor de los lugares donde la muerte ha pasado, el de los rituales y opacos velatorios. No. Era un olor momificado, irritante para sus narices que no acababan de salir de la zona salvaje de la adolescencia.

Cuando entraron, papeles en manos, las dos personas que debían tomarle los datos para ingresar en el Albergue de Menores, el olor se avivó como si ambos lo agitaran. Uno se sentó en una mesa y estiró las cuartillas como si tratase de pedazos de cuero sobado. El otro empleado, de escasa estatura, de una fealdad

sin desperdicio, vestía con fingida elegancia. Costita, sin pensarlo, instintivamente, tuvo naturales simpatías por aquel empleado sencillo que estiraba las hojas con el dorso de la mano. En su frente, a pesar de que no hacía calor, algunas gotas de sudor se reflejaron fugazmente. El de baja estatura tosió como si tosiendo ganase un poco de importancia.

—Muchacho —dijo luego de componerse la garganta—; aquí no estás en la calle, de manera que en esta casa hay reglamentos, leyes, disposiciones...

Costita lo miró fijamente por primera vez. "No estoy en la calle" — pensó. "En la calle anduve mucho tiempo. También hay leyes en la calle"...

—Bien, quiero decirte que vas a someterte a un régimen. Este señor —señaló al que estiraba las cuartillas— te va a hacer algunas preguntas.

El aire de la pieza se hizo asfixiante. Del olor desagradable se pasaba rápidamente a algo más terrible que un olor. A la falta total de olores. Costita recordó una pelea que tuvo en un rancho con tres compañeros. Lo habían querido asfixiar con unas bolsas de lana y cerda. Pensó en aquella peripecia y volvió al escritorio donde se hallaba. En realidad, era mucho menor el efecto en aquel instante. Pero apenas oía el discurso del señor petiso y bien trajeado. El que acomodaba las cuartillas se atrincheró tras de una máquina de escribir, y, sin más, le preguntó dónde había nacido.

Costita tuvo que dar vuelta la cara porque "el hombre petiso" se alejó con las manos cruzadas a las espaldas. Se alejaba murmurando algo. No pudo saber qué era lo que decía. Por fin, pensó que debía de ser alguna orden que le daba al escribiente y que se expresaría en ese idioma de medias palabras que ciertas personas emplean para comunicarse sin que los demás tengan una idea clara de lo que dicen. En suma, parecía que hablase francés o inglés. Pero no era nada más que una estropajosa lengua policial. Costita tornó la cabeza y meditó la respuesta, como si en ello le fuera la vida.

No había empezado a hablar, sin duda demoró un poco, cuando "el hombre petiso" dejó caer los cortos brazos a lo largo del cuerpo y, acercándosele, le preguntó:

—Tuviste un interrogatorio peliagudo, ¿no?

Costita no sabía si contestar al escribiente simpático, primero, o al personaje que había dado dos pasos hacia el escritorio avivando el olor desagradable. Y como si deseara demostrar su preferencia por el escribiente, eludió la pregunta posterior y respondió con voz bien clara:

—En Mataojito...

—¿Qué? —replicó el grave funcionario frunciendo el ceño —¿Qué decís?

—Mataojito.

El hombre de baja estatura quizás creyó que repetía cierto apodo que le habían puesto en el Albergue. Una palabra muy fea, en diminutivo. Su cara se encendió. Cerró los puños y dando una vuelta por detrás de la mesa se sentó en una punta mirándole con insistencia agresiva.

—Mataojito... — murmuró el escribiente inclinándose sobre la máquina. Tal vez habría puesto el índice sobre la tecla de las mayúsculas. Pero no pudo continuar.

—¿Con que Mataojito? —dijo el petiso—. ¿Eh?... Y ¿dónde queda eso?

A Costita se le ocurrió, en mala hora, mirar con inteligencia al escribiente, no sólo porque se disponía a escribir lo que él le dictara —cosa que en el fondo resultaba agradable— sino porque quería decirle a su presunto amigo: "Este es un gil a cuadros... No manya ni medio. No saber dónde queda Mataojito. Tampoco sabrá donde nació Leguizamo... En qué leonera he caído, mama mía".

—¿Que dónde queda Mataojito? —replicó Costita haciendo una pausa que se hacia bochornosa. El escribiente abría un silencio en complicidad con el menor.

Volvieron a mirar como si se entendieran.

—Mataojito... —dijo Costita articulando las sílabas y dando a su acento un esperado aire melancólico. Se rascó la nuca como para avivar una zona de su memoria.

Al iracundo funcionario le costaba convencerse de que aquello iba en serio, que no bromeaba con su estatura. Pero la demora en dar una respuesta por parte del muchacho, agravaba la situación. "¿No será una burla, un nuevo sobrenombre que me dan estos granujas?" — pensó.

—Mataojito, queda por allá...

Costita sonrió. Desde hacía más de una semana, precisamente desde el momento en que empezaron a carcarlo, a abofetearlo, a insultarlo, no sabía lo que era sonreír. Olía a carroña, a bestialidad. Y en esos momentos, el empleado le daba lástima. ¡Pensar que ignoraba dónde quedaba *Mataojito,* las tierras sucias de *Corral Abierto*. Un hombre como él. La respuesta que quería darle se le trababa en la lengua. No podía decirle que *Mataojito* quedaba... "quedaba por el culo del mundo". No era una forma de responder. Pero ellos, ¿no hablaban a veces, usando esas palabras que Dodera odiaba? Sí, ellos, hasta ese momento, se expresaban en el mismo lenguaje que se gastaba en la calle. Tan es así que no bien se comunicaban el uno con el otro, empleaban palabras y giros desacostumbrados, al punto de que no se les entendía. En realidad se hacían los extranjeros o los trataban a ellos, a los muchachos, como componentes de una raza diferente. Costita, al comprender que su silencio implicaba al escribiente, el cual insinuaba en sus labios una sonrisa, iba a explicar dónde quedaba *Mataojito,* cuando el hombre de baja estatura, irritado, exclamó:

—Hablá, cretino... O estás inventando...

—Yo no invento nada... ¿Sabe? —contestó rápidamente encolerizado Costita, porque vió en la cara del interrogante, el rostro de cientos de personajes de todo orden que en días anteriores se le habían precipitado como buitres—. ¡Yo no invento nada. Vaya a aprender a la escuela si tiene tiempo!...

"El hombre petiso" lo tomó de ambos brazos a la altura de las muñecas. Forcejeaba para abajo como si fuese a descolgárselos.

—Aquí no vas a bromear ni a reírte, sino cuando se te deje... ¡Mocoso de mierda, yo te voy a enseñar a contestar como es debido!

Costita volvió a sentir miedo. Un miedo que le enfriaba los tobillos y que en esa parte del cuerpo se detenía. Pero otras veces lo había sentido, y la sangre le hacía al instante recuperar el ánimo. Esperó un momento que pasara la ráfaga de temor. Cuando se cruzaron sus ojos con los del escribiente, cuando divisó como perdido en el fondo de sus pupilas el vaguísimo apoyo de una mirada afirmativa, Costita recuperó el ánimo. Dos o tres veces, había visto en algunos ojos humanos, el borroso destello favorable,

la solidaridad humana que se advierte sin el menor esfuerzo y suele llegar sin que uno lo solicite, como un milagro. Esperó su propia reacción y tuvo coraje para contestar:

—*Mataojito* queda en el culo del mundo... ¡Y yo soy del *Corral Abierto!* Usted no sabe dónde queda *Mataojito*. Pero yo no miento nada, ¿sabe? ¡No me gusta inventar!

Costita no se explicaba cómo "el hombre petiso" lo había dejado hablar tanto. Por lo general, cuando respondía a alguien con alguna energía, diciendo la verdad, sentía invariablemente el puntapié en la canilla o la bofetada. El hombre aquel ya debía haberle dado dos coces. Una al escribiente. Pero se abstuvo. Fué éste quien agregó:

—Queda por Salto — dijo dando un par de golpes de tecla.

—Entonces, es de Salto. Lo de *Mataojito* no hay por qué consignarlo — habló ya en otros términos el hombre de baja estatura—. Basta con poner *Salto*.

—Sí, pero... —se atrevió a hablar el escribiente, empezando el diálogo de frases cortas intercalado de palabras "difíciles"—. "La ficha... me parece... consignar el lugar, no está mal... Tal vez... para antecedentes... Un lugar así... lugares así.. En el legajo de aquél, se buscó precisamente de dónde era oriundo como antecedente. La práctica aconseja..."

El hombre de baja estatura, estaba desconcertado. No bien dejó tranquilos los brazos de Costita, se inclinó sobre la mesa del escribiente y, enrojecido, dijo:

—Mire, escribiente. Cuando yo digo que no interesa tal o cual dato, tengo mis razones. ¿Comprende? Este desacuerdo es inconveniente...

El que escribía a máquina llenó la boca de aire y como si soplase imaginarios mosquitos, levantó la cabeza y miró para otro lado.

Se hizo una penosa pausa. La cerró el escribiente al bajar la cabeza diciendo:

—Yo no tengo la culpa si usted no sabe un pito de geografía.

La reacción del hombre de baja estatura fué tan rápida como la del escribiente. Se dirigió a Costita:

—Andá a la otra pieza —lo empujó—. Esperá en la pieza de al lado. ¡Vamos!

Costita ya conocía la pieza de al lado. Era una especie de celda donde retenían a los novatos, antes de someterlos a exámenes e interrogatorios. El petiso no se había dado vuelta aún, cuando Costita, desde el dintel de la puerta, se dió vuelta y le dijo al escribiente:

—Explíquele, che, donde queda *Corral Abierto*, el Pueblo de Ratas. . ., a este. . . ¡Mataojito!

Debió morderse la lengua con la última palabra, porque "el hombre petiso", agarrándolo por los codos, le dió un violentísimo empellón que lo hizo trastabillar. La puerta se cerró con estrépito. Y ya sabemos qué pasa cuando una persona cierra violentamente una puerta.

No vale la pena transcribir el diálogo entre los dos empleados. El uno era subalterno. Según parece, ni uno ni otro pagaron la chapetonada. Pero la reclusión del sospechoso Costita, fué mayor. Sobre todo, el trato que se le dió en el Albergue de Menores durante un año largo.

Rezendez se interesaba particularmente por Costita.

Los diarios insinuaron que quedaba impune "El crimen de El Capataz". Pero vino la temporada de fútbol, y el asesinato, un desfalco, la entrega de una gruesa suma de dinero a un leader político por una compañía extranjera, irregularidades en la Aduana, investigaciones en una fábrica; todo fué arrasado por el fútbol. La inmensa cortina de humo de Nacional y Peñarol, dejó dormir tranquilos a jueces, comisiones investigadoras, delincuentes menores y mayores. Había que suponerlo así.

"El crimen de El Capataz" maldormía en algunos recortes del archivo personal de Rezendez.

II

—VIEJA —dijo Eleuterio Rezendez a su mujer—, vas a convencerte de que Chávez es un tipo como la gente. Cada vez que le pido datos sobre Costita o algún otro muchacho del Albergue, me los hace dar con una sonrisa bonachona.

—Y... Los gordos son así — respondió la mujer, con desgano.

María, la mujer de Rezendez, no era "vieja" como la llamaba el policía. Ni el Dr. Chávez era tan gordo como para endilgarle características de tal. Lo cierto era que el juez de menores había descubierto en Rezendez cualidades infrecuentes.

Chávez pertenecía a una vieja familia tradicional. Casado con una heredera de apellido y cierta fortuna, estaba seguro de que poco a poco llegaría a la Suprema Corte. Era prudente y sabía esperar. Pero nadie podría decir que diese un solo paso para "adelantarse". De soltero había recorrido la República ocupando los juzgados más diversos, en lugares apartados de la capital. Parecía más bien un hombre desvinculado o que deseaba mantenerse ajeno a las influencias extrañas a su magisterio. En cada ciudad de la campaña vivió con dignidad, sin hablar de sí mismo, sometido al ritmo de la burguesía pueblerina. No alardeaba de tener el despacho al día, pero nadie como él para liquidar los asuntos. Sin brillo, muchas veces, pero sin demora. Tenía una dignidad muy acorde con su carrera, mas nunca engoló la voz en el Club Social ni sirvió para presidente de clubes deportivos. Su destreza consistía en no ofrecer el menor blanco. No bien se iniciaba una discusión de cualquier carácter, sobre todo en las muy raras en que podía dar su opinión —solíase hablar de fútbol y carreras, de adul-

terios y contrabandos— se levantaba, iba al teléfono o tenía que hacer pis. Las conversaciones eran, por lo general, procaces; a veces anodinas, aunque el doctor Chávez comprendió que se les había impuesto, porque traían a la mesa temas menos estúpidos. Avanzaba sobre Montevideo como la estrella de Goethe, por supuesto, sin brillo, pero como una estrella sin prisa. Y llegaría a altos estrados, sin duda, si algún manotazo policial no entorpecía su carrera. El manotazo vino —lo había "preparado"— y el hombre se mantuvo sereno, incontaminado. Después, el azar fué poniendo gente adicta, de su promoción, en los puestos directivos. Cuando Rezendez lo conoció, ya estaba en la madurez y precisamente pasaba por un postergado, pero un postergado de los que sacan tajada callándose. El oficio de víctima suele rendir más que el de victimario.

Rezendez terminó por admirar al doctor Chávez. Hasta que un día buscó un pretexto, lo invitó a comer. Pero el juez rechazó la invitación porque "preparaba un viaje". Viaje que realizó, pero muchos días después. El doctor sabía excusarse.

—Sí, vos le tenés simpatía... pero no te llevó el apunte cuando lo invitaste a comer. Mirá —dijo su mujer—, un día de estos voy al cine con la hermana de Chávez. Ésa sí que es democrática.

—Y ¿qué tiene que ver la democracia con lo que decís de Chávez? — inició Rezendez la defensa de Chávez.

—Sí, es democrática y valiente. Varias veces la han visto para firmar manifiestos democráticos y ha puesto la firma. En cambio tu Chávez, es más flojo que tabaco rubio... — contestó María rápidamente como si hubiese preparado la réplica.

—Dejate de pamplinas —exclamó Eleuterio—. Ella es una aspamentosa. Nada más.

—¿Aspamentosa? Cuando metieron en la silla eléctrica a los Rosenberg, ella salió a la calle. Y eso sí que es tener valor.

—Valor..., valor... Mirá, si conocieses los judíos que yo conozco, no te enternecerías por uno que mandan a la silla eléctrica.

María levantó la vista de la tricota que tejía. Miró a su marido fijamente. Agregó sin ambages:

—Si seguís hablando así... vas a terminar por darme asco — le contestó con desagrado.

Había suspendido la labor. Sobre su falda cayeron las agujas en cruz. Se podía decir que esperaba la oportunidad para dar la batalla. Eleuterio la conocía bastante como para no darse cuenta de que iba a estallar una discusión de las que conviene evitar. María fué la que insistió:

—Tu oficio te está endureciendo. Debes respetar a aquellos que se juegan por algo... Es muy fácil dejar que se cometan injusticias, para ganarse la vida. Y hablan a cada rato de justicia con mayúscula... ¡Buenos son todos ustedes!...

—Estás repitiendo una lección aprendida por ahí — dijo Rezendez.

—¿Aprendida por ahí? No te empuerques más, por favor. Eso no necesita aprenderse. Mucho defender a niños delincuentes y hablar de ellos... Y los hijos de los Rosenberg... Van a parar a un reformatorio, ¿eh?

Se hizo una pausa amenazante.

—¡Contestá!... Te han enseñado la lección de taparlo todo... ¿No? De echar tierra sobre las cosas. Hoy un crimen político, mañana un asesinato cualquiera... Ustedes son más enterradores que otra cosa.

María hizo un gesto desdeñoso insoportable para su marido.

—De eso, comemos, vos y yo — respondió él, presa de una incontenible cólera.

—Cuando vuelva al trabajo, vas a saber cómo se responde a esa inmundicia...

Se había hecho demasiado tensa la atmósfera para que Eleuterio no comprendiese que dos discusiones más de ese tono, les harían perder el equilibrio conyugal. Ella no estaba acostumbrada a los cambios bruscos, a las transiciones rápidas para ganar tiempo, tan hábilmente manejadas por los policías, en careos e interrogatorios. De una bofetada violenta, solían pasar a una ternura hipócrita que daba sus frutos positivos, entre débiles mentales. Sin darse cuenta de que era el procedimiento de todos los días en las comisarías y juzgados, Rezendez se le acercó instintivamente, mudo, esperando que ella levantase la vista. Debía dejar pasar la ráfaga de odio desatada. Una vez que las líneas del rostro de María recobrasen su natural apacible, volvería, no al ataque, sino por un camino de persuasión.

Y así fué. Dejó transcurrir unos instantes. Eleuterio no sentía la necesidad física de acariciar los hermosos cabellos negros de su mujer. Era demasiado aquello. Pero sí era capaz de hablar en voz baja, forzando las palabras para que saliesen cálidas y familiares:

—No hay derecho que por los Rosenberg me hagas esta escena...

—No son los Rosenberg... Ni son los judíos... Es que me da asco descubrir algunos pensamientos tuyos. Ahora estás conteniéndote, no sé si simulando...

Eleuterio creyó que su mujer iba más allá de sus palabras. Optó por callarse.

—Me gusta la gente valiente. La que se expone en la calle. No nací con carne de gallina...

María recordó en ese instante a una de sus mejores amigas, una maestra expulsada del aula por solidaridad con la noble gente que hizo el máximo para evitar que los Rosenberg murieran en la silla eléctrica. Su abuelo se llamaba Libertario López. Era de aquellos que las policías apalearon cuando el caso Sacco-Vanzetti. Pero para ambos, el pasado no contaba. Contaba, en cambio, el caso del matrimonio judío electrocutado sin razón. Las palabras que acababa de pronunciar María, venían de la boca de la maestra que, proselitista o no, continuaba en la línea de un espectacular liberalismo, el mismo que hizo expectante en el mundo a su país. Los acontecimientos decían a las claras que no eran sinceros aquellos prohombres que hablaron de la eliminación de la pena de muerte. Todo una mentira electorera. Sí, le daba asco.

—Me da asco verlos vivir así. Cuando se escriba la historia..

María no sabía perorar. En su magín, las frases terminantes de su amiga la maestra, no se le habían grabado como para lucirse ante su marido. Se echó a llorar. Pero cuando se aproximó Eleuterio con intención de acariciarla, la reacción fué rápida. Comprendió que el culpable de aquella debilidad suya, era su marido. Odiarlo era poco. Debía abofetearlo. Y levantándose hombrunamente, con todas sus fuerzas, le aplicó una cachetada.

—¡María!... ¿Estás loca? — exclamó él.

Rezendez vió, más allá de las lágrimas, las pupilas de una

fierecilla que no sabía expresarse. Pasaron unos segundos. Dijo Eleuterio:

—¿Esto también te enseñó tu amiga la maestra?

Creyó que su actitud pasiva la haría caer en sus brazos pidiendo perdón. Pero se equivocó. María perfilaba su carácter en la nariz aguileña, en el mentón agudo que resultaban la estampa definida de *algo,* de *alguien* con el que no se juega impunemente.

Rezendez tuvo que quedarse inmóvil, esta vez sin actividades estudiadas. Se le habían desbaratado los planes. Se sentía desarmado.

La mujer salió del cuarto con naturalidad estudiada. Ya no lagrimeaba, y las manos, lejos de temblarle, aparecían seguras al acomodar los visillos de la pieza contigua. Ella misma se desconocía. Una y otra vez, ya mirando hacia afuera, hacia la calle tumultuosa, ya volviendo la mirada sobre la pequeña biblioteca de su marido, se le presentó el recuerdo de la hermana del juez Chávez, una solterona bien templada, llena de cualidades femeninas y de pensamiento claro y firme. Instantes más tarde, pensó en la maestra exonerada por haber hecho más enérgico que nadie el grito de protesta ante el crimen de los Rosenberg. Pensó en una y otra. La primera, ya entrada en años, pero dotada de un juvenil concepto de la vida. La segunda, fogosa, terca, empecinada, imprudente, pero admirable. Se sintió orgullosa de frecuentarlas, a pesar de un chisme que le había dañado mucho. Le dijeron que su amiga había dicho "que María no era de fiarse, porque su marido trabajaba en la policía". "Sí, pensó ella, está en la Policía de Investigaciones, pero es distinto a los demás. Sólo trabaja en asuntos de delincuencia infantil. No se mete en política". Pero aquello de que *no se mete en política,* presumible mérito de Eleuterio, vino a hacer crisis cuando el asunto de los Rosenberg, precisamente. Rezendez *no se metía en política,* pero permanecía impasible ante la ejecución de dos inocentes. "Hermosa manera de no hacer política", creyó oír la voz de la maestra. En cambio Teresa, la hermana del juez... ¡qué actitud más desinteresada! No hacía política quizás, pero no permitía que se hiciera mala política.

María se dejó caer en un sillón. Estaba resuelta a que la primera bofetada a su marido fuese la última. La hija de Liber-

tario López no iba a pedir disculpas. Pero la bofetada estaría presente en la casa, "andaría de un lado a otro".

Seis días pasaron sin hablarse. Eleuterio regresaba irregularmente del trabajo. Comía, si tenía hambre; dormía y volvía a salir. María terminó un trabajo de dactilografía que le hubiese tomado una quincena. Sonrió ante una idea: "El matrimonio es un obstáculo para el trabajo". Había ganado tiempo so pretexto de distraerse. Pero no podía pasarse sin Eleuterio.

Al finalizar la semana, se amaron en silencio. Rezendez vió el montón de cuartillas sobre la mesa del comedor. Y no pudo menos de reír. Ese trabajo importaba unos buenos pesos. Se lo había conseguido Teresa. La hermana de Chávez tenía vinculaciones a las que jamás llegaría la mujer de Rezendez. Chávez era oriundo de Rocha, pertenecía a una familia patricia, a la que ningún granuja hasta el presente había conseguido manchar. Patriciado un tanto anodino, como si aquella bien templada sangre de la época heroica del país, de la formación del país, se hubiese fatigado de portarse bien. Una familia como tantas otras, entrada en los cuarteles de la prudencia y la pasividad.

Un mes más tarde, un domingo, cayeron vecinos a matear con sus termos en brazos. Se habló de la mala crianza de los niños. Un chico del barrio solía destriparles los periódicos antes de ser leídos, cuando los pescaban en el umbral de la puerta de calle.

—Se vuelven locos por esas historietas estúpidas de tarzanes y supermanes.

Dijo la hermana de María, casada, con tres niños en edad colegial.

—Dejá no más que lo pesque —aseguró la dueña de casa—; le voy a dar un sopapo que no volverá más a desordenar los diarios.

Eleuterio sonrió. No podía perder la oportunidad:

—Que no se te vaya la mano —dijo llevándose la derecha a la mejilla como si aún le doliera—. Porque ustedes, las hijas de don Libertario —se dirigió a la cuñada— tienen la mano bastante pesada...

María acusó el golpe pero se guardó muy bien de hacer el más leve comentario. No quería que se le quitase importancia a un acto suyo del que no se mostraría nunca arrepentida. Prefería guardarlo en secreto como constante amenaza. Estaría "sobre el

tapete", presente siempre, vivo y actual, como esos objetos de aluminio o de otro metal que han volado por el aire o acertado en el blanco, pero que acompañan a los matrimonios por toda la vida.

Tres meses después de "El crimen del Capataz", cuando la balumba de próximas elecciones, propaganda, apuestas de quiniela de tres millones de pesos habían distraído a la atención pública, Rezendez recibió un anónimo. Caligrafía femenina, redacción femenina, ortografía femenina. En él se hablaba de una mujer que no sería extraña al crimen de Paco Dodera.

—Ya sé —exclamó con alegría Eleuterio—. ¡Se trata de la gringa! ¡Pero este poroto me lo apunto yo!

Para recuperar a María le contó, como un folletín, todo lo que sabía de Gemma, la italiana, sin omitir un solo instante, pero dando un aire novelesco al relato. Dejó, exprofeso, para el final, un detalle:

—Gemma, la hermosa gringa de Dodera, es judía.

La información no agregaba nada. María pensó: "Qué tonto, cree que con esa referencia hace méritos..."

Tenía que encontrar a la italiana. Era el camino más acertado para poner en claro el crimen. Tal vez Hernández y María supiesen de ella. Habría que dar un largo rodeo, hacerse simpático al dueño de la fábrica de cerámicas y no cometer indiscreciones

III

En aquel café de la gran avenida capitalina, había *ruedas* de parroquianos de las más diversas categorías. La de los "carreristas", cubrían con el gris sucio de una charla en voz baja, casi crapulosa, la presencia del resto de la concurrencia. Los delataba el manejo pringoso de "la Biblia", o sea, el programa o los programas de otras reuniones en las que aparecían anotadas las performances, los jockeys, tiempos, otros antecedentes turfísticos. Si en algo se caracterizaban era en el uso invariable del sombrero. No había café que tuviese más sombreros sobre la testa. Ya caídos sobre la frente, ya echados para atrás, siendo esta última característica, propia más bien de los discutidores del fútbol, cuyo apasionamiento les corre el chambergo hacia la nuca. Los "carreristas" se sentían un poco fundadores del café. Eran antiguos y más *positivos*. Ellos iban *al toco*, a la moneda. La apuesta en los hipódromos resultaba más arriesgada que el platonismo del fútbol. Respetaban, sí, a los aficionados "al noble deporte" que había hecho conocer al Uruguay en el mundo entero. También Leguisamo, salteño, de Laureles, había honrado al país. Pero para las carreras se requería, según ellos, otro temple. No era para mocosos. Entre los carreristas había médicos, abogados, empleados superiores de la administración pública. Era *un punto* más alto ir a la tribuna de socios del Jockey Club que concurrir a los estrados de Peñarol o Nacional. El "carrerista", además, tenía en su favor la parte varonil de practicar un vicio, de tener concomitancias con el prestamista, con las matemáticas elementales, con la trampa. El grupo de turfistas no aparecía sino en las vísperas de las

reuniones. Los del fútbol, a veces irrumpían extemporáneamente y había que hacerles callar con un disimulado chistido. No se puede, sin dudas, "calibrar" la acción en las pistas de un nieto de Congreve, mientras se vocifera en otras mesas sobre la actuación de Miguez.

Los "carreristas" se esperaban los unos a los otros, con visible ansiedad, fumando a raja cincha. Uno había hablado con el compositor X; otro tenía el dato del propio Jockey Z. El dato de que tal caballo iba a ser "bombeado" y que debían jugarle a la yegua de Zutano, porque en esa carrera "había acomodo", transformaba al médico en tahur, al abogado en crápula, con la mayor naturalidad. Algunos mandaban jugar y esperaban en el café el resultado del sport extranjero. El ambiente se encanallaba espontáneamente entre "gente bien". Y como era un local muy amplio, en el vasto damero resumía la vida de la capital. Allí pocos hablaban de mujeres y amoríos. A veces, la cita desacostumbrada de dos sujetos, producía cierta alarma entre los mozos y los parroquianos. Los extraños tenían para ellos, malas trazas. O preparaban un golpe o venían a repartir el botín. Rezendez vigilaba la concurrencia buscando a menores que allí empezaban su carrera delictuosa.

El aspecto repugnante de ese bar, como el de otros lugares "del centro", era el taponamiento de los excusados. Allí Rezendez tuvo que actuar muchas veces. Frecuentemente, unos intelectuales que se reunían en el sótano del café —escritores, artistas plásticos y lectores activos o candidatos al uso de la paleta— de tanto en tanto, debían subir al café porque era intolerable el olor en el local subterráneo. Las cloacas se obstruían con las billeteras arrojadas por los ladronzuelos. Allí iba a parar la resaca del robo, el desperdicio: la cartera de cuero comprometedora, el legajo, la cadena de material innoble, imposible de transformar en moneda contante y sonante. Cuando las cloacas se obstruían, la atmósfera los ahogaba. Y los jóvenes intelectuales se reunían entonces en el café, sobre todo los primeros de mes... Discutían temas que originaban palabras ininteligibles en el ambiente de tahures, turfman y futbolistas. Muy raras veces los parroquianos "al firme" torcían la cabeza para escuchar alguna frase rotunda, algún juicio que les aclarase, de una vez por todas, la existencia de Picasso, por ejem-

plo. Eran quizás más sensibles a los artistas, los escépticos médicos que formaban la rueda de los carreristas y políticos del oficialismo. Pero con los amantes del deporte nacional, no había sorpresa. Estaban definitivamente ganados por Obdulio y sus hinchas. El fútbol, so pretexto de que era democratización, conquistaba a muchachos de las familias llamadas "distinguidas", a terciar con empleados de raída indumentaria. Era cómodo, era patriótico pensar *para* el fútbol, *con* el fútbol. Hablando del noble deporte, se elimina automáticamente la política, ya sea nacional o internacional y toda otra clase de "pamplinas". Un hincha del fútbol, presume de carta blanca, "de puro", de "santo", si es apasionado. Los "intelectuales podridos", se preocupaban por el destino del país o la suerte de una pequeña nación o de un pueblo distante. Eran unos desorbitados, pertenecían a una raza inútil. Rezendez los consideraba porque su madre había sido admiradora de Horacio Maldonado y, no hacía mucho tiempo, le había regalado un libro del doctor Couture. El país siempre había tenido algún gran autor en la palestra, a la orden del día. Lástima que Vaz Ferreira se hubiese apagado. Rezendez jamás oía estos nombres en la rueda de los intelectuales. Era curioso comprobar que a los citados no se les discutía. El oficio de Eleuterio era *oír,* siempre *oír* tal vez más que *mirar.*

Y una noche en que olían demasiado las cloacas y que los intelectuales habían ascendido a la superficie, Rezendez oyó el relato que un novelista dijo en voz alta, al parecer con la intención de que se le escuchara.. Es uno de los efectos más notables de los intelectuales: buscar público, si carecen de lectores. El novelista gastaba una vestimenta singular. Género inglés de fuerte trazado, camisa negra sin corbata, manos gesticuladoras y el pelo, el pelo ayudándole a expresarse, como desinteresado colaborador.

—Me acaba de pasar algo que creo me dejará mal por una punta de días. Imagínate —se dirigía particularmente a un escultor de nombradía que sentíase honrado al recibir la confidencia pública del escritor—. Imagínate que salgo de casa de buen humor. El coche me había arrancado bien, después de varios días en que, no sé por qué diablos, me costaba hacerlo andar. Mientras me dirigía a casa de mi cuñada, iba pensando en el valor de los hechos pequeños, insignificantes, que muchas veces determinan es-

tados de humor que uno no acierta a explicárselos. ¡Y tuve una de a pie con mi cuñada!... No es el caso de contarlo ahora. Cosas de familia. Pero estoy seguro que no habría provocado tal lío con la hermanita de mi mujer, si no hubiese pasado el trance más desdichado que me podía suceder... Al llegar a la esquina de la casa de mi suegra, que vive en la Unión, paro el coche junto al cordón de la vereda, como lo haría cualquier mortal, pero con tal mala suerte, que la rueda derecha delantera, levantó una verdadera cortina de agua sucia, ¿sabés? produciendo una de esas salpicaduras que uno quisiera para una tarde de carnaval. Pero en la esquina, pelando la pava, paradito, muy tieso, con aire endomingado, estaba un muchacho de unos 20 años, vestido de arriba abajo con un primor, hermano, con ese gusto particularísimo de la gente endomingada, que producía ternura verlo. Fué un segundo, no más. Lo vi, lo calibré, lo adiviné de cuerpo entero, el *pambich* acababa de salir de las manos bondadosas de la madre, tal vez de su mujercita, no sé... pero estaba impecable. Esperaba o pastoreaba a su damisela, con sus pelos bien aceitados, renegrida la porra, jopo a la Lagar, como dicen ellos... Y bueno, ¡lo bañé de pies a cabeza! Quedó más chorreado que palo de gallinero... Te juro que cuando me miró no supe qué decirle. Había rabia, sí; me hubiese matado, pero en seguida vi en sus ojos una resignación tan inmensa, una tan dramática resignación que me pareció que decía: "¡Qué le vamos a hacer! Tenía que suceder; amigo. Si ando en la mala... No podía ser de otra manera..." No sé si lo dijo, pero por los oídos me entraron esas palabras. El muchacho miró hacia abajo, recorrió su raído trajecito mancha por mancha. El agua era una asquerosidad. Levantó la cabeza, me miró sin decir palabra, luego al cielo como maldiciendo y se alejó alzando los hombros para aliviar su carga de infortunio... Yo no sabía qué hacer... Les juro que no recuerdo haber pasado por un momento más bochornoso. ¡Horrible, horrible!... Veré, por mucho tiempo, la cara del pobre "cabecita negra". Me partió el alma. Entré en casa de mi cuñada y no pude explicarle lo que pasaba. ¡La familia no sirve ni para eso!... Me dió rabia pensar que ella no entendería nada, que no le daría ningún valor al hecho. Pucha, y ahí no más, empecé a pelear a mi cuñada, a criticarla, a herirla...

Hizo una pausa, encendió un cigarrillo y colocándose atra-

vesado en la silla, miró hacia la calle, al través de los grandes ventanales. Los compañeros trataron de cambiar de tema, porque el novelista estaría recordando la discusión con su cuñada. Y eso, era harina de otro costal. Se decía que estaba enamorado de ella. El repentino silencio de los camaradas debió intrigarle. Pero no fué así. Los novelistas, por lo general, pretenden enseñarnos, veladas, sus llagas más íntimas. Y, algunos, no lo consiguen.

Eleuterio Rezendez oyó de pé a pá el relato. Le conmovió, porque él llegó a conocer las tribulaciones de un traje blanco, cuando andaba tras de muchachitas de Malvín que se fijaban en la ropa para aceptar piropos.

IV

Gemma, la ítalo-judía, no estaba en Montevideo. Rezendez creyó que iba a ser mucho más difícil tropezar con Hernández y Marías, hablar con él, poder interrogarlo sobre el destino de aquella mujer. Optó por averiguar qué hacía los domingos el español de las cerámicas. Éste había adquirido un barco de vela de menor cuantía, con el que salía a navegar los sábados, por la tarde. Rezendez fué al Club náutico del Buceo. Y al primer día, sin más trámites, cuando Hernández y Marías bajaba del barco, ayudando a atracar el chinchorro se atrevió a decirle que lo conocía desde el tiempo que concurrían a "la casita" de Malvin. El industrial no se impresionó mucho por la referencia, pero cuando le habló de Gemma, se le plantó, observándolo un momento, como haciendo memoria.

—Sabíamos que era amiga de Paco Dodera — dijo Rezendez, naturalmente.

—¡Pues claro, era su mujer! Pero ya hacía tiempo que se habían separado cuando murió Paco.

Que Paco Dodera había muerto, era la forma natural de mencionarlo a la altura de los acontecimientos. Era una manera de echar más tierra sobre el cadáver. Muerto, sí, no asesinado. A ese punto habían llegado las pesquisas.

—¿No sabe dónde andará ahora? —preguntó Rezendez con desenfado. Estaba resuelto a darse a conocer como pesquisante—. Yo la conocí, porque éramos vecinos suyos en Malvín.

—Me han dicho que se fué al interior... No sé, creo que a Paysandú o a Salto. Usted sabe, esta gente es muy buscavidas y

andariega. Yo la perdí de vista, hace años. Qué bonita era, ¿verdad? ¡Una belleza!

—Espléndida —exclamó Rezendez—. Ahora, será un escombro.

Creyó que el industrial iba a referirse al accidente del trabuco pero se equivocó. Don Cipriano no podía suponer que un extraño conociera un hecho íntimo.

Se sentaron a la orilla a conversar de maniobras marinas.

Rezendez prefirió que su identidad quedase borrosa. Se despidió y tomó el primer ómnibus que pasaba.

El Juez de Menores doctor Chávez ordenó que se pusiera en libertad bajo vigilancia si era posible, a Horacio Costa, que cumplía sus 18 años y llevaba un año en el Albergue. Su conducta había sido casi ejemplar. Durante los primeros meses, hasta que el hombre de baja estatura fué trasladado a otra repartición, Costita no era precisamente un modelo de recluído. Pero cuando dejó de ver al enemigo inicial, su conducta se hizo sospechosamente buena. Al doctor Chávez le interesaba particularmente el caso y en visitas que se cumplían fuera de lo establecido por las disposiciones legales, conversó con Rezendez sobre Horacio Costa, y otros casos curiosos.

Costita demostró una facilidad muy acentuada en el manejo de herramientas de carpintería. No le fué difícil encontrar una plaza en una tonelería de Colón, vecina a la curtiembre en que fuera sorprendido cuando la muerte del capataz. Los de la curtiembre se habían portado bien con él, porque al incluirlo en labores nocturnas, como menor de edad, se expusieron a posibles multas por infracciones. No quiso pedirles trabajo. Pero el compañero Alcides Nuño se lo proporcionó en la tonelería y allí se colocó. Vivía en la casucha que ocupaba Nuño con su padrastro, en la misma pieza, tabique por medio, del viejo jubilado Pancho Ramírez. El oído atento del viejo, el oído amenazante, implacable noche y día fué el que encarriló a Costita.

—Aquí podés quedarte, muchacho, pagando tu parte —dijo el viejo criollo mulatón—. Pero donde yo me dé cuenta de cualquier cosita que no sea derecha, te pongo de patitas en la calle.

Era un hombre recto y de pocas palabras. Y allí estaba, del otro lado del tabique, sin mezclarse en la vida de los muchachos,

pero atento a la menor palabra sospechosa. Solía repetir que el pez por su boca muere. Y esperaba pescar al huésped.

Costita le había tomado amor al oficio de tonelero. Le gustaba poner en condiciones regulares las grandes cubas en uso. Su salida del Albergue coincidió con los preparativos para la cosecha de la viña. Había toneles y bocoyes para ajustar. Su jornal no era extraordinario, pero iban a ser extraordinarias las economías. Un sábado por la noche, Alcides se preparó para ir "al centro". Costita, tirado en la cama, pretextó un agudo dolor de cintura. Había trabajado en mala posición durante cuatro horas, dentro de una cuba inmensa. Pero exageraba...

—No voy a ir al centro —dijo Costita—; no voy a ir hasta que no me tengan pronto mi traje azul. Pero cuando me lo entreguen, ¡ya vas a ver!

—¿Estás mamau? ¿Por qué esperar? Y también, podía ser de otro color, abombau!

Alcides le hablaba siempre con afecto. Y su manera de manifestarse, era insultándolo. El viejo Pancho ya conocía esa modalidad de su muchacho y no reparaba en ello. Le contó a su mujer:

—Maneca, Maneca—: dijo con alegría como si se tratase de una buena noticia—. No va a salir hasta no tener pago un traje azul que se mandó a hacer.

—¿Vos le crés? ¡Estos muchachos son muy embusteros!—. La maliciosa vieja se complacía en contrariar a su marido. Era una mulata desconfiada pero de gran corazón. Habían recogido a Alcides, desde la cuna. Se lo dieron unos pobres diablos del cerro que debieron mandarse mudar, después de una huelga en que sacrificaron hasta los hijos. La madre quedó sola cuando metieron preso al padre y entregó el chico en pañales al viejo Ramírez, que entonces trabajaba de sereno en un frigorífico. Nunca más supieron de ella. Ahora Alcides tenía 23 años y ya andaba buscando mujer. La vieja Maneca tenía miedo de perderlo. Al parecer, la amistad con Costita lo distraía de las parrandas. Dejó el taller mecánico donde le pagaban mal, por un trabajo de curtiembre. Salvo uno que otro tajo infectado que buen susto les dió, las cosas marcharon bien. "Ha resultado agradecido el muchacho", decía, a veces, Pancho Ramírez.

Alcides era muy boca sucia. Demasiado. Por eso no le caía en gracia a las mujeres.

Ellas creían que se expresaba así para demostrar superioridad. Pero él no pensaba en tal cosa. Era un deslenguado, nada más.

—¡Qué cretino!... Trabajar arqueado como una duela y venir a enderezarte en la cama de tu casa. ¡Andá a la mierda! ¿Aquí es donde debes enderezarte?

—Es que yo quiero ir al centro, con una pinta que nadie podrá reconocerme. ¡Nadie! Ni los del Albergue.

—¡Idiota, y pensás que no te van a junar!...

—Es que me interesa que algunos no me reconozcan. Si vos supieras todo lo que me pasó... Algún día te lo voy a contar.

No era la primera vez que Costita prometía contarles lo que le había pasado. Ellos sabían que fué a parar al Albergue, por vagancia, por no tener domicilio desde que se largó de Salto. Pero ignoraban el resto, la historia del cuchillo, Dodera y otras penurias y miserias.

—Cuando me entreguen el azul, vas a saber quién es Costita.

—¿Te vas a dedicar a sacarle plata a las minas, roñoso?

—¡Qué plata!... No la necesito, ¿sabés? Sólo quiero darme dique pero con algo mío sobre la percha. Vas a ver si tengo madera de bacán...

—Andá, andá, chitrulo, engrupido... ¡Costita marica!

—¿Lo decís en serio? — contestó irguiéndose en la cama.

Alcides lo miró un momento y se le acercó amenazándole un puñetazo:

—Cretino... Engrupido... Abombau... Marica.

No. Nuño no le hablaba en serio. El día que así lo hiciese, emplearía la jerga de los empleados del Albergue, cuando se hablaba en la intimidad.

—Cretinito... —repitió Alcides —. Decile al sastre que te apure el traje.

Y los viejos se quedaron sin espectáculo. Y haciéndose señas como si ridiculizasen el cariñoso espionaje, lamentaron que Alcides se largase al centro silbando.

A doña Maneca le preocupaba más que a su marido el traje azul que Costita se había mandado hacer. Había comprado mucha clase de ropa para Alcides, ya con sus propios ahorros, ya con el

dinero que el muchacho le iba dando, pero iba más allá de su fantasía aquel traje azul. ¿Por qué azul? También se lo preguntaba ella. Había visto muchos hombres de negro, en los entierros y en los casamientos. Pero de azul... "Claro, depende de qué azul —pensaba—. No será del color del mameluco que se pone para ir al trabajo". No quería hablar de esas cosas con Pancho porque la echaría a rodar. "Estará de moda —pensó al final—; voy a mirar a la gente en la feria". Y la viejita buscó en la feria la explicación del traje azul pero no la encontró. Le pareció que vestía de azul un inspector que controlaba los precios. Pero no era para llamar la atención.

Un sábado por la tarde, Costita fué a probarse el traje. La primera prueba. ¡Cómo le hubiese gustado a la vieja preguntarle sobre algunos detalles! Aguzó el oído pero se contaron lo que habían hecho esa noche y no se mencionó la ropa. Nuño había perdido dos pesos a la quiniela. Soñó con el 23 y salió el 32. Doña Maneca sabía que hay que darles vuelta a las cifras de los sueños, porque se sueña en capicúa... Costita había ido a ver una película argentina. "Cita en la frontera", con Libertad Lamarque. Se la contó a Alcides. Los viejos oyeron el relato. Alcides se durmió. Costita al otro día tarareaba el tango que cantara la actriz. Pero la estación de radio de los viejos cubría el confuso tarareo.

El traje azul llegó el sábado siguiente, a mediodía. El propio sastre se lo trajo en una percha. Dejó la bicicleta contra el tronquito de paraíso que no acababa de engrosar y, pidiéndole permiso a doña Maneca, se dirigió al cuarto de los muchachos. Sobre la cama de Alcides, por error, dejó tendido el traje azul. La vieja fué a curiosear el primor y le pareció que una realidad tan esperada por Horacio, no tenía por qué adornar, como un regalo de cumpleaños, la cama de Alcides. Debió utilizar todas sus fuerzas y mañas para que el traje recuperase, sobre la cama del dueño, el mismo garbo que tenía al ser colocado por manos expertas. Extendió cuidadosamente las tres prendas porque, sin duda alguna, para Costita, el chaleco contaba mucho. Tenía tantos botones que la viejita sonrió al contarlos: "Se los voy a jugar a la quiniela", dijo satisfecha. Repitiendo la cifra para no olvidarse, la apuntó luego en el almanaque que colgaba de la pared. Y se puso a co-

cinar para su marido que, en el almacén de "Las cuatro bocas", jugaba un partido de truco.

El café estaba en pleno. Las *ruedas* completas con sus *fieles* exaltados, discutidores. Hasta los intelectuales del sótano habían "salido a flote". Los primeros de mes repercutían en la ciudad. Cines de nutrida concurrencia, afluencia de público nocturno al Estadio, calles recorridas por una muchedumbre que se desplazaba perezosa, sin ganas de regresar a los hogares. El día había sido sofocante. Hizo calor, un calor húmedo de octubre, viento apaciguado pero amenazante en los barómetros y los noticiosos. Ardían los avisos de colores y, en las sombras, ladronzuelos de lance y rateros de ómnibus operaban sin saber que esa noche, se llevaría a cabo una *razzia*. Por los cafés de mala vida andaban con pies de plomo empleados de investigaciones en acuerdo con la policía uniformada, para darles una batida a los *punguistas*, rateros y pequeños malhechores de las calles.

Costita se sentó en una mesa vecina al amplio ventanal que levantaran los mozos mientras él, con señorío, observaba la maniobra sin molestarse lo más mínimo. Tenía un café por delante. "Cargadito, ¿eh?" — había dicho al pedirlo. Se sentó dejando su flanco izquierdo fuera de la mesa, apoyando las espaldas en el murete y dirigidas sus miradas de ocioso que sabe aprovechar el descanso, hacia la avenida tumultuosa. Ninguna actitud más franca, más natural. Su compañero, Nuño, llegaría a las doce. Tenía cita con una muchacha tan desbocada como él. Una chica que parecía de mala vida, pero que trabajaba en una imprenta, entre hombres que blasfemaban y maldecían sin cesar. Como Alcides le había hecho gracia, se entendieron. Si Nuño conseguía largarla a media noche, iría a tomar un cafecito con él. Mejor dicho, con Costita y su traje azul. Festejarían el remojón con una caña doble. A las nueve y media, Horacio Costa se sentó en el café. A su indumentaria azul acompañaba bien un poco de gomina en el cabello. El "jopo" a la López Lagar, alardeaba, altanero. Como hacía calor, el sombrero gris lo llevaba en la mano. Lo miró una y otra vez sobre la silla como se contempla a un amigo callado. De tarde en tarde, buscaba un espejo, para darse el gusto de mirarse de un lado y de otro. ¿Se arrugaba mucho el género? Había que cambiar de pierna, montar una sobre la otra, derecha e

izquierda, alternadas, cada cierto tiempo. El chaleco se le subía un poco, pero no mucho. "La falta de costumbre, pensó, porque los viejos aseguraron que el corte era perfecto". Cuando entrase algún *bacán* de los de la mesa del *turf*, Costita observaría el corte del chaleco. Pero no entraba ninguno llevando aquella prenda. El repentino calor las había dejado colgadas en sus respectivas perchas. Costita sonrió al recordar el pálpito de doña Maneca. ¡Jugarle al 8, al 80 y al 08 porque eran 8 los botones de su chaleco! Habíase dado el 08 a la cabeza, y el 8 a los cinco primeros. La vieja temblaba de contenta con la boleta en la mano.

"La cosa empezó bien, pa qué negarlo" —pensó—. Estaba seguro. "Lo que quiero se cumple; he conseguido empilcharme como la gente; tengo un traje azul; les traigo suerte a los viejos; puedo invitar a su amigo; estar al día". Al fin, se imponía en un café como aquel... No dejó de observar con íntima satisfacción que el mozo, al traerle el *café cargado* habíase inclinado sobre la mesa: "Un cargadito —dijo— "para el señor". Era la primera vez que le decían "señor". Claro que al traje azul, nada más que "a la percha" —pensó—, a las hombreras que me caen como Dios"... Sin ir muy lejos, pasaba por un instante de plenitud, de secreta euforia. Dos muchachos que acababan de dejar un coche de lujo en la vereda de enfrente, lo observaban sin ese deslizarse de la mirada que él sintió sobre sus ropas mugrientas, cuando vagaba por las calles, "a la espera de algún gil". Un chófer de la "parada" vecina lo miró también, pero con una cara que no le gustó nada. A ver si me da la cana —pensó—, después de un año y medio de ausencia y ahora, nada menos que enfrascado en un traje azul como no lo tendría el chófer en su maldita vida. Se diría que reparaban en él. O es que lo observaban. ¿Como a un posible cliente para el taxi?

"Entre los chóferes hay muchos alcahuetes" —pensó—. Y aquel era uno de ellos. Se ganaba la vida maldiciendo los viajes cortos, maltratando la máquina, golpeando las puertas y haciendo rechinar los cambios, porque no le salía el viaje a la amueblada o el largo tirón hacia un *stud* de Maroñas... Fué el chófer que le sopló al *tira* conocido, que hacía rato "ése tiene un café por delante perjudicando al mozo..."

El "tira" entró resuelto, decidido a empinarse sobre la mesa

de Costita porque andaban de *razzia* y la presa valía la pena. Lo habría reconocido. El chófer tenía razón. Caminó hacia él. Estrujándole la manga del traje azul con la mano derecha, empezó a hablar, por lo bajo:

—¿Qué hacés por aquí..., mocoso de mierda?... ¡Y esta ropita! ¿Eh? ¿De dónde la sacaste?... Andá dejando las monedas sobre la mesa... Me vas a acompañar a la comisaría... Sin escándalo..., ¿eh? Salí por la otra puerta... ¿Entendiste?

Fué tan inesperado el ataque que Costita empalideció. Para colmo, al acercarse, el pesquisa había hecho caer su "flamante" sombrero gris. Y había aserrín en el piso. Costita comenzó a respirar hondo, como si le faltara aire. A medida que la mano del pesquisa iba aflojando, reaccionaba, y la sangre recuperó su curso normal. El pesquisa acentuaba sus rasgos repugnantes y se hacía más repulsivo aún, al exaltar su propia naturaleza de ex crápula, envalentonada como vencedor. Él no procedía de la clase trabajadora ni de la ociosa de la gran burguesía. Había salido del hampa. Pero era un hampón satisfecho de conocer a fondo su oficio. No había entrado con recomendaciones. Lo había hecho dentro de la policía, lo había perfeccionado para aquel "trabajo" con las espaldas bien guardadas, operando en la mayor impunidad. Cualquier malhechor que ensayaba ese oficio no lo desdeñaba.

El pesquisa miró al chófer, que se escondió detrás de una columna de alumbrado. En aquel momento dudaba, porque la reacción de Costita, tan sereno en apariencias, tan pasivo, lo despistó. El chófer no dudaba de que era el mismo ratero que el año pasado había "operado" en esa esquina.

El pesquisa lo esperó en la puerta. Horacio suspiró, y de un aire melancólico que bañó su rostro al recoger el sombrero, pasó a imprimir en su semblante los rasgos feroces de que era capaz. El mozo se le acercó:

—¿Qué pasa? — preguntó como hombre solidario con el cliente.

—Nada... Me deben haber confundido... No sé..., me llevan.

—No salga —le dijo el mozo—, no le haga caso. ¡Qué se habrán creído estos tiras, alcahuetes, y coimeros!... No le haga caso y

que lo esperen afuera. El patrón no lo dejará sacar a la fuerza... ¡Qué se habrán creído!...

El mozo miró hacia afuera como desafiando al pesquisa. Tenía la bandeja contra el pecho ya no como un elemento de trabajo: era un escudo de combate.

El pesquisa se dió cuenta y frunció el ceño. El mozo se le acercó:

—Qué... ¿Ahora van a sacar a los clientes de la casa?...

—¿Clientes?... —preguntó el pesquisa—. ¿De dónde lo sacaste? Ese tiene la captura recomendada.

El mozo sintió que la noticia le caía como baldazo de agua fría.

—¿Captura recomendada?... No joda... Está mintiendo, se lo digo yo... Siempre los mismos...

Y dándole las espaldas acudió al llamado de un cliente de la rueda del fútbol.

Costita dejó una propina abundante, desacostumbrada. Saludó al mozo con aire del señor-que-toma-las-cosas-con-prudencia... y se acercó al pesquisa:

—¿Por qué me lleva?

—Ya vas a rendir cuentas de dónde sacaste este traje, ladroncito.

—Si seguís insultándome —dijo Costita— no me llevarás por las buenas...

De sus ojos salieron llamas de cólera.

Se le había plantado al pesquisa, cuya estatura era justamente la suya. Podía mirarle cara a cara. Al fondo, divisó el rostro innoble del chófer que Costita reconoció en aquel instante. Era un mal sujeto que explotaba a una mujer, y él lo sabía.

—Por las buenas, vamos —dijo Costita— pero esta vez no te vas a salir con la tuya.

Marcharon el uno al lado del otro hasta la comisaría. A veces, al pasar por lugares obscuros, que los había a cada paso, Costita sentía un hormigueo en los puños. Pero pensó en el viejo, en doña Maneca, en Alcides. Y siguió andando.

En la comisaría lo tuvieron "demorado", hasta el amanecer del domingo, sin interrogarle, sin darle razón. El pesquisa había hablado en secreto con el oficial de turno. Lo encerraron en una

pieza mugrienta, con seis muchachos más, y una mujer de la vida. Todos zarrapastrosos al lado suyo. La ofrenda que le hacía a su traje azul, no se la perdonaría nunca más. Era triste o ridículo parecer endomingado. Venía amaneciendo y no pegaba ojo. Sacaron a empujones a tres rateros. Los pasaron al calabozo. La mujer ya roncaba, cuando apuntaron las primeras luces. Costita se mantenía en la dignidad de su traje azul, apoyado en una saliente del muro, un murete negrusco, pringoso. Volvía a las de antes. Volvía a las atmósferas que le fueron familiares. No vería nunca más a aquel pesquisa. Bien sabía él que ellos tratan de no volver a tener contacto con los malandrines y, menos aún, con los que detenían arbitrariamente.

El lunes a la mañana, después del primer interrogatorio en que toda pregunta giró en torno al traje azul, de dónde lo había robado; a quién, cómo, por qué; a qué horas, etc., luego de dar con su identidad y hablar al Juez de Menores, porque se trataba de un ex huésped del Albergue, después de penurias que marchitaron hora tras hora al espléndido traje azul, lo condujeron a la tonelería. El sargento uniformado de la última comisaría que visitó, se encargó del trámite final. Rezendez que ya estaba enterado del caso y que dudaba de que el traje azul se lo hubiese confeccionado con el producto de algún robo, dejó que el sargento cumpliese las averiguaciones en el taller de cubas.

Cuando vieron llegar a Horacio Costa con un policía uniformado, los dueños de la tonelería pusieron mala cara. Habló el sargento con uno de ellos, a solas. Los informes no podían ser mejores. Rezendez entró en seguida como un cliente y hablaron de Costita. Era el obrero más capacitado, de conducta ejemplar y muy respetuoso. Asistencia, casi excepcional.

El sargento y Rezendez se miraron desconcertados. Cuando supieron el tiempo que allí trabajaba y cuánto había ganado, era fácil hacer los cálculos y darse cuenta que podía tener dos trajes como aquél.

Rezendez salió sin ser visto. El sargento se fué luego de recomendarle que pasara al día siguiente por la comisaría. El patrón le dijo secamente a Costa:

—Pasá a cobrar la quincena que te falta. No queremos gente que tenga cuentas pendientes con la policía... Hasta la vista...

Costita tuvo que morderse los labios. Si no vistiese el traje azul lo molía a trompadas. Se miró la ropa, aspiró hondo, se cuadró como para no dejar pasar al canalla y le dijo:

—¡Que te parta un rayo, hijo de yegua! Debía matarte en el acto... ¡Cornudo, mala entraña!

Iba retrocediendo, retrocediendo para no avanzar y tener que matarlo. La pequeña pieza se reducía a una cárcel, se achicaba ante la amenaza.

Salió sin dar las espaldas, siempre de frente, repitiendo las mismas palabras. Al fin, le gritó:

—Que preñen a tu hija, miserable, y que la preñe el que se acuesta con tu mujer!... ¡Que yo sé quién es!

Todos los obreros lo sabían. Costita le dejaba el puñal clavado en el pecho como dejaron un día el suyo, en el tórax de Dodera.

El sombrero gris perla estrujado en las manos, parecía un trapo.

Alcides encontró a Costita el miércoles por la noche, en el almacén de "Las cuatro bocas", astroso, borracho, enloquecido. Don Pancho Ramírez había dado parte a la comisaría de su desaparición. En la policía no ignoraban lo que había pasado. Sobre todo, Rezendez. Éste le contó al juez lo ocurrido. Pero nada se hizo por remediar el error.

"Estas cosas pasan muy seguido con los huéspedes del Albergue", había dicho el juez de menores.

Así procedía un miembro conspicuo de la familia tradicional, prudente, cauteloso o cobarde.

Rezendez se cruzó con el pesquisa que detuvo a Costita. Lo encontró en un café de la avenida 18 de Julio.

A María le fascinó el relato de su marido. Daría cualquier cosa por conocer a "Gemma, la judía".

Comenzó a fantasear sobre los posibles lugares donde estaría la mujer, "clave", según Rezendez, del crimen de Dodera. Cuando supo que era posible que estuviese en Salto, su imaginación empezó a crecer. Tanto él como ella, no tenían la menor idea de Salto. Era un vago lugar geográfico. Unos saltos de agua, lejos de la ciudad, un parador y el río Uruguay. "¿Qué podrá hacer esa

mujer en Salto? — se preguntaba Rezendez—. ¿Otra fábrica de cerámica? ¿Tendrá parientes por allí?"

Su mujer sacó tantas conclusiones del secreto de Rezendez sobre la mujer herida en el rostro que resolvió no perder detalle de la pesquisa. "Lo habrá mandado matar", se dijo para sí. Luego, animada:

—Y ¿si la hubiese mandado matar como venganza? — preguntó, sin mediar palabra, antes de que se sentaran a almorzar.

—Esa es mi idea, desde hace rato —replicó Rezendez—. Es muy posible. Dodera abandonó a Gemma, no cabe duda, pero por otras cosas...

—Cómo, ¿por otras? Una mujer, seguramente —dijo María— que se lo quitó.

Rezendez, antes de ponerla en antecedentes, titubeó. Tal vez no era muy útil enterarla del género de vida de Dodera dentro y fuera de la fábrica. "A fin de cuentas, se dijo, ya que quiere meter las narices en este oficio, que las meta".

—¿No leíste en los diarios que Dodera hacía vida rara? — preguntó.

—¿Rara? —preguntó María—. Daban a entender que era algo más que un capataz o que se hacía llamar capataz, pero que era uno de los dueños.

—Y bueno, por algo sería...

—No te entiendo...

—Y... que hacía todo eso, para tener a mano chiquilines que se pasaban el dato entre ellos, los explotaban y...

—Hacía trabajar a los menores... De esos hay cientos, che. Todas las sirvientitas de Malvin son menores. Les dan de comer, las visten y les hacen servir. Eso pasa, en las mejores familias...

—Te estás pasando de viva o... no entendés. A Dodera le gustaban los muchachos, boba. Uno de ellos, podía ser Costa, el dueño del cuchillo. Pero demostró que estaba lejos del lugar del hecho. Pero son tan hábiles estos degenerados, que a lo mejor nos fumó a todos. Por eso le seguimos la pista — terminó Rezendez.

A María le molestó la referencia al homosexualismo.

—Pero ¿ya lo largaron?

—Sí, salió y anoche tuvo líos con un pesquisa.

Rezendez contó en forma dramática el error que se había

cometido. Les era muy difícil, a esos muchachos, volver a vivir honradamente. El caso le había servido para una larga conferencia con el Dr. Chávez. Se pusieron de acuerdo en ese punto tan sólo. Era evidente que la sociedad rechazaba a aquellos muchachos arrojados al desamparo. Los hombres eran como los árboles, que cuando nacen torcidos no pueden ser enderezados. La sociedad era cruel con ellos y las autoridades y el sistema de vida imperante se confabulaban para que no pudiesen reivindicarse. El doctor Chávez sabía mucho de aquellas cosas, pero no le dió soluciones, ni quería tomarse el trabajo de investigar más a fondo. Después de cientos de reflexiones, un gran vacío.

—Son unos comodones —dijo Rezendez—. Me dió la lata y se quedó con todas sus verdades amontonadas.

—¿Se ocupan de ellos al salir del Albergue?

—Sí, se ocupan... Casi siempre se ocupan de llevarlos de nuevo al Albergue. A Costita lo echaron del empleo porque no quieren líos con la policía, ni con la justicia. Poco a poco le van cerrando las puertas.

—Me gusta que hables así — terminó su mujer.

María miró a Rezendez con insistencia. Si bien era frecuente que mantuviese el sombrero puesto dentro de la casa, aquel día le pareció que el ala caía demasiado sobre los ojos.

Rezendez ocultaba una herida en la frente. Y aquella huella de una pelea que había tenido con el pesquisa que detuvo a Costa, iba a ser cubierta de besos por su compañera. Las cosas pasaron así:

Rezendez encontró a Julio Millán, el compañero de oficina que detuvo a Costa, inmediatamente después de hablar con el juez de menores. Se sentó a su mesa. Venía preocupado con lo que le había dicho el doctor Chávez. No bien le contó que había tenido una entrevista en el despacho de aquél, Millán lo abarajó con un gesto despectivo:

—¡Dejate de pavadas!... Si vos crés que te va a dar algo el juez ése... podés esperar sentado. Ese se rasca para adentro, como todos.

Millán imprimió a sus palabras un aire desdeñoso que Rezendez no desconocía. Millán era un poco más alto que Rezendez, tan fuerte como él, pero vestía con esa desprolijidad que empe-

queñece a la gente. Usaba los pantalones caídos, casi siempre de color marrón y un chambergo "a lo Gardel" que lo achicaba.

Nunca se habían llevado bien. Pero entre bueyes no hay cornadas. Respetábanse a su modo. Millán, al prejuzgar sobre las intenciones de Rezendez en la visita al juez, se metía en su intimidad.

—A mí no me va a dar nada ni él ni nadie. Yo soy de los que se las arreglan solo. ¿Entendido? Y si lo fuí a ver, fué por culpa tuya, esta vez... Por tu metida de pata.

—¿Qué metida de pata? — preguntó Millán haciéndose el desentendido.

—Bien sabés cuál... La de ese muchacho del Albergue que está vigilado por pedido del juez... Ese que detuviste al cuete.

—A ésos, no se les lleva nunca al cuete... Dejate de pavadas... Tenés ganas de complicar las cosas — volvió Millán a mostrarse despectivo en los ademanes. Hizo señas al mozo para pagar como si tratara de evitar a Rezendez.

Cuando el mozo se hubo alejado, el café estaba vacío. Rezendez le dijo por bajo:

—Me dás en el forro... ¿sabés?... con tu airecito de matón... ¡oílo bien!

—Y vos me reventás con tu parada. Andá a darte corte con otro—. Hizo ademán de levantarse.

Rezendez se hallaba frente a Millán, mesa por medio. Se irguió rápidamente, mientras Millán se ponía de pie y, sin darle tiempo, como un carnero que embiste su blanco, le aplicó un tremendo cabezazo en la mandíbula, tan certero, que los incisivos del agredido lesionaron su frente. El golpe había sido un impacto brutal. Rezendez, ya de pie, montó guardia y esperó la reacción de Millán. Al instante los labios de éste sangraron. No atinó a otra cosa que agarrarse a los hombros de su agresor para hacerlo guardar distancia. Pero Rezendez, manteniéndose en la ofensiva, lo alcanzó fácilmente con un golpe de puño de abajo a arriba, en la mandíbula. Millán se tumbó sobre la mesa. El mozo se dió cuenta de lo que pasaba, en el instante en que cayó Rezendez quien poniéndose el sombrero, le dijo con voz ronca como se estilaba entre ellos:

—Este último, hijo de perra, por el infeliz que detuviste.

María le quitó el sombrero, le besó la herida y pensó, súbitamente, que tendría tema para conversar con la hermana del juez.

V

Doña Maneca había servido en casas de familia. Cuando apretaron los años, de cocinera pasó a ocuparse del lavado de la ropa. Hasta que vino el reuma y debió empuñar la plancha, la plancha que se calentaba en el brasero. La invalidez se hizo presente al aparecer las planchas eléctricas. A veces, pensaba que los progresos y adelantos llegaban justo cuando ella dejaba de ser útil. El lavadero o los jabones que limpian solos; la plancha eléctrica y toda suerte de inventos, aparecieron cuando ella ya no servía para un fregado. Entonces le entró el amor por las plantas. La casucha donde vivía se singularizaba por los numerosos tiestos con variedades de flores; aprovechaba la lata de aceite para los malvones, y algún recipiente que le traía Alcides, para las margaritas o claveles preferidos. Tenía ya las flores que tal vez le llevasen a la última morada.

Al viejo Pancho Ramírez le disgustó la desaparición de Costita. Para colmar su desconfianza, al hacer la denuncia, el comisario le enteró que su huésped se había hecho sospechoso de un crimen. A pesar de la distancia que lo separaba del lugar donde se cometiera había quedado sin explicación el hecho de que la víctima apareciese con un cuchillo de su pertenencia atravesado en el pecho. Al viejo Ramírez se le heló la sangre. Resolvió callarse para no desilusionar a su compañera.

—Lo mejor, es no complicarse la vida —le aconsejó el comisario—. Todos esos muchachos tienen mala entraña. No se fíe de ellos. Es un consejo.

—Pero... si no se les da una mano... ¿cómo se las van a arreglar?... — preguntó tímidamente Ramírez.

—Haga lo que le parezca. Es un consejo que le doy. Ahora, si le gusta ser redentor... — terminó el comisario.

Como había gente esperando y el tono de la autoridad no era amistoso, Ramírez dió las buenas tardes y salió confundido. Muy lejos, en el fondo borroso de su memoria, recordó un pasaje de la infancia en el Barrio de las latas, como se le llamó mucho tiempo a las viviendas que se hicieron con los desperdicios de nafta luego de la guerra del 14. La conflagación les había acercado un montón de chatarra útil. Los envases de kerosén ganaron terreno a la madera, que encareció. El sol hacía crujir las viviendas, pero aguantaron. Ramírez se dejó aconsejar por unos anarquistas y se metió en un lío de huelguistas y carneros, del que no habíase acordado hasta ese momento. Caminó lentamente. Le parecía oír la pedrea de los enemigos, sonando en las latas del techo y las paredes. Después, lo detuvieron y conoció el calabozo... Y se desvanecían los recuerdos. Cuando enfrentó a Costita no pudo levantar el dedo acusador. Él también había tocado la miseria y la adversidad en épocas bravas. Salió al patio con la calderita y el mate en la mano izquierda. Atravesó el alegre patiecito de las flores, dobló a la derecha, por el lado de la calle, y empujó la puerta del cuarto de los muchachos, con la punta del pie. Él sabía que encontraría a Costita tirado en la cama, fumando como un condenado. La humareda, el tufo había traspasado el tabique.

La puerta se abrió, e inmediatamente, Costita, que dormitaba, dió un salto, se puso de pie y asustado, exclamó. "¿Quién me busca?" Su actitud era feroz, la voz desconocida. Al viejo le temblaron las manos de susto.

—Te traía un mate, muchacho... —dijo con calma el viejo Pancho—, un matecito... Sentate, sentate.

Costita se sentó al borde de la cama, tapándose la cara con las manos.

—No le dés bolilla —dijo el viejo—, ya vas a salir a flote. Todo pasa.

Se miraron como diciendo: "Nosotros tenemos que pasar por estas cosas". Costita habría agregado: "Como para empezar a degollar gente". El viejo, moviendo de un lado a otro su cabeza

cana, quería decirle: "No es para tanto, dejá que pase el tiempo. Son los primeros empujones".

Éstas y muchas otras ideas se desarrollaron en las pausas del mate. El silencio del mate no es el mismo que el que transcurre de una a otra copa, bebida en silencio en los bares. El mate teje paciencia. Sus pausas son malas consejeras para la rebelión. Se piensa en la bombilla si está o no en su sitio. Se piensa... en la yerba, si tiene copete, si nadan los palitos, si es resistente; si está lavada; si hay que cambiarla; si debemos darla vuelta. El mate sabe engañar el hambre... Se piensa... al tender la mano con demasiada prudencia, porque es algo que se ofrece, no es cosa que se da definitivamente, sino que se entrega, para que participe de su deleite un segundo, un tercero. Se piensa... al esperar, paciente, con la mano tendida. Ningún cobarde apuñaleó a su enemigo mientras devolvía el mate. Se piensa... al mover la bombilla, cuando el invitado la torció o la hizo sonar en la última chupada. El mate amansa, empareja, somete. Es el yugo, a veces; otras, es la manea. Se piensa, se discurre, se reflexiona mucho, demasiado. Es la trampa. En China fué el opio en manos del Imperialismo. Dentro de un siglo tendrá valor esta comparación.

—¿Qué pensás hacer, vamo a ver? — preguntó el viejo.

—¿Hacer? ¡Hacer, nada!... Ya está visto. ¡Hacer, nada!... Ahora, que la cama me calienta los riñones y...

El viejo no quiso interrumpirlo. No le ofreció el mate. Puso una pausa caprichosa evitando que se enfriase, cubriéndolo con las palmas de las manos. Como no le gustaba el termo porque lo hacía siempre igual, la calderita ya anunciaba la zona destemplada del mate, cuando huele bien y es más amargo. Lo acariciaba como si fuese la cabeza de un niño en desgracia.

—Me voy a volver de donde vine... Aquí no hay lugar para mí. Me vuelvo a Mataojito... a *Corral Abierto,* al barro y a la roña... ¡A cualquier lado!

Al decir el nombre del pueblo donde tenía a su gente, se le secó la lengua. Pensó, con más precisión, en su hermana. Tenía una hermana a la que debía ver para no defraudarla, para sacarla del atolladero.

—Me vuelvo, no bien haga unas changas, me vuelvo. No

aguanto más. Iré en algún camión. Lástima que tengo que volver así... con las manos vacías...

—¿Dónde vas a changuear?

—En el puerto. Tengo un amigo que me dará trabajo en una draga o a hombrear en las estibas. Yo me las arreglaré para llevarles algo... Pero me voy, me voy de aquí... Tengo que irme de aquí. Quiero ver a mi hermana...

El viejo Ramírez le dió una chupada a la bombilla, acomodó la yerba con su sabiduría de viejo y el mate tuvo un sabor particular cuando Costita lo gustó. No estaba frío, frío del todo, porque le entregaba la entraña amarga en aquel instante en que recordó a su hermana.

El viejo oyó pasos en la pieza contigua y se marchó sin chistar. Costita quedó mirando hacia afuera, como si bebiese la luz de la puerta que no cerrara el viejo. Era la misma luz que se veía entre las ramas, allá en la cañada de Mataojito. Sólo faltaba la presencia de su hermana. En la pieza de al lado, los viejos murmurban. Oyó que doña Maneca le decía:

—Si tenés el termo, viejo, ¿pa qué andar con tu pavita cursienta?...

El termo, era el termo lo único que podía aprovechar la vieja de las invenciones que le mordieron los talones. Y el viejo Ramírez no quería ceder. Prefería la caldera.

Cayó Alcides, que venía de la curtiembre donde trabajaba, de buen humor, cantando. Hablaron de cualquier cosa, sobre todo de muchachas. Nuño no le daba importancia al trance que había pasado el compañero. Otros temas le preocupaban.

—Mirá, Costita, vos sabés que yo soy blanco. Si querés que te acerque a mis amigos, yo creo que vas a conseguir trabajo en cualquier lado. Los de Herrera estamos echando buenas, qué joder, y hay que aprovechar la racha. No te achiqués, belinún, y vamos a ver a Moreira, el caudillo del Cerro... Te acomoda en seguida.

—¡Me vuelvo al rancho..., me vuelvo! Está resuelto — dijo Costita desperezándose. Sintió como si se aliviara de todo el peso que cargaba, anunciando su resolución final—. Allá hay miseria, sí, pero no hay tanto hijo de...

Alcides no hizo ningún comentario.

—Mirá, hace un momento estuvo don Pancho. Apareció de

golpe. Yo di un salto como para ganar tiempo y partirle la cabeza con cualquier cosa... Vos comprendés que así no se puede vivir. Prefiero comer una vez a la semana, un churrasco robado o comadrejas o lagartos o lo que sea —la voz de Costita subía de tono— antes de no poder dormir tranquilo. Claro que me gustaría llevarme la cabeza del tonelero... o partírsela en dos. Pero prefiero volver más liviano...

La cara del amigo y la terrible voz, impresionaron a Alcides. ¿Sería verdad lo que le habían dicho sobre el crimen de El Capataz?? ¿Era él el asesino?

Miró un momento a Costita, le echó una rociada de órdago y se tumbó a fumar, mirando el techo. Era lo mejor del mundo. Fumar, de cara al techo. Un goce que nada podía superar. Ni las muchachas.

VI

—TENÉS que hablarme, hermano. Porque si no lo hacés, vamos a parar a la cuneta. Lo han cargau tan alto que me parece que llevo la mercadería sobre la cabeza.

—Si ésa es la forma de pagarte el favor, me va a quedar la chismosa más seca que lengua de loro.

Rieron un buen trecho. Después, el camionero silbó un tango. La letra, le dictó esta frase:

—Contáme alguna cosa... ¿No te pinchaste ninguna percanta? ¡Contá!

El camionero reía de buena gana para espantarse los pájaros del sueño que le aleteaban en la frente. Costita apenas sonreía porque el tipo se le quería meter en su pasado de Montevideo. "Si te cuento todo —se dijo— vas a perder el sueño y algo más".

Pero había que conversar para ayudarle a conducir despierto.

—¿Cómo te dió por andar de noche, si tenés el día por delante? — le preguntó.

—Yo no elegí la changa. Ellos me mandan de noche. Vos sabés, de noche se calientan menos las ruedas, el motor anda mejor. Hay menos gente en el camino, menos pajarones. De día hay que andar cuerpeando chambones.

No sería ése un tema que lo despabilaría. A él también le interesaba tenerlo despierto. Calculó lo que sería caer a la cuneta, volcarse en la banquina o enfilar hacia una zanja en una curva cerrada.

—Pero dormís de día — dijo Costita.

—Estás frito. De día, yo no sé lo que es dormir en Montevi-

deo. Qué querés, tengo una chica y otros rebusques. Un hermano mío, tiene agencia de quinielas. Y si hay lotería y él no puede atenderla porque anda a las vueltas con los médicos, de un lau pal otro, yo soy el que pasa las jugadas.

Hablaron un largo rato de quiniela. Es un tema que quita el sueño.

—Cuando pasemos San José vamos a parar en un arroyo, pa tomar unos amargos. Es lo único que me desvela, porque vos sos un gil, no me contás nada.

—Qué querés que te diga... ¿Te parece poco tener que volver porque no encuentro trabajo en Montevideo? Si te cuento la historia, te dormís.

—¡Ah! Eso sí, decís la verdad... Cuanto tipo traigo de vuelta, me cuenta desgracias. ¡Dan sueño las desgracias, hermano! No cuentan más que michiaduras.

—¿Siempre levantás gente?

—¿Y por qué no?... A mí no me molestan. Hay que ser compañero. Si me piden, los hago subir. Yo no soy egoísta...

—¿Te da lo mismo cualquiera?

—¡No tanto! En el otro viaje, me le negué a un apestado, un tipo que tenía unas llagas en la cara que daban miedo. Se acercaba y era como si fuese un fantasma que nos quisiera asustar. Nunca vi cosa parecida. Anduve como cien leguas con la cara del tipo delante. Te aseguro que para quitarle el sueño a uno, un apestau de esos, se lo quita por un rato largo. No se le olvida a uno por mucho tiempo que pase.

—Y ¿lo dejastes no más? ¡Pobre diablo!

—¿Qué querés, que lo pusiéramos en medio, entre yo y mi compañero? Pensé hacerlo trepar arriba del portland, pero me dió miedo derramarlo por ahí en una curva. Una vez subí a uno y se durmió allá arriba. Al otro día oí en la radio que fué encontrado desnucado cerca de Flores. Yo no tenía la culpa. Dejé que hablasen del finado. Me persiné, nada más. ¿Qué querés que hiciera? ¿Que le pagase el entierro?...

—¡Pobre tipo!

—¿Cuál? ¿El muerto? El muerto pasó a mejor vida. Era un bichicome.

—No, el otro, el de las llagas.

—¡Ah, vos decís el apestado! No lo íbamos a traer apilado entre los dos. Mi compañero me dijo que ni por mil pesos... Y cuando el desgraciau se fué al excusado, prendí el motor y debe haberle visto la cola al camión. Lo dejamos en seco.

—¡Maldito!

—¿Quién, yo?

—No, hombre, no jodás, el apestado.

—Si lo hubieses visto, te quita el sueño por un mes. Me dió miedo. Más que un caño de revólver.

—He visto cosas peores .

—A mí, ya me quitó el sueño, con eso te digo todo. Pienso en él y veo fantasmas.

—Bah... Te remordió la conciencia, como dicen...

—¡Qué *concencia* ni *concencia!* Si por cada tipo que no levanto me va remorder, andaría sin carnes. Muchos piden que los levantemos.

—En mi caso, si no fuese por vos... me quedo a lo mejor una semana en el Ancap.

—Todos ustedes van al Ancap a esperar la salida.

—Fué la primera estación de servicio que encontré. Me dijeron que a lo mejor me llevaban, pero hasta por aquí no más...

Costita hizo una pausa. Lo ayudó a reaccionar:

—¿Por qué decís ustedes?... Yo soy solo.

—Ustedes, los que viajan de arriba.

—Es la primera vez —aseguró Costita—. No me gusta pedir nada a nadie.

—No te mandés la parte. ¿Cómo viniste, entonces?

—Y... en tren, de segunda... Mi hermana me pagó el pasaje.

—¿Cuándo?

—Un par de años.

—Y no conseguiste nada.

—Ni medio.

—Debés pedirle mucho a tata Dios. Trabajo, hay...

—¿Pedirle? Aprendí un oficio y ¿pa qué me sirve?

—¿Qué sabés hacer?

—Carpintería. Tonelero...

—Un carpintero trabaja casi siempre pa dejarle el taller al

hijo. No es un oficio bueno. De oficial no pasás. Y pa instalarte cuesta plata.

—Tenés razón.

—Pero a vos te gusta andar de un lau pal otro... Hasta que sentés cabeza, claro.

—¿Quién te dijo?

—¿Qué edad tenés?

—Dieciocho, tocando los diecinueve.

—Tenés pa rato. Yo ando en los veintisiete. Dos de camionero, ya. Este trabajo es macanudo. ¿Sabés? De cuando en cuando, hay un contrabando y te hacés como pa no trabajar tres meses por lo menos.

—Hay que saber manejar.

—Seguro.

—Hacés lo que te da la gana, entonces.

—Arriba del camión, mando yo. Mirá, aquí no más, vamo a parar. Vas a tener que juntar leña.

—Como si no supiese.

—¿Supiese qué?

—Juntar leña... No se hace otra cosa a donde voy. Todo el día juntando leña, cargando ramas secas.

—¿De dónde sos?

—De *Mataojito*, de *Corral Abierto*...

—Habrá monte y leña a bocha por allá.

—Eso decís vos. Monte, sí. Leña, tenés que andar de noche y a escondidas pa conseguirla. Ni leña tenemos por allá.

—Es el culo del mundo, entonces.

—Sí, lo más ruín.

Pararon en una curva. En la noche era impresionante la carga. Costita la miró como si temiera que se le viniese encima.

—¿Busco leña?

—¡Y claro!... Yo voy arreglando las cosas.

El camionero era corpulento, tirando a obeso. Le pesaban las carnes. Costita observó que el volante le hacía cosquillas en la panza y le había dibujado una huella oscura en el mameluco, en el lugar donde frotaba el volante.

Costita respiró hondo. Aspiraba el mismo olor que en la cañada de la niñez. A medida que caminaba se iba sintiendo más

a gusto. Allí donde pisaba fuerte, le trepaban el cuerpo los más variados perfumes. Recuperaba, de pronto, el campo perdido. Un campo que no era de su propiedad, defendido con riesgos y coraje porque transitar por la cañada se podía, siempre que no estuviese en la estancia el patrón. Muchas cosas estaban prohibidas mientras el poderoso Dodge del estanciero relucía en los galpones. Se le veía desde el camino. Pero no bien regresaba a la ciudad, dejando una nube de polvo flotando en el alto verano, los riesgos disminuían. Podíase bajar al monte, levantar leña, y hasta jugarles sucio cuereando algún animal flaco, de ésos que ya están por "entregar el rosquete". Esto no pasaba muy seguido. Alguna vez, dejaron que la carne se pudriera al sol. Al capataz de esa estancia le dejaban el cuero en el alambrado. "Los contrabandistas, decía él como excusa, también tienen sus necesidades, patrón". Y, no había más que cargarle la carneada a cuenta de ellos.

Esta historia podía contársela al camionero, ya que él le había hablado de contrabandos. Con lujo de detalles le contó las peripecias, las miserias.

—Pero, ese pueblo es un pueblo de ratas... ¡che!

—¿Pueblo de ratas? Ah, sí, tenés razón. Así lo llamó el doctor Chávez, el juez de menores. Dijo que *Corral Abierto* debía desaparecer.

—¡Qué van a desaparecer! Yo oí decir que hay como cien pueblos de ésos. ¡Con cien mil habitantes!

—La gran flauta. Deben oler de lejos. Yo creía que no había tantos. Habrán crecido ahora.

Quedaron tomando mate, un mate sabroso que Costita le preparó como una atención de su parte.

—Por lo menos, sabés cebar mate. A veces, levanto a cada gil, que ni eso sabe hacer — dijo el camionero dando vuelta la cara hacia el camino.

Miró el camión como quien mira una cadena a la que está atado, o a alguien que lo está vigilando.

—Creo que le falla un platino — dijo.

—Me pareció — opinó Costita —. Te lo iba a decir.

—Entonces sabés algo de mecánica.

—Mi compañero de pieza trabajaba en un garage. Y conversábamos de motores.

Después de una larga pausa, dijo el camionero:

—Sabés que hoy, ni el mate me quita el sueño. Me parece que voy a darme una dormida. Vale la pena. Total, no hay apuro.

No necesitó disculparse. Se extendió en el sitio donde se hallaba. Puso los puños cerrados en el occipucio y al momento respiraba hondo, profundamente dormido.

Mejor si descansaba. Costita verificó si era visible la luz roja de cola. Y a medida que se alejó del camión, se le vinieron los recuerdos uno a uno, tan ordenadamente, que parecía vivirlos otra vez. Se tendió en el pasto como a cincuenta metros del camión.

Y fué recordando a su hermana Isabel. Él acababa de cumplir quince años. Como los compañeros de los otros ranchos eran enclenques, los podía a casi todos. Cándido, hijo de un peón de estancia que caía los sábados a la noche, era su único rival. Tenía catorce años, pero por su flacura podía pasar por un niño de doce. Las chiquilinas le llamaban "el tísico" y lo desdeñaban. Pero era el más astuto, y Horacio aprendió mucho de él. Claro, su padre se ocupaba de hacerlo retobado, contestador, ventajero. Casi siempre, "el Cándido", como le nombraban, lo vencía a fuerza de astucia. Se empezó a murmurar entre los mayores que le arrastraba el ala a la hija de Chingolo, el marido de la parda Amalia, una negra retinta, mucho mayor que su compañero, pero que lo tenía atravesado con un "gualiche infalible". A "El Cándido" no lo desafió a pelear porque al pobre no le daban las tabas para afirmarse en la tierra. En ese momento recordaba el raro desafío, y mirando las estrellas, boca arriba, le pareció que todo lo que le galopaba en la memoria era mentira. Mentira su pasado en el rancho de totora y mentira el barranco donde se guarecieron para cumplir el desafío. La pendiente donde se hallaba de espaldas, era más dura que aquella de tierra floja donde se acostaron con "el Cándido", para realizar la apuesta. A la sazón, era noche oscura. Ni una brasa del pequeño fogón le acompañaba. De tarde en tarde, se acercaba el trajinar de un motor, que lentamente se perdía en la noche. Luego, otro, más silencioso, pero menos útil sin duda, que pasó casi volando con unos faros inmensos que iluminaban un vasto horizonte. "Van a despertar al camionero", pensó. Un tercero, hizo un ruido mucho mayor. Demoró en pasar, en perderse en la distancia. Era un camión con acoplado, cargado hasta

el tope. Tomó la curva, a poca velocidad. Pero ningún accidente lo alejaba de sus recuerdos. A cada momento, se le aparecía Isabel, su hermana. Y "el Cándido", al que veía sonreír desde sus pobres huesos. "Habrá muerto —pensó—; no le quedaba sangre ni para enojarse". Ahora, al evocarlo, lo veía sonreír y la cara se le presentó una máscara. Le había ganado la apuesta, la sucia batalla que sólo podían jugar ellos, los ociosos de *Corral Abierto,* bajo un cielo con nubes de lluvia, en una atmósfera capaz de sacar a las víboras de sus cuevas, y a los lagartos que se deslizaban familiarmente sobre las piedras. Se acostaron de espaldas. Horacio se irguió nerviosamente, una y otra vez, para demostrar mayor dominio que "el Cándido" y una destreza que no tenía, pero que había que darla como sensación de superioridad. Pero "el tísico", el espectral Cándido, permanecía boca arriba, a ras de tierra, tranquilo, sin mirarse aquella parte del cuerpo que despertara precozmente y con la que lograría un triunfo sobre su compañero. Había hablado mucho de aquella prueba de fuego, de la presente hombría, pero nunca decidieron ensayarla en común, comprobar los signos de virilidad. "El Cándido" se mostraba más seguro de sí mismo, en su oscura y tenebrosa sexualidad. Horacio no había ensayado aún con ninguna muchacha. No sabía si podía ser un varón con todas las de la ley, cabal si pintaba el caso. Mientras no se le presentase una oportunidad, debía limitar sus impulsos a la intimidad inconfesable que gracias al desafío se hizo lícita en aquel desamparo. "El Cándido" lo miró una y otra vez. Venían sus miradas desde las curvas del costillar que enjaulaban su lamentable miseria física. Sus ojos negros rozaban la piel de Horacio con una torva mirada. Éste, mantenía su atención más lejos, fijaba su imaginación en punto lejano, pero que siempre se definía en la visión física de su hermana. Isabel ya había cumplido quince años. Una tarde, en que bromearon con el estómago lleno de asado, le mordió en la nuca haciéndole pasar un escalofrío por el cuerpo. Y ese escalofrío que le subiera por las piernas, de nada le servía en aquel momento. Estaba seguro que "el Cándido" daría muestras de virilidad, mientras él se iba a quedar allí, sobre la tierra, disminuído, buscando pretextos, pero derrotado.

Y así fué. "El Cándido" dió un golpe de piernas, seguido de una convulsión. Arqueó de pronto el cuerpo y se volcó lenta-

mente, con el ritmo del contenido de un recipiente que cae sobre la llama.

—¡Mirá, mirá... miiiirá!...

Horacio tuvo que volver la cabeza. Las palabras entrecortadas que escuchaba, le parecieron un aullido animal. Recordando aquel instante no podía evitar la mezcla de desagrado y de atracción a un tiempo. "El Cándido" usaba el pelo largo. El cabello, tocando en tierra se hacía cabellera femenina. Las piernas mal cubiertas por un harapo; los músculos tensos pegados al hueso; las rodillas mugrientas como dos escudos terrosos; los pies desaforadamente alargados. Horacio permaneció atónito. Estaba deslumbrado, oprimido por aquel impacto feroz que, a corta distancia, apenas a un metro de su cuerpo, le aplicaba "El Cándido" al demostrarle que era más hombre que él, porque ya *podía*... Horacio fracasaba. Volvió la cabeza y en las nubes descubrió, una extraña forma. En ese momento, sobre el barranco, apareció la figura de Isabel. Se perfilaba altísima como plantada allí para siempre. Al principio, creyó en una aparición. En ella pensaba él, cuando el atroz ejercicio. Y repentinamente, como en un sueño, ella en lo alto del barranco, las polleras largas y embarradas de la última lluvia que había caído hacía un mes. La blusa grasienta, con la que pretendía cubrirse los pechos. Un tiento roñoso le ceñía la cintura, nada más que para tener apariencias de mujer para algún hombre que pasara. Isabel, de pie contra un fondo de nubes.

—¿Qué hacen? — preguntó ella.

Su voz pudo más que su presencia, porque la hizo corpórea. Horacio la miró sin "acreditar" que era ella. Fugaz momento de dudas que cruzó por su cabeza, vertiginoso, como si fuese a estrellarse en el cuerpo de su hermana. Chocó contra aquel testigo inesperado. "El Cándido", cuando la vió, se puso a reír. Ella podía ceñirle la corona del vencedor. Reía a sus anchas ante aquella hembra a la que si le venía bien, podía poseer. No era otro el sentido de su risa, su espléndida risa en sus despojos de costillares y fémures, apenas revestidos de carne. Pero carne, carnal todo él, frente al fracaso de Horacio, que pudorosamente escondía sus atributos, mientras una nube pesada, casi negra, cubría el sol de octubre.

—Vení, Horacio... —dijo Isabel con voz de mando—. Vení conmigo.

—Dejálo, dejálo —objetó "El Cándido"—. Estábamos jugando, nc más.

—¿Jugando?... Buen bandido sos vos — dijo Isabel sin violencia.

—¿Viste? —preguntó el vencedor—. ¿Viste, Isabel, que le gané? Soy más hombre.

—¡No vi nada, idiota, flaco imbécil, tísico!

Sus carcajadas se perdieron a lo lejos porque salió corriendo en dirección a la zanja como si fuese al encuentro de alguien. Isabel y Horacio tomaron el sendero del rancherío. Ella iba adelante, unos pasos adelante. Horacio la observaba en silencio como si en su magín se trabaran las ideas de un gato montés.

* * *

Se despertó sobresaltado. La luz le castigaba en las pupilas. Abrió los ojos "como dos de oro" cuando se dió cuenta que el camión había desaparecido. Vió al borde del camino su valija flamante, la que se comprara para guardar el traje azul. Faltaba el pilot. Parado en medio de la cuneta, quedó un largo rato sin saber qué hacer. La alborada era hermosa. Hacia el norte, se extendía una desierta llanura que daba miedo. Hacia el sur, se divisaba un sembrado de algo que no sabía determinar qué era.

Dos automóviles avanzaban velozmente. "Alguno de ésos, pensó, podía sacarme del apuro. Tal vez recuperaré el pilot". Pero no se le atrevió al primero que pasaba; pero sí al segundo, un coche grande, colorado, que venía a baja velocidad. Se colocó en la curva y le hizo señas. El automóvil frenó.

—Tienen lugar... —balbuceó torpemente—. Si me llevasen...

Lugar tenían, lo que reclamaba era buena voluntad. Al detenerse sin duda admitían el pedido. Se abrió la puerta del coche y uno de los dos hombres dijo:

—No golpeés la valija. ¡Cuidame el tapizado, che! — le advirtió el mismo, bromeando.

Costita sonrió.

—No saben el favor que me hacen —dijo por lo bajo—. Muchas gracias.

—¿Vas lejos? — preguntó la otra persona, la que manejaba.
—Y, por la loma del diablo. La cuestión es adelantar un poco.
—Porque nosotros vamos hasta los portones de Boedo. Después, te las arreglarás — dijo el señor canoso, el que había hablado primero.
—Seguro... Es que anoche me dormí en la cuneta y el camionero que me traía, no quiso despertarme. Y aquí me dejó.
—Sos muy dormilón, entonces... Me extraña en un criollo despejado, vivo, buen mozo — dijo el de pelo cano.
Costita volvió a sonreír.
—Fué al revés, señor. El camionero se echó a descansar porque no había dormido en el día. Yo me acosté a unos cuarenta metros y parece que el hombre, al verme dormido, apretó el gorro y me dejó en la vía...
—¿No sentiste el ruido del motor? — preguntó el que manejaba.
—Parece que no... Es que yo estaba un poco lejos del camión. Me fuí a caminar. No pensaba dormir. Y no sé... Esto no me pasó nunca —dijo Costita—. El tipo me robó el pilot.
Aquellos detalles no debían interesar al canoso. Porque cambió de tema, mientras miraba el ganado que pastaba a la derecha del camino.
—Ganado gordo. Es una buena invernada. ¡Mirá qué lindos novillos!
El que manejaba era su cuñado, un hombre curtido por la intemperie. Costita podía verle la piel de la nuca encarnada, como si se ciñera una roja golilla.
El canoso era médico, pero "médico-estanciero". La clientela le había servido para ir retrocediendo como intelectual, lentamente, pausadamente. Fué un extraordinario hombre de ciencia y lo era, en la fama. Pero el dinero, no siempre tiene aplicación en medicina. ¿Qué se iba a comprar con la pequeña fortuna inicial? ¿Instrumental? ¿Libros? ¿Qué? Al comienzo, creyó que podría actuar sin desviaciones, como hombre de ciencia. Se habló mucho de su pericia excepcional en cirujía de huesos. Pero la nombradía le trajo dinero, y el dinero lo alejó de la ciencia. No supo qué destino darle. Acabó por sentirse más a gusto en el poderoso Cadillac y dejarse llevar a través de los campos, llegar a sus estancias,

"mirar un poco aquello", darle un consejo a su cuñado, instrucciones que éste casi nunca cumplía, porque "como médico, entenderá mucho de *fracturas* —decía su cuñado— pero de *facturas* rurales no entendía nada". No había pasado de los cincuenta años. Ligeramente calvo, canoso, de cejas espesas, tenía una mirada tierna y humana. A Costita le gustaba más el médico que su cuñado, aquel curtido hombre de campo que iba al volante. Como ese personaje pasaban muchos por *Corral Abierto;* muchos había tratado él en fábricas e industrias. En cambio, nunca tuvo oportunidad de hablar con hombres como el doctor que viajaba distraído con el paisaje y ofrecíale un trato bondadoso, dulcemente humano.

—Y ¿qué sabés hacer, muchacho? — preguntó el médico.

"No se le vaya a ocurrir a éste enjaretármelo en la estancia —se dijo para sí el cuñado—. Es tan capaz"...

—Carpintero... Mi oficio es carpintero.

—Y ¿por qué te gusta ser carpintero? — volvió a preguntar el médico sin saber bien por qué se interesaba.

—Y... es lo que me enseñaron.

—¿Quién, che? — volvió el médico a preguntar, con suavidad.

—Unos tíos —respondió vivamente—; yo tengo unos tíos carpinteros.

—¿Por dónde, che?

—En Colón, señor. Pero no se trabaja nada.

—¿Por qué, che? ¿Hay escasez de trabajo? — volvía el médico a preguntar.

—Un poco eso... Pero no da para vivir. Es difícil salir del paso.

—¿Y hacer otra cosa? —dijo el médico—. Hacés otra cosa, muchacho.

—Y, es lo que yo quisiera, pero... es difícil la vida...

—Hay que avivarse, amigo —lo interrumpió—. Fabricá alguna cosa, pues.

Costita no hizo comentarios.

—Hacé alguna cosa en serie. Hoy lo que más da, oílo bien, es hacer cosas en serie.

Él no entendía mucho, pero, a lo mejor, aquel señor tenía razón. Tal vez habría hecho muchas cosas "en serie", para tener ese espléndido coche.

—Y ¿andás siempre de garrón por el camino? Es peligroso, muchacho. ¿La policía no los persigue? ¿No les piden los papeles, che? — ahora parecía dirigirse al que iba al volante. Éste contestó:

—Anda tanta gente de a pie. Y ¿de qué policías me hablás?

—Yo nunca hago esto. No cuesta mucho el pasaje. Pero siempre es una economía — dijo Costita.

—Con empeñar la valija. ¿Cuánto cuesta una valijita así, che? Son lindas ¿eh? Ustedes deben conseguirlas más baratas, ¿no?

—¿Por qué más barata? — preguntó Costita.

—Porque a ustedes no los estafan...

—En esto tal vez — dijo cortante el muchacho.

—¿En qué cosa te estafan entonces? — preguntó el médico.

—En el trabajo. Cuando uno se descuida, cobra menos. Siempre se cobra menos. La mano de obra es la que primero sufre.

El médico codeó al que iba al volante. Le quería decir: — "Le vamos a tirar la lengua.

—¡Entonces los patrones son unos sabandijas! — dijo el médico. Él creía que Costita no se habría percatado de su ademán de entendimiento.

—No todos los patronos son malos.

—Pero los que vos conocés, sí... ¿Por qué no se quejan? ¿No está el Consejo de salarios?

—¿Qué? —preguntó Costita a su vez—; ¿qué dice?

—Consejos de Salarios. Los sindicatos los defienden a ustedes, ¡qué embromar!

—Yo no sé. Trabajo hace poco.

—¿Cuánto tiempo?

—Y seis meses.

—Y antes, ¿qué hacías?

—Y cualquier cosa. Lo que salía al paso. A los menores...

—¿Tus padres qué hacen? — interrumpió el médico.

—Qué sé yo... No sé.

—¿Cómo no sabes?

—No sé, cuando los dejé mi padre no tenía trabajo. Está inválido.

—¿Dónde los dejaste?

—En *Corral Abierto*, en Mataojito...

—¡Ah, en Mataojito!...

Someterse al interrogatorio, era retribuir bien el pasaje. El canoso empezaba a cansarlo.

—¿Volvés para Mataojito, ahora? — preguntó el que conducía.

Costita había contestado con buena voluntad al señor encanecido. Pero, ¿qué quería ahora el chófer? "Vamos, vamos —se dijo— esto ya es por demás". Resolvió simplemente no contestarle. Hizo como que no le oía.

Dió vuelta la cabeza y miró un rancho que quedaba a la izquierda. ¿Qué le importaba al chófer donde iba, si lo dejarían ahí no más, en los portones de Boedo?

—De manera que te volvés. No te gustó Montevideo, ¿eh? — volvió a preguntar el médico. Pero éste se respondía a sí mismo.

Preguntaba, no dejaba que le contestara, replicaba sus propias preguntas y seguía contento. Era mucho más simpático hablar con él que con el del volante. Chófer... No será chófer... porque se tutean — pensó Costita.

—¿Qué te parece, doctor, si miramos las ruedas? No creo que todas estén parejas. Y ya sabés lo que son estas cubiertas del Cadillac. ¿Paramos? — preguntó el del volante.

A Costita le pareció que al llamarlo doctor, era para que él se enterara de que viajaba en el coche de un médico.

Se detuvieron. Eran las nueve y media. Hacía calor. Sobre todo dentro del coche. Costita, repantigado, no se movió del asiento. Ellos hablaron de los neumáticos. Se agachó el que manejaba. El canoso, se rascó la nuca, miró un momento una sola rueda y ahí no más, se puso a hacer aguas al viento.

—¿No querés hacer pís, muchacho?

Costita sonrió.

—¿O los aprendices de carpinteros no mean? — continuó el doctor.

Era un hombre simpático, seguramente. No bien subió al auto, Costita le preguntó, haciéndose eco de lo que dijese el que manejaba.

—¿El señor es abogado?

—No, médico — respondió con cierto orgullo el conductor, sin dejarlo responder al interpelado.

—Ah, médico, médico — exclamó Costita.

—¿Te extraña, che? ¿Porque no me ves pinta de médico?

—No, no faltaba más, doctor —exclamó sonriendo—, no es eso, no soy tan atrevido.

—Y ¿qué te pasa entonces?

—Que yo nunca hablé con un médico. Es la primera vez...

—Cómo, ¿nunca viste a un médico? — preguntó el doctor dándose vuelta.

—¿Nunca estuvistes enfermo? — preguntó el chófer.

—No, nunca. Nunca necesité ver a un médico.

No mentía. El médico del Albergue era tan despótico que una vez le oyó insultar a un compañero enfermo y le bastó.

—La pucha, con tipos como vos, no sé qué haríamos los médicos—. La risa del doctor era franca, daba gusto hablar con él.

—Nunca estuve enfermo —aseguró Costita—. He visto a muy poca gente.

—¿Cómo te llamás?

—Horacio Costa, pa servir a usted.

El doctor sonrió. Hacía muchos años que no oía responder así, presentarse en semejante forma. Sonrió y vió la sonrisa en labios de su cuñado.

—¿De manera que soy el primer médico que ves? — le preguntó sin darle la menor importancia a la pregunta. Interrogaba en ese instante, por simple distracción.

—Che, y allá ¿cómo dijiste que se llama tu pueblo? ¿Mataojito?... ¡Ah, sí en Mataojito! ¿No hay médico, che?

—Que yo sepa... ¿A quién van a atender? No hay pa comer va a haber pa médico. Allá se enferman y mueren. Algunos van al hospital. Pero queda lejísimo.

—Y ¿por qué volvés entonces? Sos un otario, che. No debés volver. Un muchacho como vos, ¿qué va a hacer allá, donde el diablo perdió el poncho? No vuelvas. Tomá un trabajo cualquiera por aquí —Y cambiando de tono—: ¿No hay nada de carpintería para darle en la estancia? — Ahora se dirigía al conductor.

El cuñado esperaba la propuesta. Era lo que faltaba.

—Por ahora, que yo sepa, nada —contestó, titubeante.

—Y ¿aquel portón que anda mal? ¿El de la aguada? ¿No hay que repararlo?

—Uf... Ya se compuso hace rato — le contestó desganado.

No tenía Costita la menor intención de conseguir trabajo, sin antes ver a Isabel, arrinconarse en su pueblo miserable hasta que consiguiera hacer olvidar que fué un huésped del Albergue.

—Y ¿por qué no aprendés el oficio de pocero? Mirá, si lo supieras, ya tenías trabajo. Yo necesito hacer cinco pozos de agua. ¿Conocés alguno que trabaje en eso? — habló el médico poniendo esta vez alguna atención en lo que preguntaba.

—No, pozos de agua... no sé... En *Corral Abierto* no hay pozo de agua.

—¿No hay pozo de agua? Y ¿qué beben, entonces, caña de Ancap, che? — preguntó el médico mezclando pensamientos graves con la broma pueril.

—Tenemos que sacar el agua de una cañada. A veces, no sirve ni pa lavar.

—¡Qué cosa bárbara! No tienen agua, entonces — se dirigió al conductor—. ¿Te das cuenta? Es una atrocidad... ¡Qué desidia!

—Cuando la última seca, tuvimos una semana sin una sola gota de agua. Por suerte llovió, que si no, no sé lo que pasa allí — dijo Costita como si amenazara una actitud suya frente a la adversidad.

—¿Cuántos ranchos hay en el pueblo? — preguntó el médico.

—No sé, pero tenemos una calle muy larga de un lado y otro toda poblada.

—¿Muchas criaturas, che? Contáme... — el médico se sintió tocado por el solo dato escueto que Costita emitía desde el mullido cojín del automóvil. Él quiso abundar en detalles pero comprendió que no valía la pena hablar de su pueblo. No se atrevía a cruzar las piernas, y era tentador aquel espacio, aquel confort. Resultaría inútil hablar de Mataojito mientras se viajaba tan bien sin el menor riesgo, como en otro mundo.

—Lo que no me explico es cómo podés largarte de nuevo a ese infierno. Si es como contás, ¿para qué meterte de nuevo en la leonera? —dijo el médico—. Buscá trabajo por otro lado.

—Hay cosas peores en la ciudad.

—¿Como ser?

Costita no quería traicionarse. Hizo silencio. Una pausa que le diese tiempo para defenderse con alguna mentira.

—¿Como ser? Contá, ¿qué te pasó?...

—Y... si uno tiene un lío en un taller, por ejemplo, un lío con el patrón, parece que todos los otros patrones lo saben. Se ponen de acuerdo y por más que uno tenga razón, queda marcado... Y yo no sé otra cosa que carpintería. Al final me fuí a hombrear al puerto.

—¿Y allí te rebuscaste de unos pesos, che?... — preguntó el médico que se rascaba el mentón como si escarbase en el problema del viajante gratuito.

—Pero da rabia no poder ganarse la vida en lo que uno sabe... Después, se armó una de a pie con un patrón Y, claro... — titubeaba Costita, no acertaba con una mentira que justificara su regreso.

—Le diste una piña, seguramente — dijo el médico alegremente.

—No, eso no. No me gusta abusar — contestó él.

—¿Porque pegás fuerte, che? ¿Y por qué no te hacés boxeador?

Ya empezaban a fastidiarle las preguntas. ¿No lo tomaban de entretenimiento? "¡Mirá si voy a hacerme boxeador! Déjese de estupideces" — pensó fastidiado.

—Parece que los boxeadores sacan mucha plata — prosiguió con desgano el médico.

Costita iba a decirle que, efectivamente, ganaban más que algunos médicos, en menos tiempo, exponiendo la vida y con más arrojo. Ya empezaba a molestarle aquel señor de las preguntas bobas, deslizando consejos. Si continuaba le iba a preguntar a él por qué no se había hecho boxeador ya que sabía que se ganaba tanta plata.

—Te vas a arrepentir —dijo el médico—. Yo que vos, no volvía a *Corral Abierto*.

—Sí, usted no, pero yo tengo mis padres y una hermana. Si los pudiese sacar de allí, ¿comprende? Sería otra cosa... No puede usted saber cómo es aquello. Ustedes no pueden saber cómo es. Claro, eso no sale en los diarios que ustedes leen, ésos, con figuritas, con historietas, casamientos y otras paradas.

El médico quedó un poco desconcertado. ¿Para qué se metía él en semejantes temas? Volvió a rascarse el mentón. Tal vez

fuera un desatino el llevarlo en el automóvil. Se dijo: "Esta gente siempre trae preocupaciones. Y, ¡se puede venir tan bien sin entrar en relaciones con ella! Un amigo suyo, en los años del hospital, le había dicho que lo malo de la medicina era el jaque con la miseria. Pero él, "especialista", habíase librado bien pronto, de ese trato que daña la sensibilidad, hiriendo la fibra patriótica. Él no sabía reaccionar ante los desequilibrios y las injusticias. Aquel "médico-estanciero" salió del infierno del hospital para palpar con sus manos delicadas una realidad mucho más cómoda: La Estancia. Los Ganados. Las Cosechas. Era más práctico el contacto con los afortunados, con la opulencia. Su salud física estaba satisfecha. Su perdida salud moral, lo iba convirtiendo en una "bella piltrafa". Pronto podía aceptar el Ministerio de Salud Pública.

—Che —se dirigió al muchacho que se mantenía en silencio—. ¿De quiénes son los campos que rodean tu pueblo?

—De los Daboronca —respondió rápidamente Costita—. Para cualquier lado que se mire, de ellos es la tierra. Son una gran familia. Una de las estancias está cerquita nuestro.

—¿A qué le llamás cerquita, che? — volvió el médico a las preguntas.

—Cuatro leguas, cinco...

—¿Ves cómo colea menos? —dijo intempestivamente el que conducía—. Mucho menos.

—No lo había notado —contestó el médico—; puede ser no más. Pero por las dudas, hay que mantenerse a esta velocidad. No le facilites.

El Cadillac, según ellos, "coleaba".

Se aproximaban al pueblo de Flores. Las calles de los arrabales estaban en mal estado pero los barquinazos no se sentían en un coche de lujo. Daba gusto experimentar, quizás por última vez, uno de aquellos inventos de la moderna mecánica. Costita pensaba: "Una basura como yo, de un pueblo de ratas, metido en este estuche de cuero trabajado. Se llama tener suerte, triste, pero suerte al fin".

Se detuvieron en Flores. El médico no había desayunado. Dijo que tenía hambre. Costita, acostumbrado a largos ayunos, sonrió; su estómago no le pedía sino cuando en él empezaban a caer los alimentos. El chofer entró en el hotel, mientras con gran

lentitud bajaba el médico. Lo creyó más alto, sentado en el coche, porque se erguía a cada pregunta. Inclinándose hacia atrás, dijo:

—Tomá..., tomá. Necesitarás un café con leche, ¿no?

En su mano, un billete de cinco pesos apareció tímidamente.

—Sí, pero... sobra —dijo Costita—. Es demasiado, doctor.

—¡No seas bobo, che! Y bajá que tengo que cerrar el coche.

Costita descendió con el billete en la mano. Observó la maniobra del médico. Éste, sin decirle nada, se adelantó hacia la puerta del hotel. Costita se dirigió al bar de la esquina y entró a desayunarse. Mientras bebía su taza de café caliente, contemplaba el coche. No pudo dejar de sonreír ante un pensamiento tonto: También ellos podían irse con su valija como el camionero se marchó con el pilot. El café le cayó como nunca. Pagó con el billete y pensó si debía o no devolver el resto. ¿Valía la pena impresionar al doctor? No. Él lo había tratado de bobo. Mejor era olvidar el trance y dejarse llevar por la corriente. Paco Dodera, un día les dió lecciones de cómo debía tratarse a los poderosos. "Son sensibles a la honestidad" había dicho remedando "al gallego Hernández y Marías". Había aprendido muchas cosas de aquella índole con el hombre que asesinaran con su cuchillo. Sobre todo en las relaciones con gente "bien vestida", que "el gallego" de las cerámicas llamaba "bien nacida".

* * *

El viaje continuó más tranquilo, después del desayuno. El doctor parecía preocupado. Habrían conversado de algo que Costita ignoraba. Regresaron al coche con un tema apasionante. Casi no se dieron cuenta de que llevaban a un pasajero, porque hablaban y hablaban de negocios con vivacidad. El que conducía sacó un telegrama, el doctor se lo echó al bolsillo, luego de leerlo. Citaron locales de remates; hablaron de las picardías de Fulano y de las estupideces de Perengano; barajaron cifras; dijeron cien veces las razas de determinados animales; las firmas de barracas; las marcas del ganado; hablaron de contribuciones, sobretasas, cifras y más cifras, hectáreas, calidades de campo, ensayos de fertilizantes, molinos, pozos de agua. Por momentos, empleaban las palabras descompuestas, desconocidas, que le habían irritado en el Albergue. Él nunca llegaría a enterarse, pero ellos se entendían

perfectamente. Imposible seguirles la conversación. Se le quedaban pegadas al oído las cifras, eso sí, cifras abultadas, que nunca había oído. Una sola vez oyó al médico que dijo: "Sí, es el mismo que le operé la pierna, el de las tres fracturas". Podíase dudar de que fuese médico aquel preguntón que acosaba con preguntas a su pariente y no le daba tiempo para responderlas. Todo resultaba embarullado, incomprensible.

Anduvieron una legua sin decir una palabra. El doctor se acariciaba el mentón como si se lo afilara. Seguía preocupado.

—¿No querés manejar? — le preguntó el pariente, por temor de que el trayecto se le fuese haciendo aburrido.

—No, manejá no más. Yo no tengo paciencia para andar despacio...

Giró la cabeza y le preguntó a Costita:

—A vos te gustará disparar, ¿no?

Costita sonrió. ¡Qué le iba a gustar disparar! Le daba lo mismo. Nunca sabría diferenciar esos gustos.

—Me da lo mismo... Además, como es la primera vez que...

—¿La primera vez qué? — preguntó el doctor.

—Y... la primera vez que ando en un Cadillac..., ¿le parece poco? Cuando lo cuente, no me lo van a creer.

—¿A quién vas a contárselo?

—A algún amigo de Salto, en algún taller..., no sé..., al que me guste.

—Sí, claro, porque en *Corral Abierto*... no te van a creer... — dijo el médico.

—¡Qué saben allí lo que es un Cadillac! A algunos les da lo mismo esta marca que un Ford de bigotes... o uno con cambios automáticos...

—Pucha que estás enterado — dijo el doctor.

—Yo vivía con un garagista. A conocer marcas, creo que nadie me gana.

—¡Ah criollo lindo! — se burló el doctor.

—No, no vaya a pensar que soy jactancioso... De pura curiosidad. No hablo por hablar... No se lo digo para darme corte.

El doctor seguía sobándose el mentón. De pronto, se dirigió al conductor:

—¿Y si le comprásemos el campo con la hacienda? Para Men-

doza es un alivio. El ganado es malo. A nosotros nos será más fácil que a él, venderlo en tablada.

—No está mal. Pero el problema es sacar al medianero que metió en el campo. ¿Quién lo desaloja después?

—No te aflijas que ese sí es asunto mío... Yo sé cómo se les hace saltar cuando se compra el campo.

El doctor dijo el nombre de una persona con mucho mando pero en diminutivo, y tan rápidamente, que Costita no pudo saber quién era aquel hombre poderoso que haría saltar al medianero y arreglaría las cosas como quien borra en un pizarrón.

—Ah, si le hablás a él —continuó el que manejaba— la cosa está hecha. Vos sabés que el juez éste, le responde al firme.

Más precavido, el que conducía, no mencionó el nombre.

La conversación volvió a entablarse entre ellos. Costita cabeceaba porque atrás hacía calor y el aire se hizo pesado. Creyó oír el nombre del juez Chávez, al mencionar a personajes influyentes.

Cuando avistaron los portones de Boedo, el que manejaba le dijo:

—Bueno, amigazo, se acerca el final... Yo no sé qué piensa hacer, pero aquí entramos en el campo.

—¡No tengo más que darles las gracias, señor! ¿Le parece poco el tirón que me ahorró? Ahora veré si hay otra alma caritativa que quiera cargar con mi osamenta...

Costita volvió a pensar en Paco Dodera. Había que ser gentil y agradecido, nunca perdiendo su calidad de campesino.

—¿No querés venir hasta la estancia, che? — preguntó el doctor—. A lo mejor componés alguna mesa...

El que conducía lo miro como diciéndole: "Estás loco. ¿Que vamos a hacer con este *bagayo*"? A Costita no se le escapó el gesto reprobatorio.

—Agradecido, doctor. Ya ha hecho mucho por mí —dijo—. Y hablar con un hombre como usted, es un verdadero regalo. No se consigue esto todos los días.

—¿Cómo te llamás, che? —preguntó el médico.

—Horacio Costa.

—Bueno..., mirá, Costa... Si volvés a Montevideo, me vas a buscar en la clínica. Tomá mi tarjeta. Me gustaría saber cómo

te fué en tu pueblo. ¿Sabés? Me buscás en la clínica que yo quiero que me des unos datos. No te olvidés, ¿eh?

Se abrió la puerta del automóvil, casi automáticamente, no bien frenó el pariente antipático.

—Gracias, doctor, gracias. No sabe cuánto se lo agradezco.

Ni una palabra para el que manejaba. La puerta se cerró y otra vez se vió con su maleta al borde del camino. Ya sentía necesidad de estar solo un rato, sin hablar, sin que se le preguntara nada. Pero ¡qué buena persona parecía el médico! El otro era un miserable cualquiera.

—Ahora vas a ver cómo colea —dijo el chófer—. Como te decía, ves, lo que le faltaba era un peso atrás. No se puede andar con un coche como este, casi vacío. ¿Te convencés ahora?

El coche, sin el pasajero, coleaba un poco...

Caminó, caminó lentamente, cabizbajo, mirando el suelo, los abrojales, la raquítica cicuta de las cunetas, los cardos ardientes, pisando hinojo para darse el gusto de recibir una oleada refrescante en las narices. Gozaba, libre, el campo abierto, el que creyó perdido para siempre, al hundirse en el círculo obsesionante de los toneles, de las cubas que lo marcaban con aquellos olores concentrados a mosto y vino tinto. Andaba sin levantar la cabeza. Marchó como si el rancherío que buscaba se le fuese a presentar de pronto, repentinamente, luego de un esfuerzo penoso que cumplía sin voces de mando. Como un yugo, sentía gravitar el espacio sideral que le caía sobre los hombros. Espacio, cansancio, marcha incesante, sin ánimo para una tonada, sin necesidad de decir una mala palabra. Era un buey solitario que renuncia a todo, en una esclavitud definitiva. No había salidas para su existencia. El campo que se le presentaba a los lados de la carretera era un muro impenetrable, que formaba un largo corredor verde, a veces, con guijarros y tosca bruta, y en algunos trechos, bordeaba una naturaleza rastrera. Así caminaban los turcos y linyeras del campo. Cabeza inclinada, la frente como proa al sol y al viento. Levantando hierbas frescas para alegrar la boca.

Súbitamente se sintió solo, un punto en el horizonte. No sabía cuánto había andado. Su derrotero se medía del resuelto y alegre

impulso inicial al desánimo final en que cayó. Se sentó, porque los músculos se lo exigían. Levantó la vista y miró al desierto que lo circundaba. Sí, era la soledad, la inmensa soledad, la nada, los espacios vacíos, las distancias incalculables. Los alambrados señalaban la ruta, paralelos, infinitos. Se detuvo en lo alto de un cerro.

Allí corría viento, de allí partía un sendero que conducía a una estancia, a ese oasis que siempre se supone un lugar seguro, con agua fresca y cama mullida. Le dió las espaldas. No quería verlo, no quería saber nada de lugares poblados por seres que nada tenían que ver con él. Prefería la inmensidad, la llanura que se dilataba bajando de aquel cerro. Miró a los cuatro vientos. El campo siempre olía igual, pero el viento ahora arrastraba un aliento fragante y húmedo, a alfalfa recién cortada. Se puso de cara al viento. Y esperó que de su propio cuerpo manasen las fuerzas necesarias para seguir adelante como el agua en los manantiales.

No supo, al principio, si se había dormido o si era el viento quien le había traído un compañero, caminante como él. Lo vió, maleta en la mano, con un miserable atadito de ropa.

El extraño también cumpliría una etapa, porque se le acercó, y, dejando caer el bulto, se sentó en una piedra sin darle los buenos días. Pasaron unos minutos. Costita lo miró fijamente. Le molestaba aquel testigo silencioso, testigo de su vagabundaje, testigo de su cansancio. Fijó la mirada en el desconocido. Se tiró el chambergo gris para atrás en un gesto compadrón con un golpe del dedo índice. Escupió, por si era necesario dar señales de desagrado. El desconocido lo miró desdeñoso.

—¿Qué buscás aquí? — preguntó Costita con altanería.

El recién llegado era un campesino que vestía bombachas de trabajo y alpargatas. Rubio como un extranjero. Entreabrió las piernas, agachó la cabeza y tomó una piedra con la zurda. Luego se la pasó a la derecha. ¿Era una respuesta? Bien podía no serlo.

—¿Y vos? —dijo como respuesta el extraño—. ¿Qué venís a hacer?

—Espero que me levanten pa seguir adelante. ¿Estamos? Estoy esperando... Así que ya sabés... Yo, el primero ¿Entendido?

—Y yo también, salgo de ese campo y aquí espero a que me levante alguno... ¿Entendido? — replicó imitando el tono.

La atrevida parodia a su manera de pregunta, nada corriente por aquellos pagos, podía suponerse una mofa.

—¿Qué me querés decir? —habló Costita—. ¿Que me tengo que ir? ¡Contestá!

—Vos sabés lo que quiero decir... Mejor, callate.

Se miraron de arriba abajo. Tenían la misma talla, la misma edad, las caras curtidas por el sol, los ojos entrecerrados por la ira. Podían medirse a sus anchas. Cada uno tenía ganas de que el otro recibiese la parte de cólera que le correspondía a un tercero. En el caso del campesino podía ser el patrón que quedó en la estancia y, en el de Costita, aquel que se pudriría entre duelas y toneles. Ganas no les faltaban a los dos, para romperse la crisma y desahogarse.

—Yo llegué primero a este repecho —dijo Costita—, así que buscate otro. Andate — continuó avanzando sobre el paisano.

—El que tenés que irte, sos vos... — dijo el recién llegado, y se puso de pie.

Costita no necesitaba responderle con palabras, ni era el momento de gastar un segundo en pensar una réplica. Adelantó un paso, y fué en mitad del camino donde se cruzaron los primeros puñetazos. Costita le aplicó uno en el mentón que hizo trastabillar a su contrincante. Cuando éste, recuperado, avanzó enfurecido, decidió atraparlo y hacer de la pelea a puño limpio una lucha romana, una lucha pecho a pecho, con uñas, dientes, mordiscos. El campesino comprendió que debía separarse, pero era tarde. No pudo desprenderse una sola vez de su enemigo. Costita le hundía los dedos en las yugulares y le apresó la camisa hasta cerrarle el cuello como en una soga. No había palabras que decir, ni amenaza ni rogativa. Como la nuez de Adán se le iba incrustando a la garganta, el campesino castigó con furia en los riñones con golpes certeros. Un quejido salió de la garganta de Costita. Levantaban polvo al caer los cuerpos a tierra. El campesino, favorecido por el declive, hacía rodar a Costita sobre el terreno. Aprovechó para golpearle en la cabeza, una y otra vez, con unos guijarros que sobresalían del suelo por la acción de las ruedas de los camiones. Ambos intentaron alcanzar una que otra piedra suelta que les ser-

viría para marcar un golpe de mayor ferocidad. Costita alcanzó a palpar una, más grande que su puño. Se detuvo, tanteándola. Al verle, el rubio le incrustó una dentellada en el antebrazo. Respiraba como fiera asediada, junto a sus axilas. Con la rodilla vanamente Costita quiso aplicarle golpes en el bajo vientre. Su contrincante lo superaba en agilidad, en rápidas reacciones. Esquivaba los golpes dando saltos frenéticos. Por un momento, ambos se mantuvieron quietos, respirando hondo, juntando fuerzas sin ceder las posiciones conseguidas. En un rápido esfuerzo, Costita logró inutilizar los puños de su contrario que se encontraba abajo. Pero un certero rodillazo del campesino, le hizo arquear el cuerpo. Y Costita perdió terreno, porque el otro se le colocó encima y buscaba la piedra a tientas para darle el golpe definitivo. Hasta que rodaron por la cuneta, ceñidos cuerpo a cuerpo. Costita sintió en las palmas de las manos la tierra suelta, la arenisca. Cerró el puño con el polvo, arrojándolo en el rostro de su enemigo. Al instante, enceguecció al campesino, aprovechándose para cubrirle la boca de tierra, hormigas y espinas, una y otra vez. El rubio empezó a escupir, desconcertado. Aprovechó Costita para repetir la hazaña, hasta que pudo sentársele en el pecho gravitando sobre su contrincante todo el peso de su cuerpo. Cuando ya la boca del campesino se llenó de tierra, creyó oír una palabra, una sola que se escapaba entre sus labios sangrando:

—¡Basta!

Costita siguió clavándole las uñas en la garganta. Con las rodillas había logrado inmovilizarle los puños.

—Basta.

Había oído el grito de clemencia. También él dijo: "Bueno, basta"... Y aflojó los dedos crispados y todas sus fuerzas entraron en el natural relajamiento. La lucha había durado demasiado. Ahora se veían al borde del camino en la profunda cuneta. Tenían las ropas desgarradas. El campesino, ensangrentada la cara. Costita respiraba con dificultad. Se secó la boca con la bocamanga.

El viento, arriba, nada más que el viento, que parecía monologar: ¡Basta!, soplaba más fuerte. Se llevaba todo: cansancio, polvo, sangre, blasfemias.

Se miraron al fin, cara a cara. Y respiraron al unísono como si burlonamente se remedaran. Ambos estaban atentos a la posible

reacción. La cuneta parecía más honda, como un foso. Costita se puso de pie. Se sacudió las ropas. El campesino se incorporó lentamente y se encaminó hacia donde había dejado el lío de ropa.

Escupió sangre. Costita lo observó sin piedad esperando la pedrada traicionera. Se agachó a recoger la piedra con la que le devolvería el golpe. Pero el rubio, ya más atento a lo suyo propio que a cualquier movimiento de su contrincante, se acomodó las bombachas, que tanto le habían molestado en la lucha; se las ajustó a la cintura echándoles una maldición, y, con una dignidad que desconcertó a Costita, bajó la pendiente dándole las espaldas. Descendió la cuesta por el medio de la carretera. Llevaba el oído atento al menor ruido de pasos.

Costita dejó caer la piedra de la mano. Buscó la valija. Se sentó en ella como si fuese el premio a la victoria y sacó el pañuelo para secarse la frente y limpiar el sombrero que se hallaba boca arriba, cerca suyo.

A medida que se iba serenando, recapacitaba... Ambos llevaban caminos opuestos. El rubio iba hacia el sur, buscaba que alguien lo llevase, tal vez hasta Montevideo. Él rumbeaba para el norte. ¿Por qué se disputaron aquel sitio estratégico? ¿Por qué se habían peleado? El campesino rubio había llegado a ese punto porque era su costumbre. Un portón, a pocos pasos, abría una senda sinuosa. ¿Qué se habían disputado entonces? ¿El aire, el camino?

El campesino era ya un punto en la hondonada. Se dió vuelta una sola vez, a lo lejos. Costita vió pasar un camión con peones de trilla. Se detuvieron para que el rubio subiese. Iban cantando, alegremente. Se llevaban a su contrincante, hacia el sur, de donde él venía.

Costita volvió a andar. Caminó, caminó... Caminó tanto tiempo con la mirada fija en el suelo, en la tierra, que al levantar la vista dudó si había tenido un encuentro tan brutal. Se detuvo a mirarse las manos...

Y no le parecieron suyas. Y hasta le asombró el hallarse en la espantosa soledad del campo.

No podía andar mucho con la valija a cuestas. La lucha redujo sus fuerzas. Divisó un rancho, a pocas cuadras. Cargó la maleta al hombro y dirigió sus pasos hacia la vivienda asomada al

camino. Si se negaban a "levantarlo", allí esperaría bajo techo. Siempre hay un alero para el caminante, una enramada acogedora. Se detuvo a la vista de la gente del rancho. Un perro salió a ladrarle. Por la carretera corría un coche a gran velocidad. "Mal lugar éste, se dijo, para que se detenga el voluntario". A pesar de las amplias señas que les hizo, los del automóvil ni se tomaron el trabajo de mirarle. Empezaba a soplar viento. El polvo caía sobre el pequeño sembrado que contorneaba al rancho. Miró hacia la casa y vió que alguien lo observaba.

—No quiso parar — dijo Costita al hombre sentado a la puerta del rancho.

—Y, va a ser difícil que paren aquí. Todos pasan como centellas.

Se le acercó. Hablaron un rato. Le ofreció un banco de ceibo. Hablaron para conocerse. Supo que el doctor era muy querido en la región, que poseía muchos miles de hectáreas; que el rancho aquél servía de parada para el ómnibus; que allí bajaba el Inspector de la Onda y esperaba el regreso del coche que volvía de Paysandú; que el lugar no era triste pues había movimiento. Pero, se veía que la miseria se recostaba a los muros de barro.

—Esta papa que planté, no da para nada —dijo el hombre— me la levantan y apenas si me sirve para despuntar el vicio. Muy chico el terreno.

—¿Es suyo? — preguntó Costita demostrando interés.

—¡Qué va a ser mío!... Pero me dejan estar aquí. No pago nada. Yo creo que hay un lío con la dueña, una señora loca, la que le vendió la estancia al doctor Menéndez. Esto era un puesto de la estancia, allá por el 900.

Costita se alegró cuando oyó decir el apellido del médico porque había leído bien en la tarjeta. Era Menéndez. Le costaba deletrear los apellidos. Leía a puro pálpito y era incapaz de enhebrar dos sílabas para formar una palabra, escribiéndola.

En seguida se puso a calcular que con la plata que tenía, podía llegar a Young o a Paysandú. La cuestión era dar con un taller mecánico o una estación de servicio. Mano a mano, frente a frente, no hay caminero que se niegue a sacar de un apuro a un necesitado. Aunque sea en el lomo de la carga. Pero estaba casi seguro que en aquel paraje, donde pasaban los autos a gran velo-

cidad, se haría difícil. Había que tener mucha suerte. Vió acercarse un camión a paso de tortuga. A medida que se aproximaba le latía el corazón.

Salió al camino con la valija. La depositó en tierra, para que desde lejos el camionero se diese cuenta de que iba a ser interrogado. Dejó caer su mano floja sobre la palma del hombre del rancho que ya empezaba a preparar el mate. Se despidió. El dueño de casa meneó la cabeza, como diciendo: "Va a ser difícil".

El camión se detuvo. Costita se dió cuenta en seguida de que el motor venía "echando chispas". Del tapón del radiador del viejo Ford salía una columna de vapor. No había acabado de frenar, cuando se le adelantó al chófer.

—Necesita un poco de agua o de aceite — dijo comedido.

El conductor se sintió desarmado. La posible negativa de que cargase con él, se trocó en una semblanteada inteligente.

—Sí, sí... ¿Tendrán agua allí?

—Espere, se lo pregunto.

—No, deje usted, deje... — replicó el hombre con marcado acento español. Y el camión destartalado descendió la leve pendiente que separaba el rancho de la carretera. Costita debió rehacer el trecho andado.

Tenía agua el hombre del rancho. Y no la negaba. Agua y ganas de echar una parrafada con el que pintase. Le interesó el español. Conversaron, se dijeron mutuos chistes, llenaron el radiador. El camionero mientras reparaba la polea del ventilador, hizo chanzas a costa de su hijo, un muchacho de doce años que no se había movido del pescante observando lo que hacía su padre, inmóvil, callado.

—Mire usted... ¡Para qué uno hará hijos!... Está como embobado, pensando en la inmortalidad del cangrejo. ¡No sé qué voy a sacar de este chaval! ¡Despierta, Rocinante!

El niño se desperezó y cubriéndose la cara con los brazos, en una especie de retorcido ejercicio, dejó al descubierto un ojo, nada más, para observar por la mirilla del codo y el antebrazo.

—Pero no ha de ser siempre así... —dijo el paisano—. ¿No es cierto? Es que debe estar cansado el muchacho.

El niño no dijo mu. Cayeron lentamente sus brazos, entrecerró los párpados y miró hacia la lejanía.

—Parece tonto, pero no lo es... Para lo que le conviene, no es remolón — aclaró el padre.

Costita esperaba que el conductor le preguntase si quería marchar con ellos. Y así sucedió.

—Me lleva hasta la primer estación de servicio, no le pido más — dijo.

—Pues no es poco pedir. La primera estación de servicio en esta ruta, la encontraremos en los alrededores de Young... Con que...

—Quiero adelantar un poco, no más — volvió modestamente a rogarle.

—¡Hasta donde quieras, hombre! Pero no sé si esta maquinita andará mucho rato. Si marcha, pues hasta la puerta de tu casa —respondió el español—. ¡Andando!

—¿De qué casa me habla?... Si tuviese casa, no andaría a pie — dijo Costita.

—Pues sí que es razonar bien. No había caído en eso. Anda, sube, que cabemos los tres en el asiento.

Se despidieron del paisano. Cargaron la maleta y enfilaron hacia el norte. Unas inmensas nubes se levantaban en el horizonte.

—Tormenta segura — dijo Costita.

—Quizá, puro nubarrón pasajero. Verás que no cae una gota.

El niño empezó a mirar al desconocido como a un bicho raro. Se fijaba en el sombrero, el sombrero gris, sin duda, porque no encontraba sus pupilas en ese instante. Costita le preguntó:

—¿Te gusta?

—¡No! —contestó el chico resueltamente—. Es viejo.

—¿Qué no le gusta a este taimado? — preguntó el padre.

—Mi sombrero —dijo Costita—; me lo estropearon. Tiene razón.

—Como jamás me ha visto gastar sombrero, se hace el tonto mirando el suyo.

—Te lo regalo — dijo Costita y sacándoselo se lo colocó al niño. Éste, dándole un manotazo brutal, casi hace caer el chambergo al camino.

—¡Eres una fiera! Te voy a partir el alma de un guantón,

insolente! —le gritó el padre—. ¡Pida perdón, desalmado! ¡Mire usted la forma de contestar!

—Es lindo que sea así —dijo Costita—, es mejor que sea así. Me gusta mi amigazo.

A pesar de que aprobara su conducta cerril, el niño lo miró como maldiciéndole. "Cómo se llamará, este mocoso, pensó Costita".

—¿A que te adivino el nombre? — desafió para congraciarse.

El chico lo miró menos duramente. Aquella apuesta empezaba a gustarle. Metiéndose ambas manos entre las piernas, se las frotó como ante un espectáculo interesante. Giró la cara lentamente y, mirándole con ojos maliciosos, dijo:

—Si no lo adivina, lo hacemos bajar del auto... ¿Aceptado?

Costita sonrió. El padre también.

—Si me da la gana —dijo el padre—, porque el que manda en el camión, soy yo

—Pues, que adivine, si quiere seguir con nosotros. ¿Para qué me desafía?

Costita acomodaba el sombrero dando tiempo a una respuesta.

—Mira, Lalo, si no dejas de fastidiar, el que se baja eres tú — dijo el padre.

—¡Tonto, más que tonto!... —gritó el chico—. Acabas de decir mi nombre. Contigo no se puede hablar, ni jugar, ni nada. ¡Eres un pelma!

—¿Que yo te he dicho tu nombre? No seas majadero. Yo no he dicho tu nombre para nada. ¿Verdad, compañero, que yo no he dicho su nombre? — se dirigió a Costita.

—¿Vos como te llamás? — habló el niño mirándolo seriamente.

—Yo, me llamo Horacio Costa.

—¿Costa? No es difícil. Me gusta. Dime, Costa, ¿verdad que mi padre ha dicho mi nombre para hacerme perder la apuesta? ¡Responde!

—No sé cómo te llamás. Si lo dijo, no lo escuché. Se me escapó.

—Bueno, pues me llaman Lalo. Ya no podemos apostar, porque mi padre es tonto, bien tonto es. ¿Hagamos otra apuesta? Pero entre nosotros ¿eh?

—Bueno —dijo Costita—, ahora me toca a mí... ¿Cómo me llamo yo?

El niño dejó pasar unos instantes. Luego, enfurecido, exclamó:

—¿Crees que soy un estúpido? ¿O me tomas para la chirigata? ¡Mi padre y tú, son dos tontos! ¡Anda, niño Costita, eres peor que mi padre!

Los hombres se echaron a reír. El niño estaba más serio que en un velorio.

—Has acertado con mi sobrenombre. Me dicen Costita — dijo.

—¿Por qué no juegan a las adivinanzas los dos —dijo Lalo— y se hacen trampas? ¡Qué tontos!...

—Respeta al señor, mocoso — dijo el padre.

—Que me respete él, primero. Para eso le hemos dejado subir — contestó el niño con altanería.

—Menuda batalla me vas a dar en la vida, granuja. ¿Se da cuenta? — el padre miró a Costita radiante de alegría.

—A mí no me hace la menor gracia —dijo el padre, muy seriamente—, ¡la menor gracia!...

Costita no sabía qué partido tomar. El padre hablaba en serio. Dejó que transcurriese una larga pausa para hablar de sí mismo.

—Ustedes me prestan un gran servicio — dijo.

—No me gusta dejar a nadie por el camino —argumentó el camionero—. Me traslado a Paysandú, donde hemos puesto un taller de lavado y planchado. La madre del niño lo atenderá. Con este camioncito, entregaremos la ropa. Lo pienso poner en condiciones. No costará mucho arreglarlo.

—Mamá ha dicho que sí, que costará arreglarlo —dijo Lalo—. Es un cascajo.

—Te callas, estúpido, cuando yo hablo — gritó el padre con energía.

Prosiguió contándole lo que pensaba hacer. En retribución, quiso saber algo sobre su pasajero ocasional. Éste no tuvo reparos en contarle parte de sus tribulaciones. En el rápido cuadro que pintó marcaba los tonos negativos. Al niño le impresionó la descripción del Albergue, lo que significaba salir de allí; el carácter de los patrones; la ruta que tomaba en esos momentos y lo que

era *Corral Abierto,* hacia donde se encaminaba como corrido por los perros.

—Pues amigo, ¡me dais una buena pintura de lo que es vuestra tierra! Lo sabía, sí, pero nunca me las vi con alguien que contara tal cual es la miseria que aquí se esconde. ¡La friolera que amontonáis desdicha! Me han hablado mucho de rancherío, pero no les creía.

Marcharon largo rato sin hablar. Costita había conseguido que padre e hijo tomasen en cuenta su condición de paria. A aquellos seres sí, se les podía decir la verdad. Bastaba mirar las manos callosas del padre para darse cuenta de que por ahí le entendería. El médico le hacía preguntas pero se desentendía de las respuestas. Lo interrogaba para no dejarlo hablar sino de aquello que a él le daba la gana. En cambio, el español recibía las confidencias como si su interés estuviese preparado para hacerse eco, un eco capaz de alcanzar a las multitudes que lo ignoran.

—Y ¿no hacéis nada, nada para cambiar ese horrible estado de cosas? — preguntó el español. Costita levantó los hombros, frunció los labios:

—Que yo sepa, nada. ¿Qué se puede hacer? Nada — encogió los hombros abatido.

—Pues sois un poco culpables. Todos somos culpables cuando no salimos a luchar. Nuestra guerra civil, no debió terminar nunca. En otras partes del mundo, en Indochina, se sigue peleando. Tú no sabrás qué es Indochina. Pues allí debe haber muchos sitios como vuestros pueblos de ratas. Pero siguen peleando. Hay que luchar, día y noche. En vuestro país, se puede luchar.

La facilidad de palabra del español lo apabullaba. El niño viajaba distraído, la mirada en la lejanía, pero de cuando en cuando, se metía con el padre, haciéndole indicaciones: "Frena, que viene una cuneta. Cuidado con la curva... Vas a quebrar un elástico!

—Mira, muchacho, no queda más que la violencia —dijo el español—. ¡La violencia! De cualquier forma, la violencia. Ya no sirven las palabras. Plomo, metralla, pólvora. Llevamos muchos años soportando explicaciones. Si en mis manos estuviese, haría volar todo para empezar de nuevo. Por lo menos habría un hecho real: la desaparición de una canalla culpable de la desdicha del

mundo. La letra con sangre entra, te lo digo yo, que vengo con olor a pólvora en las manos. Si no fuese por este niño, te aseguro que no me pondría a lavar trapos de nadie. ¡Por esta luz!

A Costita le dió como un escalofrío. Jamás había oído hablar con tanta vehemencia. Sentíase feliz de ir conociendo gente tan variada y extraña.

—Hombres como tú, sanos, robustos, limpios, arrojados al camino... ¡No hay derecho! —exclamó el español—. Debíais formar una columna y largaros a cortar cabezas.

El niño miró a su padre. Parecía decirle: "No eres capaz de matar una mosca, tonto, y hablas de cortar cabezas". Lo miró una y otra vez inquisitivo, sin decir palabra. El padre, serenado, continuó:

—Claro, es una forma de hablar. Si no cortar cabezas, por lo menos gritar bien alto. Vosotros sois un tanto pusilánimes. Hay que imponerse, luchar, organizarse... Mira, yo no pude luchar entre los míos, porque no tenía edad para ello. Y me duele ahora como si me sobrase sangre en las venas, sangre que debí derramar en mi tierra, para marcar a los enemigos de nuestro pueblo.

El Ford marchaba bien. Promediaba la tarde. Las nubes cubrían el cielo. Se oía, de tanto en tanto, el trinar de los pájaros. Con un poco de atención, se descubrían entre los pastos crecidos de las hondonadas, perdices, algún apereá, una liebre, el paso señorón de un zorrino, enarbolando su cola presuntuosa. Pero estos detalles no eran para las pupilas del extranjero. Costita iba entrando en el campo, en su campo, en la naturaleza que impregnó su carne adolescente y que en esos momentos, le invadía el cuerpo, lentamente, como adueñándosele de nuevo. Su mudez, la ausencia de tema y las menudencias del pequeño, iban acompañadas por las rítmicas explosiones del motor. Empezaba a sentirse cansado. No físicamente. Cansado de chocar con gente que hablaba lenguas tan extrañas a la suya. En todo el recorrido, aparecían hombres de mundos inimaginados por él, expresándose en un lenguaje que nunca alcanzaría a comprender a fondo. Abstrusos se enunciaban los pensamientos y fatigaba escuchar.

Anduvieron silenciosos un largo trecho. Cuando avistaron el caserío de Young, el español se irguió en el asiento y empezó a hablar:

—Este es un pueblo que me tienta, te lo aseguro. Mucha gente no se da cuenta de cómo crece. Tentador, para quien tenga espíritu de empresa. Para un hombre joven, vamos, es el sitio más interesante en toda la ruta. Cuando llegué al país, pequeño, pequeño. Yo le he visto crecer. Mira todo ese montón de casas. El año pasado, era un espacio limpio, había uno que otro ranchito. Ahora hay cientos de casas de ladrillo. Vosotros no lo advertís, porque es cosa de América, pero esto no se ve en Europa. Jamás se verá esto. Si quisierais trabajar por aquí, no os faltaría trabajo. Me habéis dicho que vuestro oficio es carpintero. No es oficio nuevo, pero aquí saldrías del paso. Toma este consejo: donde fueres, no hagáis lo que vieres, como dice el refrán. Todo lo contrario. Si nadie arregla aparatos de radio, pues aplícate en ese oficio. Hay que realizar lo que nadie hace..., ¿comprendes? Yo voy a poner un lavadero modelo en Paysandú. La gente acostumbra a mandar lavar la ropa al río. Es sucio, es peligroso. Hay nuevos métodos. ¿Que podemos dejar sin trabajo a mucha gente honrada? Pues se le lleva al lavadero o al taller de plancha. Acabarán por comprender, ¿sabes tú?... Todo es cuestión de paciencia y de explicar las cosas. Hay mundos que se están formando con sólo explicar a la gente. Explicar, explicar.

Miró al niño de soslayo. Debió callarse, porque recordó sus últimas palabras. Temió que Lalo, tan calladito en ese instante, rebatiera sus consejos. Movió de un lado a otro la cabeza como diciéndose para su caletre: "Tengo razón ahora y también la he tenido cuando me torné violento. Cortar cabezas y explicar, son dos actos similares, quiérase o no"... Pero, oportunamente, logró esconder sus pensamientos.

Costita suspiró. No estaba acostumbrado a poner la atención en una conferencia que durase más de un minuto. El padre de Lalo hablaba demasiado. Citó lugares, pueblos, huelgas, combates, hazañas. No hacía preguntas como el doctor Menéndez. Iba exaltándose poco a poco, contando su pasado, dibujando el porvenir, lo que vendría dentro de poco tiempo, la actitud que asumiría, hasta llegar al juramento mezclado con las blasfemias más feroces. Terminaba en orador público, al que le faltase el micrófono. Alguna de aquellas cosas las había oído Costita, en el aparato de radio. Aquel español sabía mucho.

—¡Como que me llamo Baigorria! — exclamó al finalizar la perorata, luego de jurar que su hijo sería esto y lo otro y lo de más allá.

Lalo parecía fascinado con la oratoria paterna. Sonrió finamente, casi con melancolía. El sol declinaba. En las medias tintas, los ojos del niño se volvían de una gran hermosura. Mirando a Costita, que no se atrevía a pronunciar una sola palabra, le dijo:

—Sólo mamá sabe hacerlo callar.

—¡Eres un babieca! Tu madre, de esto que hablo, no entiende un pepino. Me hace callar cuando no acierto en algún negocio, ¡zopenco!...

—Zopenco... — murmuró el niño como emitiendo un eco.

Costita habría repetido la palabreja cien veces más. Era nueva, era graciosa. Pero entraban en Young. Enderezaban hacia un surtidor de nafta. Al cruzar las vías, crujieron los elásticos y la carrocería desvencijada. Mientras llenaban el tanque, pudo dar una ojeada dentro del camión. Cargaba muebles, trastos más o menos viejos, polvorientos colchones de sucio cotín.

Su maleta, cubierta de polvo, parecía incorporada a la carga. Se sintió familiarizado con Baigorria y Lalo.

—Le puedo dar una mano —dijo recordando a Dodera—. Sirvo para pocas cosas, pero a lo mejor...

—Nada, nada..., gracias. —Y mirando al cielo, continuó: Vamos a tener agua esta noche. Ya lo verás.

—A Paysandú, ¿a qué hora se llega? — le preguntó.

—¿Tienes apuro?...

—No, apuro no. Ya voy más ligero de lo que suponía.

A la salida de Young, frente al cementerio, estalló un neumático. Tuvieron que parar al borde de la carretera.

—¡Maldito! — exclamó Baigorria, golpeando los puños sobre el volante. — ¡Maldito neumático! ¡Creí que aguantaría el muy puñetero!

Había que cambiarlo rápidamente para aprovechar las últimas luces. Lalo ya estaba en tierra parado ante la rueda desinflada con la mirada fija como ante un arduo problema.

—¡Quítate de ahí, pelmazo, que puede cogerte un coche!

Baigorria levantó el asiento y fué ordenando los útiles necesarios para la operación.

—¿Sabes manejarlo? — le preguntó a Costita estirándole el "gato".

—Claro que sé.

—Anda, prepáralo, que yo sacaré la rueda de auxilio.

Lalo, sentado en el estribo de la derecha, afirmó sus codos en las piernas y sosteniéndose la cabeza con los puños, junto al mentón, miraba hacia el cementerio como si filosofase. Su padre maniobraba del lado izquierdo, intercambiando palabras y una que otra blasfemia, con el ayudante oportuno. Habría blasfemado cien veces más, si no tuviese a alguien que le solucionara el pequeño inconveniente: la rebelión de la tuerca; el golpe de manija en falso, el martillazo chambón. Lalo miraba el cementerio como un inmenso juguete detrás de un cristal de escaparate. Vió entrar a una mujer con un ramo de flores, y salir a un hombre con la azada al hombro, como se sale de un jardín cualquiera a la entrada del sol. Entre las tumbas encaladas, unos niños se propinaban empellones y zancadillas, se arrojaban cáscaras de fruta o semillas o guijarros. No jugaban a nada preciso. Querían darse una batalla desordenada. Un pequeño hizo caer a otro más fornido y mayor que él. Éste levantó las piernas en alto, exagerando la caída. Un tercero, recostado a un poste, le arrojó una lata vacía sin dar en el blanco. Las voces rebotaban en las tapias de los panteones. Hasta que el más pequeño de los seis muchachos se dió cuenta de que en la carretera había un coche accidentado. Acudieron en tropel. Lalo los esperó, sin inmutarse. Al ver a aquel niño extrañamente sentado que los miraba como miran "las personas grandes", los muchachos detuviéronse cautelosos. Formaron un círculo. Uno se aproximó a Costita, otro observó a Baigorria, los restantes miraron a Lalo, con desconfianza, mientras decían marcas de automóvil por lo bajo.

—Es un Ford — dijo Lalo.

Los chicos se empujaron mutuamente, intentando producir la caída de alguno de ellos en la cuneta donde verdeaba la cicuta.

El sol empezaba a declinar. Los pájaros lo anunciaban. Baigorria no había visto a los niños que rodeaban el camión. Alguno miraba a Lalo con aire de pendencia. Cuando pusieron en su sitio la rueda en mal estado y empezó a recuperar su nivel natural la parte delantera del vehículo, porque Costita retiraba "el burro",

Lalo subió al camión, orondo, dueño de la situación. Se sentó luego de dar un portazo. Los harapientos lo contemplaban entre asombrados y resentidos. Baigorria levantó la vista.

—¡Rediez!... —dijo persignándose—. Lo que teníamos por delante.

Costita vió que se hacía la señal de la cruz. Miró hacia el cementerio. Los niños también miraron hacia el camposanto como si pretendiesen saber qué llamaba la atención a los dos hombres. Y, al verificar que nada de extraño se veía miráronse los unos a otros y volvieron a darse empujones. Uno cayó a la cuneta. Las carcajadas se entrelazaron con las explosiones del motor y allí quedaron los muchachos, revolviéndose en el polvo, dándose manotones. Baigorria dijo:

—También hay miseria por aquí y niños semi desnudos. Malo, malo...

Costita se frotaba las manos para quitarse el polvo.

Llegaron a Paysandú a las nueve de la noche, bajo un chaparrón torrencial.

Costita dejó la valija en casa de Baigorria. Durmió en un prostíbulo. Un obrero de la fábrica de cerámicas le aconsejó que ensayara aventuras de ese género.

Le fué muy fácil compartir un lecho de tal categoría. Al amanecer lo despertó la luz filtrada por un tabique roto que daba al patio.

La mujer estaba más cansada que él. Era una muchacha menor de edad que tenía los papeles falsificados, el amante lejos, en Montevideo, y los labios heridos por un borracho que la castigara la noche anterior.

Cayó a la cama de la desdichada para hacerse solidario. Ella le pidió que se la llevara a Salto, y se durmió sollozando. Al abandonarla, la contempló arrollada en la cama como una débil ternera recién parida. Se había hecho un montón de trapos con sábanas y colcha.

Nadie le oyó salir. El prostíbulo parecía estar bajo una enorme piedra. De esas piedras que, al levantarlas, uno encuentra una colonia de bichos que en la humedad se reproducen en abundancia.

* * *

El *auto-stop* suele presentar tramos de lucha con la adversidad. Una mañana entera recostado a los muros de una estación de servicio sin encontrar el "alma piadosa"'... Pasaban automóviles y camiones. Siempre había una excusa: que no iban a Salto; que no se les permitía levantar caminantes; que la valija era muy grande; que no tenían lugar; que le pidiera a otro, etc. También cosechó secas, rotundas negativas. El silencio como respuesta, sin una seña visible de blandura o humanidad. "Aquí va a ser difícil" —le dijo el muchacho que atendía el surtidor—. De noche, algún camionero tal vez. Pero de día"...

Hacía calor. Anduvo bajo los árboles corpulentos de la gran avenida que se alarga hacia las afueras de la ciudad, hacia los campos ubérrimos que mostraban su gran vientre al sol. En una encrucijada volvió a tentar con dos o tres automovilistas que le pidieron disculpas sin dar excusa alguna. Compró algo de comer, salchichón, pan y queso. Comió al borde de la ruta, bajo el último de los inmensos árboles que limitaban la ciudad y el campo. Tenía que tocarles la fibra sensible, producir lástima, conmiseración. Al verle solitario, desamparado al borde de la carretera, quizás se ablandaría el corazón de algún conductor. Pero el sol calentaba y la atmósfera húmeda lo envolvía haciéndole difícil la respiración. Tierras empapadas por la lluvia, nubes bajas, grises y pesadas. Ni una brisa reparadora. En la copa de los árboles, los pájaros insistentes, cargosos, burlones.

Tenía dinero como para pagarse un pasaje en el ómnibus. Si no se le presentaba la ocasión aunque fuese para adelantar un trecho, se iba a ver obligado a tomarlo. A fin de cuentas, la última etapa en un vehículo con mucha gente le venía bien. A Salto era mejor entrar en la Onda, y evitarse la sospecha de algún automovilista de la localidad que podía reconocerle. Había vendido diarios montevideanos y fué "Tribunero" más de dos meses. No quería que lo reconocieran. De Salto a *Corral Abierto,* estaba seguro que llegaría en menos tiempo. Conocía a dos chóferes de los autobuses. Le harían muchas preguntas sobre su vida en Montevideo. Pero era el único camino hacia su destino final.

El doctor Chávez se enteró, por su hermana, de la curiosa historia de la judía desfigurada por el trabucazo. Citó a Rezendez. La fría entrevista epilogó con el relato de cuanto sabía el pesquisa

sobre las relaciones de Dodera. El juez le recriminó la reserva injustificada, el ocultamiento de un hecho que pudo, en su momento, ser esclarecedor. El pesquisa arguyó que en esos tiempos él era un muchacho cualquiera, de un barrio frecuentado por veraneantes extranjeros recién llegados al país, o argentinos que pasaban raudos por el pequeño balneario, vecino a la ciudad. El juez aceptó la excusa, a regañadientes. Lo amonestó, porque debió colaborar en la pesquisa al margen de una interpretación caprichosa como interventor en las investigaciones. No era lícito ocultar detalles de tamaña importancia.

Estoy ahora sobre una pista —argumentó Rezendez— y voy a conseguir permiso para ir a Salto. Quiero sacarle partido a este asunto y seguirle los pasos a Horacio Costa.

El plan esbozado por el pesquisa sedujo a Chávez. Su cuñado, el senador Amilivia, había publicado un copioso trabajo sobre la miseria campesina. El libro había tenido honda repercusión en los sectores políticos de la oposición y algún diputado del oficialismo pretendió aprovechar la denuncia, de tono espeluznante, en forma demagógica. Pero el problema era demasiado lamentable, demasiado sórdido, demasiado dramático para exponerlo en el ágora ante pacíficos ciudadanos en vísperas de emitir sus votos y que jamás modificarían sus opiniones porque en tales o cuales departamentos del país ardiesen las llagas de los "pueblos de ratas". Circuló el libro entre unos pocos. En el alegato no se arriesgaba solución alguna de carácter radical. Era la simple y terrible exposición que terminaba con una metáfora: los cánceres nacionales. El electorado de esas ratoneras, de aquellos antros, era un electorado ridículamente pobre. La mitad de sus pobladores no votaban, no tenían opinión. Tenían, simplemente, hambre y frío. El hambre no es caudal electoral, es otra cosa, algo invisible, nebuloso...

El juez doctor Chávez sabía que un asunto no capitalizable políticamente, sería vana plataforma para su correligionario y pariente, candidato a la presidencia del Consejo de Administración. Más de una vez bordeó el tema pero fué soslayado con la maestría politiquera de los caudillos que nunca supieron amar a su patria.

Eleuterio Rezendez protestó a su mujer por la indiscreción que había cometido al contar a la hermana del juez Chávez el

episodio de "la casita". Pero se reconciliaron porque el resultado había sido superior a los cálculos. Rezendez pasó en comisión a Salto, para seguir los pasos al joven delincuente salido del Albergue. Era su primera aventura policial de categoría.

En el ómnibus de la Onda en que viajaba adormilado, subió Horacio Costa, al caer de la tarde, bajo un chaparrón que azotaba los flancos del inmenso vehículo. Costita entró acompañado de una bocanada de aire fresco. Recorrió el coche y se sentó al fondo, donde le indicara el guarda. Rezendez viajaba en un asiento más adelante, envuelto en un pilot de bordes mugrientos, con el gacho sobre los ojos. No salía de su asombro. Costita, nada menos que su presa, acababa de subir. Allí, al alcance de su mano, empapado, como un pollo bajó el chaparrón. Esperaba que entablase conversación con alguno de los pasajeros.

A su lado viajaba una maestra rural. Debió enterarse, porque hablaba en voz alta, que al edificio de su escuela le faltaba un muro y que se las arreglaban con un tabique de arpillera que había donado un "fuerte hacendado" del lugar. Gracias a esa generosa contribución, se podía dar clases los días lluviosos. "Claro que si el agua cae con viento como ahora —dijo la maestra— no hay más remedio que suspender las clases". Pero la arpillera del hacendado les había servido de mucho. La otra maestra dijo que en el aula de su escuela había un boquete por el que se le escapaban los niños como ratas. En invierno lo hacían por broma, por diversión. Sobre todo aquellos que debían desayunarse con un trago de caña del Ancap. Y, claro, llegaban con un olor a pulpería que daban asco, pero se presentaban alegres. Las otras miserias enumeradas se las devoró el trajinar del ómnibus, del poderoso coche que atravesaba los campos como una centella. Lo que llevaba dentro, a quienes conducía por aquellas feraces tierras, poco importaba. Rezendez también escuchó signos de abundancia, cifras fabulosas, quintales de trigo, toneladas de maíz, kilos de lana, cifras apabulladoras que lo habían dormido antes de empezar la lluvia. Cada "pajarraco paisano" que subía al ómnibus, arrastraba una ráfaga salvaje que los pasajeros del campo olvidaban. Algunas botas con barro; chambergos aludos; maletas malolientes; el traje azul de Costita, ya tan ajado y sucio, que no merecía la men-

ción de una historia grotesca. Rezendez recordó la reyerta con su colega y se acurrucó en el asiento.

Al cuarto de hora de marcha, el muchacho dejó caer la cabeza. Clavado el mentón en el pecho, los brazos hacia abajo, viajaba hundido en el sueño. En los cristales de las pequeñas ventanillas se reflejaron escenas de su pasado, del pasado bochornoso. Se durmió, mezclando la realidad con el sueño, un sueño que su hermana Isabel no podía aprobar. Allí, entre comisionistas, maestros, un periodista, un abogado, un pesquisa y comerciantes de menor cuantía, Costita soñó con su hermana. Pensando en ella, se trabaron sueño y vigilia. Necesitó recordarla con todas sus fuerzas. Se hallaba, una vez más, al borde de la cañada y era la primavera. Ella le dijo que los teruteros hacen el amor volando sobre el agua. Habían visto a dos grandes palomas batir las alas entre las ramas de un "sombra de toro". A lo lejos, un toro rosillo perseguía tenazmente a una vaca colorada. Recortado en el reducido horizonte de un cerro, el animal había permanecido inmóvil durante un largo rato, espectacular, en la proximidad de la hembra. Días antes, "la Isabel" fué testigo de la triste apuesta que perdiera con "el tísico". En la cañada, él llenaba a colmo un balde de querosén, tomándose mucho tiempo. Primero, porque no había que enturbiar el agua. El tarro debía sumergirlo suavemente, hasta que se llenara con un sordo ruido que era su compañero en la labor. Segundo, porque no quería terminar de llenarlo sin que "la Isabel" diese un pequeño, un insignificante movimiento de cintura que a él le permitiera contemplar sus muslos al aire, hasta los negrores íntimos. Ella continuaba en cuclillas, lavando la única enagua que tenía, con esmero, para no deshacerla del todo. Era una piltrafa, un trapo apenas.

El agua reflejaba trozos de su cuerpo. Él empezó por curiosear temblando, como un ladronzuelo, allí donde se reflejaban los muslos. Pero después, se sintió varonil y miró de frente, con desenfado. Ella estaba más abajo, donde el agua podía irse enturbiando cuando la espuma del mísero jabón que le habían prestado manteníase sobre la superficie como un velo sucio. Su hermana se dió cuenta de su malsana curiosidad y sonrió una y otra vez, admitiendo el juego. Cuando Horacio volcó el último tarro de agua en la lata de querosén atravesada por un mango de ma-

dera, se frotó las palmas de las manos contra su ropa grasienta. Los campesinos se las escupían al tomar la herramienta. Estuvo unos segundos detenido, observándola, a la espera de alguna otra manifestación que le significase la aceptación de la broma. La miró resueltamente, olvidándose de quién era, hombre al fin dispuesto a eliminar todo obstáculo. Y enderezó hacia donde estaba su hermana, en aquel momento hermoso, representando nada más que a una muchacha lavando en cuclillas. A la mujer le temblaron las manos cuando sintió a Horacio que se mantenía a su espalda quieto, expectante, sin articular palabra. Ella veía la cara de Horacio reflejada en el agua serena. Creyó ver la mano de su hermano que se le aproximaba, que le tocaba el hombro, que se posaba en ella, levemente. Y cayó hacia atrás como si se desplomase, al contemplar la superficie del agua enturbiada, abismal.

Después, él encontró una salida del bochornoso trance: se arrojó al agua, y atravesó nadando la cañada. Como se lanzó vestido, quedaba ridículo del otro lado, estrujándose las ropas para secarlas. "La Isabel" había quedado boca arriba, y sonreía. Él la vió sonreír, alegremente. Y unas horas después, ya en el rancho, les acometió un furioso ataque de risa, al verse delante del padre. Éste, creyendo que se reían de él, les arrojó una piedra que dió en las costillas del hijo. Instintivamente, Horacio echó mano al cuchillo, a aquel cuchillo que más tarde le traería tanta desgracia.

Estaba sentado en la orilla opuesta, secándose, cuando invadieron la cañada varios perros sedientos. Bebían a medida que se internaban en el agua. Eran perros bien alimentados, de estancia. Horacio dijo en voz alta para que su hermana lo oyese:

—Debe estar pasando una tropa por el callejón.

Y así era. Pasaba una tropa de novillos. Los perros habían olfateado los manantiales que alimentan la cañada. Separados del arreo hicieron un círculo lo bastante amplio para evitar a la perrada del rancherío. Entonces Horacio les arrojó un guijarro. "La Isabel" tendía cuidadosamente el harapo que lavara, para que se secara sobre un peñasco. Él la hablaba, y ella nada le respondía. Pero después treparon el barranco, llevando entre los dos la lata de querosén con agua. Él silbaba confundido. Ella parecía contenta y no tener vergüenza.

La desordenada evocación se ligó con los primeros objetos

confusos que le trajo el sueño. La memoria se desvanecía en un pesado letargo. Y vió a su hermana, bien vestida, al lado de un hombre desconocido, también con ropa lujosa. Al fondo, un jardín, muchos árboles y una casa blanca. Oyó el ruido de un molino que sacaba agua. Todo, en torno a su hermana, era hermoso y tranquilo. Sonreía. Se había casado con el desconocido. Pero repentinamente, la pareja feliz se cubrió de hormigas, de hormigas voladoras que caían del cielo. De los pies a la cabeza, los cubría una túnica negra y movediza. A Horacio también se le llenaron los ojos de hormigas. Dormía feliz, a pesar de todo...

El autobús atravesaba la cortina de agua, la noche, el destino de Horacio Costa, recostado en sus incomparables pesadillas.

VIII

Hace algún tiempo, por la calle principal del pueblo, transitaba el vecindario apaciblemente; y, con él, iban y venían las noticias, los chismes, las calumnias. Andaba de un lado a otro la reputación de éste o aquel ciudadano; de ésta o aquella muchacha. A veces, la versión callejera tomaba formas canallescas en el club, en el café, en la taberna. Se veía pasar a los forasteros con sus caras de recién llegados, a pie, o en algún coche tirado a caballos, o en el único automóvil de alquiler. No había aventura comercial que no tuviese eco en aquella calle estirada como las lenguas pueblerinas. "¡Qué bárbaro meterse a construir con la perspectiva de una guerra!", decía el escéptico o el malagüero." ¡Qué ocurrencia casarse con una muchacha tan manoseada"! —podía decir otro, cuya hija disimulaba mejor sus arrestos, en un zaguán de mármol o en un balcón, al que no le daba la luz del foco porque el novio lo había hecho volar de una pedrada. La vida comercial, pacata, y la amorosa, envuelta en velos hipócritas, hacían la vida de la ciudad. Las enfermedades eran casi públicas, y si el coche de un médico doblaba en tal o cual esquina, el vecino más enterado decía: "Va para lo de Fulano... Ese no pasa de esta noche", o la vecina "calculadora", cerraba su ventana, luego de asomarse al estrépito del carruaje de la partera, asegurando que le había nacido un niño a Zutanita. Había escasas sorpresas en este sentido. La vida entera de la ciudad se controlaba desde la "calle Mayor", arteria que alimentaba la maledicencia, y la crónica social del diarucho.

Pero ahora se construía a destajo. De pronto, se venía abajo

un muro vetusto o con historia, una casa solariega levantada con oro en libras y planos hechos por arquitectos europeos, y empezaba a alzarse la pared chambona de burdo ladrillo, fabricado a la disparada. No se sabía de quién era la casa, ni quiénes iban a habitarla. Locales para comercios heterogéneos, surgían de pronto de los presuntos palacios. Partida en dos la casona señorial, ahora iba a destinarse la sala de las grandes tertulias, y el íntimo cuarto de vestir de la familia de jactanciosa prosapia, a una mercería de pacotilla. Al lado opuesto de la vivienda, estilo finisecular, allí donde firmara cheques el viejo oligarca, en el mismo sitio, iba a vender quiniela el morochito que criaron en una familia patricia, Las viejas casonas divididas en pedazos, remendadas por inhábiles arquitectos, estaban dando a la ciudad la fisonomía cartaginesa que se merecía. La faz de la ciudad cambió en pocos años. El letrero luminoso con su fealdad yanqui, ya había dado a Salto un aspecto desagradable. La calle Uruguay dejaba de ser residencial para transformarse en el emporio que reclamó el momento. Desalojadas las familias, a los propietarios que esperaban ansiosos sacarle partido a la propiedad heredada, les llegó el turno. Pero si algunas fachadas se afeaban porque muy pocos sabían construir locales comerciales sin alterar la fisonomía de la ciudad, en cambio en el centro de las manzanas, jardines con árboles gigantes, palmeras, pinos, bananos, oreja de negro, acacias, aromos, emergían de patios y jardines, como últimos reductos de un pasado mucho más bello por estar más acorde con la realidad climatérica. A los "fondos", como se les llamaba antaño, el algarrobo esperaba el hacha con pasividad de selva virgen. Y allí, bajo un árbol frondoso que ella no podía ver, pero que su piel sensible advertía, allí, en lo recoleto y casi vedado de un jardín que formara uno de los ricos terratenientes salteños, a la sombra protectora, húmeda, a su voluntad, la apátrida, "la leprosa" Gemma, pasaba las horas lentas escuchando música en la radio, con los ojos vacíos que unos lentes ahumados disimulaban. A veces, sentía que por sus piernas se trepaba la hormiga o que el insecto travieso se paseaba buscando ella no sabía qué, de su triste humanidad. Corría la mano hacia aquel lugar de la piel y volvía a su melancólica postura de estatua arbitraria. El sillón de mimbre era el más cómodo de la ciudad, sin duda alguna. Si se avanzaba por un largo corredor atestado de

muebles de baratija, se llegaba desde el umbroso patio solariego, a la puerta de calle del negocio. Un negocio de muebles, de camas "especiales" de mimbres trabajados por expertos obreros europeos. La ciega apenas oía el rumor callejero del parlante estruendoso que circulaba anunciando, precisamente, la mercadería de su hermano, propietario del inmueble. Lo habían levantado rápidamente. Dos pisos. Hasta la copa del algarrobo. Aquellos extranjeros venían a defender a la flora indígena que acosada por el progreso, se reducía a un patio, a un jardín regado, donde una ciega esperaba impasible. Defendían la flora porque venía de la leyenda que señoreaban árboles gigantes. Pero ellos contribuían, implacables, en transformar en factoría, en vulgar emporio, aquella ciudad cuyos rasgos peculiares se iban perdiendo sin remedio, para siempre jamás. ¿Un pasado que no habíase mantenido a la altura de sus antecedentes de heroicidad y amor al terruño? ¿Qué nuevas pasiones traerían los impíos restauradores? Gemma, la judía ciega que capitalizara el negocio de mueblería de su hermano, escapado de un campo de concentración en Polonia, napolitano que atravesó Europa para pelear por la buena causa, Gemma podía oír las conversaciones en el negocio. Al atardecer, los pájaros la visitaban. Una delicada conquista suya. Les oía bajar por entre el ramaje. Las diminutas uñas de las patitas arañaban la corteza de los troncos y el piar incesante le acompañaba en su noche total. Orgullosa porque fué bella, no salía jamás a la calle, salvo a unas obligadas visitas al banco, a alguna salida como verdadera turista, en automóvil, para tomar aire en las bochornosas noches del verano. La cárcel con fronda de los fondos de la mueblería, agobiaba entonces como un manto pesado. El calor era insoportable. Ya se venía el mes de noviembre, que Gemma conocía suficientemente, pues llevaba seis años en aquel pueblo castigado por el verano. Hasta el año que edificaron y pudieron comprar un coche de segunda mano, el estío significaba el suplicio. Defendió ella los fondos de la casa, contra la opinión de su hermano que no quería perder pulgada de terreno. Defendió los fondos y el árbol. Era lo único que sentía vibrar en torno a su persona, lo único que no le era absolutamente extraño. El algarrobo se mantenía inalterable. Las estaciones pasaban por él como los años sobre las piedras de los cerros. Un año, quizás, pasó con menos pájaros.

Fué la única variante. Gemma hizo preguntas, en todas las estaciones, para conocer las variaciones de aquel amigo centenario del que gustara sus frutos palpitantes, pero amargos. Largas chauchas caían del árbol. Le dijeron que se comían y Gemma las masticaba, sacándoles un jugo agridulce, que no era otra cosa que la resultante de su saliva y el sabor salvaje del fruto. Los palpaba en silencio. Los abría cuando estaba sola y se los llevaba a la boca con una leve sonrisa. Del árbol a la cama, ¡qué fácil era para ella el camino! A los cincuenta y cinco años, no se podía exigir más, otro sendero más directo, un escenario más breve y rico para su ceguera. El movimiento del taller, la llegada del empleado, las salidas a la calle de las hijas de su hermano, sobrinas que la conocieron ciega y monstruosa y que la creyeron leprosa como toda la ciudad. Aquella lepra suya era heroica. Era la "lepra" de un episodio de amor por el que no se atrevería a pasar ninguna de las chismosas del barrio. El día que la desfiguraron, estaba a su lado un hombre que la amaba. Con ella se paseó años y años, hasta que ella misma optó por separarse, huir de aquel extraño perdón y de la disculpa innecesaria. Francisco Dodera, a quien ella iniciara en un trabajo lucrativo y artístico, aceptó la separación. La piedad tiene su límite. Ciega bajo la fronda del algarrobo, Gemma, la hermosísima italiana, la judía esplendorosa, oyó sin inmutarse la noticia de la muerte de Dodera. Siguió paso a paso los partes policiales para la radio y se hizo leer por la sobrina mayor el folletín policial. Días antes había recibido una carta de Dodera. Hacía tiempo que no sólo no las contestaba, sino que ni siquiera las abría. Diez cartas en el año, solían amontonarse en un cajón que sus manos de ciega conocían. Temerosa de que se las abrieran, de tanto en tanto palpaba delicadamente los sobres, recorría los cantos y volvía a cerrar con llave el cajón de sus secretos. No quería oír hablar de su pasado. Lo había borrado, valientemente, con una horrorosa aventura de amor. Aquel ocasional amante se burló de ella. Le faltaron los ojos para descubrir la maldad. Su espléndido cuerpo se entregó, esta última vez, más violentamente que nunca. Pero le faltaban los ojos para el goce. La piel acribillada de su rostro se interponía entre ella y el hombre que la poseía. Por eso ahora, debajo del árbol, ya extinguida su sangre combativa, hablaba, a veces, en un napolitano maravillosamente secreto, un dia-

lecto que sólo su hermano Salomón podía entender. Y luego, el silencio total, salvo aquellas fiestas de familia en que se bebía un poco más de lo corriente y se hacía saber a las niñas, una de catorce años, la menor de nueve, que las arcas se llenaban y que el negocio seguía próspero. Salían para campaña muchos sillones de mimbre que fabricaban diestramente y no había hogar acomodado con créditos que no tuviese algo que ver con la Gasa Salomón.

Gemma ya no esperaba nada. Cuando iba al río a tomar aire, porque temía asfixiarse en el patio regado repetidas veces en la tarde, oía voces de gentes que nunca imaginó, historias extrañas, cuentos graciosos, relatos que solían quedar truncos. El azar le brindaba historias curiosas. Un día, porque se situaba un automóvil al lado del suyo y en otra ocasión porque tirada en la arena de la playa, se le acercaban parejas que hablaban en voz alta, Gemma extrañaba la música, los cantos.

—Bien triste es esta gente — solía decir.

—No creas, no creas —respondió Salomón—; si los vieses, qué caras alegres tienen... No son tristes. Todo lo contrario.

—No saben expresarse —contestó Gemma—. Sólo les gusta aturdirse con los parlantes de la radio. Soportan la radio porque están vacíos.

Rezendez se largó a las playas, porque sabía que allí iba a dar con la judía, sin violentarse en búsquedas riesgosas. Anduvo paso a paso por la orilla. Quería adivinar el campamento de los Salomón Grünberg. Y no le fué nada difícil dar con ellos. Estaban amontonados, habían traído sillones, sillones de mimbre, como si allí los fuesen a ofrecer en venta. También una mesa ratona, practicable, en donde seguramente iban a comer los platos clásicos. La tarde había sido tórrida. Miles de bañistas bordeaban el agua y alguno que otro alardeaba de guapo, internado en el río. Los más variados vehículos festoneaban la ribera. De alguno se extendía la lona impermeable o la simple colcha de cama imitando la carpa del campamento, el sencillo refugio contra los rayos solares que eran flechas flamígeras en el bochorno de una siesta que no acababa nunca. Largos, lentos crepúsculos, se estiraban hasta empalmar con las sombras calientes que se levantaban de las piedras. Del abigarrado campamento de bañistas no se alzaba una voz, un

canto. Silencio, pasividad, calma. Algunas aves acuáticas atravesaban el espacio. Pocos las descubrían en un cielo cobalto que enrojecía al punto crepuscular, incitando a la admiración y al desentendimiento total, como si el espectáculo de una naturaleza bravía y hermosa, nada significase para la gente.

Había un sector característico de los judíos. Allí donde la familia daba señas inequívocas del block de la secta, de la reunión incontaminada e incontaminable. Nunca se había visto hasta entonces tales núcleos humanos, conglomerados tan diferenciados. En uno de ellos, estaba la "leprosa". Sí, lo era para la población, a pesar de algún médico que asegurase lo contrario. Pero se la olvidaba fácilmente porque pasaban meses, en invierno, en que se la creía ausente de la ciudad.

Eleuterio Rezendez había enterado al jefe de sus planes. Si la ciega se negaba a un interrogatorio, se verían obligados a citarla al despacho del jefe de Policía. Rezendez creyó que lo más prudente era conseguir una entrevista en el comercio. Pero la primera conversación iba a ser en las playas, provocando la franqueza expontánea de Salomón, reputado como charlatán. Solamente a un extranjero de su condición, se le podía ocurrir pescar en las aguas agitadas de los bañistas. Pero Salomón lo hacía con sus dos hijas al lado, que, metidas en el agua, aprendían la lección del padre con una atención inusitada. Las niñas eran hermosas, mantenían las líneas clásicas de su raza. La madre, abundante de carnes, permanecía constantemente sentada, como si estuviese a la puerta del comercio, esperando al cliente.

Rezendez le gritó a Salomón desde la orilla:

—¡Ahí no pica!... ¡Más arriba, entre las rocas!...

Salomón dió vuelta la cara y las dos niñas le siguieron. Al instante los tres sonreían. Salomón dejó la caña en manos de la mayorcita y caminando hacia atrás, salió del agua lentamente.

—Ya sé que no pica. Les estoy enseñando a pescar —dijo Salomón—. Así van aprendiendo. Un entretenimiento...

Salomón se tiró al lado de Rezendez, en un pedazo del suelo donde la arena aparecía lavada.

—Es una lástima que toda la playa no tenga arena como esta —dijo Salomón mientras se iba agachando. Emitió una pequeña queja.

—Lo malo es que me ataca el reuma en este clima. A mi mujer le sienta peor que a mí. Pero las chicas nunca lo han pasado mejor.

—El verano de aquí es terrible —dijo Rezendez que lo probaba por vez primera—. A veces es más caliente en febrero, otros años es en noviembre. ¡Un tiempo loco!

—Yo prefiero el verano, con todo. Al frío no hay quien lo ataje.

Salomón no perdía de vista a sus hijas. De tanto en tanto, miraba a su mujer y a Gemma. En uno de esos movimientos de cabeza, Salomón debió poner atención a lo que le decía Rezendez, porque muy poca gente del lugar le hablaba de Gemma.

—Yo la conozco desde hace muchos años. Era la mujer más linda de las que se bañaban en Malvín.

—¿En Malvín? — preguntó Salomón sorprendido.

—Sí, yo vivía en Malvín cuando muchacho. Y usted sabe, cae mucha gente a la playa y las mujeres lindas llaman la atención en el baño. Su hermana era de las que no se olvidan. La más linda de todas.

Se hizo un silencio embarazoso. Salomón miró hacia donde estaba Gemma. Se balanceaba en un sillón de mimbre que había transportado en el techo del automóvil, exclusivamente para ella. Miró, bajó la vista, recogió una piedra, la hizo saltar sobre la palma de la mano, la arrojó al agua y como si todas aquellas maniobras insignificantes le hubiesen ayudado a tomar una decisión, habló pausadamente como si una carga de fatalismo gravitase sobre cada sílaba:

—Todos creen que está leprosa —dijo para completar la confidencia—. Y no está leprosa...

—Yo sé muy bien que no es lepra, amigo. Yo soy uno de los pocos que saben que no es una enfermedad — dijo jactanciosamente Rezendez.

—Pero vaya uno a decirle a cada habitante de la ciudad que mi hermana no es leprosa... Se lo han creído así, y no hay más remedio. No es sólo en el Salto. Pasamos un tiempo en Paysandú, antes de radicarnos aquí. Y decían lo mismo. ¡Qué le vamos a hacer!...

—La gente se olvida de eso — dijo Rezendez.

—A mí, lo que me duele es por las chicas... A las pobres les dicen cosas desagradables en el colegio. Los niños son perversos... Hay racistas aquí.

Rezendez quiso provocar el interés de Salomón por saber por qué él estaba enterado. Habló de la pesca, de los dorados que en diciembre remontan el río; de que tenía que conocer el Salto Grande, habló, habló hasta que Salomón, afirmando la curiosidad de los de su raza, no pudo evitar la pregunta:

—Y, ¿cómo sabe usted que lo de mi hermana no es una enfermedad?

—¿Cómo sé yo que fué un accidente? — se aventuró a replicar.

Salomón pestañeó. ¿Conocía la verdad del accidente o una de las versiones? Optó por callar. Gritó a las hijas, ordenándoles que saliesen del agua. Las niñas obedecieron. Chapaleaban en la orilla, antes de dejar el río... Se acercaron. Saludaron al desconocido. La mayor era muy bonita, morena, de ojos verdes y nariz aguda. Rezendez le dijo:

—Te pareces a tía Gemma, cuando era joven...

La niña lo miró un poco molesta. Salomón prefirió eludir los parecidos. Las niñas se sacudían las melenas lacias y negras con coquetería. Le pidieron un peine al padre. Éste lo sacó del bolsillo pringoso, quitó algunas hebras del peine y se lo dió a la mayor. Las niñas se alejaron disputándoselo.

—Yo quiero hablar con su hermana, Salomón — dijo Rezendez.

—¡Ah, para eso tengo que consultarla! Ella no quiere hablar con nadie, nadie...

—Sí, pero yo necesito hablar con ella. De un asunto que le interesa personalmente — contestó Rezendez.

Transcurrió un momento, una pausa marcada por Salomón que no le infundía tranquilidad.

—¿De qué se ocupa usted? — preguntó Salomón.

—Yo soy comisionista, corredor —mintió resueltamente Rezendez—. Pero no es de negocios de lo que voy a hablar a la señorita Gemma.

Al pronunciar el nombre y llamarla "señorita", Rezendez se mostraba respetuoso.

—Vengo a verla ahora, por eso me dirijo a usted. Yo soy forastero. Vengo por unos días. Si la señorita quiere, voy por el comercio...

Salomón hizo ademán de levantarse.

—No, ahora no le diga nada. Al volver. Mañana yo voy por el negocio... Es más sencillo.

Caía la noche. Los negros cristales, más grandes que los corrientes, que gastaba Gemma, resultaban espectaculares en las medias tintas del crepúsculo. Rezendez estaba a pocos pasos. "Evidentemente —se dijo—, la cara de la judía da miedo".

Se despidieron y Rezendez quedó tirado en la arena hasta que el viejo coche del mueblero trepaba la cuesta. Salomón se había quedado sin comer. Iba masticando un pedazo de pan con salchicha, mientras manejaba. Las niñas cantaban. Gemma se abanicaba con una pantalla de palmera y se cubría la cara cuando pasaba un automóvil.

Era domingo. El lunes, Rezendez se presentaría a buscar la respuesta.

Ya tenía el jefe los antecedentes policiales de Costita. Lo vigilaban de cerca. Trabajaba en un taller de carrocería donde se hacían reparaciones de ómnibus únicamente. En la empresa que lo llevaría a *Corral Abierto* si no se torcían sus planes. Vivía recelando de cuantos lo rodeaban. Una pregunta fuera de lo habitual, lo ponía sobre aviso. Esas preguntas se enunciaron varias veces. Entre los compañeros tenía que haber un soplón de la policía. Desearían saber para dónde rumbearía cuando se hiciera de unos pesos. Costita cada día más sombrío debió esforzarse para parecer reservado en el trabajo. Marchaba sombrío, rumbo al puerto, donde había conseguido una piecita maloliente, que todos despreciaron, pues no acababa de secarse después de la última crecida. La tenía para guardar sus pilchas, porque dormía en un prostíbulo.

Pero una tarde, al regresar a cambiarse de ropa, una vecina que solía mirarlo con ojos incitadores, le contó que la policía había registrado el cuarto y que se fueron diciendo que no habían encontrado nada. Ella escuchó lo que decían, desde su covacha. "Eran dos, uno de particular" — terminó abundando en detalles.

—No es nada, vieja; siempre se meten en las casas de los trabajadores. En las de los contrabandistas no se animan, porque los

curten a bala... O están acomodados. — Lanzó una maldición y le acarició con la palma de la mano los senos flácidos. Ella sonrió. Él le dijo: "Mañana, vieja, si estás sola".

Rezendez entró resueltamente en el comercio de Salomón. El mueblero lo tomó por un cliente. Más bien deseaba que fuese un comprador.

—¡Ah, sí, sí!... —dijo golpándose la frente y en un español ahora más marcado de acento extranjero—. Ya sé..., ¡no me diga más!... Usted es el señor que quiere hablar con mi hermana.

El pesquisa hizo un gesto afirmativo con la cabeza, dándose cierta importancia.

—Mire —explicó Salomón—, no es fácil..., no es fácil lo que me pide. Ella no habla con nadie... Si habla, les da la espalda. No quiere que la miren... Hay que comprender.

—Para mí, me es lo mismo. Yo tengo que hablar con ella — replicó ganando terreno con su estudiado aplomo.

—Depende... Y, ¿si ella no quiere?... Yo le hablé... Pero no quiere... No ve a nadie, desde hace tiempo. No la vamos a obligar, señor — dijo Salomón contraatacando débilmente.

—Tiene que decirle que quiero conversar con ella. Hágame el favor de decírselo, ahora mismo. No perdamos tiempo. Andando...

—Pero señor, usted no va a obligar a una persona...

—¿Puede hacerme o no el favor de pedirle que me atienda? Es muy importante lo que le voy a decir... ¡Vaya, yo no tengo tiempo que perder!

La voz de Rezendez se hizo imperativa. No rogaba, y esta actitud le daba mala espina al mueblero. El pesquisa vió que a éste le temblaban las manos.

—¡Vamos, le digo que debo hablarla y haga caso! ¡Andando, cumpla!

Salomón bajó la vista. Detúvose un instante y volvió sobre sus pasos, por el estrecho corredor que llevaba al interior de la vivienda. Rezendez se asomó a mirar. El empleado lo observaba. Con más olfato que el patrón judío, el muchacho tenía la certeza de que en ese tono sólo hablaban los policías.

Salomón volvió al cabo de unos minutos. Venía despacio, con los hombros caídos, como si de pronto se le hubiesen echado

encima muchos años. Era su naturaleza maltratada la que se presentó, de súbito, en la paz de días comerciales, tranquilos.

—Dice que pase, señor...

Y mientras andaban por el corredor, Salomón agregó: "Ella no quiere que la vean. Sufre mucho, señor. Debe comprenderlo. Colóquese atrás de ella..."

—Déjenos solos — dijo Rezendez, dominando la situación.

Salomón no pudo dar crédito a lo que oía. ¿Dejarla sola a su hermana ciega con un desconocido?

—Le digo que nos deje solos —repitió Rezendez tirándose el sombrero para atrás—. ¿Entendido?

Como Salomón no hablaba, Gemma dijo con voz ronca:

—¡Andare, Salomón, andare... Prego!...

Salomón dió media vuelta y vió que las niñas volvían del colegio.

Tomó en sus manos los útiles de estudio, les quitó el delantal para que no se lo ensuciaran y les dijo que se fueran a la calle, en busca a la madre que andaba de compras.

Rezendez se colocó detrás de Gemma.

—No quiero contrariarla, señorita. Soy de la policía y vengo por...

—Ya me lo esperaba —interrumpió Gemma—; yo nada tengo que ver en ese asunto. Bastante he sufrido para que encima vengan a complicarme la vida.

—No queremos molestarla mucho. Bien sabemos que usted nada tiene que ver con la muerte de Dodera... Pero fué él el que la dejó —se detuvo de pronto—. Yo no se lo he dicho a nadie. Puede seguir guardando el secreto.

—¿Cómo lo sabe? ¿Quién se lo dijo? Ésa es una historia de las tantas que inventaron...

—También inventaron que tenía lepra... ¿Cuál de las dos historias prefiere usted, señorita? Mejor es aceptar la verdad.

—Ninguna, porque todo es mentira. ¿De qué verdad está hablando?

—Yo sé que una de las dos historias es verdad. Yo estaba en "la casita" de Malvín la noche del disparo... Soy uno de los testigos.

Un escalofrío paralizó a Gemma. Suspiró al fin.

—No puedo verlo —dijo lagrimeando—; no sé si usted estaba o no. Pero no quiero saber nada de esa historia. Por eso no abrí ninguna de las cartas que me escribió Paco. Se portó como un malcalzone, un crápula, un...

Una violenta convulsión se adueñó del cuerpo de Gemma. A Rezendez le dió miedo.

—¿Quiere que llame a su hermano? — preguntó irguiéndose.

—No, no..., no. Ya pasa, ya pasa... Miserable, ¡bien muerto está!...

Rezendez dejó pasar unos minutos antes de hablar. En ese lapso, pudo asomarse a aquel horroroso rostro. Algún médico mediocre había intentado arreglárselo, y la empeoró espantosamente. A fuerza de cosméticos y de ingredientes perjudiciales para la piel, tomó la cara un aspecto repugnante.

—Necesito esas cartas —dijo Rezendez—. Soy de investigaciones.

—¿Llevárselas? —preguntó enérgicamente Gemma—. Jamás; ¿cómo voy a darles las cartas que me escribiera en los últimos años? ¡No y no! Eso no puede ser.

—Se trata de salvar a alguien. Usted sabe muy bien que a Dodera lo asesinaron.

—Ojalá lo hubiesen muerto mucho antes — exclamó ella más serena.

—Sí, lo mataron. Y no se sabe quién. Apareció con una puñalada en el corazón.

Gemma no parecía oírle.

—En el corazón... El asesino le dejó clavado el cuchillo de un amigo, un pobre muchacho... o si lo mató, el dueño del arma debió asustarse, como si se hubiese tratado de un infeliz que comete el primer crimen. O salvamos al muchacho o se pudre en la cárcel.

—¿Muy joven? ¿Cómo lo saben? — preguntó Gemma vivamente.

—Porque sólo un muchacho que se inicia en el delito puede cometer la burrada de dejarle el cuchillo en el pecho. Se asustó y salió corriendo. Dodera lo debe haber amenazado en el momento final... y luego huyó dejando las huellas. En ese caso es muy sencillo dar con el matador.

Gemma no había oído nunca hablar a un pesquisa. Estaba en la certeza de que el hombre no mentía. Rezendez agregó:

—Por eso, usted tiene que escucharme y confiar en mí. Yo, solamente yo, sé que a usted le dispararon un tiro con un trabuco antiguo en plena cara. Y que el que la estropeó... fué Paco Dodera... Pero oiga bien —repitió al ver que volvía a enjugarse los ojos por abajo de los cristales negros—. Oiga bien, yo, sólo yo lo sé. Nadie más. Por eso le pido las cartas últimas. Me van a ser útiles.

—Las cartas no se las puedo dar. Porque no sé qué es lo que dicen. No he querido que nadie me las lea. Para que no se enterasen los de mi familia. ¿Comprende? Nadie, a no ser el finado, sabe lo que allí está escrito.

—Mejor, mejor —dijo Rezendez—. Si usted quiere, yo se las leo a usted.

—No, eso no puede ser. Son cartas íntimas, personales — argumentó la ciega.

—Por lo menos las últimas — argumentó Rezendez—. Déjeme ver alguna.

Una pausa prolongada parecía anunciar el consentimiento.

—No pretendo leerlas todas, ni que me entregue sus secretos, señorita. Quiero las últimas cartas. Allí hablará de sus enemigos, pongo por caso... De dificultades de dinero... En fin, detalles que nos servirán.

—No, quemaré las cartas cuando usted se vaya — aseguró ella.

—¡Ah, no, no!... ¡Eso sí que no! —exclamó Rezendez—. ¡Eso no puede ser!

—¿Acaso va a obligarme? — dijo Gemma torciendo la cara hacia donde venía la voz.

—Podía llevarla detenida, ahora mismo, por simple averiguación. Y además allanar la casa con orden del juez. Puede quedar incomunicada desde ahora.

La ciega volvió a recibir el choque de nervios que le producía convulsiones frenéticas. Rezendez dejó pasar la crisis. Al finalizar el trance nervioso, dijo con persuasivo acento:

—Hay una persona, un muchacho, el dueño del cuchillo, precisamente, que puede ligarse muchos años de cárcel por un ca-

pricho suyo. ¿No haría algo para salvarlo? ¿No cree que le remorderá la conciencia?

Gemma titubeaba. Las cartas de Paco en manos de la policía podía complicarle la vida familiar, pero nunca irían más allá. Salvo que en la "casita", como ella lo sospechara, sucediesen cosas al margen de la ley. Una vez se había hablado de contrabandear otras maquinarias para la fábrica de cerámicas. Gemma sabía que habían contrabandeado aparatos eléctricos, y que en la maniobra intervino un alto funcionario cuyo nombre ya se le había desvanecido en la memoria. "Ojalá descubran algo para meter en la cárcel a todos aquellos canallas de la "casita" —pensó. Pero sabía que las cartas eran de amor, rogativas de disculpas y perdones, ofrecimientos de dinero.

—Las leerá mi hermano —dijo Gemma resueltamente— y veremos si hay algo útil para la pesquisa. Si es así...

—¡Ah, no, no!... —Rezendez la interrumpió. Ella comprendió que se las veía con un policía—. De aquí —dijo él— no salgo sin las cartas. Mire, puedo convencerla con otro argumento...

Gemma escuchó sus pasos. Se alejaba por el corredor. Rezendez llamó a Salomón. Le ordenó en forma autoritaria que hiciese entrar a las dos personas que lo aguardaban en la esquina.

—Sí, vaya usted mismo y no arme alboroto, que va a ser peor para usted. Aquí está mi medalla... ¿La ve? —enseñó la medalla de policía—. Soy de Inteligencia y Enlace. Que vengan esos dos que están allí en la esquina.

Rezendez había dejado a otro pesquisa a cargo de Costita. Como no lo habían encontrado en la covacha, lo sacaron del taller de reparaciones de autobuses.

Esperó. Gemma no se movía de su asiento. Se hizo densa la atmósfera de la casa. El calor aumentaba la tensión nerviosa. Volvió Rezendez al lado de Gemma. Esta vez se le colocó de frente para vencer su pudor. Le habló, y, súbitamente, ella se cubrió el rostro.

—Usted tiene que comprender que en sus manos está que mandemos a la cárcel a un inocente o que descubramos al asesino... ¡Éste es mi trabajo!

Gemma se irguió enfurecida.

—Usted no puede meterse en una casa y hacer estas cosas — gritó.

—¿Quiere que la detenga por instigadora de la muerte de Dodera? —gritó a su vez Rezendez—. ¿Eh? ¿Quiere ir a declarar a la comisaría? Usted pudo mandarlo matar. ¿Estamos? Eso puedo pensar yo. Bien, si no deja hacer las cosas tranquilamente, sale de aquí en un carrito celular, ¡ahora mismo! Yo soy el único que sabe que usted fué desfigurada por un hombre que aparece muerto de una cuchillada. Y que pudo tomar una venganza, ¡lo que no sería raro!...

—Hable más bajo —dijo Gemma sollozando—. Más bajo, *prego;* las chicas...

—A las chiquilinas las han mandado a la calle. Estamos solos...

—Hay vecinos que pueden oír, por favor...

—No es mía la culpa, es suya, si grito...

Por el corredor venían Costita, el pesquisa y Salomón.

El ruido de los pasos golpearon en el corazón de la ciega.

—Aquí está el que todos creen que es el asesino de Dodera — dijo Rezendez—. Su cuchillo apareció en el cuerpo del hombre que usted conoció. Pero en las últimas cartas suyas debe haber alguna referencia. Si es inocente, usted no lo dejará condenar. Si es el matador, necesitamos saber qué relaciones ha tenido con usted. No hay otro camino. ¡Enfrentarlos!

Gemma permanecía callada. Sentía a sus espaldas a los hombres que habían llegado con su hermano. El segundo pesquisa, más alejado del grupo. Conocía suficientemente a Gemma y no le daba mucho placer volver a verle la cara. Costita la miraba fijamente. Rezendez quería descubrir en el rostro de Costita si la había visto antes.

—Señorita, no nos queda más remedio. El dueño del cuchillo con que se liquidó a Dodera, debe reconocerla. Costita —agregó— ¿has visto alguna vez a esta mujer?

Costita avanzó. El rostro de Gemma le sorprendió como la rápida aparición de una llamarada. Retiró la cabeza impresionado. Rezendez se dió cuenta de que jamás la había visto.

—No, no... Yo nunca la he visto — contestó.

—Bueno —ordenó Rezendez—, señorita, sea amable con nos-

otros. Hace más de ocho meses que buscamos el matador de Dodera. A este muchacho lo torturaron para que confesara. Lo han dejado suelto, para dar con el verdadero asesino. Volverá a la cárcel. Usted puede ayudarnos. Ayudarme a mí, particularmente. No quiero que la mezclen en el sumario, ni que la llamen a declarar. Quiero las últimas cartas... Si no, pensaré que usted lo mandó matar.

—¿Yo? ¿Yo? ¡Qué locura! He deseado su muerte, sí...

Se produjo una pausa extraña.

—Salomón —murmuró Gemma suspirando profundamente— toma estas llaves. (Hablaba en italiano, con giros de dialecto napolitano). Saca la última carta. Le daré la que llegó el día mismo que mataron a Dodera.

Rezendez encendió un cigarrillo. Luego les ofreció tabaco a Costita y al pesquisa del pueblo. Una guiñada alegró la cara de éste.

Salomón regresó titubeante; el sobre, como todas las otras cartas según comprobó Salomón, estaba cerrado.

Las manos trémulas de Gemma tantearon el papel, acariciaron los cantos del sobre. Un momento lo tuvo entre las manos, sin saber qué hacer con él, indecisa.

—¿Nos puede dejar solos? — rogó Gemma, palpando un brazo de su hermano.

—Sí, sí... Que le lea la carta su hermano. Nosotros nos alejamos.

Rezendez hizo una seña a Costita y se alejaron por el corredor en dirección al local. Las chicas con la madre, sentadas en el negocio, acababan de despedir a unos clientes de campaña.

Salomón se inclinó sobre el hombro de Gemma y le leyó la carta, en voz baja. El mueblero levantó la cabeza y miró hacia donde se encontraba Rezendez. Gemma, con los dedos de la mano como garfios, atrapó la carta y la mantenía estrujada violentamente, apretada entre los dedos, mientras de su boca salía un quejido como de animal herido. Le repitió el ataque de nervios, pero esta vez más acentuado aún. Salomón le hizo señas a Rezendez. El pesquisa se acercó.

Ambos hombres se miraron un instante. Rezendez levantó la mano, la dejó en el aire, en suspenso.

—Señorita —dijo Rezendez—. ¿Qué dice esa carta?

Gemma no contestó. La estrujaba como si deseara hacerla desaparecer. Se fué calmando poco a poco. La bata de seda apareció estampada de sudor. Crujían los mimbres del viejo sillón en que estaba sentada.

—Paco —dijo penosamente enjugándose las lágrimas que caían, una tras otra—. Paco Dodera se suicidó... ¡Se suicidó!

En la palma de la mano derecha, la carta del muerto se abría lentamente. Eran unas pocas líneas de puño y letra. Rezendez la leyó con el cigarrillo en los labios que levantaba una columna de humo. Gotas de sudor le corrieron por el pescuezo, y el sombrero le ceñía una corona de fuego en la frente.

"¿Suicidio? —pensó—. Está bueno... Si él lo dice..."

—Bueno, "señora"... —dijo Rezendez—. Tal vez se necesite alguna declaración suya. Mañana le avisaré.

—¡No, no!... —gimió Gemma irguiéndose—. Yo no tengo nada que ver con ese hombre. ¡Nada! ¡Nada!... ¡Per Dío! ¡Nada!

Como poseída giró la cabeza y Costita pudo verla en todo su horror. Daba asco, primero; miedo, después... Costita estúpidamente pensó en la descripción del camionero. Y se dijo: "A esta sí que no la dejaba subir al camión. Es más que un susto. Espanta a cualquiera".

Los tres hombres, sin darle la menor importancia a Salomón abandonaron el local en fila, como soldados de una patrulla de reconocimiento.

Rezendez, apenas si lo saludó.

El rostro de Gemma la judía, para Costita, no fué tan tremendo. Pero pudo descubrir en los otros el efecto que les producía.

IX

Sí, podía estar contento, dejaba de ser un presunto malhechor vigilado por la policía. Ya en investigaciones preparaban el comunicado y se cerraría la pesquisa, con un manotazo sobre la carátula del expediente como si se echara la última palada de tierra sobre una tumba. Francisco o Paco Dodera se habría suicidado. Las explicaciones del caso ocuparon un discreto lugar en la crónica periodística. Peritos en la materia se expidieron unánimemente. El acuerdo había sido general, después de leer la carta de puño y letra que el suicida debió dejar en su velador, en algún lugar notable de su casa, pero que había enviado a la oscura protagonista de una vida tortuosa, como testimonio y prueba terminante de su trágica resolucion. En los planes del suicida no contaba lo imprevisto. El filo del arma, al no interesar la víscera vital, le permitió un movimiento brusco que pudo producir el tajo fatal. Dodera cayó de bruces, el cuchillo se hundió en el pecho y con el golpe los dedos de ambas manos se machucaron en los nudillos. Instantes después, sus músculos y nervios, sus fuerzas aún latentes, le permitieron girar completamente hasta colocarse boca arriba. Encontró la muerte al producirse un tajo diminuto en el corazón. El médico forense lo estableció: "Un milímetro menos de la hoja homicida y el crimen no se habría perpetrado". Estaba en lo cierto, en cuanto al hecho material. Pero Dodera habíase eliminado con un golpe de arma blanca. La carta a su ex amante determinaba claramente su trágica resolución. Los móviles y razones de aquel suicidio, eran otra historia que a nadie interesaba. Molestaron a la ciega que debió contar el accidente. Para algunos, dejó de ser

"la leprosa de la mueblería". Bajo el algarrobo, recuperó rápidamente la serenidad de sus apacibles días, oyendo trinos y voces de niños.

Horacio Costa, Costita, se sintió más acorralado aún. Trabajó con rabia, enfurecido, cada vez que se le hacían preguntas intencionadas. Las mujeres del burdel eran sus únicas amigas, sus hermanas alegres y cantoras, hediondas a alcohol por la noche; perfumadas en la madrugada; sudorosas y malolientes por la mañana. Nunca preguntaban; nada querían saber. Se convirtió en el amigo chacotón que aguanta en las sombras al cliente cargoso y que cae en el lecho caliente, cuando todos se han ido a sus casas. La patrona le ofreció un puesto tentador. Ellas necesitaban un hombre como él, fuerte, del gusto de todas las muchachas, incapaz de apasionarse por una en particular y que se dejaba querer con una tristeza de animal enfermo.

"La Isabel" estaba presente.

* * *

Eleuterio Rezendez le hizo ver a Horacio Costa la importancia que para él tenían las declaraciones de la judía. Supo que seguía bajo vigilancia policial y que su intervención en el crimen se mantenía en pie hasta esos días. El pesquisa intentó congraciarse con "el muchacho del Albergue", como le decía al hablar con su mujer. Pero Horacio lo esquivaba. Apenas si le oían hablar en el trabajo. Sus únicos amigos los encontraba en el prostíbulo. Por mucha llaneza que demostrase Rezendez no podía olvidar su maldita condición. ¿No fué uno de su ralea, acaso, el que lo detuvo el día que estrenara el traje azul? No. No conseguiría una sola confidencia de su parte. Ya estaba arrepentido de haberle dicho que seguiría andando hasta volver a su pueblo.

—Estoy harto de escuchar consejos —dijo a Rezendez—. Alguna vez me las voy a ver solo. Entonces veremos.

—Yo no doy consejos, Costita —le respondió el pesquisa—. Ya sos bastante grande. Pero no te olvidés que fuí el único que se opuso a que te señalasen como matador de Dodera.

—Sí, pero eso es cuenta vieja. Yo pude matarlo, ¿sabe? y no quise matarlo. No se merecía otra cosa. Nos ganó de mano el destino...

—¿El destino? —preguntó Rezendez.

—Claro, ¿no dicen que se mató él mismo?... Muchos muchachos pensaron liquidarlo y sacarle la plata —dijo Costita—. Nos ganó de mano.

—Y... tu cuchillo... ¿Por qué tu cuchillo?

—Yo se lo vendí, por mucho más de lo que vale. Me lo pagó caro, ya sabe por qué. No pensé que era para matarse. Si me lo dice, se lo doy más afilado...

Costita se levantó del banco de la plaza en el que lo sorprendió Rezendez. Hacía mucho calor y allí donde se sentaba la gente se quedaba como atontada. Ya llegaba la hora de verse con La Nena, su amiga la ramera. Ella lo esperaba. Dos veces en el día se le presentaron chicos vagabundos, uno de ellos un "diarero" con mensajes de ella. "Que no faltara esa noche; que lo esperaba; que no dejase de ir..." Los chicos se enorgullecían de ser mensajeros de la prostituta. Se le aproximaron sigilosos, sonrientes, le hacían guiñadas, les alegraba la complicidad. El más listo de los tres pretendía que Horacio contestara y ser él el portador de la respuesta. Los chicos se alejaron desilusionados. Porque Costita alzaba los hombros oomo respuesta. El más celoso de su papel, estaba a pocos metros del banco, sentado en el cordón de la vereda, observando a Costita que conversaba con el pesquisa. Ya había averiguado el pequeño de diez años, quién era Rezendez. Le gustaba andar en torno a ambos como si ganase un galardón para enseñarlo luego a los restantes niños miserables que merodeaban por el centro de la ciudad. Cuando Horacio se puso de pie, también se irguió el muchachito. Mantenía en bandolera la cuerda con que sostenía los diarios capitalinos que vendía al mediodía. Detrás del mimado en el prostíbulo, iba discretamente, como presunto guardaespaldas. El pesquisa se dió cuenta del rumbo que tomaba Costita. La figura de Horacio Costa le impedía ver la mísera presencia del pequeño que marchaba a sus espaldas. El chico podía ser la sombra del desdichado, un doble, o la réplica de Costita.

—Yo fuí el que le avisó, don... — dijo tímidamente el niño.

Costita bajó la vista. Como su perseguidor andaba de pies desnudos no lo había sentido marchar a su lado. Lo miró, sin entender.

—Yo soy amigo de La Nena —agregó el chico—; a mí me mandó que le avisara...

Costita sonrió, metió la mano en el bolsillo y le estiró la mano con una moneda .

—No, no..., deje... No quiero..., deje — protestó el niño.

—¡Vamos, bobo, tomá! — insistió él.

—No, no quiero, no quiero...

A medida que hablaba se iba alejando. No quería aceptar la moneda. Se alejaba ya, suficientemente retribuído con la familiaridad de verse cara a cara con el preferido de La Nena.

Costita entró en el prostíbulo. No alcanzó a entender el alcance de la negativa.

La Nena era una mujer de suerte. Un ganadero del Brasil se creyó comprometido con ella y antes de regresar a su tierra, le regaló una suma de dinero nada corriente. Circuló la versión de que había encontrado en la ramera, las calidades de una mujer que le amara en su juventud. La Nena pudo aprovechar de la feliz coincidencia física, pero dejó pasar la ocasión, distraída por el interés que le producían sus relaciones con Horacio. Era capaz de correr cualquier riesgo pero por un hombre de su misma naturaleza, máxime aquella noche, que lo esperaba con botellas de caña y grapa, y tembló de gozo al ver al hombre que buscaban por las calles los diareros y lustrabotas del barrio. El mensajero más despierto, era el hijo menor de la lavandera del prostíbulo. Muchas veces el niño traspasó el umbral de "la casa rosada" y quedó extasiado ante las mujeres desnudas. El hecho de que Costita fuese el hombre que allí se alojaba y que las prostitutas lo llamasen en voz alta, determinaron la admiración por el privilegiado. Y aquella noche iba a ser la noche de Costita, pues la afortunada mujer había resuelto no "ocuparse con nadie."

La Nena preparó una pila de sandwiches. Invitó a sus compañeras y a la patrona para despilfarrar el dinero del brasileño.

Costita se instaló en el cuarto dispuesto a pasar la noche. Primero matearon, escuchando las conversaciones de la clientela; oyendo el pequeño escándalo que hizo un lanchero borracho y la entrada espectacular de unos muchachos "de familia", a los que se les comunicó que la Nena se había ido a Paysandú. La reclamaban, pues el brasileño le dió nombradía y trascendió su fugaz

locura amorosa. El grupo escandalizó. Se les soportaron los gritos, porque a fin de cuentas no eran huéspedes despreciables. La patrona los quiso retener, pero ellos salieron cantando y dejaron el patio del prostíbulo hundido en una inmensa tristeza. Eran cinco. El vacío que dejaron fué deprimente.

—Debías haberlos atendido — dijo Costita.

A La Nena no le gustó que su amigo hablase con aquella indiferencia. Pero no hizo comentarios. Costita se dió cuenta, porque ella le estiró la mano con el mate ladeado como para que él se lo cebara solo. Horacio la dejó con la mano tendida. Cuando pasaban los instantes y ella no hablaba, la tomó por la muñeca, dejó caer el mate al suelo y, tumbándola, le dió un largo beso. Estuvieron con la luz apagada una media hora. Bebían, reían, volvían a beber en la oscuridad. Cuando la Nena encendió la luz, necesitó ponerle una pantalla encima porque le dañaba la vista.

El calor era insoportable. La Nena mandó comprar botellas de cerveza bien helada. La patrona corrió en las sombras de la noche, sigilosamente, hasta el boliche. Las chancletas apenas se oían en la calle desierta. En el boliche encontró al chico de la lavandera y lo mandó a dormir.

La cerveza fresca le cayó mejor a la Nena. Resultaba espléndida caminando desnuda, dejándose caer las gruesas trenzas sobre los pechos. Y Costita haciéndose aire con una pantalla de palmera, parecía "un señor". No tenía más que estirar la mano y atrapaba un poco de salame y sus dedos tocaban la superficie helada de los vasos, de puro gusto.

Golpearon a la puerta. La patrona tenía sed. Querían cerveza las dos amigas de la Nena, cómplices de su aventura con Costita, pues la Nena tenía un compromiso con cierto corredor que bien podía presentarse de un momento a otro. Costita era el preferido. Si llegaba el corredor, Manola, su mejor amiga, guardaría a Costita en su cuarto. Por eso Manola miraba a Horacio con ojos codiciosos y la Nena le arrojó un almohadón al descubrir en la mirada algo que a ella no le gustó.

Costita reía. Hacía tiempo que no estaba tan contento. Bebió, bebió hasta las cuatro de la mañana. Todas las puertas se fueron abriendo a medida que se iba el cliente de paso. Horacio acercó la cama a la puerta del patio. En la casa no había ventanas. Las

casas de esa índole han tapiado las ventanas, y si existen balcones, siempre permanecen cerrados. Los cuartos daban al patio, y el patio no era más que un pedazo recortado, rectangular, de cielo estrellado. Horacio, desnudo en la cama, estiró los brazos por entre los hierros de la cabecera. No supo quién le mordió el antebrazo, pero lo cierto es que, de pronto, alguna de ellas le gastó la broma. Se guardó muy bien de contárselo a la Nena. Ella preparaba los últimos pedazos de pan con salame.

—Y todavía me sobra plata... —dijo ella—. Si necesitás un poco...

—Mañana, mañana hablaremos —dijo Costita bostezando, porque el alcohol ya empezaba a diezmarlo. Estaba de espaldas. Dió un brinco y se puso de bruces. La almohada sosteníale la cabeza. La Nena se le tiró encima. Rieron un rato. Se dieron manotones recíprocos. Él pidió un trago. Tomaron dos tragos de grapa: Costita vió que Manola arrastraba el colchón al patio y se tiraba todo lo larga que era, boca abajo.

—¡Te gusta, desgraciado!... —dijo la Nena al verla en el suelo.

—No seas boba. ¡La mejor sos vos!

Costita le habló al oído en voz muy baja. Y ella no pudo contener la risa. La luna ya empezaba a tajear el patio. Un lampo lunar se insinuaba en un extremo, entre las ramas de una parra raquítica. Apareció otra cama. Era la de la patrona que, boca arriba, se abanicaba frenéticamente. Creyó ver la sombra de un hombre en la penumbra del cuarto.

—¡Dale, dale..., no seas flojo! —lo animó la Nena.

Costita no se atrevía. Pero la tentación se acentuó con los últimos tragos de grapa.

—¡Dale!... —dijo ella, empujándolo—. Dale, metele bobo.

La luna entró en el recinto, iluminándolo. Ya partía en dos el espacio de aire que se les presentaba libre, cuando Horacio dió un salto de gamo y se paró en medio del patio, desnudo, como una aparición. Manola fué la primera en verlo. Pensando que se dirigiría a su cama, la dichosa expectativa la enmudeció. Pero Costita estaba borracho, borracho del todo. La Nena lo incitaba a salir desnudo, a fin de compartir con sus compañeras la admiración

que aquel cuerpo magnífico de macho a ella le producía. El recio tórax de Costita apenas estaba sombreado por el bello negro que parecía dibujar un corazón en medio del pecho. Quebró sus piernas en un alarde femenino que se inició con un leve movimiento de caderas. La Nena no podía creer lo que veía. Horacio avanzaba, simulando un paso de bailarina, por el esplendor lunar. La patrona largó la carcajada al verle. Llegó él hasta su cama y en un rápido esguince, giró para darle las espaldas, continuando el juego báquico para regocijo de La Nena. Manola se sentía deslumbrada y las otras mujeres reaccionaron arrojándole el primer trasto que encontraron a mano. Los alocados aplausos fueron acallados por el chistido de lechuza de la patrona. Ya Horacio volvía al punto inicial como un equilibrista del alambre. Mantenía la cabeza en alto, para darle a su figura rasgos estatuarios. El corto paseo de vencedor, le llenó de orgullo. Alguna vez, en muy distintas condiciones, habíase expuesto a las miradas de Paco Dodera. En aquel momento, era el macho que dominaba en un ejercicio que le servía de desquite. Seguía sintiéndose sano, fuerte, robusto, capacitado para la lucha y la violencia sexual. En ese instante de euforia, comprendió que si había vencido las penurias de una infancia con hambre y liendres, si sobrevivió a los reveses de la urbe encanallada, también vencería el oleaje de alcohol y sexo a que estaba expuesto. Su cuerpo musculoso, que envolvía la lascivia, andaba buscando otro encuentro similar al del campesino, pero más feroz, para orgullo de su hombría. Y porque le asaltaron ideas de dominio fué que al aproximarse a la cama, empleó toda su potencia física para envolver a la mujer en el colchón, arrojarla brutalmente al suelo y tenderse luego sobre el elástico, defendiendo su derecho al sueño, con terribles manotazos.

Se le oyó roncar, a los pocos minutos de una respiración profunda, impresionante.

Eleuterio Rezendez, volvió a Montevideo a disfrutar del éxito.

A los diarios, en aquellos días, no les venía bien darle importancia al esclarecimiento del crimen de la Fábrica de Cerámicas. Esta firma comercial empezaba a hacer publicidad en sus páginas y no había por qué volver sobre el asunto. Verificada la caligrafía de Dodera, solo quedó un mohín de sorpresa en el rostro del médico que intervino en la autopsia. El presunto asesinado, mori-

bundo, habíase puesto boca arriba con el puñal clavado en el pecho y la hoja afilada le abrió el corazón. Un hecho de fácil explicación, poco frecuente y nada más. El pesquisa no fué felicitado por sus superiores y María le reprochó no haberle seguido los pasos a Horacio Costa, como se lo prometiera.

—¿Es que vos tenés una idea de lo que es nuestra campaña? ¿Cómo voy a seguirle los pasos a un hombre que se mete en un pueblo de ratas? — respondió Rezendez, fastidiado, marcando el interrogante.

—Hay muchos modos de hacer un estudio, un trabajo... — dijo ella confundida.

—No hay forma de seguir un caso de estos, hasta el final. Hablé con mucha gente y a todos les parecía cosa de loco. — Él titubeaba. En los rancheríos no hay donde meterse, ni cómo enterarse. Me quedaron de enviar datos policiales sobre la conducta futura de Costita... ¿y qué más?

—En pocas palabras, viejo —terminó la mujer—, que te quedaste contento con descubrir que fué suicidio y no un crimen. Asunto policial.

—Y, ¿te parece poco?

—Claro que es bastante. Pero me enteró Teresa, que Chávez quería saber más cosas para un estudio, saber...

—Qué va a querer saber ése... — le interrumpió Eleuterio despectivamente—. Lo fuí a ver y no me dió ni medio de bolilla. Además, todos creen que lo que quiero es ascender. Un punto más... ¡No me embromes con Chávez!

Al doctor Chávez, juez de menores, lo que le importaba era también su ascenso. Y no iba a hacer méritos con semejante denuncia. Para matar las horas de ocio, leía, leía mucho, preferentemente en francés. Era de los pocos jueces que podían leer de corrido en la lengua de Anatole France. Admirador ardiente de este escritor, solía releerlo, de cuando en cuando. En la librería donde conocían sus gustos, le ofrecían las novedades que él desdeñaba con un aire de suficiencia que era el comentario de los empleados. Los libros que llegaban de Francia eran separados para el doctor Chávez. Demostraba últimamente gran interés por Jean Paul Sartre a pesar de molestarle ciertas actitudes suyas que

lo distanciaban de la prudencia en materia social. El doctor Chávez se guiaba por las casas editoriales.

Y en su librería, también se hacían distingos. Si se filtraba alguna obra con cierto "contenido" y caía en manos de alguno de los clientes que se quejaban por vender "porquerías", el empleado ignoraba que el empleado le echaba la culpa a Gallimard, simplemente. Y el doctor inclinaba de un lado al otro la cabeza como diciendo: "Sé sus intenciones"... Pero el pobre diablo de Chávez era más reaccionario que él.

El juez no quería líos en su despacho. Los móviles de la delincuencia infantil, estaban explicados suficientemente en las novelas existencialistas. ¿A qué romperse la cabeza? Eran fenómenos universales. Llegó a considerar pecado de inmodestia "querer acomodar el mundo", cuando las cosas estaban hechas en esa forma y nadie las arreglaría. "El tiempo, dijo doctoralmente a Rezendez, es el factor decisivo. Lo demás un rompedero de cabeza que no vale la pena. No debemos entrar en conflicto con la realidad".

Y esa misma mañana aquel juez de menores se encaminó a la librería de costumbre y compró varios libros, muchos libros que no suponía el empleado que fuesen del paladar de un letrado. Pretextó que tenía que hacer regalos a sus sobrinas. Y cargó con una tanda de novelas policiales, ciertos premios *Goncourt y Fémina*, dejando de lado los libros sobre *Extremo Oriente*, una novela de Pierre Courtade y *Claves de China*, de Claude Roy. Se le enviaron las novelas a su casa y la vida siguió su curso regular en casa del magistrado.

Eleuterio y María, también se llamaron al orden. María dejó de ver a la maestra, díscola y "revolucionaria" y la hermana del juez, Teresa, viajaba por Europa.

* * *

Horacio Costa fué a visitar a su amigo, el dueño del taller de reparaciones de carrocerías. En el trabajo no le gustaba hablar de problemas personales. Minelli, el carrocero, estaba solo en la casa. Vivía con su mujer y dos niños en edad escolar. Podía alojar a su cuñada y una amiga, los días feriados, cuando su cuñada, que era maestra rural, podía hacerse una escapada a la

ciudad. A la madrugada, regresaban a la *Colonia Tercera* muy contentas de haber aprovechado el tiempo, pero también suspirando por el destino que le había tocado.

Horacio le habló del viaje a *Corral Abierto*. Minelli le aconsejó que no regresara.

—Ahora, ya estás libre de sospecha — le aconsejó el carrocero—. Nadie puede decir que sos esto o aquello. Hasta podías volver a Montevideo.

Costa dudaba. Se quedó mirando el vacío. Minelli no lo entendería, por más que él le contase todo lo que le había pasado. Renunció a relatarle la peripecia en la fábrica de toneles; a los sombríos atardeceres por 18 de julio, subiendo a los ómnibus, guiñando el ojo a "carteristas" amigos, que volverían a verle con su traje azul.

—De cualquier manera, tengo que ver a mi gente — dijo al fin.

—¡Ah, eso es otra cosa! Andá, velos, pasá unos días con ellos y si querés aquí hay alguna changa de chapista.

Pero Minelli nada le prometía. Costa sintió que pesaba en el taller.

—Si le decís al guarda que me lleve — dijo con temor.

—Pero, seguro, claro que te lleva. Mi hermana y una amiga, quedan en *Colonia Tercera*. Van en el mismo coche. No te aflijás por el viaje.

Al despedirse entraba Clarita, la hermana de Minelli, con la mujer de éste y la amiga que llevaba un paquete.

La presentación fué muy rápida.

—Van a viajar juntos mañana — dijo Minelli.

Horacio se inclinó tres veces al dar la mano. Pero de las tres veces que bajó la vista, una sola recogió una mirada de simpatía. La mujer de Minelli, parecía decirle: "¿Qué venís a hacer aquí? ¿A sacarme a mi marido de la casa? ¿A pedir un favor? Mejor que te marches". Clarita, no le dió la más mínima importancia. Lo saludó, para cumplir. Fué Rebeca, la amiga, quien sostuvo la mirada. Sería porque Horacio quiso ayudarla a cargar el bulto. Pero ella lo esquivó, y fué la que primero desapareció en la casa. Clarita y la mujer de Minelli se arreglaban el cabello y miraban

hacia la puerta. Soplaba el viento fastidioso de noviembre pero que es el que anuncia la vecindad de las vacaciones.

Horacio Costa se hallaba instalado en el mejor lugar del ómnibus, lejos de las ruedas, y no muy atrás. Calculaba que llegarían las viajeras anunciadas por Minelli: Clarita y Rebeca. ¿Había oído bien el nombre de Rebeca o era invención suya? No le disgustaba viajar con dos muchachas. Clarita pasaba los 20 años. Era un poco gruesa pero tenía hermosos ojos. Los brazos eran fuertes como si hubiese trabajado mucho en la infancia o sus antepasados no hubiesen sido gente ociosa. Era dura de pierna; hasta se diría que tenía escasa movilidad. En cambio Rebeca, era una muchacha de 18 años, bien formada, de ojos pequeños, pero vivaces, y una boca grande que acompañaba a su nariz pronunciada. Había en ella, algo muy humano que la hacía bonita sin serlo. "Tal vez fuese la sonrisa fácil y bondadosa", pensó Costita.

Subió al coche sonriendo, bromeando. Clarita también. Comentaban los requiebros de un changador sordomudo. Estaban contentas y quedaban muy raras avanzando inclinadas por el pasillo como si necesitasen abrirse paso con la frente. Debieron ver en seguida a Horacio, porque avanzaron a su encuentro. Él no titubeó en darles el lugar que había elegido. Clarita fué la más sorprendida, porque no se usaba entre los viajeros de aquella línea, ninguna clase de atenciones. Rebeca lo tomó con más naturalidad. Seguramente porque había sonreído al conocerle y Costa le correspondió con un gesto amable.

Ocuparon el asiento que Costa les ofreció, sabiendo muy bien que era el más cómodo del coche.

—¿Cómo sabe usted que es el mejor lugar? — preguntó Rebeca.

—Y. . . lo supongo, nada más — respondió Horacio.

Como subía más gente tuvieron pudor de seguir haciendo distingos entre estos y aquellos asientos. Hay temas que son para ventilar en público y otros que sin ser secretos, no conviene tratarlos en voz alta. Eran demasiado toscos los que viajaban para *Colonia Tercera*, o más lejos aún, para desarrollar una conversación alrededor de si este lugar es mejor que el otro, salvo una ventanilla rota, un cristal en mal estado, la banqueta sin soportes. Pero convenía evitar sutilezas de otra índole. Apenas si se murmu-

raban por lo bajo: "De ese lado viene el viento, o entra polvo por ahí... Las caras eran rudas, curtidas por todas las adversidades. Por muy maestras que fueran, no debían demostrar diferencias. Y ésta era la viveza demostrada por Clarita, que había subido al ómnibus con un bulto en cada mano. Si lo dejaba en manos del guarda no llegaría nada sano. Rebeca la acompañaba desde hacía tanto tiempo, que no valía la pena contar cuál era su papel en la vida. Horacio se sentó en el asiento de adelante y no se atrevía a mantener el pescuezo doblado para conversar y ver el rostro de las muchachas. Respondía, al principio, sin darse vuelta. Pero como nadie se sentó a su lado, ya en plena marcha, en el sitio libre colocó los paquetes de Clarita y los vigilaba. Pudo situarse de manera de poder observarlas. Rebeca ocupaba el lado de la ventanilla. Podía ver a Clarita sin violentarse. Cuanto decía, pareció siempre dirigido a la maestra. Rebeca quedaba como al margen, peró Horacio la miró una que otra vez, con más firmeza que a Clarita. La charla se hacía con la maestra, pero algunas bromas de Horacio buscaban la reacción de Rebeca. Y Rebeca no era tonta para no darse cuenta. Le pareció que el ocasional pasajero se aprovechaba al no tenerla frente a frente para decir algunas cosas.

—Usted sabe —dijo Horacio al cabo de unas consideraciones sobre el calor— ...Las morochas resisten menos...

Rebeca tuvo que sonreír. Clarita, sin disimulo, le dió un codazo. El pasajero dedicaba su ingenio a ella, y respetaba seguramente a la hermana de su amigo, porque sabría que ésta tenía novio.

—Su novio podía ir a la Colonia y ahorrarle el viaje... —dijo Horacio.

—Lo que nos divertiríamos en la Colonia... — respondió enseguida Clarita. Había que ponerse pensativa porque hablaba del novio y quedó silenciosa, con la mirada perdida en la lejanía, mientras el vehículo corría por una carretera de tierra colorada, dejando atrás el caserío.

Horacio permaneció callado. Fué Rebeca la que reinició la charla, tocándole con la punta de los dedos en la espalda, para preguntarle:

—¿No sabe si apagaron el incendio en *Colonia Tercera?*

Costa se sintió muy contento por la demanda de Rebeca. Las puntas de sus dedos en el hombro representaban algo inusitado y, nada fuera de lugar. Pero él no podía informarla sobre tal incendio, porque ni sabía que existiese esa colonia. Aprovechó para decirle que iba mucho más lejos, sin decirle a dónde. La conversación se hizo granada, al punto de que uno de los dos paisanos que viajaba en asiento delantero, se dió vuelta a ver quién era el que hacía tanto gasto. Y Horacio se mostró gracioso a su modo, pero descuidó los bultos y Clarita tuvo que llamarle la atención.

—Si no me los cuida —dijo muy seria— se lo contaré a mi hermano.

Clarita quería hacer saber a la gente que viajaba a *Colonia Tercera;* que el pasajero era amigo de su hermano, vale decir, que no se trataba de un entrometido y que se ponía a gastarle bromas. Adelante de Horacio, viajaban dos campesinos, inmóviles, duros, como dos objetos. Uno llevaba sombrero, pero no se le sostenía muy bien, de áspero que era el pelo. El otro, rubio, más joven, iba con la cabeza al aire. Horacio le miró la nuca. Tenía una cicatriz que parecía seccionarle la cabeza. Las ropas de ambos eran oscuras y una golilla que alguna vez fué blanca, se les iba poco a poco separando del cuello porque empezaba a hacer calor. Entre ambos, habían dicho algo, unas pocas palabras, y luego, como de acuerdo, se habían reído un rato, alzando los hombros, mecánicamente. Y más tarde se sumieron en una absoluta mudez. No movían las cabezas para nada. Apenas si las inclinaban en las curvas. Y vuelta a parecer unos muñecos.

Dos asientos más adelante, un matrimonio viejo. Él tenía un color de piel que no se diferenciaba nada del de los surcos. Usaba un sombrero de forma sumamente personal que se aguantaba bien en la mata de pelo, compacta y canosa. A veces, se dirigían la palabra, sin mirarse. Ella no hacía otra cosa que estornudar. Frente al matrimonio, viajaba una señora inmensamente gruesa, vestida con telas de color subido. Clarita la saludó al subir. La señora observó muy bien que el mejor asiento se lo había agarrado el desconocido y se lo había cedido a la maestra. Adelante de la señora viajaba un muchacho vestido con ropas de colono empaquetado, y atrás un matrimonio joven, ella hermosa, cuidándose detalles de la ropa, orgullosa de cuanto llevaba encima.

Él era mucho más alto y vestía de negro como si usara aún el traje de la ceremonia. Regresaban de compras, curioseando a uno y otro lado, y participando de cuanto hablaba la maestra. Asientos más atrás, viajaba el herrero de *Colonia Tercera,* a cada rato empujando con las rodillas el asiento delantero y pidiéndole disculpas al matrimonio. El herrero no cabía. Siempre pasaba lo mismo. Pero no es posible hacer un ómnibus exclusivamente para que viajen cómodos los herreros de todos los pueblos. En el último asiento, dos extranjeros hablaban una lengua indefinible. Parecía que estaban muy de acuerdo porque a cada rugido de uno, el otro bajaba la cabeza en señal de asentimiento. Eran colonos cuyos hijos concurrían a la escuela de la señorita Clarita.

El andar del coche se hizo lento.

—Algo les debe pasar — dijo Clarita.

—Calienta el motor — dijo Horacio.

—Y, usted ¿cómo lo sabe? — preguntó Rebeca a Horacio.

Costa se dió vuelta en redondo, la miró un instante como él sabía hacerlo cuando quería y le contestó:

—Mirando —dijo, porque no se atrevía a decir: *observando,* a pesar de saber que era el término preciso—. Mirando... se aprende mucho.

Pero la respuesta ya tomaba otro camino.

—No, seriamente, ¿cómo lo sabe? — preguntó Rebeca.

—Porque ya van varias veces que el chófer golpea en el indicador y creo que se lo dijo al guarda. Además... ¿no siente calor?

—¡Ah! — exclamó Rebeca.

—Algo debe pasar porque...

—Sí —dijo el guarda que los estaba oyendo y se hacía el desentendido—. Vamos a parar para echarle agua. A lo mejor se olvidaron de ponerle agua.

—Se dan cuenta —exclamó Clarita—, ¡qué manera de viajar!

Pararon frente a una casa donde se veía un molino de viento, que aseguraba abundancia de agua. Pero no era por falta de agua. No andaba la correa del ventilador. Levantaron el capot, la arreglaron. Horacio se guardó muy bien de opinar. Los dos muñecos campesinos se juntaron un poco para decirse algo. Mientras estaban parados, la charla de los extranjeros le provocó un ataque de risa a Clarita.

Ya avistaban *Colonia Tercera,* luego de cinco horas de marcha, cuando el motor empezó a hacer un ruido infernal.

—Una biela — dijo Horacio por lo bajo.

Se veían las casas de la *Colonia.* Los sembrados se asomaban a dar la bienvenida.

—Total —dijo Clarita—, una cuadra larga.

—¿Dónde está la escuela? — preguntó Horacio.

—Ahí no más... ¿No alcanza a ver el asta de la bandera? — preguntó Rebeca.

—¡Ah, de manera que ustedes!...

Y no había terminado la frase cuando los campesinos y paisanos empezaron a moverse, arrastrando por el pasillo los bultos. A alguno, hasta les acortaba distancia si el ómnibus se detenía antes de la parada habitual. En pocos minutos, el vehículo quedó casi vacío. Pero los extranjeros charlatanes, seguían con su tema desentendidos del accidente. Cuando bajaron las muchachas, cargadas de paquetes, el pasaje ya se había dispersado. Horacio, en el estribo, oficiaba de hombre correcto. El matrimonio joven iba más lejos. No se movieron del asiento.

Horacio conversó con el guarda, que era amigo de Minelli. Éste le aseguró que hasta la madrugada del día siguiente, era difícil que pudiesen seguir viaje.

—Si querés dormir en el coche... — le dijo el guarda.

Horacio sonrió levantando los hombros y sin responderle cargó con los paquetes y líos de las muchachas que ya lo esperaban dispuestas a cubrir la distancia aligeradas de equipaje, por gentileza de Horacio.

—¿Cómo se llama usted? — preguntó Rebeca como si acabaran de tener una conferencia al respecto.

—Horacio... Horacio Costa, para servirlas...

—Ya lo creo que para servirnos... — dijo Clarita burlona.

La casita donde vivían era de material. Una escuelita blanca, con un aula espaciosa que exhalaba un olor muy particular al asomarse a las ventanas. Las dos muchachas vivían en ella. Horacio merodeó la vivienda, sin atreverse a ocupar el porche donde podía esperarlas. No querían que Horacio se fuese. En la Colonia podría alojarse en el almacén y la hija del almacenero, reputada como la bonita del pueblo, seguramente iba a coquetearle al fo-

rastero. Les divertía tomar a Horacio por cuenta de ellas. A Rebeca le cayó en gracia y a ambas les "resultaba mucho" como tipo de hombre.

Costa vió anochecer apoyado a un poste del alambrado. Los sembrados le incitaban a hacer comparaciones con su pueblo. Nadie salió a "bicharle". Había una apreciable distancia entre una y otra vivienda. La escuelita era blanca y graciosa. Luego se destacaba la comisaría y el almacén, vecino al taller de reparaciones y el surtidor de nafta. Horacio contemplaba lo que tenía por delante, con tristeza. Sabía que allí tampoco podía quedarse, que ya estaba todo hecho, más ordenado aún que en la ciudad y que debía volver a *Corral Abierto*. Necesitaba pasar por las brasas, exponer al rojo vivo antes de someterse al martillazo y el yunque. Contempló la puesta de sol.

—¡Eh! ¿Qué hace ahí?

Horacio dió vuelta y vió a las dos muchachas vestidas con otras ropas. Aparecían distintas, no sabía si más bellas o más apaisanadas. Pero eran otras. Clarita mantenía en la mano un mate. "Estarán calentando el agua" —pensó—. Rebeca daba la impresión de estar como de visita. Peripuesta, elegante, menos familiar que la maestra. Clarita usaba el vestido de todos los días. En la coquetería de Rebeca, lo notó la amiga, había *algo* que hablaba de una intención poco frecuente en ella. Antes de que Horacio las pudiese escuchar, Clarita le preguntó:

—¿Te gusta?

—¿Por qué me va a gustar?

—Me parece que te gusta — dijo Clarita

Sonrió Rebeca diciendo: "No seas boba", pero sin gran convicción.

—A mí me gusta —dijo Clarita—. Como hombre, me gusta... Ahora no sé si perdería el tiempo con él.

—¡Quién habla de perder o no el tiempo! No es como todos. Tiene algo distinto. No me lo vas a negar — dijo Rebeca.

—¡A eso me refería! — replicó Clarita.

—¿Tu hermano lo conoce desde hace tiempo? — preguntó Rebeca.

Pero ya no podían continuar el diálogo. El sujeto de la conversación avanzaba y había arrancado del suelo una ramita., se la había llevado a la boca y ya estaba a pocos pasos.

Se sentaron en el porche. Horacio, por nada del mundo, quiso ocupar el silloncito de paja que se le ofrecía. Clarita bromeó. Dijo que esos sillones hacen "sietes en la ropa" y que Horacio no era tonto para romperse el traje azul. Él ya se había sentado en el suelo, apoyando las espaldas a la columna del porche y se mostraba muy a gusto.

La noche se les vino encima. Como él no aceptara el mate que le ofreciera Clarita, a regañadientes, pues le dijo era dulce y de un sabor particular a café, ya casi se había fumado un paquete de cigarrillos. Ellas no pensaban sentarse a la mesa. Trajeron una torta pascualina, galletas abrillantadas, dulces, un pastel de hojaldre, todo preparado en casa de Minelli. Y se sentían tan contentas escuchando a los grillos en las pausas en que el huésped miraba el suelo, como avergonzado, que las horas pasaron fugazmente. El tema había sido el colegio; los alumnos rebeldes y los que prometían; los padres con los alumnos; el adelanto que se veía anualmente en la Colonia; lo tercos y necios que eran los agricultores; los chanchullos de los comerciantes que llegaban hasta el aula del colegio, muchos de ellos ventilados entre los propios muchachos; la seriedad del nuevo comisario "que valía la pena"; las descomunales máquinas que pasaban para la cosecha que no tardaría en empezar... Pero ni Clarita hablaba de sí misma ni Rebeca. No curiosearon en la vida de Horacio. Lo creían trabajando, no sabían en qué, allá por Mataojito.

Clarita comprendió que estorbaba. Entró con un pretexto cualquiera, la primera vez. Rebeca aprovechó una pausa para llamarla. Horacio la miraba con una insistencia que no llegaba a ser molesta. Y Clarita regresó. No hizo más que cambiar el lugar de la lámpara de su cuarto para que alumbrase el porche.

—Me parece que es demasiado —dijo Clarita—. No se consigue otra cosa que bichos y más bichos.

Y sin consultarles, fué y la apagó.

Era hermosa la noche estrellada de cielo altísimo, sin un solo rumor a la distancia, con uno que otro grillo, allí, cerca, para servir de medida en el espacio. Horacio estiró las piernas en la

oscuridad. Hacía años que no se sentía tan dueño de sí mismo. Se había ganado aquella paz sin esfuerzo. No estaba en sus proyectos el lograrla. Era algo como caído del cielo. Rebeca a su lado, en un sillón muy bajo, había poblado de migas el piso de azulejos. Con las palmas de las manos, Horacio recogía una que otra cascarilla que se fundía entre sus dedos. Hablaron de gustos, de si el campo era alegre o triste, como si nunca hubiesen tocado el tema.

—Para mí, siempre fué triste —dijo Horacio—; desde que abrí los ojos, no pensé en otra cosa que mandarme mudar de donde estaba. Un triste chiquero.

—¿*Corral Abierto*, me dijo que se llama su pueblo? —preguntó Rebeca—. ¿Tienen escuela?

—Tenía una escuela, pero terminó mal. Son muy bárbaros todos por allá. Yo recuerdo a una señora que me enseñó a hacer algunos garabatos y cuatro letras locas.

"¿No sabrá leer y escribir este hombre?" — se preguntó Rebeca.

—¡Ah, sí, recuerdo!... Una señora que terminó por abandonar todo, porque le quisieron quemar el rancho... —dijo Clarita—. ¿No es ése el caso?

—Creo que sí, no estoy seguro... Yo tenía seis años, siete... Y salí a los quince sin ver más escuelas en *Corral Abierto*.

A Rebeca le interesaba cada vez más aquel hombre tirado en el suelo, ni locuaz, ni parco; medido, a punto, que daba muestras de tener una experiencia o aplomo muy distintos del de los hombres de su edad que ella había frecuentado .

Clarita comprendió que la conversación entre los tres no iba a ser muy interesante. Entró, una vez más. Y esta vez Rebeca se excusó ante el extraño, muy en plan de bien educada, y cerrada la puerta del pequeño comedor, encendieron luz y las dos hablaron en voz baja.

—¿Querés que te deje sola? —preguntó Clarita—. No seas tonta y, decilo.

Rebeca no contestó en seguida. La respuesta estaba implícita en aquella pausa marcada.

—No, hija, ¿para qué? Total, para lo que vamos a hablar... Lo que no entiendo es cuánto piensa quedarse. ¿Qué hago con él? — preguntó Rebeca.

—Y ¿qué vas a hacer? ¡Lo que te dé la gana!...

Ambas rieron tapándose la boca. Rebeca no tenía novio. Había roto con un divorciado hacía más de seis meses y Clarita, a cada momento, le presentaba "candidatos".

—No te lo recomiendo, ¿eh?... Pero te diré que como buen mozo no hay discusión.

—Pero tu hermano ¿qué te dijo? — preguntó Rebeca con ansiedad.

—¿Qué te importa lo que haya dicho mi hermano?... ¿Acaso no está contra mi novio? Hacé lo que te dé la gana... Yo me hago perdiz...

—Pero...

Clarita la empujó y Rebeca necesitaba que ella le diese un empujoncito, porque no tenía dónde apoyarse en aquel conato de idilio.

Salió al porche diciendo:

—Dejá la lámpara sobre la mesa... No importa que se llene de mosquitos. A mí no me pican, bien lo sabés...

Clarita entornó la puerta. Como no se habían dado las buenas noches, podía regresar en cualquier momento. Pero al instante se metió en cama. Horacio oyó el ruido de los elásticos. La luz del comedor se extinguía lentamente. Él comentó que Rebeca no tendría sangre dulce, por eso no la comían los mosquitos. Y después de decir estas cosas, había hecho un silencio prolongado, en el que fatídicamente danzaban las mujeres últimas, casi las únicas de su vida. No podía dejar de tener presente a la Nena, a la que había arrojado al suelo envuelta en el colchón. La tenía en el olfato, a cada instante olía a ella. Acercó disimuladamente las narices a las mangas del traje y olía a polvos perfumados. Ella podía comprobarlo. "Nunca voy a ser feliz —pensó— porque siempre llevaré a la rastra algún pingajo del pasado".

—A mí se me pasan los días, como si nada... Tejo y coso más que en la ciudad. Acompaño a Clarita porque sola aquí no podría vivir. Coso, día y noche. A veces, viene alguno de esos colonos que usted vió, a pedirnos ayuda. Como si la escuela fuese la casa del dentista o la de un escribano. Yo atiendo estos asuntos... les doy consejo... Habría como para escribir un libro... Algunos son inteligentes, por lo general medio comunistas. Otros, parece

que les gustaría ser bestias de carga... Le juro que no los entiendo.

Horacio pensó en el juez de menores, en el doctor Chávez. Pensó que no caería mal entreverar la conversación con un poco de historias de Montevideo. A Rebeca le sorprendió que hablase de un juez y esto lo desarmó. Estuvo a punto de ponerse de pie y adentrarse en la noche, desaparecer. Mencionó al doctor Menéndez, el médico del *Cadillac*. Y pudo salir del atolladero. Pero a Rebeca le quedó grabado aquello de que conociera a un juez de menores y dijo con voz patética.

—Yo estuve muchos años bajo la tutela del juez de menores. Quedé huérfana y me criaron unas hermanas religiosas. Estuve en un colegio católico, donde separaban a las niñas pobres de las ricas. ¡Cómo sería nuestra clase que ponían en penitencia a las chicas de las familias pudientes, mandándolas a la nuestra, a la de las que no pagaban!

A Horacio, no le importó nada de cuanto le estaba contando Rebeca. Oyó al fin que ese colegio tenía una entrada para las niñas ricas y otro para las pobres y esto sí que le dió mucha rabia:

—Es una porquería hacer eso... — dijo mirándola como si descubriese en la muchacha la víctima de un acto oprobioso.

—Ya bastante tienen los pobres con nacer pobres... ¿para qué más? — dijo él. Sus palabras la conmovieron. Rebeca no se dió cuenta que el kerosén se había agotado en el quinqué y que se oía, perfectamente, la respiración rítmica y serena de Clarita, sumida en el sueño.

Horacio observó la mano de Rebeca caída a lo largo del cuerpo, apenas sostenida en una de las ligaduras del sillón. Esto le alcanzaba para satisfacer su condición varonil. Tenerla cerca, con los brazos al aire, cerca de sus labios. Bastaba esa rara confianza que jamás le dispensó una mujer honesta.

Y Horacio Costa, mirando la noche como si se confesara ante un imaginario sacerdote, empezó a relatarle su vida. Una palabra trajo a la otra. Tenía quince años cuando salió de *Corral Abierto*. Tomó un billete de tren con los centésimos que fué amontonando su hermana Isabel. Quería liberarse, salir del pantano. Prometió volver a rescatarlos como si los padres hubiesen quedado de rehenes. Pero no era fácil la vida en las grandes ciudades. Se le habían abierto rápidos senderos pero ningún camino.

—Yo creía que me iba a ir bien porque acerté en alguna fechoría que me enseñaron los más grandotes. Cuando me di cuenta, ya no podía salir de la banda. Resultaría un miserable, capaz de vender a los otros. Y los otros, también lo habían pasado mal, también les tocó la mala suerte.

Horacio se había animado a lo más difícil de decir. Sentía un gran alivio al saber que allí nadie lo delataría; que podía escapar en la noche. Pensó que no habría delator escondido como en las películas de los americanos. Podía seguir adelante, internándose en el pasado, contando sus penurias, las espantosas tentaciones y los ofrecimientos de Paco Dodera. Un mal cuchillo de asta, valía en sus manos como si tuviese empuñadura de oro. Le daba asco, sí, pero, a veces, también le daba risa porque veía que el mundo era para él como una cáscara de fruta. Si la pisaba, se pegaba un golpe. Si la evitaba, terminaría por pudrirse sola. Si la levantaba y la tiraba al basurero, era un acto honorable. Y él no se agachó nunca para ordenar la vida y poner cada cosa en su lugar. A veces pisó la cáscara de banana; otras, la dejaba pudrir para que viniesen los bichos a comérsela o se plagara de hormigas.

Habló del proceso: de sus días en el Albergue de Menores, sin un solo rostro humano. "Todos perros, pero no perros de esos que uno toca la cabeza y buscan de lamerle la mano. ¡No! Perros hambrientos, perros a la cadena, perros embravecidos por las leyes... Un año en el Albergue sin el propósito de hacer méritos. Para entretenerme, aprendí un oficio. Mejor dicho, me enteré que tenía facilidad para muchas otras cosas. Porque uno nace con esas facilidades, ¿sabe?... A veces pasa mucho tiempo sin darse cuenta de que las tiene. Es claro, nadie se ocupa por descubrir para qué sirve uno. Mi padre... Qué se iba a ocupar él de mis condiciones, si no sabía ni de las suyas".

Rebeca tuvo la intención de levantar la mano y acariciarle la cabeza como a un perro. Pero se contuvo. Horacio le contó su viaje accidentado. Estaba contento de haber conocido a tanta gente rara. Un médico que parecía interesarse por él, por la suerte de su pueblo pero que desapareció preguntando bobadas. Un español que, ése sí, dijo Horacio irguiéndose como si los pensameintos le obligaran a tomar otra actitud más levantada, vertical — "ése sí que me dijo algunas cosas fuertes. Fué el único que me

aconsejó que había que unirse para arrancar de donde uno estaba, para no pudrirse. Me gustaba que lo dijese, porque lo escuchaba su hijo que cuando él hablaba en voz alta, se quedaba mudo. Si yo pudiese hacer lo que me dijo aquel hombre!. . ."

Después, sonriendo, contó que por el camino le había dado una paliza a un chacarero, inútilmente, creyendo que podía quitarle la plaza en el automóvil que quisiera levantarlos. Y hasta se animó y dijo que la policía tuvo que buscarlo en malos lugares, para comunicarle que no era él, quien había matado a Paco Dodera. "¡Sabían que yo no era el asesino!" — dijo sombrío. En ese trance contó que había visto a una mujer horrible, un monstruo por todos conocida. Rebeca había oído hablar de ella. Es leprosa —dijo—; ¿cómo pudo estar a su lado? Horacio le contó la historia de la casita de Malvín, y aquel drama pasional los sumió en un silencio significativo. Se miraron por vez primera en la oscuridad de la noche.

—Esa mujer yo sé que estaba loca de amor por Dodera. Lo adoraba. Y ha sufrido lo que nadie imaginará. Ya ve usted, cómo se escribe la historia.

Rebeca pensó que ya tenía tema para Clarita. Horacio dudaba si tomarle la mano. Ella habíale sonreído; iba a salir la luna y todo cambiaría. Tomó la mano de Rebeca. Ella no hizo el más mínimo movimiento de rechazo. Era una mano tosca que le hacía crecer el pecho, alterar la respiración.

—Debemos ser así. . . —dijo Horacio—, así, no más. . . No quiero que se desilusione de mí. Así no más, ¡me da tanto, tanto!... Es tan distinto a todo lo que me ha pasado. Yo nunca volveré a ser como en este momento. Nunca. . .

No le pareció varonil proseguir en aquel tono. En las solapas del traje azul, aún se olía el maldito perfume. Fué Rebeca la que completó la frase:

—Que sea así, como un sueño. . .

Rebeca jamás había hablado en tal forma, como en algunas novelas radiales.

Y fué así, como un sueño, porque salió la luna y los sorprendió con las manos unidas. "Como en el escudo argentino" pensó Rebeca. Y le sintió más digna que nunca en su vida, más honrada, estremecida por algo que bien podía ser el amor, pero que

no lo era, porque su sangre no estaba agitada y su corazón latía regularmente.

Iba a decirle que aquello le hacía bien, mucho bien; que le daba las gracias por no haber tenido que llamar a Clarita o amenazarle con la puerta en las narices, a pesar de sentir deseos de entregarse. Iba a comunicarle todas sus sensaciones pero no pudo, porque pensó en la monja que la crió, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Horacio no la miraba. Tenía la visión dispersa en el horizonte. Venía poniéndose clarísimo por todos lados.

—Vaya para adentro, Rebeca —dijo Costa—; vaya a acostarse.

Rebeca se puso de pie. Horacio sintió que ella le pasaba la mano por los cabellos. Levantó la vista y pudo decirle lo que nunca había dicho a mujer alguna: "Muchas gracias, Rebeca".

Rebeca entró en la casita, naturalmente. Horacio caminó hasta el taller de reparaciones. Se metió dentro de un automóvil viejo que estaba contra el muro y se quedó dormido.

El despertar en un ambiente de trabajo, con labriegos que se saludaban amistosamente, y un yunque que no bien pintaba el alba se hizo oír como campana, puso a Horacio Costa de muy buen talante. Sin duda le habían visto dormir en el desvencijado vehículo.

Al bajar del coche, el mecánico del taller que lo vió, se rascó la nuca preguntándose qué diablos haría aquel sujeto metido entre los trastos viejos. Horacio le contestó que se había quedado a pie al fundírsele una biela del autobús. El desconocido hizo un gesto de inteligencia. Miró hacia la puerta del taller y allí estaba el vehículo.

Horacio sin saber a ciencia cierta por qué, preguntó si había trabajo para él. El hombre le dijo que no, que allí no había lugar que tal vez se podría arreglar en la futura cosecha. Y mirándolo como a bicho raro le preguntó para dónde iba. Cuando le dijo para *Corral Abierto*, el mecánico sonrió:

—Sí, pero allí vive mucha gente, mucha... Y no es fácil salir a buscar trabajo y dejar un techo, y la familia... y...

A medida que hablaba, Horacio fué levantando la voz, al punto de que el interlocutor comprendió que la observación lo había alterado. "A ver si éste, entiende más que yo del problema

—pensó el mecánico—. No está mal conocer a uno de los héroes... de un pueblo de ratas".

El mecánico hacía política y no lo ocultaba a nadie. Era de los que hablaban de la Reforma Agraria. Viviendo en el medio, no habían secretos para él. Pero al problema lo sabía por las tapas, hurgando en la vida de los paisanos que ambicionaban ser campesinos, y laboraban la tierra para gente poderosa, a los que no se le veía ni pasar por allí. Juan, el mecánico, era secretario de un sindicato en formación. Había conseguido darle cine en pleno desierto, unas películas con muchos tractores e inmensos trigales, que a la paisanada le aburría enormemente, porque era lo mismo que lo que habían visto durante el día, pero en mayor escala, como en las pesadillas. En cambio, cualquier imagen que nada tuviese que ver con el trabajo diario, les despertaba, y aplaudían frenéticos. Juan el mecánico, no quiso ver en Horacio Costa, nada más que aquello que se le veía por encima de las ropas. Hasta no sería raro que hubiese olfateado el olor a perfume de su traje. Con aquellas ropas, Costita no dejaba de ser otra cosa que "un manate", vaya uno a saber metido en qué aventura. Si hubiese salido con un traje a rayas, sería un ex presidiario, un evadido, pero él salía de otra cárcel mucho más vasta, donde imperaba "la libertad". Horacio se miró la ropa. Se la vió arrugada y polvorienta. En la oscuridad, Rebeca no habría reparado en ello. En las sombras, era una persona, era alguien que contaba una historia, que tenía un pasado, cruel, pero pasado al fin.

Miró hacia la escuelita. Blanca, alegre, era un hito en el camino.

—Van a tener que esperar el que pasa hoy... Porque a éste, no lo pueden arreglar — dijo el mecánico.

Horacio lamentaba no vestir el mono de tonelero para poder conversar más a gusto con Juan. Éste, al verle sentarse en una vieja rueda de carreta, mientras mateaba, le dijo:

—Todos hablan de ese pueblo de ratas.

Horacio no le contestó. Tenía tantas ganas de tomar unos mates que la lengua no estaba para otra cosa.

—Todos hablan y nadie hace nada — prosiguió chupando de la bombilla—. Nadie masca ese naco... La *Reforma Agraria* ter-

minará con los pueblos de ratas. Pero, una verdadera *Reforma Agraria* ¿eh?

No hablaba muy seguro. A tal punto que sabía que se estaba formando una población, con todas las características de un pueblo de ratas, en la vecindad de una colonia agrícola. Dijo algunas cosas más, siempre recitando las dos palabras que a Horacio le sonaban extrañas.

—Reforma Agraria —preguntó Horacio—. ¿Qué es eso de la Reforma Agraria?

Y Juan, el mecánico, le dió una breve conferencia aprendida de memoria. Al fin, aseguró que para realizarla había que tocar muchos intereses, que era muy difícil, que la estructura social no lo permitía.

—Total —dijo Costa mirándolo con una sonrisa en los labios—, podemos seguir esperando.

El mecánico había dejado el mate a un lado. La mirada de codicia de Horacio no pasó inadvertida.

—Sírvase, compañero —dijo el mecánico—. Le traigo agua caliente. Espere un momento.

Cuando Horacio levantó la vista, el paisaje ya era otra cosa. No sólo surgían arboledas a la distancia. Salían hombres de uno y otro lado, paisanos a caballo, carros, un camión. Era increíble como la tierra, repentinamente, se había poblado. Horacio pensó que antes estaba ciego, que el sueño lo había idiotizado. Todo alrededor era distinto. Casas de colores, gentes caminando; mujeres a caballo; unas vacas lecheras... Hasta creyó ver a Rebeca que arrojaba al jardín el contenido de una palangana, de un cubo. Ya el yunque latía más cercano y eran muchos yunques los que sonaban.

Una vida con una pujanza muy diferente a la que él acostumbraba a ser testigo, comenzaba a rodearle como una masa. Vino Juan, el mecánico, con el termo pesado de agua caliente. Le ofreció yerba pero Horacio le dijo que ya era bastante molestia. Y tomó un mate tras otro, con sed, ávidamente sacándole el jugo hasta que no diera más.

—Voy a abrir el taller y vamos a meterle al ómnibus. Son unos bárbaros. ¡Les va a salir cara la compostura!

Horacio lo siguió. Como no había nadie dentro del coche y

su maleta estaba a la vista, mal cubierta por el encerado, de allí sacó el mameluco y, en un santiamén, metió las ropas puebleras en la valija. Allá fué a parar, hecho un rollo, el traje azul que ya para nada le serviría.

Cuando bajó del autobús, Juan lo miró de arriba abajo y sonrió:

—Si querés unas galletas, están encima del yunque — le dijo fraternalmente.

Y Horacio aceptó las galletas porque tenía hambre y porque se las pensaba ganar dándole una mano.

Trabajó callado, oyendo al mecánico que tenía fácil la palabra. En un intervalo, éste pensó que debía darle alguna publicación donde se estudiaban aquellos problemas. "Tal vez le interese leer un poco", se dijo Juan.

Pensó en seguida que quizás no supiese leer.

—Te voy a dar algo para que leas — dijo.

—No sé leer — respondió. Ya había pasado el peor momento con Rebeca. Aquella confesión, a un compañero, no era la primera vez que la hacía.

Juan, el mecánico, guardó silencio.

Horacio Costa tomó el autobús que venía a llevarse a los cuatro pasajeros y a otros que subieron en *Colonia Tercera*.

El sol avanzaba entre altísimas nubes nacaradas. Le dió pena dejar aquel lugar. A lo lejos, veíanse mujeres con las cabezas cubiertas por pañuelos de colores, trabajando a la par de los hombres. Alguna de ellas, detuvieron la labor para levantar el brazo y saludar a los que se alejaban en el autobús. Quizás algún amigo, un conocido; tal vez nadie; seguramente nadie conocido. Era el alegre saludo desinteresado. Todos en el vehículo conversaban en voz alta, de cosas que Horacio no entendía. Reían, se hacían bromas. Al pasar por la puerta de la escuela, Horacio puso atención. Pero no había nadie allí, nadie le decía adiós. Cuando ya se sentía entristecido, vió a Rebeca que caminaba tal vez hacia el almacén con un vestido de colores. Ella levantó la mano. Él sacó la suya por una ventanilla.

Es largo el camino. Desapareció la tierra labrada, el paisaje humanizado. Al cabo de algunas horas, ya las caras se fueron

ensombreciendo; el polvo entraba por las ventanillas y las puertas mal cerradas y por los vidrios rotos. El coche estaba en peores condiciones que el accidentado. Sonaban las chapas; gemía por momentos, aturdía.

Cuando cayó la tarde, no parecían los mismos. Ni tampoco el cielo era el mismo, ni el camino que se fué poblando de baches, de piedras afiladas que desafiaban a los neumáticos.

El paisaje desolado y triste, entró al autobús como un fantasma en viaje. Lo estrujó, lo ató en un solo haz de tristeza, y aparecieron algunas poblaciones ateridas, en la gran extensión sin árboles. Ranchos grises, terrosos, y algún perro que salía a ladrarles al camino. Hasta que apareció, de pronto, *Corral Abierto.*

Así fuese de día, así fuese por la noche, allí siempre todo era sombrío, para "cualquier cristiano". Una nube de polvo envolvió al coche no bien se detuvo.

X

SU PRIMER paso al llegar a *Corral Abierto* fué esconder la valija. Desentonaba en el rancho de sus padres. Desentonaba tanto como el mameluco desgarrado de la tonelería. El traje azul, arrollado en la maleta había desaparecido al tercer día. Cuando descubrió el hurto, miró a unos y a otros, fijamente. Las caras estaban más vacías que nunca. Alguno se encogió de hombros. Sólo su padre bajó la vista. El pobre viejo, padecía una fractura de pierna tan desgraciada, que nunca más pudo montar a caballo. La pierna derecha era un arco. Se veía obligado a andar "tumbado del lau derecho". Pero esa fractura importaba algunos pesos que el jefe de la Estación, y antiguo estanciero, le hacía llegar todos los meses. Una miseria, pero para yerba les alcanzaba. Su padre sabía quién le había sustraído el traje, pero callaba. El viejo Floro no se quejaba jamás. Cuando no tenían qué comer, enmudecía. Pero su lengua se desataba si tenía el estómago lleno. El mayor tiempo andaba taciturno. Al llegar Horacio, lo encontró con la mirada fija en el suelo. Escupió a un costado cuando él le preguntó si andaban bien las cosas, como si el escupitajo fuese a hacer impacto en su puerco destino. Antes maldecía y después ensuciaba el piso con un gargajo. Pero ahora no tenía necesidad de insultar a nadie. Escupía, nada más. Escupía, si pasaba el auto de Damboronea; escupía, si pasaba una tropa de novillos gordos; escupía, cuando regresaba "La Isabel" no sabía él de dónde, pero con un par de pesos o monedas sueltas en la punta del pañuelo. Horacio creyó que su padre se había vuelto sordo porque a cada pregunta le respondía invariablemente: "¡Así será... así es!..."

Costita descubrió que casi todos, por extraño designio, habían perdido la palabra. Nadie le contestaba, ni entre ellos dialogaban. O tal vez Horacio hubiese regresado demasiado preguntón. Preguntar, era asunto de mala ley, una fea costumbre. No se debía preguntar a nadie, nada. Resultaba indiscreto averiguar de dónde sacaba "La Isabel" ese billete manoseado o esas monedas que tintineaban en su pañuelo roñoso. Nadie le preguntó jamás dónde fueron a parar los dientes de su boca, por ejemplo. Horacio la encontró desdentada y con menos pelo que en aquellos días en que jugaban en la cañada a los teros, a la vizcacha, a la mulita. Dos o tres veces la miró inquisitivo. ¿De dónde sacaba ella la plata? En el rancherío no debía hacer preguntas. Nadie tenía derecho a meterse en la vida del otro.

—La carne está podre —decía el viejo Floro— pero no tanto...

¿De dónde venía la carne? ¿Quién la había dejado podrir? ¿De qué había muerto el animal? Allí no se admitían interrogatorios. Era el reino del sobreentendido. Si alguien decía: "Estoy pasado de hambre" y esa persona tenía un hijo, un entenado o un amigo, también hambriento, de algún lado salía el pedazo de carne. Los perros ¿no enterraban los huesos para roerlos cuando les daba la gana? Como de todo bicho que camina se aprende algo, bien podían desenterrar la carne y darle una dorada en las brasas.

Dejó de preguntar al cabo de una semana. Sólo a un "manate" como él, se le podía ocurrir la idea de hacer preguntas indiscretas.

Como salió de visita a unos ranchos que estaban más alejados del camino, le pidió prestado el cuchillo al padre. El viejo Floro le preguntó por el suyo, aquél de "asta brasilera" que dejó olvidado un tropero en el descampado de "Las Tunas". Horacio le contestó con la misma moneda; el silencio. "Lo habrás vendido —dijo el viejo rengo—. A veces uno vende hasta el alma pa poder vivir. ¡Tomá el mío y usalo en lo que venga a mano!"

Se hizo una pausa larga.

—¿Vas pal lau de la escuela? —continuó—. Ya te veo entreverado con la maestrita. Tené cuidau... Dicen que muerde...

Cuando él dejó el rancherío por la ciudad, se hablaba de que llegaría una maestra y que un rancho grande de "los fundadores",

uno de terrón y paja brava que levantó el finado Renato hacía añares, iba a ser la escuela. "La Isabel" le habló de la maestra. Le dijo que había andado, primero, con el oficial de Policía; después, con el capataz de "La Loma", un puesto de los Damboronea; más tarde, con el hijo del jefe de la Estación.

Horacio ya sabía que su hermana no le iba a contestar ninguna pregunta que le hiciera sobre su vida nocturna. A veces, hasta no podía entender lo que decía, porque emitía la voz con dificultad entre las encías hinchadas, sanguinolentas.

La maestrita vivía con su madre. Tenía unos treinta años. Era fea de cara, granujienta, narigona, pero el cuerpo no estaba mal hecho; piernas hermosas y busto erguido. Horacio la miró al pasar para el boliche del pardo Madero. Fué el pulpero el que le dijo a Horacio la verdad sobre la señorita Nella.

—Como se ha negau a todos, los despechaus le cargan el sanbenito —dijo el pardo—; no anda con nadie. Lo juro por Dios. Todos se le fueron al humo. Tal vez a vos, te lleve el apunte. ¡Probá! Estos días está terrible...

—No estoy pa ésas —dijo Horacio sombrío—. Ni ganas me dan...

—¿Te fué mal? — preguntó el pardo Madero.

—Bastante mal, por eso me tienen otra vez en este pantano...

—Mirá, en *Corral Abierto,* si no se pide mucho, mal que mal, se sale del paso.

El boliche del pardo estaba a pocos pasos de la escuelita. Salía al camino, con un paraíso que era como un afiche, porque tenía siempre algún mancarrón atado. Los sábados, claro, al paraíso le quedaba chica la sombra y las ramas. Horacio no había disfrutado nunca de aquel lugar frecuentado por paisanos morrudos. Ahora podía venir a hablar con el pardo Madero que lo había conocido "de gurí". Apoyarse en el mostrador si le daba la gana, sobre todo cuando había poca gente porque el mameluco de trabajo, se despegaba del ambiente. Tanto, que cuando entró un tropero que se había adelantado a comprar yerba y caña, lo miró como a bicho raro. Ahora parecía un pocero, un albañil, cualquier cosa menos un paisanito del rancherío. El sargento que entró después, le preguntó qué hacía por allí. Costita lo miró un momento antes de

responder. Iba a decirle: "Lo que me da la gana"... pero le replicó:

—¿Por qué pregunta?

El sargento, que era viejo y le importaba un comino lo que hacía por allí un desconocido, miró al pardo Madero. Éste, le contestó:

—Es el hijo de Floro. Viene a verlos. Vos lo conocés a Floro...

—¡Ah! —exclamó el sargeno disculpándose—, preguntaba no más...

Se empinó dos copas, una tras otra para salir del paso.

La tropa venía por el camino desplazándose como una mancha rojiza. Con el peón se adelantaron algunos perros. Una nube de polvo, lenta, caía sobre el campo y algunos gritos, muy escasos, se oyeron a la distancia.

—Venimos cuereando feo —dijo el peón de tropa al pardo Madero—. Ganado flaco, pachorriento.

—¿Falta agua? — preguntó Madero.

—Faltar, falta... Pero también castiga la astosa... Mucha peste.

—¿Pal sur? — preguntó el pulpero.

—Pal sur... hasta donde haya pasto...

—¿De quién es la novillada?

—De la viuda de Zanabria.

—¿Muchos bichos?

—Unos trescientos en esta... Llevamo cuereau más de doce... Cuanto paramos, ahí quedan las osamentas. Es cosa seria.

Horacio compró yerba y un poco de sal. Cuando salió al camino, ya venía la tropa levantando polvo a pocas cuadras. Algunos ponchos se alzaban de tanto en tanto. De los ranchos salía la gente a ver pasar la tropa. Algunos se adelantaron al alambrado; otros, quedaban en las puertas porque estaban indecentes para dar un paso. Pululaban niños desnudos, escudados por las barrigas duras y redondas de tanto tragar tierra. Las madres les gritaban para que regresaran. Y si salía a correr el desobediente, iba dejando algún harapo en el sendero, o se le saltaba un seno flácido que se balanceaba a los ojos sonrientes del marido. "Dejálo, Marica, dejálo que se vaya al diablo". El chico ya se había incorporado a

un grupo de curiosos entre los cuales alguno cabalgaba el palo seco o arrastraba la lata mugrienta.

Ver pasar la tropa era un espectáculo. Ya el sol estaba alto y ahí no más, a media legua, en la aguada, acamparían. Rumbeaban para el sur. Siempre que se mencionaba este punto cardinal se le imaginaba verde, fresco, propicio para los novillos y los hombres. Hacia el sur, salían los más aptos, el muchacho que promete, el de iniciativa y el rebelde y de mal genio, también. Hacia el sur, se deslizaban las tropas lentamente, camino al frigorífico o al matadero. Un horizonte de sembrados imaginarios, se dilataba hacia el sur, y el norte era para la sequía, el contrabando, la miseria, el viento. Un viento castigador, que solía "bombear agua". El paso de aquella tropa de ganado flaco y enfermo, daba lástima. Algunos novillos paraban para mordisquear en el yuyo crecido del alambrado, allí donde la sombra del "poste principal" le daba "respiro" a la maleza. Al detenerse el novillo que descubría el verde tentador, se detenía otro y uno más, hasta que adelantaban gracias al aguijón de un grito o el asombro del ponchazo. La tropa buscaba el reposo, el hambre los llevaba vencidos. Los troperos aseguraron pastoreo a pocas cuadras, a la derecha del descampado de "Las Tunas", donde iban a entrar.

Pasó la tropa. Trepados a los postes del alambrado, los niños seguían asustando a la hacienda en un juvenil simulacro. Se internaron después entre los ranchos, montados en palos y ramas, imitando a los troperos.

"La Isabel" asomó su sonrisa al camino y no fué ella sola la que cayó en la tentación... Otras mujeres de ojos licenciosos, atisbaron a los forasteros ya desde la ventana del desenfado, ya escondiéndose en la esquina del rancho para hacer más picante el acecho. Detrás de los caballos cansados, iba la perrada polvorienta, husmeando en el bosterío y los desperdicios.

Pasó la tropa. La comentaban: el viejo Floro, "El Horacio", don Delibrando, viejo domador que ya tenía ochenta años. Las dos cuñadas de éste, lavaban la ropa de los troperos y hacían changas para el comisario. Delibrando, el hombre más serio del rancherío, era el respetado. Les había enseñado a mirar la miseria cara a cara. Él fué quien les dijo que empezaran a afilar los cuchillos, porque entre los rezagados, ya en las últimas, iban tres

reses que allí dejarían el pellejo. Podían doblar los ganchos, enderezar los asadores, traer leña, porque aquellos novillos flacos, pasaron más entregados que bajo el taco de la bota, cuando la marca anda roja por el aire. Allí iban a hociquear.

El descampado de "Las Tunas" empezaba en una hondonada, donde el alambrado divisorio se abría generoso. Pero era insuficiente el pasto ralo, quemado por otras tropas y por la sequía. La novillada debía entrar en un potrero del viejo casco de la estancia vecina. Cuando la tranquera se abrió, tuvieron que dividir los novillos en pequeños lotes porque se precipitaban hambrientos, a devorar, no bien traspasaban el alambrado. El que venía atrás, empujaba al que se había detenido. Al fin la tropa entró en el potrero, pero dejó un saldo de dos novillos muertos.

Cuando los troperos empezaron a cuerear ya negreaba la loma. Los chiquillos se adelantaban, corrían por la cuesta. En una cuneta había caído muerto uno de los novillos. El otro, descargó su cuerpo pesado contra un poste de la divisa. Con la cabeza metida entre los hilos de acero, como si el gesto final hubiese sido el de atrapar con el morro, la hierba fresca.

Se oyó el silbar de los cuchillos en las chairas. El sol en el cenit caía vertical sobre las relucientes vísceras de los novillos faenados. Moscas y perros, primero; después, niños y hombres hambrientos, y alguna mujer en la loma, que no se animaba a bajar la cuesta porque mal cubría las vergüenzas.

—¿Tu hermana? — preguntó uno de los troperos a un chico de ojos vivaces.

—La mama de éste — respondió el interrogado, señalando al compañero idiota, un chico tuerto que se babeaba, silencioso e inmóvil.

Los cuchillos andaban en el aire y los tajos menudeaban entre risotadas, blasfemias, nombres de perros, y alguna maldición.

Había carne para varios meses. El charque dura mucho.

XI

CÁNDIDO, "el tísico", como le llamaba "La Isabel", se había hecho montaraz y cortaba leña para los hornos de Damboronea. Solía visitar el rancherío, de tarde en tarde y dar su batalla de borrachera en la pulpería. De allí salió dando gritos la última vez. Dijo el nombre de Isabel sembrándolo a los cuatro vientos. La llamaba para "disponer" de ella y le prometía, por fin, una paliza. Horacio llegó al día siguiente. Buscó a Cándido. Ya había regresado al monte. A pesar de que cuando quedó solo como un perro, al morir la madre, los Costa se habían hecho cargo de él, nunca supo ser agradecido. Se le metieron en el rancho las hijas del viejo Delibrando, dos aventajadas chinas "cuarteleras" que volvían de otros pagos cargadas de piojos. Habían iniciado en sus aventuras a "La Isabel". Se mostraron maternales con Cándido, que no era un niño, y terminaron por desalojarlo e instalarse en el rancho que distaba unas seis cuadras del de su padre, lo que facilitaba las visitas nocturnas. Una de ellas, "La Leopoldina", sabía tejer y vendió en las esquilas, en plena canícula, unos sacos de abrigo y se los hizo pagar muy bien. El rancho que heredaban se venía abajo. Costrones de barro se desprendían y quedaban al pie del muro, como testigos de la desidia. Hasta que Cándido se lo arregló con varas traídas del monte. Sólo porque "La Leopoldina" le había hecho alguna promesa. Pero las hermanas estaban muy ocupadas para pensar en él...

Madero, sabía aconsejar a sus "compadres". Por eso, cada vez que Cándido se emborrachaba sacaba fuerzas para insultarlo. El pardo alcahuete pasaba vergüenza.

Horacio evitaba las visitas al boliche de *Corral Abierto*. A pesar de no preguntar a nadie qué era lo que hacía o de dónde les llegaba la plata para emborracharse, a él sí, se le acosaba a preguntas. Optó por dejar pasar el tiempo hasta que se acostumbrasen a verlo. Les informó apenas que había aprendido el oficio de carpintero. Una changa del jefe de la Estación, le entonó la vida. Pasó tres días arreglando las banquetas de la *Sala de Espera* y los dos bancos de la galería que ya se venían abajo. Dormía en la misma sala sobre los bancos que ponía en condiciones. Comía sentado en el andén, un poco de pan y queso. Un día el jefe le pasó las sobras de una carbonada.

Necesitaba el encuentro con Cándido para medir sus fuerzas y enterarse qué era lo que pasaba entre "La Isabel" y su amigo transformado en montaraz.

Horacio ensartó en un gancho el mejor pedazo de espinazo que sacaron de la carneada y se dirigió a la escuela. El viejo rancho, de techo de paja bien quinchada con las paredes de chorizo, los contornos de las aberturas al blanco de cal y la puerta de madera, pintada de verde, era el más importante de todos. Allí vivía la señorita Nella con su madre, arrinconadas en un extremo de la vivienda sin comunicación con el aula que medía cuatro metros por seis. Lo que podía verse desde la ventana de la habitación donde vivían era deprimente, triste. Un amontonamiento de pequeñas masas informes de color terroso, hacían más sórdido el rancherío. De aquel punto se le dominaba casi en su totalidad. En torno a cada vivienda se erguía una maleza polvorienta que señalaba el lugar donde caían toda clase de desperdicios. Cada rancho ofrecía una mata verdosa, ya el tunal que protegía al estercolero, ya la tapia de latas tambaleante, destartalada, herrumbrosa. En algún sitio se erguía un paraíso que protegía con su sombra, el exiguo gallinero o el mancarrón que quedaba, a veces, días enteros resignado a su suerte, sin levantar la cabeza. Carcomidas empalizadas de madera y paredes de latas oxidadas cambiaban de orientación, después de los temporales. Si soplaba una brisa del sur, la maestrita no sólo oía todo lo que hablaban en los ranchos vecinos, y hasta lejanos; también recibía las emanaciones y las pestilencias. Alguien aseguró que la habían visto acodada en la ventana, llorando. Fué alguno de los que rondaron el rancho en

implacable hostigamiento amoroso. No se podía convencer de que fuese cierto su desdén. El oficial de policía hasta llegó a amenazarla y ejercer la violencia. El hijo del jefe de la Estación, se hacía cinco leguas a caballo por la noche, para dar la sensación de que "andaba con la maestrita". El capataz de los Damboronea la dejó una semana sin carne para ver si "entraba en razón". Hasta el agua, que en un barril le traía uno de los hijos del pardo Madero, hasta el agua se la negaron para que se enterase de cómo se trataba en *Corral Abierto* a una orgullosa de esa clase. La maestrita no bebió durante varios días, ni pudo lavarse, ni dar de beber a su madre, ni hacerle un puchero. Se alimentaron con leche. Una vecina, la más mugrienta de todas, la que tenía ojos bondadosos y voz suave, le acercaba el tacho de leche e inquiría sobre su madre, a la que no se le veía desde hacía mucho tiempo. Los niños contaron que se quejaba a menudo y que cuando la madre lloraba, la señorita gritaba, gritaba tanto que la señora se callaba.

—Hace un mes ma o meno —le había explicado el pardo Madero a Horacio— le *sugaron* una mala partida a la *poble* cristiana. Se habían mamau los del puesto 23 y andaban con los pájaros en la cabeza. Tenés que *creirlo,* Horacio... Salieron al callejón como comparsa de carnaval y se pusieron a bailar alrededor del rancho de la *maistria*... Uno, le metió talerazos a la puerta; el otro, a la ventana. Gritaron todo lo que les salía de la boca. ¡Zafadurías de Mandinga! Yo miraba de lejos y me daba *raiba* y miedo. ¿Quién podía meterse a sacarles pal campo si el *mesmísimo* sargento andaba entreverau con los borrachos? Le pedían que los dejase entrar que le iban a hacer esto, aquello y lo demás. Yo nunca vide mamaus más cargosos. Les dió por prenderle fuego al rancho. Le metieron un *fósfolo* a la paja. El *glito* de la *poblecita* despertó a las del finau Méndez que viven a dos cuadras del rancho. Fué salir las mujeres a ver qué pasaba y no quedó nenguno de los borrachos. Vos sabés cómo son los del puesto 23. Rumbiaron pal palenque y apretaron el gorro. La *poble* cristiana yo digo que debe haberse desmayau. Pasó tres días sin abrir la escuela. Naide se animaba a dir. A lo mejor, a vos te recibe... Pero andate con cuidadito que ella les desconfía más, *aura,* a los que van solos. El Chancleta iba solo, le arañaba la puerta y le hizo *creir* que era un lobizón. Se le acercaba arrastrándose despacito, aguaitando hasta

que abriese la puerta pa ganársele adentro. Ella decía que no había lobizones y tanto hizo que parece que *aura* está convencida... No vaya a ser que te tome por lobizón. Andate con cuidado...

Las intrigas continuaron. La escuela aislada del rancherío entró en una zona de misterio. Alguien dijo que había visto, a la puerta del aula, por la noche, al oficial de Policía; otros al sargento. Más tarde que recibía a varios al mismo tiempo y que en el aula los niños habían tropezado con botellas vacías. El pardo Madero era el único que sabía la verdad porque desde la pulpería le era fácil vigilar la escuela día y noche. Horacio le creyó y por eso iba hacia la escuela con el pretexto de ofrecerle un poco de carne de espinazo para un buen puchero. Y lo hacía a la vista de todos, sin ocultamiento. El hecho de haber trabajado, tres días en la Estación, le daba cierta autoridad. Él no andaba en malos pasos. Su traje de obrero, el mameluco azul, se justificaba ahora en cualquier lugar donde apareciese.

Cándido, venía por el camino, montado en un mancarrón Lo reconoció de lejos. El pardo Madero vió pasar a Horacio, lo siguió con la vista por la ventana desde donde observaba la escuela, diariamente, controlando la concurrencia de los niños. Vió que Cándido sujetó el caballo y se agachó, con la mano tendida para estrechar la de su amigo de la infancia.

—¡No doy la mano a borrachos sinvergüenzas! —dijo vehemente Horacio—. ¡Guardátela!

Cándido la dejó tendida como la de un pordiosero. Luego de sentirse vencido por la mirada de su amigo, se puso a acariciar la paleta del caballo.

—Tenés razón, hermano —dijo Cándido haciéndole detener el paso—; sos el primero que me lo dice. Tenés razón... A veces soy una mierda... Pero qué querés...

—Podías respetar un poco a la gente — empezó a hablar Horacio, volviendo sobre sus pasos y dominando la situación.

—Te habrán dicho que un día, mamau, me puse a llamarla a la Isabel —balbuceó Cándido—. Mirá, hermano, no lo voy a hacer nunca más... ¡Por esta luz!

Horacio había visto a mucha gente paralizada por un gesto suyo, pero la actitud de su compañero le daba una nueva medida de su capacidad.

Cándido le llevaba algunos años, pero había dejado de ser "el tísico" de antaño. Fornido por el sol, era todo él, sarmentoso, hecho con raíces pero raíces nerviosas y fuertes. Y desde un caballo podía seguramente el doble que él.

—Bueno, ya alcanza —dijo Horacio magnánimo—, no soy de los que no saben perdonar... — hizo un gesto de desdén que le pareció nuevo en su trato.

—Mirá, tengo una diligencia que hacer. Después hablamos...

Al excusarse le tendió la mano. Cándido se la estrechó con un poco más de efusión que la habitual en el trato entre hombres. Alcanzó a ponerle la mano en el hombro de Horacio. Éste tuvo la sensación de que podía dominarlo.

Y siguió rumbo a la escuelita, satisfecho de sus fuerzas. Circundó el rancho a pasos lerdos, al no obtener respuesta a los golpes que dió en la puerta coronada por el Escudo Nacional. No se atrevía a repetirlos en la de la vivienda que estaba en el otro extremo del rancho. Él pretendía que le recibiese en un lugar neutral, de acceso a los niños o al público. La ventana que correspondía a la casa de la maestra, se cerró de un golpe. Habían oído sus pasos. Golpeó con los nudillos en la puerta "de la familia". El silencio lo anonadó. ¿La señorita Nella estaría arreglándose para recibirlo? Aguardó prudentemente. Volvió a repetir los golpes y hasta tosió para hacerse presente. Nada. Dentro de la vivienda el más absoluto silencio. Oyó un levísimo chirriar de goznes y comprendió que la ventana se abría nuevamente. Dió vuelta hacia el norte y pudo ver a la maestra con los ojos encendidos, el rubio cabello revuelto, mordiéndose los labios, en los que descubrió trazos de sangre.

Más que una presencia humana aquella mujer tenía los rasgos singulares de las apariciones. Atrincherada en el rancho, agarrándose al alféizar de la ventana, los dedos trémulos arañaban la madera, a medida que se acentuaba el silencio. La señorita no necesitaba hablar para manifestar su rechazo. De sus ojos, una llamarada de odio, de rabia, se estrellaba en la grave pasividad de Horacio. Pero aquella actitud de violenta negativa se fué levemente trocando en blandura de lágrimas, en el sometimiento que sobreviene luego de una larga penuria. El cambio inesperado lo fueron dando las manos, primero; en seguida, los brazos que de la rigidez inicial, pasaron a quebrarse una y otra vez en el codo, como los

del niño que cede a la fuerza del adulto. Horacio no sabía qué decir. Contempló a la maestrita que no era en ese momento ni linda ni fea; que no lo rechazaba ni le invitaba a hablar; que le cerraba el paso pero que en sus labios humedecidos parecíale que deletreaba su nombre. Era un rostro de mujer nunca visto y que, al mismo tiempo, le resultaba familiar. Rostro que recogía el de otras mujeres, pero por momentos, sorprendente como el de un fantasma. Se atrevió a preguntarle:

—¿Qué? ¿Qué le pasa? ¿Quiere algo?

Y no pudo continuar. La señorita Nella se asomaba a la ventana. Los brazos habían cedido. Recostó la cara al marco de rústica madera. Sus ojos habían entrado en el vacío. No lo miraban a él, miraban la lejanía, huecos, vacíos, en blanco. Dos lágrimas rodaron por las mejillas. Horacio se aproximó. Sin darse cuenta colocó la mano derecha en el marco como para apoyarse y hablarla. La señorita Nella dejó caer una mano y la posó sobre la de Horacio. Y en ese instante, éste oyó un gemido que le heló la sangre. Era un gemido largo, de alguien que padecía. Se asomó a ver qué pasaba adentro. Debió retirar la cabeza para aminorar la impresión. La madre de Nella, atada a la cama, estaqueada, gemía, gemía esquelética, espantable. Gemía mirando hacia la ventana pidiéndole ayuda.

—Pero ¿qué pasa? ¿Qué pasa, señorita? —exclamó Horacio arrojando al suelo el gancho con la carne y dispuesto a dar un salto y traspasar la ventana.

Nella se echó a reír al ver a Horacio trepar el murete y lanzarse dentro. En pocos segundos, estuvo al lado de la mujer. La maestrita en un rincón reía, reía y lloraba a un tiempo. Abrió Horacio la puerta para darse aire porque la atmósfera irrespirable empezaba a marearlo. Los desperdicios más variados estaban presentes en la pieza. Los olores ya habían perdido para Horacio sus valores, por eso cuando asomó el ambiente de letrina le fué indiferente. Pero ahora se hallaba en medio, buscando de no ensuciarse mientras liberaba a la infeliz mujer de los tientos y cuerdas. Sólo cuando ella pudo mover las piernas y sacudir una mano, Nella reaccionó entrando en un convulsivo llanto histérico. Le agradecía a Horacio. Le besaba las manos y en seguida rodaba por el suelo. Quiso explicarse pero volvió a caer en un desvanecimiento que

desembocaba al fin, en un monologar tartamudo de blasfemias y confidencias. Horacio había escuchado las torturas de un ladronzuelo en un calabozo vecino al suyo. Aquel horrible interrogatorio policial se repetía. Pero más confuso aún, porque la locura crecía a borbotones.

* * *

Cuando el avión sanitario se llevó enchalecada a Nella y a su madre envuelta en mantas, cuando vió que por el cielo azul iba la maestrita rubia que había enloquecido en el pueblo de ratas, Horacio apretó los puños. Y por muchos días nadie consiguió hacerle hablar. Alguien le oyó un nombre de mujer: Rebeca, Rebeca y nada más. Respetaban tanto su actitud que empezaron a rodearle, a hacerle un círculo como si esperasen que al recuperar el habla, algo muy fundamental les fuese a decir.

El médico de sanidad que había venido en el avión le explicó al pardo Madero, mientras éste le ofrecía una excelente caña brasilera de contrabando, que la muchacha habría enloquecido por un golpe de sol, por una insolación. Pero el pardo sabía que no era verdad. Hacía tres meses que la maestrita tenía secuestrada a la madre.

—Caso típico de insolación —dijo el médico—. Pronto estará buena.

La ciencia suele ser una obsequiosa celestina. Ninguna como ella para soslayar la verdad, ni tan servil para escamotear la realidad.

XII

La repentina mudez, el ensimismamiento de Horacio, empezó a preocupar. Clorinda, su madre, no podía soportar aquel hermetismo inacostumbrado. Podía ser una amenaza. Nunca le habían traído buena suerte las bocas cerradas. Antes de conocer a Floro, vivió con un hombre que pasó meses sin hablar, hasta que cometió un crimen. Todavía está en la cárcel, callado, silencioso, mudo.

Pero Horacio no vivía en sociedad, aislado. No era como el malhechor que había cometido el crimen a su lado conviviendo el drama. Horacio andaba de rancho en rancho. Probaba si se le recibía gustoso. Aceptaba el trató con los podridos, aquellos a los que nadie tendía la mano si ofrecían el mate. En esos momentos pensaba en Gemma, "la judía leprosa". Tal vez aquellos desdichados no estaban enfermos de nada contagioso.

Al rancho del viejo Delibrando Andrada llegaban los más chúcaros a pedir consejo, solapadamente. Los ochenta años del viejo, hacían presumir sabiduría. Pero el viejo hablaba nada más que del pasado. Nunca mencionaba el presente. Y, ¿para qué hablar del futuro? Los que acudían a él, debían sacar conclusiones. La palabra *futuro,* no andaba por las barbas del viejo. Sus labios contaban cosas acontecidas, nada más. Las últimas revoluciones, las asonadas de levantiscos. Se mecía las barbas asegurando que gracias a ellas, y no a otra cosa, estaba con vida después de tantas batallas. La daga enemiga, se detuvo en los pelos de su barba. El mutuo respeto entre los hombres, había empezado con las barbas.

—Yo nunca me dejé manosear por el barbero, ¡canejo!... ¡Nunca! Yo sabía que eso es lo que hace aflojar las tabas. La

gente dura, siempre usó barba. Hasta pa bien morir, nos ayudan, mis amigos. El abuelo de ese bandidazo de Damboronea, no dejaba entrar el barbero a las casas. Andaba con su barba tordilla entre los ranchos. Los gauchos usaban pelos por todos laus... Y eran criollos lindos, los que defendían la estancia cimarrona del viejo Damboronea, que era coronel revolucionario, asigún decían... Todos vivíamos como acampaus cerca de las casas. Nos tenía a todos cerquita, ¿saben? ¡Bien a mono! Sólo cuando perdió el miedo, nos fué empujando pal camino... Sí, nos fué poniendo aquí y más allá, en Toro Bayo... Ya no nos necesitaba. Nos amontonó en este chiquero... En antes vivíamos con él, en la mismísima estancia... Y, así nació *Corral Abierto*...

Horacio sabía de memoria la historia de las barbas de Delibrando. También oyó más de una vez, la leyenda de la defensa de la estancia, medio fortín, y de aquellos peones a las órdenes del patrón que cuando el vecino "pedía rodeo" para verificar si había hacienda suya entreverada, y la cosa se ponía fea, eran capaces de jugarse enteros para salvarle el pellejo al patrón. Estancieros que fueron muchas veces caudillos del gobierno o contrarios de las autoridades, pero caudillos que no se sentían muy seguros en la soledad de las estancias. El feudalismo en otras regiones de la tierra engendró "el señorío", avivó las fuerzas individuales que decidían la vida de sus semejantes. El hombre feudal de América, menos "señor", quiso eludir la responsabilidad directa del destino de sus verdaderos vasallos. Mientras los necesitó porque su vida corría riesgo, o estaba amenazada, los acogió en los aledaños de la estancia. Podían defenderle. Al organizarse la vida rural quedó el pingajo de los rancheríos. Sólo incrustados en el feudo, en los vastos latifundios, han podido sobrevivir. Esos andrajos también tienen historia.

Don Delibrando desarrollaba teorías sin sentido para sus oyentes. Se le creía un poco loco. Solía trenzarse las barbas o atárselas con trocitos de géneros de vivo color que le proporcionaban sus dos hijas prostitutas. A duras penas comía en los últimos tiempos; apenas bebía. Insomne en las noches lunadas, terminaba por dormirse recostado a la pared del rancho. El gallo y las cuatro gallinas que mantenía, le picaban en las barbas y con ellos salía al camino a ver pasar a los madrugadores. Arrastraba su harapos, que

un día fueron un chiripá. Seco, vegetal, alzaba los brazos al invocar a Dios, enseñando las venas y arterias como raíces a la intemperie. No podía andar más que hasta el camino, y no veía más allá del alambrado que lo cerraba. Sus hijas podían pasar de vuelta del bailongo en ancas de algún matungo medio dormido que jineteaba un borracho. Así lo encontró Horacio, mirando el vacío del amanecer. Él también andaba con el sueño a media rienda. Al dirigirle la palabra, mientras se le acercaba de atrás, dándole los buenos días, don Delibrando le preguntó:

—Pero ¿cómo?... ¿Qué hacés a estas horas, si recién amanece...?

—¿Acaso porque es domingo, hay que matarse durmiendo?... — le contestó Horacio.

—Domingo, domingo... Todos los días son iguales. Pal pardo Madero tal vez sea distinto. Pa nojotros...

El viejo quiso levantarse y no pudo.

—Sabés que no puedo... y no veo... Ya no hay luz... Te juro... No veo.

Horacio vió pasar "El Chancleta", un taimado que tenía relaciones con los contrabandistas, orgulloso de tal condición. Le hizo señas. El hombre corrió al ver al viejo tendido. Ayudó a Horacio a llevarlo al rancho.

Como eran los Andrada unos de los primeros pobladores de *Corral Abierto,* la vivienda era de las más ruinosas. Se le veía el esqueleto de tacuaras desde hacía por lo menos tres lustros. Cañas, cañas tan gruesas que ya casi no se encontraban por aquellos lados. El rancho aguantó más que otros. No le hacía frente al pampero, más bien lo esquivaba como si al construirlo, hubiesen tenido en cuenta el detalle de la orientación. Si al viejo le sobraban barbas y no se las había dejado cortar jamás, los vientos afeitaron el techo. Rala era la última quinchada. Algunas pajas se las había llevado el pampero; otras, la mano ociosa del que las va raleando sin darse cuenta. Agachado y tristón cobijaba a los viejos en la tormenta y por la noche. Las restantes haras las pasaban bajo un paraíso rugoso que servía de referencia para algunos.

Cuando depositaron el cuerpo sin fuerzas de Delibrando en el catre de cuerdas, donde sólo muy enfermo se dejaba estar, el viejo protestó. Pero la respiración no le daba para más. Apenas

se elevaba el pecho en las cortas y lentas aspiraciones. Horacio le tomó la mano que caía de la cama y se la colocó sobre el tórax.

—¿Qué se puede hacer? — preguntó "El Chancleta".

—Llamar a la Clorinda que debe andar juntando leña — respondió Horacio.

Él había observado que los viejos no dieron fuego al fogón.

—¿Y aviso al Mano Santa? — preguntó "El Chancleta" ya en el umbral.

—No, no vale la pena... — respondió Horacio.

—Andaban unos médicos de cacería. Iban pa lo del pardo Madero... Si querés yo les hablo...

Horacio levantó los hombros.

—Llamala a la vieja Clorinda...

Y quedó solo con el viejo. De toda su figura, las barbas era lo único vivo. Las aspiraciones las hacían cambiar como una espuma sutil, como basura en el suelo, como levísima hojarasca...

Clorinda se colocó al lado de la cama. Era una vestal inánime. Miró a su marido con atención, nada más. El rostro curtido sembrado de profundas arrugas, permaneció sereno. Ya era bastante dramático el rictus permanente de su boca. Una cara de madera tallada, donde levemente se encienden las pupilas para expresar el miedo a la muerte, la indiferencia ante la muerte, el silencio ante la muerte... Clorinda tal vez ya había muerto hacía tiempo...

Un médico de la ciudad, cazador a monte, quiso ver al viejo. El pardo Madero le pidió que fuese al rancho. Sus compañeros quedaron en el automóvil, a la expectativa. La aventura de entrar en un rancho miserable podía ser "cosa de médico". Ya tenían bastante con observar a los seis chicos en harapos que se acercaron al coche. Uno de ellos, de siete años, tenía la cabeza cubierta de granos. Las moscas pegadas a las costras depositaban la cresa ante la impasibilidad del niño. Los cazadores dieron vuelta la cara con gesto de asco. Y no se dieron cuenta que el médico se había detenido ante la presencia agresiva de un desconocido:

—No se le necesita — dijo Horacio, terminante. Mantuvo las manos levantadas casi tocando el travesaño del marco. Crucificado en el vano de la puerta, desdeñó su ira con un movimiento de cabeza. El médico intentó mirar hacia adentro. Horacio se movió un tanto, para evitar la curiosidad.

—¿Para esto me llamaron? — preguntó .

—Sí, para esto, para que viese morir a un viejo de ochenta años, en la miseria... Es un espectáculo.

El médico quedó confundido. En la decisión de Horacio había una agresividad desconocida, que él acataba sin poder precisar por qué. El médico miró hacia uno de sus acompañantes que se aproximaba.

—Parece que ha muerto — dijo.

—Y si ha muerto nada tenés que hacer —replicó en seguida el amigo—. ¿Vamos?...

—Bueno, vamos... — murmuró el médico molesto, confundido con la acusadora mirada de Horacio.

—No me necesitan, ¿seguro? — preguntó.

—No — contestó secamente Horacio.

—Bueno, lamento haber llegado tarde. ¿Hay algún médico por aquí para el certificado?

—Aquí los enterramos sin certificado.

—No sé... pero me parece que...

—Nada —dijo Horacio—, este lugar es muy distinto. No estamos en el Uruguay.

—¿No están en el Uruguay? — preguntó el médico.

El silencio de Horacio lo intimidó.

—¿En dónde estamos entonces? — prosiguió el médico sin muchas fuerzas.

Horacio llenó el pecho de aire, crispó las manos, entrecerró los labios y el médico creyó oír que le respondía: "¡Estamos en el mismo Infierno!", pero no estaba seguro. No estaba seguro de haber oído esas palabras cuando les contaba a sus camaradas de cacería, el breve incidente. Al terminar su relato, una ráfaga de balas alcanzó a un carpincho que bogaba. Y con el carpincho se fué la historia que el médico intentó balbucear, una vez más, en el vivac nocturno. Nadie se interesó en ella. Andaban de cacería...

* * *

Horacio Costa dió pruebas de saber a fondo el oficio de carpintero. Con los residuos de la puerta de un rancho medio abandonado, y cuatro tablas raídas que le facilitó el pardo Madero,

pudo fabricar un ataúd. Pero debían andar con cuidado. Era un ataúd nada fácil de manipular. Cabía perfectamente bien en el carrito de pértigo del pulpero. Lo cargaron despacio como si tuviesen miedo, no de que se deshiciera, más bien de despertar al viejo Delibrando. Su mujer quedó en el rancho moviendo la cabeza, nada más. Le dió por arrojarle las migas de un mendrugo a las gallinas, tan indiferentes a la muerte del viejo. como la propia Clorinda. Las vecinas la miraron con lástima. Una dijo:

—Si así vamos a terminar todos... ¡qué vida perra!

Cándido se acercó a Clorinda y le habló casi al oído, porque la sabía medio sorda:

—Se lo llevan al viejo...

—Así es... Mire usted... Se lo llevaron...

Y deshizo el último pedacito de pan entre sus dedos ennegrecidos por la vida. Dejó caer las migajas. Las gallinas cloqueaban. Cantó el gallo. La vieja Clorinda se pasó la mano derecha por el escaso cabello que le quedaba. Y miró para otro lado cuando arrancó el carrito con los despojos de su marido.

—Pa mí que está enojada porque no hubo velorio — dijo un peón de estancia que tenía a su mujer y seis hijos en el caserío, siempre con la promesa de llevarlos a la estancia.

—Se vela a los que mueren —dijo Horacio—. Don Delibrando Andrada sigue vivo en el rancho. Es de los que no tienen derecho ni a morirse.

La resolución no fué discutida. Comenzaban a recibir órdenes de Horacio Costa. "El Carpintero", venido al rancherío misteriosamente, y que andaba de un lado para otro, ocupándose de los enfermos y los muertos.

—Aquí no se tiene derecho a morir —dijo Horacio—. Nadie debe morir. Ninguno se muere. Hasta los que hemos enterrado, están vivos... — dijo con una voz que nunca habían escuchado en *Corral Abierto*.

Enterraron el cajón fuera del cementerio porque ya no cabían más en el rectángulo movedizo que marcaron alguna vez los dueños del campo.

—¿No se enojarán, si lo enterramos campo ajuera? — dijo el pardo Madero que respondía a las órdenes de Costa, "El Carpintero".

—No, no se enojarán. Es abono para el pasto — les contestó.

—Lo va a pisar el ganado — dijo "El Chancleta".

—Los novillos respetan a los muertos y son más livianos que algunos cristianos — agregó Horacio.

Mientras tanto los paisanos forcejeaban para bajar el cajón intacto. Lo pusieron en tierra. Algunos se persignaron. Una mujer lloró. Las hijas de don Delibrando, como era domingo, andaban de parranda. El lunes se enterarían. Y mucha gente más se enteraría. Las autoridades, por supuesto. Pero Horacio mandaba. En el rancherío, nadie debía morir. Ninguno moriría. Apenas si eran metidos en un cajón y quedaban a flor de tierra, por si se les necesitaba...

Estas cosas las impuso Horacio Costa. Y él sabía por qué. Si a alguno le parecía mal, que fuese por el rancho de don Floro. Allí iba a encontrar alguna respuesta, en boca de Horacio, "El Carpintero".

El último verano, seco, polvoriento, pasó llevándose a tres niños insolados, al viejo Delibrando, a la maestrita loca, a dos esquiladores que murieron del carbunclo y cuatro peones, que la fiebre tifoidea mató en el hospital. De tétano, vieron morir a una mujer y cundió el espanto. En el cementerio entraron cómodamente los niños. A los dos paisanos que la mosca eliminara, se les enterró en una fosa profunda. No se les podía quemar como al toro que les contagió el carbunclo. Aquel toro que ya habían faenado y que, algunos, so pretexto de que la carne era para los perros, habían marchado con un cuarto. El comisario fué el que lo mandó quemar. Ramas secas y troncos que daba pena utilizar en una fogata para quemar un bicho hinchado cuando escaseaba la leña en los ranchos.

El verano no mataba tanta gente como el invierno. El frío se metía en las casas a buscar a los enfermos. Entraba por todos lados. Calentarse las manos con la pancita del mate, es bien poca cosa. El frío taladraba las carnes. El único remedio, venía con el sol. Pero siempre había una maldita nube que se interponía. Los perros y la gurisada "pastoreaban" el sol de la tarde. En los ranchos, casi no existía el mediodía. Porque no contando con la hora del almuerzo, no habiendo qué comer, regularmente, el mediodía bien podía transferirse a la tardecita cuando el que había salido a agen-

ciarse unas achuras, algún bicho por las zanjas, volvía con algo para distraer el hambre. Almuerzo y cena empalmados bien podía ser una sabiduría, una manera de engañar al estómago. Para los niños, para los perros, cualquier hora resultaba oportuna para engullir algo. A veces se salía a buscar galleta, yerba, una tira de asado y se regresaba a los tres o cuatro días, con galleta, yerba y un poco de puchero. Mientras tanto, se solicitaba un préstamo al vecino más afortunado o al pardo Madero que no tenía muy duro el corazón.

"El Carpintero" desaparecía por temporadas, arreglando puertas y ventanas en estancias y "puestos", componiendo sillas, haciendo mesas de pino, o pequeños muebles o repisas. Era ya *El Carpintero de Corral Abierto*. No se alejaba mucho del rancherío. El invierno lo devolvió más ensimismado que antes. Los primeros fríos lo trajeron con ropas abrigadas y frazadas para los padres. De rancho en rancho, corrió la noticia de su arribo y de rancha en rancho, fué tendiendo la mano a unos y a otros, unas manos de carpintero que honraba tocarlas. La gente lo observaba secretamente cuando Horacio miraba la lejanía en sus largos silencios. Observaban los cambios que se iban operando en su rostro. Llevaba el cabello más corto. Apenas una aplastada mata cabelluda ensortijada, que avanzaba del centro de la cabeza hacia la frente, disminuyéndola. El hueso frontal se hacía recio, dándole apariencias de boxeador. El ademán de acariciarse los cabellos para que crecieran hacia la frente, lo repetía en sus largas horas de contemplación o cada vez que juzgaba a alguien u opinaba sobre algún asunto del rancherío. Muerto don Delibrando, que a veces politiqueaba a favor de los blancos de Herrera, Horacio "El Carpintero" venía a ocupar el vacío de las charlas con atisbos de rebeldía que mascullaba el viejo. A la policía no le gustaba la ingerencia de "El Carpintero" en la vida de *Corral Abierto*. Sobre todo, había algo que al comisario Nicomedes le daba mala espina: él no pertenecía a ningún partido político. Por eso mandó pedir antecedentes a la Jefatura. Había que estar prevenido ante aquel caudillito que tanto dominaba a los jóvenes como a los viejos y al que las mujeres que frecuentaban sus subordinados, consideraban como el más bien dotado del caserío.

Al terminar agosto, escaseó la madera para los cajones de

muertos. La gente moría allí, en el rancherío, en el barro y la miseria. Antes, por lo general, iban a morir al pueblo, al hospital o quedaban por los arrabales en casa de amigos o parientes, como buscando la muerte en manos de los doctores. El invierno lluvioso contribuyó a que los arroyos no dieran paso, los pantanos se hicieron intransitables. Morían en el rancherío y los enterraban sin mucha ceremonia. Horacio "El Carpintero", aseguraba que nadie moría, que estaban allí, cerca, prontos para escuchar un llamado, listos para responder. Los tuberculosos agonizaban en el rancho, esperaban a la muerte en su cubil. Antes, iban a la ciudad, o los llevaban con el pretexto de que podían contagiar a los niños, o a sus parientes más próximos. Hasta los que se quebraban huesos preferían, como el viejo Floro, quedar con la pierna combada antes que entregar el ánima en la ciudad. "El Carpintero" les hablaba tan mal del pueblo que bastaba con su palabra. Se negaron a abandonar el rancherío. Fracasaron las inspecciones médicas. "El Carpintero", sonreía misteriosamente. Fabricaba cajones para sus muertos sin darle a la muerte el lugar que antes mantenía. Y todos aceptaban, todos acataban, todos acompañaban a sus enfermos hasta el borde de la tumba, sin quejarse. En los velorios de los angelitos, corría la caña como nunca corrió en el rancherío. Murieron muchos niños, apenas nacidos. Se los prestaban a otros ranchos y al fin, salían con el muertecito al callejón, gritando y llorando, pero llorando de otra manera, con una voz firme, una voz nada fúnebre, entonada como un canto guerrero.

Las costumbres de *Corral Abierto* empezaron a variar.

Los enfermos iban saliendo poco a poco a ver el sol, animándose a dar pasos inseguros como las criaturas. Algunos supieron que la primavera en otros mundos, golpeaba a las puertas con un hálito aromado. El viento en *Corral Abierto* no hallaba una sola planta de flores para esparcir el polen o la semilla. Pasaba de largo, avivando el olor de los basureros. Los basureros eran las flores perfumadas del rancherío. El frío que aplacaba la pituitaria también aplacaba los malos olores. Pero la primavera empezaba a levantarlos de las letrinas. Las ráfagas primaverales siempre fueron alocadas. Después de la seriedad del invierno, no venía mal la informalidad de los meses de septiembre y octubre. Por la cañada aparecían algunos macachíes, algunas florecitas silvestres, tí-

midamente. Se las encontraba cerca de la bosta, del estiércol, allí donde la tierra resumía la fertilidad ambiente. "El Carpintero" recorría las zanjas, se internaba por la cañada, seguido de los niños alegres que hacían volar los teruteros, las lechuzas, los gavilanes, algún chimango que persistía en la osamenta limpia por los cuchillos de los hambrientos. La cañada era como una salida del rancherío hacia lo desconocido, hacia la inmensidad del campo sin alambrados, hacia la opulencia, pero también hacia la nada. Entre la cañada y los ranchos, había un territorio salpicado de cachirlas. Era bella la serenidad de la alta noche, sembrada de menudísimas estrellas. A la madrugada, un espacio peligroso porque los peones de la estancia de los Damboronea, recorrían el campo, cumpliendo órdenes del patrón. El alba era el filo peligroso. Y no había invierno que los detuviese. Ni verano, ni primavera. Siempre al amanecer pasaban como para hacer el recuento de lo que les había dejado la noche. La noche, solía dejarles sobre el campo, alguna res cuereada. El cuero en el alambrado; los huesos mal pelados, por el suelo. Se trataba casi siempre de un animal flaco a punto de morir por su cuenta. En el orden económico de la estancia, pasaba a cuenta de la aftosa, del carbunclo, de la bichera.

La primavera vino abriéndole el paso al verano. Y el verano entró con algunos casos de viruela. Horacio andaba de viaje. Cándido le consiguió un trabajo importante en el monte. Debió fabricar diez caballetes para la sierra; mesas de campaña, acomodar unos troncos para una pesquería; manejar la madera como él solamente podía hacerlo. Pasaba las noches en el monte, con seis hombres que contaban aventuras de contrabandistas, historias del tiempo pasado no muy remoto, alguna prodigiosa hazaña de pesca. Siempre que se contaba algo, tenía como escenario el lugar en que se hallaban. A un muchacho, un surubí le había abierto la barriga, lo dejó con las tripas afuera al borde del agua. ¿Cómo? Pues se le ocurrió ceñirse el cuerpo con la piola del aparejo, y se quedó dormido. Lo despertó el feroz tironazo del pez. Le hizo un tajo que le dejó las tripas al aire. Algún incrédulo no lo creyó. Pero un tercero aseguró que el caso pasó con un sobrino suyo. A medida que les acosaba el sueño, los relatos eran más fantásticos. Al caer vencidos por el cansancio ya habían vivido parte de sus fantasías. Tomaron la costumbre de contarse los sueños para orientar las

apuestas y mientras templaban el estómago para ponerse a trabajar, ya comiendo unas achuras del día anterior o ingiriendo una pava de mate, descargaban los malos humores, o entraban a "calentarse", contándose lo soñado. "El Carpintero", como era nuevo entre aquella gente, no intervenía. Escuchaba sonriente. Sus sueños eran muy distintos de los de aquellos leñadores. Distintos de los de Cándido, a pesar de tener tantas cosas en común.

Uno de los montaraces siempre soñaba con su infancia, pero ésta se transformaba en la infancia de un muchacho rico, rodeado de lujo. Como decía detalles desconocidos para el resto, cada vez que tomaba la palabra los dejaba pasmados con sus lujosas historias. Solía salirse al cruce otro compañero que soñaba, invariablemente, con miserias increíbles, con ratas inmensas, con trampas en donde al fin quien caía era él. "El Carpintero" tuvo un sueño que no se atrevió a contar, no lo entenderían. El más maduro de todos, un fornido brasilero, buen hachador, soñaba con los animales del "juego del bicho" y se lamentaba de lo que perdía a la quiniela, porque cada animal que se le aparecía, le señalaba un número y ese número no podía fallar. Había perdido una fortuna, según sus cálculos.

Los sueños del fin de semana, observó "El Carpintero", eran de una sola naturaleza. Estaban relacionados con la velada la noche del sábado. Tres de ellos iban a *Corral Abierto,* los otros a *Tierra de nadie,* a *Campo de Todos.* No temía montar guardia. Horacio "El Carpintero" se ofreció para quedarse de sereno y darle una salida al que dejaban los Damboronea permanentemente. Al día siguiente del ofrecimiento del guardián nocturno, este montaraz soñó con una mujer de *Corral Abierto.* Y a pesar de la discreción del hombre, Horacio sospechó que se refería a "La Isabel".

Los sueños lúbricos eran siempre cómicos. En los actos sexuales campesinos, intervenían ovejas o cabras, algún ternero, jamás caballos. Los tenían demasiado presentes para soñar con ellos. Y, a veces, salía el 11, que las cábalas asignaban a los equinos.

—Y usted, amigo carpintero, ¿no acostumbra a soñar? —le preguntó el más viejo de los montaraces—. ¿No le gusta acertar a la quiniela?

"El Carpintero" sonrió. Con el sobrante de agua de la pavita

apagó el pequeño fogón que había encendido para calentarse el agua.

—Soñé con fuego —dijo— y aura lo estoy apagando.

—¿Fuego?... Tiene que jugarle al 77, al 88 — dijo el compañero muy seriamente.

Horacio había mentido. Él no había soñado con fuego. No comprendía bien por qué, desde que los montaraces descubrieron el pasatiempo de relatarse mutuamente los sueños e interpretarlos de acuerdo a un librejo que andaba en *Corral Abierto* en manos del pardo Madero, desde entonces, puso más atención a lo que le acontecía por la noche. Largos desvelos le costó la convivencia con los montaraces. Algunas noches, atribuyó el hecho a la luna, que rabiosamente lo buscaba por entre las ramas. Trató de defenderse del hechizo, cubriéndose la cara. Pero el calor no le permitió la maniobra. Escamoteaba la luz, durante mucho rato, pero la luna seguía andando y lo alcanzaba detrás del tronco donde se ocultara.

No eran precisamente sueños los suyos, eran el anticipo del sueño total. Ya otras veces había mezclado la realidad con la ficción. Se sentía despierto, pero imaginaba cosas, hechos, acciones de hombre que lucha con el sueño. No podía ser que imaginase tantos actos heroicos imposibles de llevar a cabo, de poner en práctica si estuviese en estado de vigilia. A su vez él comprendía su estado de vigilia. Ya la luna, ya los mosquitos, lo mantenían despierto. Sin embargo, resultaba demasiado audaz para un hombre de su condición hacer proyectos, cuando sabía muy bien que eran impracticables, aunque se sintiese capaz de llevarlos a la práctica.

Lo que pensaba, era pura fantasía, cosa irrealizable, producto del sueño. Soñaba, pero soñaba despierto. No eran fantasmas, ni animales deformes, ni brujas los que andaban por la noche dentro de la cabeza. Eran seres reales que vivían dichosos, amigos suyos, su hermana Isabel, regenerada y sana; su padre, su madre y un centenar de chicos que empezaban a nombrarle: "¡El Carpintero!" Le señalaban con el dedo o murmuraban al oírle pasar: "Ese es "El Carpintero". Ya el oído había perdido el sobrenombre, la costumbre afectuosa de oírse nombrar "Costita". Horacio, también quedaba como un eco. "El Carpintero", a veces le sonó con aire de burla. El pájaro que así se llamaba, solía cantarle arriba

de la cabeza, antes de clarear. ¿Era eso soñar? ¿Soñar con un pájaro, jugarle al 36?

"El Carpintero", no se entregaba a los sueños. Los buscaba en la vigilia, los arrinconaba para caer sobre ellos y dormirse precisamente sobre los sueños. Los aplastaba por la noche, luego de haber convivido con ellos las horas de desvelo, aquellas horas que el agua del arroyo cercano se llevaba aguas abajo, con una música melodiosa.

Pero a aquellos hombres a la intemperie, a monte, montaraces de cuerpo y alma, les gustaba jugar con los fantasmas. Así se quitaban el miedo y se burlaban de las apariciones nocturnas, entregándolas al azar. Los relatos de los sueños fortalecían la fraternidad.

Cándido se llevó las apuestas de sus compañeros. Era el único montaraz que se dirigía a *Corral Abierto*. Prometía llegar hasta la Estación y allí hacer las jugadas. Como tendría que pasar por la *Estancia de los Troperos* iba a averiguar si esquilarían con el personal de la estancia o traerían un equipo. Horacio sabía que, llegada la esquila, iba a suspenderse el trabajo porque los compañeros no pensaban en otra cosa que en la faena salvadora. Dos de ellos eran bastante expertos. En *Los Troperos* se esquilaba con el personal. Tenían máquinas instaladas. Ocho puestos y el casco de la estancia, formaban la vasta propiedad, de cuarenta mil cuadras. Por la estancia pasaban los ovinos en una marejada impresionante. *Corral Abierto* estaba pendiente de la faena.

—"El Carpintero" ¿sabrá esquilar? — se preguntó uno de los montaraces.

"El Carpintero" nunca había esquilado. Ni pensaba ir a la estancia.

—Están demorando —aseguró Cándido— por el tiempo malo. Pero de cualquier manera, que se ligan una lluvia, ¡se la ligan!...

—Ojalá —dijo uno de los montaraces—. ¡Ojalá les llueva!

En *Corral Abierto* algunos hicieron brujerías y promesas. Un buen chaparrón con viento, no venía mal para dejar sobre los campos el tendal de borregos y algunas ovejas flaqueronas pero buenas para la olla.

Vieron arrear las majadas por el campo, descubrieron en el cielo las chismosas, las nubecillas que salpicaban el azul purísimo

y que para los conocedores del campo, anunciaban lluvia a corto plazo. Más de uno se frotó las manos.

"El Carpintero" y Cándido seguían en el monte. Los cuatro montaraces fueron a *Los Troperos* a ofrecerse, y los tomaron. Dos de ellos eran buenos esquiladores. Cambiaban el hacha por las tijeras, de buen gusto.

Horacio terminó el trabajo de carpintería. El capataz le dijo que podía pasar a cobrar en lo del pardo Madero. A pesar de no gustarle el intermediario, allá fué a cobrar y se vió obligado a gastarse unos pesos. Compró sal gruesa, bastante sal. Él sabía que las esquilas ofrecen carne en cantidad y que habría que salarla para que aguantase unos meses. Tendrían charque para todo el verano, si el cielo los ayudaba.

Y vino la lluvia y dejó en los corrales y por el potrero vecino a la estancia, el blanco tendal de corderos esquilados. Hubo mucho que cuerear y más de cuarenta andrajosos de *Corral Abierto*, de todas las edades, cargaron con aquella carne negra, porque los bichos morían de pulmonía. A la caída de la tarde, algunos volvían cargando sobre las espaldas las pequeñas mantas para el charque; otros con paletas y cuartos y costillares sin descarnar, abrumados por el peso inútil de los huesos. No todos sabían aprovechar la ganga.

Cuando apretó el calor, *Corral Abierto* despedía un olor a carne podrida que abría el apetito...

* * *

Es hermoso dormir a campo abierto, a la intemperie cerca del agua que corre. El arrullo maternal del río, de la "cachueira" que busca los huecos para adormecerse en la alta noche. Primero, el montaraz se acompaña con el fuego. Los oídos reciben más claramente el chisporroteo de la leña verde, y hasta el latigazo de una rama que estalla y deja pasar por el diminuto cielo del fogón, una estrella fugaz. Pero las brasas se extinguen, y la caldera deja de rezongar y el humo baja a ras de tierra. La alta noche apaga los pequeños ruidos y entra en la selva, el raudal cristalino del torrente. Corre como el agua. Es otro río, pero de música que se desplaza sin cesar. Atraviesa el ramaje, se filtra por la hojarasca y se abre en abanico sobre la ribera apacible. "El Carpintero" ha visto el

último pájaro pescador que regresa a su rama nocturna, sabiendo en dónde está el sebo que el alba señalará. Desde la pendiente donde ha hecho la cama, se divisa el plateado del agua, antes de que la luna venga a competir con él. La pendiente que ha elegido es pronunciada pero hay un corte cavado por las raíces donde las pilchas se acomodan muy bien. Se duerme boca arriba para que las estrellas le cierren a uno los ojos. Y para que den sueño las copas de los altos árboles, entreveradas en el cielo estrellado. Las altas copas de los árboles que aguardan el hacha...

El río pasa rumoroso. Nada más lindo que dormir a campo abierto, a la intemperie. Quizás sea también bella la muerte a campo abierto, oliendo el mundo, solamente. Dormir y morir es casi lo mismo.

"El Carpintero" pedirá que lo dejen montar guardia nocturna todos los sábados. Trabajará de día en la madera, ganando su jornal. Armará los bancos, las sillas: fabricará el *galgo* que le piden. Y se tenderá por la noche a dormir en descubierto, boca arriba, dichoso.

—Y vos, ¿no soñás? — le ha preguntado el montaraz más viejo.

Se vió en la necesidad de engañarlo. "Tal vez aprenda a soñar", dijo para sí, agachándose sobre un tronco de ñandubay. "Tal vez aprenda a soñar, si me dejan solo".

Solo estaba, durmiendo en la pendiente que daba al río.

Las aguas del torrente, se oían como las ruedas de un tren en marcha.

XIV

El viejo Floro deliberaba con tres de los vecinos próximo a su vivienda cuando Horacio salió de la pocilga de la negra María. Los cuatro hombres lo miraban con ansiedad mientras íbase acercando con el yuyal por la cintura, cortando camino por entre los ranchos. En el sendero circulaban cinco niños arrastrando una rama seca. Floro miró uno por uno los rostros de sus vecinos, escudriñando en ellos temeroso de descubrir reacciones desfavorables. Desconfiaba del más alto, un hombre de cincuenta años, cabello cano, cejas nutridas y frente estrecha, flaco, con un vago temblor en las manos, unas manos largas que habían perdido contacto con las herramientas desde mucho tiempo atrás. Era el parásito del boliche, el de las menudas changas, el que se agachaba a sacar una cubierta de automóvil de tanto en tanto, o que sirvió durante mucho tiempo, para cuartear camiones en el pantano más próximo, después de haberlo explotado con las carretas y los breques. Había nacido en *Los Troperos* y allí tomó todas las mañas conocidas. Floro le temía. Era más astuto y taimado que él. Mantenía relaciones con la gente de la estancia. Ellos siempre le arrojaban algún mendrugo y hasta en ciertas temporadas, le daban trabajo. De las últimas changas, limpiar los galpones y cortar los yuyos. La lana había desfilado frente al rancherío dejando uno que otro copo mugriento y grasoso en manos de las criaturas. Los otros dos que deliberaban con Floro, no le aventajaban en edad, lo que daba cierta tranquilidad al padre de Horacio. Eran alambradores cuando pintaba la ocasión. Se interesaban por la suerte de la negra María y su hijo de quince años, atacados por la viruela.

Floro no sabía responder a los alambradores. Cambió de conversación y ellos hablaron del carnaval. Proyectaban largarse a Salto a mirar las comparsas y ambular por las calles. El carnaval había sido la gran pasión desde la infancia. Pero hacía tiempo que no iban a la ciudad. Desde que se "amachimbraron". Las mujeres de Jacinto y Candelario, que así se llamaban los alambradores, se asomaron a las puertas de sus respectivos ranchos. Ninguna de ellas podía acercarse porque por algún desgarrón de la ropa, se les veía la carne. La mujer de Jacinto estaba encinta y escondía la mitad de su vientre. Floro temía que su hijo no pudiese dar explicaciones. Él no aclaró las dudas de aquellos tres amigos. Horacio se acercaba. Venía hacia ellos con una seguridad que él mismo, que se pasaba las horas enteras mirándolo, no terminaba por reconocerle. A medida que contemplaba su cara, y deteníase en sus ojos serenos y de firme mirar, el padre íbase tranquilizando. Aquellos amigos querían saber hasta cuándo se mantendría la ciega decisión de Horacio, el aislamiento feroz en que vivía.

—Si "El Carpintero" lo piensa así, estamos con él... — había dicho el flaco Aniceto, el más rebelde de todos, siempre del lado del patrón de *Los Troperos* y, en muchas ocasiones, alcahuete del pardo Madero, su solapado cómplice en *Corral Abierto*.

—Y seguro —comentó Jacinto, que tenía su mujer encinta pero que guardaba charque en abundancia como para esperar al botija—. Seguro, las cosas se hacen o no se hacen, en eso estoy con "El Carpintero".

—Me gusta hacerle frente a la autoridad —dijo Candelario—. Alguna vez tiene que ser... Hace años que quiero jugarme entero, no me van a parar en esta ocasión...

Cuando "El Carpintero" estuvo frente a ellos, los cuatro hombres sintieron su presencia como nunca habían sentido otra alguna. Él llevaba la cabeza al aire. Vestía azul mameluco de mecánico. Parecía un obrero de la ciudad, de ésos que los miserables de *Corral Abierto* miraban con secreta admiración y envidia. Al mismo tiempo, "El Carpintero" era un hijo del rancherío, un auténtico hijo de *Corral Abierto*. Lo había parido la mujer de Floro, en la cañada. Aniceto lo sabía muy bien. Podía contárselo a otros: Él era un peón de *Los Troperos* y andaba de recorrida por la invernada. Paran los caballos para apearse y doblarle la cola a un novi-

llito que estaba abichado en las berijas. El animalito no tiene cura Le caen los bichos al pasto. Ahí no más, le meten fierro hasta el corazón. Queda el novillo en un charco de sangre para que no siga penando. Al levantar la vista, descubren del otro lado de la divisa, en un barranco, a una mujer que no está lavando ropa pero que parece sostener unas pilchas entre las piernas. Miran con más atención. Las pilchas, no eran tales. Era Horacio que venía al mundo. Aniceto y su acompañante, peones de *Los Troperos,* se alejan para no avergonzar a la mujer. Más tarde se enteran que era la compañera de Floro, el domador, el que se había roto una pierna meses atrás. Aniceto solía contar el caso.

"El Carpintero" venía hacia ellos, se incorporaba al grupo y con sólo acercarse los unía en un haz de sólida fraternidad. Jacinto, Candelario, el viejo Floro, Aniceto... necesitaban conspirar, ceñirse en un grupo compacto, apretar filas, no sabían bien por qué ni para qué, pero un común instinto de juntarse, de formar un solo cuerpo que respondiese a una voz de mando, los venía estrechando, produciendo en ellos una reacción de acercamiento.

—Con este caso de la parda María, son siete —dijo "El Carpintero" con gravedad—. Siete, más los veinte casos de la otra peste, ya suman bastante. Hay que esperar un poco... Y no impacientarse. Seremos fuertes.

Los cuatro hombres no necesitaron mirarse entre ellos como lo habían hecho hacía un momento. Se borraron las dudas. También se sintió más firme su progenitor. Como padre, padecía más que los restantes conjurados. Bastó la presencia del hombre en quien creían, en el que confiaban ciegamente. Tenían necesidad de creer en algo, en alguien. Ahora creían en "El Carpintero", simplemente porque sí, por la sencilla necesidad de creer. También arrasaba con sus sentimientos, la divisa del caudillo. Creían, de la misma manera que tenían hambre. Habitantes del mundo del hambre, el hambre tenía una nueva forma. Oían a Horacio, bastó la voz convincente de "El Carpintero", bastaron sus pasos seguros en la tierra, con aquella respetable indumentaria de obrero. Una pesada herramienta de acero que se imponía.

"El Carpintero" se mantenía parco, dejando que los pocos pensamientos que había expuesto, coincidiesen con las ideas dormidas en las mentes de sus hermanos en el infortunio. Tan sólo el

viejo Floro, su padre, dudaba meneando la cabeza. Le daba miedo verlo entrar y salir, en los ranchos, ensimismado, como dominado por una fuerza extraña. Su madre, también temía por las maquinaciones de Horacio. Se lo pasaba rezando en un rincón del rancho. La noche de Reyes, lloró amargamente, pensando en todo lo que le había prometido a aquel hijo que cayera de su entraña, como un fruto, al borde del agua. Ella lo creyó bendecido por la luna y las estrellas. Era una semilla que debía beneficiarse de todo lo que Dios promete a las simientes y a lo que los hombres se interponen para que no se cumpla la felicidad. La madre tenía miedo, porque continuaría en deuda con Dios y con ella misma.

Enero atravesaba *Corral Abierto* con llamaradas de calor. Ardían las únicas chapas de cinc de un rancho levantado en el linde, allí donde empezaba la inmensa propiedad, con sus tierras negras, olorosas y profundas. Allí donde los animales hermoseaban la llanura con sus presencias de colores vivos. Y donde el galope de los potros se estiraba sonoro, batiendo el parche de la hondonada. Por aquellas tierras vírgenes cruzaba el ocioso ñandú, silbando dulcemente; y la apacible oveja dejaba crecer su blanco vellón preciado, que iría tomando el color de los caminos. A veces, las sombras de las nubes pasaban velozmente sobre el campo como inmensas trilladoras. El espectáculo de la naturaleza era hermoso siempre. "El Carpintero" lo contempló largamente. Le producía pensamientos tiernos y fraternales y alguna nostalgia. Tuvo que luchar para desprenderse de aquella sumisión al paisaje, rechazar la melancolía que le daba la contemplación. Detúvose en el linde mismo, en el límite, y sus pies hicieron temblar los alambres como tensas cuerdas de guitarra. Era el alambrado de ley, firme, rígido, y definitivo. Si se le golpeaba con un hierro producía unas notas apenas audibles, que corrían por la barrera divisoria entre el campo feraz y el hórrido rancherío. A sus espaldas, la tierra crecía en forúnculos, en granos que no eran ni de trigo ni de maíz: crecía en pústulas para contrastar con la pureza, con la virginidad de un suelo nunca hollado, también de los hombres, pero de otros hombres que lo mantenían como en los días primigenios de la creación.

El hambre y la muerte en una cara; y del revés, la abundancia, la vida. Bajo un cielo diáfano y azul, anverso de una medalla, la costra parda de *Corral Abierto* abría un paréntesis en la vasta

llanura opulenta. Los pájaros salvajes venían de lejos a husmearla. Bajaban de cientos de metros de altura. Planeaban sobre sus elevados olores fétidos. También había un linde en las nubes que definía el reino de la miseria. Chimangos y gavilanes merodeaban la carroña permanente, y los pájaros de limpio plumaje huían de la miseria; sólo las calandrias se aventuraban. También por el cielo surgían los límites odiados. La tierra elevaba su infección como una hoguera de humo. Turbia y sucia proseguía el agua de la cañada, al pasar por el antro. Los cartógrafos, en cambio, la dibujaban de delicado azul sobre el mapa. La mentira empezaba en el papel del documento público. Una inmensa mentira roía los libros, mordía las páginas de una falsa historia.

El Carpintero había ido a ver a los enfermos que vivían bajo chapas herrumbrosas de cinc. Dos cancerosos moraban sin mirarse, sin hablarse, sin prestarse ayuda, desde hacía mucho tiempo. Dos tremendos cánceres se habían posado en un ojo al uno, en el labio inferior al otro. Bastaba descubrirles las caras para producir asco y piedad. Nadie soportaba la visión de espanto. Sanguinolentos, verdosos ambos, expuestos al sol del verano eran dos expléndidos cancerberos del infierno.

—Fabián —dijo "El Carpintero"—, dentro de poco partimos.

—Cuando lo ordene, Carpintero — apenas alcanzó a hacerse oír, el desdichado Fabián, al que le colgaba el cáncer del labio inferior.

—Donato —le habló "El Carpintero" al que apenas veía—. Se acerca la hora. Falta poco tiempo. Confíen en mí.

—Cuando lo digas, Carpintero. Me llevaré las sombras por delante, pero marcharé a tu lado — contestó con la cabeza gacha, hacia el suelo.

—Te apoyarás en mi hombro — respondió "El Carpintero".

Las chapas de cinc crujieron una y otra vez. Los enfermos ardían bajo el caparazón encendido. El sol caía vertical. El recipiente con agua que les trajo "El Carpintero", debió ser guardado en un hueco, en tierra. Lo protegían las sombras de una rama seca.

El Carpintero se alejó, silencioso. Había llegado al límite de la miseria, allí donde se tocaban los dos términos. Dió vuelta para mirar hacia atrás, a sus espaldas. Como en aquellas chozas nadie se movía, su visita había alardeado a la hacienda. Era el campo des-

tinado al ganado de cría. El toro picaneado por el sol, seguía a las vacas. Desde lejos los animales lo miraban, taladrando las reverberaciones del suelo feraz. Multitud de ojos fijos en él, asombrados ante aquella figura que había llegado hasta el extremo de la península donde hervía la carroña.

El Carpintero entró en otros ranchos. Entraba y salía, caminaba hundiéndose en la canícula con la cabeza al descubierto, recio como una herramienta de trabajo. Los ranchos se abrían y cerraban a su paso. Si los niños le seguían un trecho, él levantaba la mano y los niños regresaban a sus covachas como ratas asustadas.

Enero siguió abofeteando a *Corral Abierto* con un viento tenaz que ahuyentaba a los chimangos. Carne podrida había dentro y fuera de los límites del rancherío. Sobraba carne podrida. Al atardecer, un vaho lento, pesado, iba de un extremo al otro de *Corral Abierto*. Se balanceaba a todo lo largo del rancherío. En la noche, pululaban los oscuros fantasmas de la peste. Al hijo de la negra María hubo que atraparlo corriéndolo por el camino, pues se había escapado desnudo. En la negrura de la noche, se perdían sus carnes tiernas de negrito ágil. Se le alcanzó gracias a las pústulas blancas que estrellaban su dorso al aire.

En la miseria de *Corral Abierto* la noche se hermanaba a la locura. El amanecer era el hermano más próximo del hambre. Por la noche, *Corral Abierto* era un capítulo del Infierno. Al despuntar el alba, imitaba la triste fisonomía del camposanto. Al alba, regresaban los difuntos a cobijarse bajo el techo, porque la luz les dañaba las pupilas. La tierra de las fosas de los pobres es transparente, es un velo apenas para el cráneo insomne. Por esta razón las alboradas de *Corral Abierto* eran tristes, e infernales las noches de estrellas y mosquitos. Los olores tomaban formas. Eran los únicos fantasmas con que contaban en *Corral Abierto*. La fetidez, llegaba vestida de blanco. El estiércol y la orina, de amarillo. Y como el viento cesaba por la noche, estos fantasmas caían cansados sobre los techos u ocupaban las camas que abandonaban los enfermos. Había fantasmas helados: los que huían al amanecer. Había fantasmas calientes: los que se refugiaban bajo las camas o se les podía encontrar de día entre las tunas, los yuyos y los cardales.

Pasó enero, se acercaba el fin de febrero. Habían aumentado los enfermos. "El Carpintero" puso un hombre, sano o apestado, en cada puerta, con la consigna: "Aquí está demás. Usted no entra". Y nadie entró en un rancho con peste. Y la policía pasaba de largo. El sargento se atusaba el bigote, tomaba unas cañas, semblanteaba al pardo Madero y volvía a la comisaría diciendo: "Sin novedad, mi jefe". El jefe, bebía bajo un ombú, se emborrachaba bajo el ombú. Del ombú se largaba a la letrina y no tenía fuerzas para más. Allí tumbaba su pesada humanidad. Dormía como un cerdo gruñendo de tanto en tanto.

Sobre el camino, recostado a unos postes de ñandubay que se respetan por milagro, *Corral Abierto* tiene un rancho de terrón, con los muros lavados por la lluvia. Los que pasan por el camino hablan de su semejanza a un esqueleto cuyas costillas se arquean como en las osamentas. A pesar de todo es un rancho de paja con aire de vidalita. Es el único que hace pensar en la existencia de una guitarra. Es el rancho de Juan Frontera, el hombre que ha enviudado más veces en *Corral Abierto*. Bajo ese alero de paja barbuda, tres mujeres murieron a su lado. Pero no tiene mayor importancia este hecho. Lo que singulariza a la vivienda del más mentado de todos los de *Corral Abierto,* porque fué soldado, domador, y esquila a la sazón, como nadie — lo que singulariza al rancho son los tiestos con geranios rojos que para el caminante desaprensivo, son objeto de regocijo. Todo aquel que pasa por *Corral Abierto,* por muy poco observador que sea, anota el singular detalle. A uno y otro lado de la puerta, los geranios se encienden venciendo a la polvareda. Y no hay que presumir que fueron las mujeres de Juan Frontera las de la idea. No. Las difuntas regaron los tiestos, porque Juan Frontera tiene la mano pesada. No le gusta encontrar marchitas las plantas al regresar de sus obligadas ausencias. Algunos dicen que las flores suelen adornar las sepulturas de las finadas. Pero no es cierto. Juan Frontera no cultivaba flores para el cementerio. Esto lo aseguró la última mujer, con la que tiene dos hijas, mellizas, lindas, pero muy sucias y de un humor tan negro que asustan a cualquiera. Las llaman "Las Chuecas" porque tienen las piernas un poco combadas. Acaban de cumplir trece años. A la madre le vino una especie de ictericia después del parto y quedó amarilla. La tuberculosis le ha puesto

la piel transparente. Sus manos contrastan con el rojo vivo de los malvones, que cuida por miedo a Juan Frontera.

Mañana será un día memorable para *Corral Abierto*. "El Carpintero" comprende que ya no es posible esperar más. Los enfermos no pueden aguardar más tiempo. El estrago empezó lento, bajo el sol de enero; pasó febrero y los miasmas brotaron como llamaradas opacas. Ya nadie, ajeno a *Corral Abierto,* se atrevería a internarse en las callejuelas que forman los alineados ranchos. En cada casucha aparece un espectro. La fiebre ha modelado rostros increíbles. El hambre dió los toques últimos a caras infernales. "El Carpintero" anda entre los despojos humanos alzando las manos en una actitud bien explícita. Levanta la derecha o la izquierda y les hace señas de detenerse. Y el inválido que se asoma a la puerta queda como fijado a la pared de barro o detenido en la difusa penumbra del rancho. Se asoman a las ventanas algunos ojos de buho, algún rostro lechuzón. "El Carpintero" les ha dicho al pasar:

—Mañana, mañana —con suma gravedad—. Hay que estar prontos para mañana...

La voz del Carpintero tiene sones de metal, ahora, al dar la señal de partida. Uno a uno los tísicos y los hambrientos; los cancerosos y los que llevan el rostro cubierto de pústulas; los sifilíticos cuyos cráneos mondos asustan a las criaturas, todos, aguardaron este día, el día señalado. Un solo sifilítico, un solo tísico, un solo hambriento de nada valen. El rebaño de cancerosos, la manada de sifilíticos, la recua de tullidos, el montón de tísicos, sí, vale y se hará sentir.

En cada puerta los ha visto "El Carpintero" expresarse sin articular palabra. La palabra le está vedada al hombre oprimido. El hambre enturbia las ideas, pero, ¡qué expresiva es el hambre!... Un solo rostro hambriento vale mil discursos de cualquier orador, en cualquier idioma. Cuando los hombres no saben ya qué decir, enseñan unas fotografías, unos retratos borrosos que muerden, arañan o expiden mal olor. Y entonces el orador cierra la boca, levanta en alto la fotografía y los oyentes exclaman: "¡Qué atrocidad!" Pero las atrocidades son siempre pasivas. Las fotografías se desvanecen, se escamotean, son sustituídas por otras, de mujeres desnudas, en las cuales la carne sonrosada tiene líneas muy her-

mosas, un destino asegurado a un precio bastante alto. Por eso, de nada valen las fotografías que ilustran la palabra del orador. Vale más el gesto indudable de un hambriento que el esdrújulo mejor emitido por los labios del que habla. Un rostro trabajado por la viruela, en plena y exaltada proliferación, puede más que una ametralladora por muy bien emplazada que esté. Las pústulas atraviesan el aire, recorren el aire. Y las imaginamos como levísimas arañitas grises, corriendo por un sutilísimo hilo de plata que se apoya en nosotros.

"El Carpintero" siente como nadie en el mundo este drama espectacular al dirigirse al rancho donde florecen los geranios. Va seguido de "La Renata", una de "las Chuecas".

—El viejo llegó anoche —le viene murmurando a sus espaldas—. Cuando vuelve, no hay quien lo saque de la cama...

"El Carpintero" encontró a "La Renata" en lo del pardo Madero. Se quejaba del padre que acaba de regresar. Un mes ausente alambrando de sol a sol. Querían terminar antes de los Carnavales porque tenía peones jóvenes que quieren ir a los "Corsos" del pueblo. Juan Frontera es hombre al que le gusta desquitarse en la vida. Toma un trabajo de importancia, junta unos pesos y regresa forrado, a tirarse en la cama hasta que la suerte otra vez le golpee en la puerta. Por eso ha tenido tres mujeres y ésta, la cuarta, que le dió mellizas nada menos, nada menos que dos hembritas a un tiempo. No es orgulloso, pero no todos han engendrado dos de una vez. Como a su alrededor siempre han andado mujeres, hay que acreditar que el cielo le brinda un presente merecido. Las mellizas empezaron a caminar muy temprano y las piernas se les sintieron. Caminan disimulando la chuequera. No quieren saber nada con los muchachos y apenas si se dan con "La Isabel" y las locas de Andrada. Algunos creen que ya se les vió por el maizal del pardo entreveradas con los hombres. Pero "La Renata" es muy distinta de "La Felipa", su gemela.

—El viejo se encierra y no se deja ver por nadie —dice Renata cuando están a pocos pasos del rancho—. Está encerrado desde ayer.

Es una insinuación, tal vez un consejo. A Frontera no le gusta que lo molesten. Puede ser una visita intempestiva. "El Carpintero" sabe que Juan Frontera regresó con la cabeza hinchada. No

era la primera vez. Siempre que tomaba un trabajo grande, sobre todo en verano, Frontera regresaba hinchado de la cintura para arriba. Congestionado, hecho una vejiga. Sin duda por eso se había encerrado.

—Quedate ahí no más — ordenó, estirando el brazo hacia atrás, conteniendo el paso de Renata.

La muchacha se detiene y queda a la expectativa, apoyada al poste de ñandubay que sirve de sostén a dos alambres que protegen el rancho con geranios. Aguarda el desenlace. "El Carpintero" ha golpeado un par de veces, y no se le responde. Acerca el hombro a la puerta enclenque que, más que puerta, es una tapa de madera y lata, y presiona suavemente. Cede la puerta. Con él, entra en el rancho la claridad de la mañana. Una claridad suficiente para herir los ojos entredormidos de Frontera que yace en la cama con "La Felipa". El alambrador se yergue en el camastro. Tantea el suelo, para poder levantarse porque la cama no tiene patas y el hombre se ha corrido hacia un lado. "La Felipa" avergonzada se cubre la cara, se hace un pelotón. "El Carpintero" da espaldas a la escena pero se detiene en el umbral mirando hacia el vacío de esa mañana gris y triste. "La Renata" le interroga con la mirada. Él, le hace una seña, y ella desaparece apresuradamente. "El Carpintero" aguarda unos segundos. La mano de Juan Frontera se posa levemente sobre su hombro derecho. "El Carpintero" no se mueve. Su mirada atraviesa la masa compacta de ranchos que está por delante. Treinta ranchos de donde a veces, del informe montón, sale al camino un niño, corre hacia un lugar determinado, atrapa algo y vuelve a su sitio. Al instante, otro niño se escurre, se arrastra. Él ha visto a los aperiaces hacer lo mismo, exactamente lo mismo. Salen de la cueva, andan unos pasos, como en intermitentes golpes eléctricos y vuelven a refugiarse en las cuevas. "El Carpintero" mira el rancherío, ahora, como un pueblo de aperiaces.

—Qué le vamo a hacer —murmura Frontera—. Así es la vida...

—Juan —responde—, mañana salimos todos... Si te quedás, no sos mi amigo.

—¿Quedarme yo? —responde rápidamente Frontera—. El primerito, hermano, el primerito... Saldré con toda mi roña.

—Entendido, ¿eh? —agrega—. Te encargás de empujar a cualquiera que ande remoloneando.

—No va a quedar ninguno... — comenta Frontera.

Y cuando "El Carpintero" da un paso hacia adelante y se aleja, Frontera le dice, en voz baja, porque ha visto que la madre de las mellizas viene hacia ellos, de regreso de la casa del Mano Santa, donde fué a pedir consejo.

—Mirá, Carpintero... Antes que se acuesten con otros... las dos andan conmigo... Yo las hago mujeres... Así es la vida.

"El Carpintero" casi detiene el paso. Le va a responder algo. No sabe qué debe responder, cuál es la respuesta. Pero ya está encima de ellos, Maneca, la madre de las infelices... Y "El Carpintero", se muerde los labios y cierra los puños. Da unos pasos, avanza, y el olfato se le llena de una horrible pestilencia. De una osamenta manan millares de moscas verdes. En el triperío arde la gusanera. No se acercan ni los chimangos pues saben esperar el momento propicio. El sol raja la tierra. Una chicharra insiste en dar con la nota final. La que le permitirá dormir unos segundos en un prolongado silbido. Los geranios rojos, arden como brasas.

—Antes que anden con otros —se dice "El Carpintero"— lo hace él...

No necesita mirar, darse vuelta para ver la escena de aquellas tres mujeres en torno a Juan Frontera. Regresará "La Renata" y le dirá sumisa: "La bendición, Tatita".

Nadie puede limpiar el aire de muerte que flota en *Corral Abierto* en vísperas de la partida, en la víspera de la patriada.

SON veintitrés los niños ciegos de *Corral Abierto*. Todos menores de doce años. Algunos vinieron al mundo con los ojos muertos. Hay quien dice que no es de mal agüero el niño que nace ciego. En *Corral Abierto* estas tradiciones las divulga el Mano-Santa, un hombre alto, con unas manos largas e inútiles. Fué privado de la vista a los quince años. Ha "vencido" muchas dolencias, ha curado a mucha gente. "El Carpintero" no quiere que intervenga ahora, ahora que ya está formado el ejército de *Corral Abierto* con sus huestes casi desnudas, esgrimiendo las armas secretas con las que sueña "El Carpintero".

Ya salen al camino. El camino va a resultar chico. La distancia que va de *Corral Abierto* a la estancia de *Los Troperos* se acorta. No es bueno un hombre en soledad para medir el terreno. Es más eficaz la multitud. Cientos de hombres llenan cualquier espacio y la llanura aparece, de pronto, como si un hormiguero hubiese reventado. El camino, desierto siempre, hueco, vacío, desolado, ya no es un camino hueco, desolado, vacío. Por él transitan seres humanos. Si pasara una tropa de mil reses no parecería tan numerosa. Representan miles y miles los cientos de hombres avanzando bajo el sol, picaneados por sus dardos. El pelo de la tropa de novillos, empareja el movimiento. Es una masa compacta que se desplaza torpemente. Los harapos, en cambio, se agitan, y las carnes expuestas al aire, se multiplican, se reproducen, crecen. Una muchedumbre extendida sobre el campo, sobre las tierras vírgenes, se impone en el paisaje, con el gris polvoriento de la ropa del miserable. Y si una mancha roja se destaca en el torbellino humano, la mancha roja se agranda al entrar y salir en la profunda perspectiva agreste. Contra el verde copioso de los montes lejanos, contra el cálido verde de la invernada sin reses, el rojo alerta de una falda y el amarillo de una blusa o la tela mugrienta que conserva su color original, marcan el paso de la muchedumbre. Y como es carnaval, los colores aletean libremente en la distancia. Jamás se vió "una comparsa" tan numerosa. Adelante, van los veintitrés niños ciegos. Tantean el aire, el aire del camino, las manos como espátulas del Mano-Santa. "El Carpintero" sabe que ellos son los que mejor pueden ver la huella sangrienta y salvar los obstáculos y abrirse paso en la espesa sombra de la patria. "El Carpintero" piensa que todos debieran ser ciegos. Al frente de su tropa de gigantes inválidos, él marcha hermético, silencioso, a la altura de los niños ciegos, cerca de las manos sensibles del Mano-Santa.

Avanza a la cabeza, avanza por el camino polvoriento. Sabe que nadie osará detenerlos. Nadie les cerrará el paso. Y si caen los niños sobre sus pupilas muertas, pasarán los lentos cancerosos como una perezosa brisa maligna. Si los cancerosos caen, si sus horribles carnes pútridas llegan a ser eliminadas, avanzarán los granos multiplicados de diez inconfundibles señores del carbunclo. Ahí van moviéndose con dificultad porque el sol les quema los trozos de

piel desnuda. Y si caen éstos, pasarán adelante los de la fiebre bubónica, familiares a las ratas, con sus espléndidos bubones al aire. Y si éstos caen, avanzará la hueste amarilla de los tuberculosos, extenderán sus banderas transparentes sobre los campos inhollados. Y más atrás, carcomidos por la sífilis, cien hombres y unas veinte mujeres sin cabellos podrán bailar sobre cualquier tablado. Habrá para despertarle el interés al más indiferente. Y si es poco, vendrá la exhibición de mujeres y niños, atacados de viruela negra. Pero esta patética, bella y heroica división, cierra la columna, perseguida por los primeros pájaros que han descubierto a la podrida muchedumbre: los cuervos, los caranchos, los chimangos. A la cabeza alertea una bandada de alegres teros que advierten al ciego la proximidad de los vados y las zanjas. A las espaldas, el velo negro de los pájaros de la carroña, cierra el paso de la columna. Si alguno se arrastra, si cae éste o aquél, un graznido torvo vibra en el espacio y sobre la superficie de los campos se erizan los pastos. En el cenit, entre el sol espléndido y la muchedumbre, se ha detenido una lechuza. Acecha un ratón: el confiado ratón campesino que ha salido de su cueva y se detiene al borde del camino, contra un poste, junto a una bosta de vacuno a esperar que pase el torbellino humano. La lechuza, arriba, salpica el aire con inquietud cazadora. El ratón, abajo, ha salido a la búsqueda de unas larvas. Los dos están sanos, los dos están limpios, los dos se muestran tal como vinieron al mundo. El plumaje de la lechuza, brillante, purísimo, impecable. El finísimo pelo del ratón, suave, pulcro, aterciopelado. Corre entre las hierbas con delicados movimientos, entrando en las matas, luego de hundir en ellas su gracioso hocico de bigotes finísimos. Cuando se pierde a los ojos certeros de la lechuza, ésta cambia de lugar y se fija en el espacio como una estrella nocturna. Es hermosa. Es elegante. Puede hacer girar la cabeza y apenas mover las uñas como levísima demostración de su capacidad. Y la cola se abre y se cierra, y las alas se agitan violentamente y se quedan inmóviles, fijas, en un alarde de vibración estelar. Bellísimos seres con los que la naturaleza hace méritos para que el hombre la cante de vez en cuando.

Corral Abierto desemboca, al fin, en la mañana. Como por el sangrador del río corren las aguas turbias. Así van los hombres, las

mujeres, los niños haciendo flotar las pestes como hace flotar el agua la resaca y los desperdicios.

La estancia *Los Troperos* está cercada por densa arboleda. Sus moradores filtran las miradas entre el follaje. Tienen miedo a la inmensidad que les circunda. Un mar de verdura que en el estío vibra al levantarse el oleaje de las reverberaciones, avanza de continuo hacia la casa. Altas casuarinas, jacarandás y paraísos, defienden a la gente, a los muros de piedra, de una penetrante desolación, dibujada minuciosamente hasta el horizonte. La tierra indómita, la que no se usa, llega hasta las primeras sementeras, allí donde la azada y el arado pusieron al descubierto el secreto de la fertilidad. El desierto que contornea la tierra destinada a los dueños, se extiende como las sábanas del insomne. Otras veces, avanza como voraz paisaje sobre los árboles, los aprieta en su seno hambriento, y el campo, para los ojos del hombre, es una tortura de soledad y melancolía. El atardecer ciñe a la estancia con mortaja rosada. Y van muriendo los sueños, declinando las fuerzas. El hombre es apenas un punto en la inmensidad. El desierto se venga.

Pero son las once de la mañana de un miércoles de Carnaval. La columna de apestados, corta el campo en dos, dejando el camino a la derecha. El alboroto de los teru-teros pone sobreaviso a la perrada de *Los Troperos*. La indignación de los pájaros nunca ha sido mayor. La estancia alardea sobre la loma. Alto mirador de árboles y de muros rosados. Galpones de cinc, agachan el lomo plomizo, ahitos de cuero y lana. Tres zafras de ésta, duermen, traspiran, adelgazan, huelen mal. A veces la estancia se llena de un olor insufrible. Pero nunca se llega a sentir asco.

Los apestados suben la cuesta, algunos gateando. A medida que avanzan, los habitantes de la estancia van dejando el mate a un lado y adelantándose por un sendero que parte la huerta en dos. Los árboles, siempre han impedido la visión del rancherío. Nunca como en este momento cumplen la función de aislamiento. Una cortina compacta protege a las casas de toda visión desagradable. La bella vista se abre hacia el poniente y hacia el norte. La muchedumbre avanza del naciente y ya deben poblar el aire las acres ráfagas de sudor de los tuberculosos.

—Vienen enmascarados —dice un mozo rubio que ajusta los prismáticos a sus grandes ojos de joven visionario—. Adelante,

vienen seis máscaras grotescas. ¡No sabía que aquí festejan el carnaval!

Hay un hombre a sus espaldas que sabe mirar por entre los troncos y el ramaje espeso. Que está habituado a atravesar el follaje con sus ojos aquilinos. En su abdomen duro y redondo, ha rebotado la tos falsa que gastó para responder al mozalbete.

—Es la comparsa más grande que he visto en mi vida —agrega el de los prismáticos—. ¡Tome, vea, vea!...

—Ya veo, ya veo...

La palabra del señor, del amo de la casa, es acompañada por un ademán más expresivo. El revólver que duerme en la canana se desliza un tanto hacia adelante. Por el sendero ya vienen los niños ciegos, y los cancerosos de horripilante faz ofrecen sus nuevas caretas para los prismáticos del huésped pertrechado.

—No son máscaras, escuche..., son... Sí, son máscaras, pero unas máscaras distintas... ¡Qué curioso! Cómo pueden divertirse así... ¡Ah, no, no son máscaras!... —sigue balbuceando—. Algunos vienen desnudos... ¡Horror, horror!... Les sangra la cara... Y más atrás, vienen mujeres sin pelos y negros con puntos blancos en el cuerpo y... ¡qué horrible!... Una mujer acaba de vomitar... ¡Por favor, mire usted, mire!...

Pero ya era inútil hablar. Lo que los prismáticos le brindaban, las escenas que se perfilaban dentro de la cristalería mágica, paralizan sus brazos, paralizan sus manos.

Los espantosos actores entran en el campo visual como una pesadilla dantesca. Imposible moverse. Imposible pasar a otra persona los prismáticos incrustados a las órbitas. Siente que ya no tiene a nadie a su lado. Las primeras miradas del hombre que viene a la cabeza de la columna siguen la huída del señor de *Los Troperos*. Por entre los árboles, como un animal pesado, huye, presa de terror. Los árboles le cierran el paso como repentinos espectros. Tropieza, cae, resuella. Ya le baten en las narices los olores de la muchedumbre pestilente.

El de los prismáticos, estudiante de leyes, aprieta los codos y siente que el corazón le golpea en las costillas. No puede separarse de la visión, ni abandonar los cristales, ni cerrar los ojos. Algo más fuerte que su voluntad de rechazar, lo domina totalmente. Aquella hidra de mil cabezas monstruosas paraliza su volun-

tad. Ha quedado solo, apoyado al tronco de una casuarina. Se apagaron los pasos de animal asustado de su tío, huyendo por la arboleda. En el campo visual de los prismáticos, sigue pasando la muchedumbre purulenta, el harapo sigue arrastrándose, levantando polvo por los hermosos senderos que conducen a la casa. Ahora invaden el jardín. Los acompaña una brisa que agita la copa de los árboles, que hace silbar las hojas de las casuarinas. Cada arbusto, cada planta, cada árbol frutal, el follaje de las matas olorosas, recibe sumiso a los enmascarados del dolor. La ola de la miseria humana crece, se amontona a la puerta de la casa grande. Y los parias palpan los muebles y tocan puertas y abren ventanas y se recuestan a los muros y descansan en los sillones, ensangrentándolos. En las esquinas de la casa, se pone densa la grasosa capa que dejan los cuerpos al rozar el revoque. Trapos grises, harapos pardos, vendas y túnicas desgarradas, cuelgan de la verja del jardín. Del suelo brotan manchas sanguinolentas. Los blancos azulejos emparejan a los descoloridos por el tiempo. Años, cientos de años pasan lentamente por la casa y grietas de sangre bajan por las paredes hasta el zócalo y algún bastón mugriento busca la línea horizontal del cimiento. La estancia, repentinamente, saca sus sábanas y manteles, y los cuelga en los alambres y las plantas espinosas. Una inmensa, una atroz infección hincha las habitaciones como si la casa se hubiese enfermado de pronto. Y cuando ya no queda en ella uno solo de los habitantes del ranchería, cuando *Corral Abierto* continúa la marcha, atravesando el potrero donde las mejores vacas de cría pacen gloriosamente, la casa grande hinchada y negra como un animal muerto de carbunclo, empieza a pudrirse. La muchedumbre baja ahora por la ladera. Y las hermosas vacas siguen detrás de los últimos pestosos, olfateando el aire, con ojos tamaños. Rozagantes, bellas madres de la llanura, de aterciopelada pelambre negra, mugen de tanto en tanto, redondas de felicidad, espléndidas de sangre, moviendo a un lado y otro, los vientres privilegiados, las panzas venosas que parirán delicados terneros para perpetuar en la llanura el pelo insuperable de una raza.

La muchedumbre de *Corral Abierto* se dirige a la estación ferrocarrilera *General García*. Lástima que el Mano-Santa no puede contemplar aquellas vacas de *pédigree* para explicarles a los niños

ciegos con las manos largas apoyadas en la frente, cómo es un vacuno de pelo negro, parejo, sedoso. Se oye el tropezar de las pezuñas, se oye el tropel endiablado. Pero ya no se tocan las cornamentas ni infunden miedo las astas afiladas en la luz que de tan fija, parece una piedra firme y pulida.

Ya cruzan el límite del potrero y entre los alambres se van los cuerpos magros y los harapos fugaces. Se escurre la flaca humanidad desatada por "El Carpintero", y un fondo grave de toros y de vacas expectantes, separa a la estancia de la muchedumbre.

"El Carpintero" mira una y otra vez hacia las casas. Cándido, el tísico montaraz se sorprende al verle tornar una y otra vez la cabeza: —¿Por qué miras para atrás? — pregunta al fin.

Y preguntan: ¿Por qué?... Fabián y Donato, cuyos cánceres no les permiten volver la cabeza: y "La Isabel", por miedo al capataz que la había castigado la última vez: y también preguntan, Juan Frontera y Aniceto que le pisan los talones. Preguntan por qué mirar hacia atrás. "Esta noche se alzará una columna de humo y llamas. Tendrán que hacer arder los muros. Será esta noche, a más tardar... Todo arderá."

Si miraban hacia atrás, podían verse algunos cuerpos inánimes, alguna madre tumbada por el hijo que le pesa dentro y algún viejo esqueleto que no quiso caer en el cementerio.

Pero ya se ve la Estación y, a la distancia, el penacho de humo de la locomotora. *General García* se parece a *Corral Abierto*, pero en *General García,* en tres almacenes, cuenta el carnaval y en ellos se venden caretas para alegrar a la gente. El tren pasa a las dos de la tarde. Un largo tren que pomposamente llaman *Internacional.* Muchos vagones vacíos, dos coches de primera, cuatro de segunda. Y zorras que zumban en los rieles, cargadas de cueros o fardos de lana. El tren viene a la cita, lento y afantasmado, levantando una columna de humo que a veces el viento trae hacia adelante. Y la locomotora se hincha y furiosamente trepa la pendiente. La Estación *General García* se agita. Un hombre con dos banderines, uno verde y otro rojo, transita por el andén. Las ovejas guachas deben ser espantadas de la vía. Los perros han abandonado los andenes. Salen a ladrarle a unos pasajeros que vienen de a pie. Cuando los perros descubren que no son ni tres ni cuatro, sino cientos de pasajeros que se adelantan, se incorporan

a la muchedumbre y ya vienen lamiéndoles las manos al Mano-Santa que sabe silbar a los cachorros; y "El Carpintero" se ve rodeado por la perrada amiga. Al transitar por las vías el nivel perfecto de los durmientes pone a la muchedumbre rápidamente en orden. Los ciegos cuentan los pasos, los niños corren por los rieles, los perros acompañan el rítmico paso de "El Carpintero".

La locomotora se ha detenido y jadea, jadea por toda la muchedumbre. "Son los podridos de *Corral Abierto* —dice alguien—. *Corral Abierto* está vacío. Esta noche le prenderán fuego."

"El Carpintero" avanza. Sobre sus hombros, las manos espectaculares del Mano-Santa. Los niños ciegos, en fila, por los rieles materializando sueños que nunca se atrevieron a contar. Sonríen, dejan que una sonrisa muy suave se dibuje en los labios para que el monstruo de la locomotora les perdone el atrevimiento de utilizar el camino de hierro. El sueño de los niños es una línea recta. Los ciegos aman los caminos rectos, la rama recta, porque las líneas rectas vencen a las curvas. Transitan por un territorio de sueños felices, en una realidad que se asemeja a las dichosas apariciones nocturnas de caminos rectilíneos la voz de "El Carpintero", las manos de "El Carpintero"; y en el suelo, el camino de hierro que no hay más que seguirlo para vencer la pesadilla.

Mano-Santa les explica lo que es la locomotora y el jadeo del vapor se transforma en una fascinante música. Y los veintitrés niños que nacieron ciegos, siguen por los rieles acariciando la forma oportuna que les conduce hacia la locomotora.

Racimos de pestosos cuelgan de las plataformas de los vagones. Han ido sentándose las mujeres, una al lado de la otra. La sombra es reconfortante. Y ¡qué mullidos asientos los de la primera clase! Alguna nunca pensó que se podría sentar sobre algo tan suave. Hay un olor a brea y a petróleo que se aspira como un remedio. Y las redecillas para los bultos, hacen sonreir a las mujeres. Los niños corren por los pasillos y ya han inventado el juego del corral, el de los bretes, el de la marcación. Pasan los infectados por la viruela y los sifilíticos y los cancerosos, con aire de sanos, conversando amablemente. Alguno se pone de pie para dar su asiento a una mujer. Es "La Isabel" que no tiene lugar todavía. Nadie sospecha que está encinta de tres meses. Un nudo, apenas, en la cintura y los senos, ligeramente cargados. Des-

filan los hombres que pueden reconocerle aquel coágulo, el hijo que le calienta la entraña. El padre puede ser éste que pasa, el que carga un bubón en el pescuezo: o ese otro, el tiñoso, o el que esconde manchas en el cuerpo y dicen que tiene el paladar agujereado. "La Isabel" sonríe, todos sonríen porque han conseguido sentarse muellemente y hasta recostar la cabeza, apoyar los codos, estirar los pies, respirar un aire limpio, oloroso a alquitrán. Los cristales de las ventanillas protegen las llagas que el sol maltrataba. Y, en ellos, se reproduce la sonrisa de cada uno. También hay espejos, espejos inmaculados, y grandes avisos con escenas muy lindas, con mujeres que nunca han visto los hombres de *Corral Abierto:* y muchachos rubios, bien acicalados que besan a las muchachas de corpiño entreabierto, de una manera que ellos nunca imaginaron. Así durase cien años el viaje en aquel vagón, no les importaría nada porque las estampas son del Paraíso y los colores, sin duda, del cielo. Faltan ángeles, sí, pero la sonrisa que se abre como una flor, cerca de un cepillo de dientes, es celestial. Sólo en el cielo se debe sonreir así. "La Isabel" está sentada frente a una inmensa pastilla de jabón, frente al jabón que siempre soñó poseer desde aquella vez que fué a lavar a la cañada y vió a Cándido "el tísico" y a su hermano Horacio, apostar en un juego inolvidable. Si hubiese usado ese jabón que ahora hacía espuma brillante, deliciosa, en una de los afiches del compartimiento, ella hubiese conservado la dentadura. No se le escaparían las maldiciones por entre las roñosas encías.

La negra María y su hijo, están tentados ante un aviso en el que una bellísima mujer rubia, se estira la media casi tocándose las ingles. La negra sonríe porque ha vislumbrado los ojos de codicia de su retoño, cubierto de pústulas de la viruela. La imagen es maravillosa. Por momentos la negra cree que la dama va a terminar de probarse las medias y dejará caer la falda plegada en el pubis.

Fabián y Jacinto, ahora se hablan. Ya no piensan en las chapas de cinc que los cubre en invierno. Se refrescan mirando un aviso de cerveza. ¡Qué linda mulata la que sorbe la fresca bebida!... ¡Qué vaso más cristalino y qué delicia como el vidrio transpira! Hace veinte años, por lo menos, que no ven un vaso de

cerveza. Fabián codea a su amigo para que vea el efecto que le produce a la negra María.

Allí donde posan los ojos, la vida es dichosa. Los avisos ofrecen casitas con mucho verde en torno, casitas modestas que invitan a bajarse del tren e ir a habitarlas. Las casitas tienen jardines con flores y la imagen de un hombre que, rodeando la boca con la mano, les grita algo que ellos no oyen. Debe estar escrito más abajo, en los renglones que preceden a las cifras. Si se dejan llevar por el éxtasis, la mirada es atrapada por el cuadro.

—Mirá fijo esa casita —le dijo la negra María al hijo— y sentirás que te metés adentro.

Pero el muchacho está fascinado por la bella mujer que se prueba las medias.

En otro vagón se han agrupado los tuberculosos. Amarillos pasajeros que quieren llevar bien abiertas las ventanillas. Hay muchos espejos. Evitan mirarse en ellos. Descansan la vista en la serie multiplicada de avisos de viaje. Uno, dos, tres, cuatro avisos de empresas de turismo. Cerros, más sierra, más playa, suman salud. Es fácil sumar. Algunos ya se han dormido con la visión de arboledas que son seguramente exageradas, con playas que no tendrán tanta arena. ¿No será una bella mentira? No es posible fiarse de tanta belleza. La gente debe marearse a la altura del último piso de aquellos hoteles. Imposible habitar tan alto, sin riesgo de caerse. Una de las tísicas descubre la fotografía del hotel e instantáneamente, aprieta contra su cuerpo el frágil cuerpecito de su crío. No vaya a ser que se maree y caiga de tan alto. Estas ideas, estos pensamientos desacostumbrados, le dan sueño. Y cabecea una y otra vez. El crío la mira. Como la madre no ha cerrado del todo los párpados, seguramente sueña. A casi todas las mujeres que viajan de *Corral Abierto,* las abate el sueño. "El Carpintero", debe viajar en la locomotora. Se le vió subir a ella, antes de hacer el gesto amplio al ordenarles que asaltaran el tren. Bastó que una sola vez alzara el brazo y lo hiciese girar hacia adentro como si intentase acariciar a la locomotora para que todos treparan al tren, e invadieran los vagones, llenaran las zorras, ocuparan las banquetas y cayeran sobre la mercadería y las encomiendas para utilizarlas como asiento. Cuan-

do el tren arrancó, todos imaginaron a "El Carpintero", en la locomotora. Los jefes ocupan siempre el lugar de peligro, van al frente de sus gentes. 'El Carpintero", quizás empuñase las palancas, riendo, cantando, haciendo bromas a los carboneros que alimentaban las calderas, sacando el combustible del polvoriento tándem. Si se oía el silbido de la locomotora, los apestados de *Corral Abierto* aguzaban el oído para alcanzar el eco, el eco mágico que se repetía sobre los campos, en los montes y que, tal vez, subiese hasta el cielo, rebotando en las nubes de nácar. "El Carpintero" los hacía avanzar, marchaban seguros, atravesando el espacio. No era difícil imaginarlo sonriente, sano, robusto, con su cara de boxeador, sus hombros duros y sus puños recios, haciéndole frente al espacio, rompiendo los vientos adversos. Era fácil imaginarle con su azul mameluco de trabajo, azul, azul de sueños y, en esos momentos, de realidades. Su mameluco ajustado a la cintura, con alguna herramienta en los riñones para parar el golpe del enemigo.

Rueda el tren, corre el tren de los apestados por la llanura impávida. Alcanza ya un ritmo musical, un compás que enciende la mente y que también la adormece, la sumerge en una letanía maravillosa. Está bien para el sueño, está bien para la vigilia fecunda, está bien para ajustar pensamientos, para encontrar los sueños extraviados y para perder los que pesan sobre el corazón. Traca-traque, traca-traque, ¡Pocos-pesos-mucha-plata-mucha-plata-pocos-pesos!... Traca-traque... trac, trac, trac... Es que atraviesan un río, pasan un puente altísimo. Los durmientes son más cantores, suenan mejor. Pero vuelve la marcha acompasada, el ritmo impecable, invariable, monótono... Se siente la cabeza envuelta en el magín, en el torbellino, en el rum-rum, envuelta en el ruído adormecedor, que intenta ser interminable, que puede resultar infinito... "El Carpintero" no les ha prometido nada, porque anduvo siempre silencioso, hermético. Pero en *Corral Abierto* sobraron las palabras, siempre sobran las palabras cuando el hambre anda del brazo de la peste con pies de plomo, llevándose a los niños o multiplicando las cruces de palo. "El Carpintero" sigue silencioso. Pero los ha sacado al callejón, los hizo atra-

vesar la estancia como un hormiguero en éxodo, los ha hecho marcar las huellas de sangre. Allí donde pasaron los apestados de *Corral Abierto* no volverá a crecer el pasto. Esta noche arderá la estancia, le acercarán toda la madera que hay en los galpones; sacarán la paja de los establos de los toros; amontonarán la resaca contra los muros y arderá, como una pira inmensa, la estancia habitada por la peste, lamida por la viruela, asaltada por la bubónica. Sólo las llamas podrán con ellos. Las llamas subirán hasta ·tar los bordes festoneados de las nubes...

Traque-traque, traque-traque... Y, el ruido, la balumba de los hierros, el ensordecedor rechinar de los frenos y vuelta el acompasado ruido de las ruedas en los durmientes. Rechina el gozne de una puerta; cruje una ventana; también el paisaje cruje y no se rompen los espejos y ya se ha dormido el Mano-Santa y los veintitrés niños que nacieron ciegos. Duermen las mujeres preñadas. Van con las manos entrelazadas sobre el vientre. Duermen las prostitutas, amigas de Isabel, "la Leopoldina", "la Flora"'... Duerme Juan Frontera, con una hija de cada lado, tan parecidas, que Juan Frontera no sabe cuál de las dos, si Renata o Felipa, fué la que sorprendiera "El Carpintero" bajo las mantas. Duermen los que tienen el cuerpo encendido de viruela, y aquellos cuyas ronchas se van extendiendo sobre la piel; y duermen los que sienten la volcánica presencia de los bubones y los que tienen abultadas costras en las espaldas. Duermen...

Duerme el paisaje lejano; el monte, en la monotonía del horizonte; los cerros, bajo la canícula; la cañada y el arroyo acostado a lo largo de los valles. Y dormitan los ganados y se ha dormido el viento. Sólo ruge la locomotora, dormida en su propio trajín. Las nubes del humo, se duermen no bien abandonan la cárcel de la chimenea y están dormidos los alambrados que separan la fortuna del uno de la fortuna del otro. El campo duerme su siesta y el sol vigila desde lo alto, paseándose entre las nubes como un lagarto entre zarzas.

Zumba el tren, zumba la marcha, cada vez más veloz, tremendamente veloz como si fuese a estrellarse en una ciudad de algodón que los espera con abundante cloroformo para el sueño eterno.

"El Carpintero" verifica que las calderas estén llenas a colmo. Fija los manubrios, las palancas, los registros de la locomotora. Mira hacia adelante, donde se perfilan los rostros cambiantes del viento y dando espaldas a lo que vendrá se lanza a recorrer el tren de los apestados.

XV

—*Éste es Facundo* —dice ante el primer encuentro el herrero de *Corral Abierto*. Eligió un oficio pesado. Clavó el yunque en la tierra, empujó a tres hijos al camino y, de tarde en tarde, recibe de ellos una esquela, una carta. Son obreros. Saltan por los andamios. Cuando hacen huelga y pasan hambre, el herrero lo ignora. Facundo sueña ver a su nieto, porque el hijo mayor le ha dado un hermoso nieto. La madre sirve en una casa de familia, de esas que admiten niños pequeños. Va soñando con el nieto, soñando que sobre sus rodillas bien puede soportar algo más liviano que las barras de hierro.

—*Ésta es Renata* —dice "El Carpintero" mirándola sentada al lado de su padre. No sueña las mismas cosas que su hermana gemela. Sueña con una muñeca que hace pis, que llora, que duerme. La misma que le enseñó una señora que viajaba en un automóvil muy grande y que un día se detuvieron frente al rancho para preguntarles si vendían huevos. Ella les ofreció un geranio. El que conducía el coche, le arrojó unas monedas. Pero las monedas, según el pardo Madero, no alcanzaban para comprar una muñeca como aquella que describió. "¿Una que cierra los ojos?" El bolichero jamás las ha visto. Las monedas alcanzan para una de aserrín con cabecita de porcelana. "Pero de ésas —había dicho el pardo Madero— ya no vienen más".

—*Ésta es Mariquita.* La luz de la ventanilla le atraviesa la piel. Está tan delgada que, si suspira, el aire no vuelve a salir de su cuerpo. Tiene veinte años. La tisis le atacó a los dieciocho cuando se enamoró del hijo del jefe de la Estación. Él le dijo

entonces: "Yo quiero sacarte de *Corral Abierto*. Tu madre es una loca. Tu padre, un canalla que no hace más que cuerearle a Damboronea. "Te quiero salvar", pero la tuvo muchas veces en los brazos, a veces de pie, contra los muros de la Estación, cuando le permitieron ir a los bailes. Tenía once años. A su novio no le pidió nunca nada. Él, no hacía otra cosa que ofrecerle y ofrecerle. No reclamó nada de nadie. Espió a la madre, para saber si era cierto aquello de que era "una loca". Y comprobó que su novio tenía razón. La madre engañaba al padre, los sábados, cuando él se emborrachaba. Claro que la carne que solía traer, era de ovejas cuereadas en el monte vecino. El saldo de su único amor, fué la revelación lamentable de sus padres. Ahora se abandonaba a la marcha del tren, harapienta, virginal, sucia, pero siempre fiel al muchacho que le prometió tantas cosas. Otros quisieron tomarla y a todos los rechazó. Lava la ropa del capataz de *Los Troperos*. Y no tiene que rendirle cuentas a nadie. Sueña con una casa de comercio instalada en la Estación. Ella atiende la sección mercería y su marido despacha los articulos de almacén.

—*Éste es Cándido*, su compañero de la infancia. Sueña con mujeres vestidas de seda. Bebe y besa a mujeres rubias a las que invita a bailar.

—*Éste es Lorenzo*, el montaraz. Barbudo, grave, parsimonioso. No ha querido semeterse a ningún patrón. Libre, altanero, solitario. Sueña con un niño rico que monta caballos de sangre, esgrime estoques, maneja armas de fuego. Ese niño es rubio y, a veces, es él mismo; otras, un hermano que no conoció. Sueña con una estancia más hermosa que todas las que ha visto. El niño que se le aparece en sueños, es cruel y castiga a la servidumbre y abofetea a sus compañeros. Casi siempre en esta escena se despierta. Y de mal humor, se interna en el monte a cortar árboles, rabioso. Ahora, el hacha le tiembla en el hombro y el tren en que viaja, es de juguete y vuelve a soñar con el niño rico que lleva prendido como abrojo. Oye que alguien le dice: "Jugale al seis, la edad del botija".

—*Éste es "El Chancleta"*. Nos acompaña —dice "El Carpintero"— y es de los nuestros. Lleva la cabeza inclinada hacia atrás. Si uno de sus enemigos le viese, le rebanaría la cabeza con un tajo de oreja a oreja. Porque la gente que merodea a "El

Chancleta" es capaz de una traición. Va soñando con tanques de alcohol y tabaco en rama. Pilas de tabaco que ya tocan el techo. Pero una brisa le refresca el gañote y es como un tajo que le cruce por el pescuezo. Se despierta sobresaltado. "El Carpintero" le sonríe, y él vuelve a dormir. Ya no encontrará la pila de tabaco en rama. La buscará en el sueño y ahora viajará con la cabeza gacha, para que no lo degüellen.

—*Ésta es Clorinda,* la lavandera, mi madre. No duerme en la cañada por miedo a que la meen los perros. Pero de sol a sol, sumerge sus manos en el agua. Se le endurecen en invierno, se le cuartean en verano. Mi padre le debe haber dicho más de una vez, al ver su vientre demasiado abultado, que se quede en el rancho, evitando el esfuerzo de cargar con el atado de ropa. Lava para el pardo Madero; para los alambradores, para tres peones de *Los Troperos* que andaban con mujeres de mala vida, manos sucias, incapaces de lavar una camisa. Mi padre temía que alguno de nosotros naciese por el camino. Yo nací en la cañada, al borde del agua. "La Isabel", por casualidad, bajo techo y se le murieron cinco hijos más, no bien tocaban el suelo. Aquí va mi madre. Ya no puede soñar con otra cosa que con la ropa sucia. Friega y refriega, hunde las manos en agua tibia, el jabón le sube hasta la boca. Sueña que la espuma la cubre. Y nada más. No puede soñar otra cosa.

—*Éste es Floro,* mi padre. Debiera soñar con potros ya que uno de ellos le quebró la pierna derecha. No sueña con potros, ni con baguales, ni con yeguadas. Sueña que lo están por matar. Siempre sueña con un hombre al que nunca pudo verle la cara, y que le acerca el cuchillo hasta la yugular, y allí se detiene. Sueña que alguien espera que esté dormido para matarlo. Por eso tiene esa cara de sufrimiento que lleva ahora como una careta.

—*Ésta es Juanita,* la mujer del pardo Madero. Es rubia y viaja al pueblo todas las semanas. El pardo ya sabe que lo engaña y, para que la gente no charle, al volver del pueblo, le da una paliza que dura media hora. Después, la besa, más fuerte que cualquier otro hombre. Y se quedan dormidos hasta que alguno golpea en el mostrador. Sueña con una casa de comercio de esas que tienen una rúbrica grande y que terminan en *Cía.*

—*Éste es Fabián.* Un cáncer le pesa en el labio inferior. Va soñando con un campo triguero, un molino de viento, mucha agua,

mucha. Una jardinera con toldo blanco tirada por un alazán. Va rumbo a la Estación. Se cruza con un tractor rojo. El hombre del tractor, baja a conversar con el que conduce la jardinera. Hablan mucho rato. El del tractor, sube al aparato y avanza hacia las casas, hacia su casa rodeada de surcos. ¿Será el tractor que le prometieron? Sí, es el tractor que pidió a Montevideo. El mismo que aparece arrollado en la hoja de un diario. Justamente, el que ha tenido durante horas, delante de sus ojos, para que le calmase el dolor de la mandíbula. Al fin llega el tractor... Ya ruge a su lado. Ya baja el hombre que lo guía. Y sube él, y empieza a romper tierra. Pero la tierra está partida. Toda la tierra está arada. Le viene un ataque de rabia. Abre los ojos. Mira por la ventanilla. ¡Cómo! Si hay tierra sin arar a uno y otro lado del tren. ¿Por qué él encuentra tan sólo tierra labrada? ¡No puede ser! Cerrará de nuevo los ojos. Volverá a dormirse. Repetirá el sueño de un tractor poderoso en el que se adelanta, hasta poderlo probar en una parcela de tierra virgen. Pero, ya no puede recuperar el sueño. Le duele la mandíbula. Ahora siente que una rueda del tractor le destroza el labio. La tierra, vuelve a ser la misma, trabajada, laborada, en surcos. No hay un trecho para él. Ni lo habrá cuando se muera.

—*Ésta es Luciana* —dice "El Carpintero"—. Quince años. Lleva el rostro cubierto de pústulas de la viruela. Tiene un hermoso cuerpo. Nunca una muchacha de su edad, llegó a ser pura y bella en *Corral Abierto*. Las muchachas hermosas siempre fueron chúcaras, desconfiadas, contestadoras, díscolas. Luciana, les responde a todos con una sonrisa, con una buena palabra. Era la mejor alumna de la señorita Nella. Un día, la maestrita, dejó caer una lágrima sobre una página del cuaderno de Luciana. Luciana lo cerró, puso una flor de macachí entre las hojas y todavía la conserva. La lágrima de la señorita Nella es lo único bello que tiene en la vida. Porque en *Corral Abierto* no ha visto a nadie llorar. Llorar es de flojos. Algunos hacen sangrar los labios, pero nadie se lamenta. Aguantar es la ley. En lugar de lágrimas, hay malas palabras, blasfemias, mordiscos, manos en puño. Por eso la lágrima que Luciana guarda con unos pétalos de macachíes, es como una perla secreta. Ahora, sueña con la señorita Nella. Están cantando el himno nacional. La bandera flamea

en lo alto, en la cumbrera del rancho. El escudo, brilla al sol. La señorita Nella, baja la bandera y se la pone entre sus manos. Cantan el himno. Dejémosla que cante la canción de la patria. En ella se habla de la Libertad y de tiranos que tiemblan. Es bella, en el sueño. Que Luciana no se despierte. Se vería el rostro hermoso cubierto de pústulas. Que sueñe, que siga soñando.

—*Éste es Feliciano* —dice "El Carpintero"—. Tiene mi edad. Sabe rezar. Invoca a Dios, a cada paso. No puede dormirse sin parpadear un Padrenuestro. Le pide invariablemente a Dios, la misma cosa: que lo saque de *Corral Abierto*. Para ello, es necesario olvidar que mató a un hombre cuando era casi un niño. Lo mató una noche, en medio del camino; porque le había hecho un hijo a su hermana y ésta murió tomando hierbas, envenenada. "Sólo yo lo sé —piensa "El Carpintero"—. La noche que Feliciano lo mató peleando yo lo llevé lejos, al pesquero del Puesto 23. Lo salvé de la menor sospecha. Feliciano no se animó a largarse conmigo más lejos. Fué al día siguiente que desaparecí de *Corral Abierto* ayudado por "La Isabel" y fuí a Montevideo, a trabajar y me detuvieron por no tener domicilio, y robé en los ómnibus, y fuí a dar al Albergue de Menores y pasé por asesino. Feliciano rezaba por mí, noche a noche. Quien le enseñó a rezar, murió hace muchos años. Servía en *Los Troperos*. A Feliciano lo ha picado una mosca. El carbunclo le hace rezar, rezar, rezar hasta que la fiebre se le enreda al cuerpo. Dios hará lo demás. Ha sufrido mucho. Piensa que será feliz alguna vez, alguna vez...

—*Éste es Ramón,* "el aleyado". Tiene tres hermanos con las mismas taras. Su padre, es también su abuelo. Lo engendró en una de sus hijas, en su hermana mayor. No pudo caminar hasta los diez años. Tenía las rodillas como nudos de árbol enfermo. Los codos, como bofes. Pero, ahora, hasta puede montar a caballo. Su padre —es también su abuelo— suele amenazarlo de muerte. Se insultan, se escupen, riñen, pero no llegan a las manos. Ramón es el único capaz de trabajar de noche y acarrear agua para cualquiera que se lo pida. A su padre la gente lo detesta. Pero a Ramón, le tienen simpatía. Los tres restantes hermanos, son sordomudos. A Ramón le han sacado fotografías unos doctores que se acercaron en inspecciones sanitarias. Le sacan fotografías siempre que los visitan y se van con ellas, sin que jamás le hayan

enviado una copia... Ramón no entiende por qué le toman tantos retratos. El padre parece estar orgulloso. Entre la mascarada, Ramón es de los que llaman la atención. No sueña en nada, absolutamente en nada. Jamás soñó. Un día lo emborracharon. Dijo cosas horribles, espeluznantes. El pardo Madero tuvo que taparse los oídos. Hay épocas en que Ramón se arrastra y pierde el habla. Todos creen que terminará como sus hermanos menores, mudo, sordo, con la boca abierta y babeándose.

—*Ésta es Etelvina* —murmura "El Carpintero"—. Hace diez años, al cumplir quince, pasó por el camino un jinete en un caballo alazán. Usaba poncho blanco que le caía alrededor del cabo de plata del cuchillo. El sol le daba en la cara. Iluminó sus grandes ojos. La miró, sofrenando el pingo escarceador. Levantó el brazo, y el poncho le pareció una bandera. Jamás había visto un hombre tan hermoso. Etelvina lo saludó con la mano en alto, como tocando el cielo. Y se quedó con ese ademán hasta que el forastero se hundió en el camino. Ahora busca un caballo alazán, el caballo alazán escarceador que se llevó al jinete para siempre.

—*Éste es Perico Millán,* peón de estancia. Tiene veinticinco años. Como él, hay más de cincuenta. Monta un potro lo mismo que un matungo sotreta, y recorre el campo todas las mañanas. Si hay que cuerear, cuerea. Si hay bichera, saca de abajo de las mantas la botella con el matabichos y oficia de veterinario. Se llena las manos de gusanos. Fuma su tabaco en chala. Si lo facilitan mucho, se pesca una mamúa de caña y desafía a pelear al más pintado. Perico tiene tajos en los brazos, pero también marcó a muchos. La monotonía de su trabajo hace punta el sábado por la noche. El crédito en la pulpería, es tentador. Allí deja el sueldo, íntegro. A veces, se compra alguna pilcha pero se ruboriza porque el acto de empilcharse, lo disminuye. No sabe qué tiene por delante ni qué será de su vida mañana no más. La esquila le levanta un poco el ánimo y la yerra le hace probar las fuerzas. No piensa en nada concreto. Va soñando con algo obsceno, una ternera rosilla, separada de una tropa que a cada rato lo mira acusadora. Por fin cae en el barrial. La mosca portadora del carbunclo, un estileto, y el tétanos, andan rondando su humanidad sumisa. Perico Millán, cien más como él, ven pasar la muerte en alas del tábano.

A lo largo del tren, espectrales, inmóviles, los apestados de *Corral Abierto*. "El Carpintero" los contempla unos instantes. *Corral Abierto* se desplaza hacia un horizonte nacarado, duro como la piedra, cercano y frío. Arden las llagas, a la par de los sueños. El campo huele a matriz húmeda, embriaga con su perfume de hierbas maceradas y de pequeños tallos que el viento inclina sobre los rieles y que muerden las ruedas. El campo atraviesa de lado a lado los vagones y peina las cabezas cabelludas de los que viajan en racimo, subiendo a las zorras que han visto cargadas de cereales, de herramientas, de portland. "El Carpintero" pasa junto al asiento de los que duermen plácidamente, y se detiene frente al insomne que abre los ojos como túneles en sombra.

—*Éste es Maneco,* el rubio Maneco. Su madre sirvió en las estancias de Damboronea. Comenzó a los doce años. Entonces se pagaba con ropas usadas, con una cama de hierro; un poco de iodo en las heridas; alguna venda, si se lastimaba y, en la falda de adolescente, muelle como una almohadilla de algodón, el niño de pecho, llorón caprichoso, rubio como un hilo de sol. Nada le hacía doler la cintura como aquellos niños rosados y limpios, siempre pegados a su vientre tibio. A los doce años alzó a Juan Carlos; a los trece, a la niña Gladys; a los catorce, al niño Baltasar, honrado con el nombre de un Presidente; a los quince soportó el peso de Lorenzo, más que un niño, un pequeño animal, un torito que despertaba la admiración de toda la familia. Cuando Lorenzo empezó a andar, a castigar las plantas con un chicote, a arrancar las flores del jardín, con festejado espíritu destructor, una tarde que la estancia quedó vacía y todos se fueron al río a pescar y cazar para agasajo de los huéspedes, la niñera comprendió que algo anormal iba a sucederle. El mayor de los hijos del patrón, regresó a todo galope. No desensilló su caballo como solía hacerlo. Atravesó la quinta, hizo un rodeo entre los árboles y se le presentó en el rancho del servicio. La muchacha remendaba unas prendas íntimas. El mayor de los patroncitos la venía mirando mucho, desde que llegara de vacaciones. Tenía casi veinte años. Era fuerte. En la mesa, al almorzar, hacían bromas sobre sus arrestos varoniles. La sirvienta vió que uno de los huéspedes guiñó el ojo al patrón, cuando ella se inclinó para cargar a Lorenzo, cabezón, pesadote. El corpiño debió ceder más de lo con-

veniente. Lorenzo había atrapado una punta del mantel e hizo peligrar la mesa tendida. El mayor de los "patroncitos" —también Lorenzo ya se daba cuenta de que era "patroncito" pues el inocente chico de la cocinera, de la misma edad, no se hubiese atrevido a colgarse del mantel— el hijo del patrón, quiso ayudarla. Al separar la tela de las manos infantiles aprovechó el accidente para deslizar una caricia. Ahora volvía del río, a continuarla. Y no fué necesaria mucha escaramuza. Cuando los huéspedes regresaron de la cacería, la futura madre recuperaba el ánimo, luego del violento contacto que agitara su sangre. Tuvo que tener a Lorenzo en brazos hasta la noche, porque el niño "estaba infernal". El patroncito premió la hazaña con una sonrisa. Ella le sonrió, también. ¿Por qué no? Y fueron felices, durante dos meses. De aquella dicha, nació Maneco, sin santiguar, y resultó el vivo retrato del bisabuelo. Una fotografía que decoraba los muros de la estancia, la que todos admiraban por su belleza, era el retrato de Maneco. Su madre, solía buscar algún pretexto para poder contemplar aquel cuadro histórico que cualquiera podía ver con vida, sano, mal trajeado pero magníficamente varonil, enlazando novillos, pialando, domando. Éste es Maneco —repite "El Carpintero"—. Es uno de los Damboronea que andan derramados sobre los campos o presos en *Corral Abierto*. Espiga bien granada, para las brasas de un fogón, en noche de invierno y de hambre. Los otros frutos, se desgranaron hace tiempo en los tentáculos de las pestes.

—*Éste es Liborio* —continuó "El Carpintero", frente a un niño ciego—. Tiene siete años. Hasta los seis, vivió atado a un poste. Se le puede ver la huella que dejó la soga en una de sus piernas. Podía desplazarse unos tres metros de diámetro, bajo el paraíso de los Andrada. Durante el otoño, se empacha comiendo semillas del árbol. No se le puede dejar en libertad, porque destroza cuanto está a su alcance. Es capaz de terminar con las treinta plantas de maíz que suele plantar el vecino. El año pasado, suelto, terminó con los tomates que cultivó la mujer de Aniceto, el alambrador. Los cachorros saben jugar con él y cuando los canes adultos se acercan, lo tratan como a un semejante y saben que es ciego. A Liborio no le gusta el hocico del perro. Una vez que lo ha descubierto, sus manitas corren en sentido inverso y hay que ver

la cara de alegría que pone cuando llega a la cola. Liborio tiene varios secretos, dentro del círculo en que se le permite andar. Un día le contaron a Mano-Santa las cosas que ordenaba Liborio, tan chico y tan diligente. Entonces dijo que el chico iba a sucederle. En la corteza del paraíso, en una rendija, guarda semillas que el viento le trae. Si Liborio anuncia lluvia, lo atan a la pata de un catre porque la madre tiene que lavar, y en la cañada, no se puede fiar del niño. Además los otros tres hijos, odian al cieguito y lo celan. Liborio queda con los perros, dirigiendo no se sabe qué orquesta con la batuta de la cola. Ahora, frotándose la canilla de donde lo ataban, parece que recuperara la visión, mirando hacia el inmenso vacío que deja el tren en su marcha. A Liborio, lo han sentado en el furgón, donde viajan los corderos, las cabras y los perros. Liborio siente que la velocidad abre un enorme vacío. Remolinos de vientos cierran la marcha. La luz solar, debe trenzarse y caer sobre el campo, como caía la soga que lo sostenía cuando lo dejaban en libertad. El impulso de la velocidad inclina su cuerpecito esquelético hacia adelante, hacia el espacio abierto que imagina como harina molida sobre la llanura. Olores, los más diversos, golpean en sus narices. Y polvo, polvo y tierra caliente, le va cayendo sobre la cabeza como una sutilísima lluvia que muy pocos son capaces de advertir. Las pestañas le pesan, el pelo se le endurece. Ya conoce como ningún otro, la música exacta, la invariable de las ruedas; el compás de los ejes, el tintineo de las cadenas, el respetable golpe de los parachoques; los chirridos de la madera. Viaja envuelto en ruidos, cubierto de resacas, mirando el vacío, la nada que queda bajo el sol radiante. Cuando se duerma —dice "El Carpintero"— soñará con una patria de perros sarnosos que muevan la cola para su gloria.

—*Ésta es Rita,* la verdadera mujer de Nazareno López —dice "El Carpintero", enfrentándola, mientras ella, con la cabeza en alto, la frente despejada, mira hacia el vacío como si nada esperase de ninguna parte de la tierra. Tiene casi cuarenta años y nadie lo diría. Su cabello, es castaño claro, rubio si se compara con las cabelleras de muchas de las mujeres de *Corral Abierto.* Sigue siendo hermosa y, sobre todo fuerte. Tiene labios carnales; ojos profundos, de un verde marchito, las mejillas un tanto pronunciadas. Ya se le ven algunas arrugas cerca de los ojos. Nazareno Ló-

pez, la eligió entre todas. Como viven con su hermana menor y la madrastra, la tomó de "mujer prestada" y con Rita vivió en el rancho gastando con ellas todos sus ahorros y manteniendo contento a las tres mujeres. Porque Nazareno era el mejor alambrador que se conocía por aquellos pagos. Y sabía hacerse pagar. La madrastra era muy buena cocinera y hacía pasteles; y el horno no se enfrió jamás. Proveía de pan al pardo Madero y a otros que podían comprarlo. Nadie amasaba como Jacinta. Nazareno se llevó muy bien con ella y con su cuñada y con Rita. Jamás tuvieron un disgusto. Pero para atar a un hombre, hay una sola coyunda; la única: el hijo. Una entraña estéril, por buena que sea la mujer, no tira ni compromete. Pasaron tres años. Nazareno vivía más contento que ningún hombre. Cuando Rita vió que con nada ataba a aquel hombre, que no lo tenía a Nazareno, hasta dejó que anduviese con su hermana, con Panchita. Y Nazareno tuvo dos mujeres, a pesar de ser bien respetuoso de las costumbres. Su mujer "prestada", porque no se habían casado, era Rita. Pero no llegaba nunca la hora de arreglar sus papeles. Los arregló, casi con tristeza, cuando Panchita quedó encinta. A Nazareno se le hacía un drama, dejar a Rita. La quería mucho, su alegría le pertenecía, le pertenecían sus proyectos y, cuando le traía un regalo, se le colgaba del cuello como las criaturas. Le costó mucho, admitir a Panchita como mujer, nada más que por aquello que se le dibujaba en la cintura. Con la muchacha, se acostó sin pensarlo, muchas veces, porque Rita se iba a la cañada y parecía demorarse, de puro intencionada. La Jacinta comadreaba con el pardo y su mujer. La cuestión es que Panchita resultó preñada. Y fué Panchita la que le puso un grillo a Nazareno y fué Panchita la que le levantó la voz y Panchita la que se quedó con el alambrador. Pero la pobre Rita, no lo lamenta. El chico está más en la falda de Rita que en la de su madre. Y como Nazareno es muy hombre, más la quiere a ella que a Panchita que, a fin de cuentas, no es más que una entrometida. "El Carpintero", le sonríe a Rita, la que lleva al hijo de Nazareno entre las piernas, bien prendido.

—*Éste es Eladio* —dice "El Carpintero"—. El loco Eladio que come piedras para desafiar el asombro de los que pasan. Se le presenta como el fenómeno de la pulpería. Tiene treinta años. Se arrastró hasta los veinte. Los padres lo dejaron abandonado en

Corral Abierto en la puerta del boliche, un domingo de madrugada. Nadie supo más de ellos. Aprendió solo a ingerir piedras redondas por unas pocas monedas. Sobre la palma de la mano extendida, ofrece al forastero que elija la piedra. Si hay alguna mayor por el suelo y el cliente le insinúa que debiera tragársela, la recoge, pide unas monedas más y traga la piedra golpeándose el pecho. El único que no sabe admirar el prodigio de Eladio, es el otro loco de *Corral Abierto,* Mauricio, el manco. El inútil brazo izquierdo, le cuelga del hombro. Invierno y verano el torso al aire, cubierto de mugre y de manchas de todos los colores. En la cintura, esconde un sucio mazo de cartas, desafiando al que se pinte para una partida. Ya le crecen unas barbas ralas, negras, que suele embarrar en un simulacro de hacer correr la navaja sobre la piel. Fué el primer enamorado de la maestrita. Rondó el rancho de la escuela, semidesnudo, haciendo gestos obscenos. Mauricio el manco, va a las esquilas a levantar la bosta de los galpones y se conduce con un celo admirable. Ahora arroja por la ventanilla, una a una, las cartas de la baraja. Como si se despidiese de ellas, las mira, las observa, y se las juega al viento con un gesto de tahur. En el tapete de los campos, van cayendo las cuarenta cartas, su único tesoro. Titubea al jugar las últimas, dejándolas escapar de entre sus dedos, con la destreza flexible de su pulgar pringoso. Hasta que queda una sola carta entre índice y pulgar. Su última carta: el as de oros, preso entre los dedos como una mariposa que ha perdido el color. Mauricio, el manco, me mira, entonces, largamente. Yo me acerco y le digo: "No lo juegues todavía". Me sonríe. Una espesa baba cae de sus labios. "No la juego, no —me contesta—. Porque puedo perder la partida". Yo le sonrío y le acaricio la frente, por la primera vez en mi vida. Juraría que el caído brazo izquierdo se levantó hasta mis hombros terminando con la parálisis que lo tenía muerto. ¿Un milagro? Me pregunto si es un milagro. El as de oros vuela como si tuviese alas, un instante, y luego se lo lleva el viento...

—*Éste es Horacio* —dice "El Carpintero"—. Responde a mi nombre. Tiene quince años. Es ágil, es fuerte, sonríe a todos y todos le quieren, y le festejan. No hay muchacho más alegre en *Corral Abierto.* Es decidido, voluntarioso. Es bien recibido en todos los ranchos. Su padre, fué domador hasta que un potro le quebró

una pierna. Su madre, tocaba la guitarra, usaba grandes trenzas cuando lo trajo a la vida; tocaba la guitarra y lavaba la ropa cantando en la cañada vecina. Planchó ropa ajena y la suya propia, con vidalitas en los labios. Nadie la vió jamás llorar. Tenía una dentadura firme y pareja y muy blanca. La enseñaba orgullosa, riendo por cualquier cosa. Vino a vivir a *Corral Abierto,* de otros pagos más miserables aún, sin agua, sin escuela. En *Corral Abierto* debió instalarse para estar cerca de las estancias que lo necesitaban como domador. Preparaba tropillas y los patrones estaban orgullosos de un criollo tan diestro y valiente. Horacio recuerda que su padre usaba una barbita rala y trenzas, de puro varonil que era, para que nadie le metiese las manos en el pelo. Horacio nació en aquellos días de la desgracia, cuando un impetuoso alazán cayó sobre su padre que no se soltaba del pescuezo del potro. Le regalaron seis caballos hechos por él y tuvo que irlos vendiendo, poco a poco, para sobrevivir. Hacía trabajos de lonja, pero no daban para nada. Fué entonces cuando desapareció la guitarra del rancho y cuando se le fueron estropeando las manos a su madre. Unas manos que no servían para las caricias ni para las cuerdas de la guitarra. Avergonzadas, huían del contacto de su marido. Como no había qué llorar, la vista reposaba en Horacio que ganaba cariños en buena ley. La hermana de Horacio, creció en el silencio, cuando la miseria, como un yuyal, rodeaba al rancho. La vieron hacerse mujer, crecerle los senos, mirar a los hombres. —"Está perdida —dice el padre—, no supo escapar a tiempo." Y mirando a Horacio en silencio, desde adentro, desde la entraña que se seca, le grita: "Escapá, Horacio. Escapá, por favor. Voy a tener que llo-
" rar un día de estos y no quiero que me vean llorar. *Corral Abier-*
" *to* está cerrado por cualquier lado que lo mires. Saltá el alam-
" brado, saltó el palo a pique, atravesá el monte, escapá, Horacio.
" Te pongo ese cuchillo bajo la almohada para que te lo llevés.
" La hoja está bien afilada. Lo dejaron unos troperos en el des-
" campado de *Las Tunas.* ¡Horacio, escapá! No importa que nos
" dejés con hambre, que tu hermana sea una perdida. ¡Escapá!..."

Las manos duras de la madre de Horacio sólo sirven para el jabón y la escarcha. Son dos racimos de tendones que un día se posaron en una guitarra. Las piernas del padre apenas le sirven para agacharse a cuerear alguna res abichada.

Horacio lleva un cuchillo afilado entre las ropas. Palpa la empuñadura de asta, casera, acariciada por el que fué su dueño.

El tren zumba ahora y todos los ruidos se confunden. Los campos corren a la par del convoy. Y hasta las nubes nacaradas, acompañan a Horacio, avanzando sobre la llanura inmensa. Tiene quince años. Es alegre, voluntarioso y visionario. La ciudad lo está esperando, con algunos hombres mejores que otros. Lo esperan, lo recibirán en un torbellino bajo banderas y escudos y proclamas y chimeneas y avisos rutilantes. Ya se están viendo las primeras casas, los primeros edificios, alguna fábrica de altos muros encalados. Hay nubes nuevas sobre la ciudad. El humo es más intenso, a veces es negro. Ya no es la columna parda que levantaban los hornos de carbón en el azul sin tacha. Es el humo serio de las ciudades, el que perdura sobre los techos.

"El Carpintero", mira fijamente a Horacio. Están solos en un vagón de segunda clase. Se hace el invierno repentinamente, y los cristales empañados de la ventanilla, recogen los rasgos de su cara, ahora triste, melancólica, como serán los rostros de todos los que parten hacia lo desconocido. Ha llegado el invierno, y afuera hace frío y el sol se escapa entre las nubes y la locomotora jadea en un repecho. Van entrando a la ciudad. Los muros aprisionan lentamente al tren, lo apretujan, lo hacen detener. Y un hormiguero humano quiere cerrarle el paso. Horacio se interna en la ciudad, hasta que el mareo lo abate.

Debe estar soñando.

"El Carpintero", no le quita la vista a Horacio. ¿No será él, Horacio Costa que baja a la ciudad, que se interna en ella, que se siente presa de un mareo ante la oleada de rostros y de voces?

* * *

La pendiente que baja al río es peligrosa. En la noche se hace vertical y termina en el cauce turbulento. Las aguas corren vertiginosas. El rumor del torrente es adormecedor. Y los altos árboles amenazados por las hachas de los montaraces, se vengan con sus sombras tentaculares. La luna hiela la sangre. El rocío taladra los huesos.

El ruido de los saltos de agua podría confundirse con los de un tren en marcha que se va perdiendo en el confín.

LOS GRANDES NOVELISTAS DE NUESTRA ÉPOCA
Colección dirigida por GUILLERMO DE TORRE

MARC ALDANOV: SANTA ELENA, PEQUEÑA ISLA

ARTURO BAREA: LA FORJA DE UN REBELDE
I. *LA FORJA.* - II. *LA RUTA.* - III. *LA LLAMA*

PEARL BUCK: EL PATRIOTA

ERSKINE CALDWELL: TIERRA TRAGICA

ATTILIO DABINI: DOS MUERTOS EN EL AUTOMÓVIL

WILLIAM FAULKNER *(Premio Nobel)*: INTRUSO EN EL POLVO

WALDO FRANK: YA VIENE EL AMADO

WALDO FRANK: ISLA DEL ATLANTICO

WALDO FRANK: NUNCA ACABARA EL VERANO

ANDRÉ GIDE *(Premio Nobel)*: SI LA SEMILLA NO MUERE

ANDRÉ GIDE *(Premio Nobel)*: ET NUNC MANET IN TE
(DIARIO ÍNTIMO)

ANDRÉ GIDE *(Premio Nobel)*: LOS ALIMENTOS TERRESTRES.
LOS NUEVOS ALIMENTOS

JOHN HERSEY: UNA CAMPANA PARA ADANO

ALDOUS HUXLEY: VIEJO MUERE EL CISNE

FRANZ KAFKA: EL PROCESO

D. H. LAWRENCE: LA SERPIENTE EMPLUMADA

ROSAMOND LEHMANN: LA CASA DE AL LADO

CARLO LEVI: CRISTO SE DETUVO EN ÉBOLI

CARLO LEVI: EL RELOJ

THOMAS MANN *(Premio Nobel)*: CARLOTA EN WEIMAR

ROGER MARTIN DU GARD *(Premio Nobel)*: LOS THIBAULD
I. *EL CUADERNO GRIS.* - II. *EL CORRECCIONAL* (1 volumen)
III. *EL BUEN TIEMPO*
IV. *LA CONSULTA.* - V. *LA SORELLINA* (1 volumen)
VI. *LA MUERTE DEL PADRE*
VII. *EL VERANO DE 1914* (I). - VIII. *EL VERANO DE 1914* (II)
IX. *EL VERANO DE 1914* (III). - X. *EPÍLOGO*

FRANÇOIS MAURIAC: EL MAL

ALBERTO MORAVIA: LA ROMANA

ALBERTO MORAVIA: EL AMOR CONYUGAL

ALBERTO MORAVIA: EL CONFORMISTA

CESARE PAVESE: LA LUNA Y LAS FOGATAS